119

ALREVÉS

Todos los demonios

LUIS ROSO



Verano de 1960. Un alto cargo de una institución pública alemana es salvajemente asesinado en Madrid, y el gobierno español trata de evitar un incidente diplomático asignando la investigación a uno de los detectives estrella de la policía: el inspector Ernesto Trevejo.

Acompañado de una misteriosa profesora norteamericana, el inspector Trevejo rastreará el origen de un cuadro expuesto en un museo de Zúrich, que parece ser la clave del crimen, y sin pretenderlo se verá envuelto en una espiral de sangre y secretos en torno a uno de los aspectos más sombríos del régimen franquista: los fugitivos nazis refugiados en territorio español desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Con *Todos los demonios*, Luis Roso se consagra como uno de los más firmes valores de la novela negra nacional y teje una trama vertiginosa de venganzas personales, miseria moral, intereses económicos, antiguos odios y amores soterrados en la que vuelve a brillar su prosa incisiva, su ironía, su precisión y el exquisito cuidado en la ambientación histórica.

Y también brilla Trevejo, ese policía descreído, práctico, determinado por su muy particular código ético que, en ese Madrid que pretende subirse al tren de la modernidad y en el que pululan nazis expatriados, antiguos «camisas viejas», arribistas y miembros de los servicios secretos estadounidenses, sigue sabiendo nadar y guardar la ropa.

Todos los demonios



Todos los demonios

LUIS ROSO

ALREVÉS
BARCELONA-2021

Para Josep Forment, siempre con nosotros

2021, Luis Roso
de la presente edición, 2021, Editorial Alrevés, S.L.

Este libro lo escribí en parte durante la primavera del 2020, en pleno confinamiento por la pandemia, y quiero dedicárselo a los sanitarios y trabajadores esenciales que arriesgaron sus vidas (y en algunos casos la perdieron) para que el resto continuáramos adelante con las nuestras.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —gritó—. ¿Es usted el demonio?
—Soy un hombre —contestó gravemente el padre Brown—.
Por lo tanto, llevo todos los demonios dentro de mi corazón.

G. K. CHESTERTON,
El martillo de Dios

Pues se lo explicaré. Para ser un gran detective hay que ser protagonista. Una especie de personaje dinámico que, con su mera existencia, hace que sucedan cosas. Creo que usted es de esa clase de personas, Gunther.

PHILIP KERR,
Una llama misteriosa

1

Recuerdo que al abrir la ventana de mi cuarto aquel último lunes de agosto y comprobar que aún estaba nublado y que la temperatura, sin ser fría, distaba mucho de la habitual para esa época del año, me invadió un sentimiento de desolación. Quedaban por delante varias semanas de verano, pero el otoño enseñaba sus garras por debajo de la puerta. Debido a un cúmulo de circunstancias imprevistas, no había disfrutado de un solo día de vacaciones en los últimos meses, y achaqué a ello mi angustia. Ni una excursión campestre, ni una escapada a la playa, ningún esparcimiento más allá de alguna noche de copas o de cine, casi siempre sin compañía. Había sido —o estaba siendo— un verano para olvidar, precedido de una primavera también para olvidar, y de un invierno del que prefería no acordarme. 1960 no iba a ser mi año, qué duda cabía. Cada mala racha se había ido sucediendo con la siguiente, y el mal tiempo de aquella mañana no presagiaba que, al menos de momento, la cosa fuera a mejorar.

Hacia las ocho y media salí de mi apartamento. Antes de alcanzar la calle, como cada día, pasé por la covachuela anexa a la portería en la que hacía meses que agonizaba don Celestino. «Ya va para largo esa agonía», le reprochaba yo de vez en cuando, a lo que el venerable portero —cuyo reinado, según él, era el más longevo de toda la calle Fuencarral— solía responder algo así como «Más largo va a ser lo que venga luego». Lo encontré tirado en el catre en medio de la oscuridad, blandiendo un palo de fregona con el cual trataba de acertarle al interruptor de la luz, ubicado al otro lado del cuarto.

—*Fiat lux* —dije, pulsándolo por él.

El anciano soltó el palo y se incorporó a duras penas. Con la apoplejía había perdido la movilidad de la mitad izquierda del cuerpo, pero se manejaba bien con la derecha. Con una mano, decía, le bastaba y le sobraba para sintonizar la radio, limpiarse tras cada evacuación, y rascarse la entrepierna cuando le picaba, y con eso a su edad —¿ochenta, noventa años?— podía darse con un canto en los dientes. Además, era capaz de vestirse y de cocinar por sí mismo, y hasta de dar pequeños paseos por el portal ayudado de una muleta.

—¿A qué viene eso de «fiat»? —preguntó. Sus labios también habían perdido movilidad, pero no vocalizaba mucho peor que algunos galanes de cine patrio—. ¿Se va a comprar por fin un coche, don Ernesto?

—No, no —dije, arrimándome hasta la cama y ayudándolo a sentarse en el borde—. Conducir me da pánico. Y tener que pagar las letras de un coche, todavía más.

—Pues no sé dónde se le va el sueldo… Los hay que, con mucho menos de lo que gana usted,

les llega para su Seiscientos y para mantener a la parienta y a tres o cuatro churumbeles.

—Estoy ahorrándolo todo para el retiro. Quiero marcharme lejos. Aquí, en este edificio, en este barrio, todo me huele a viejo. Quiero salir y ver mundo.

—Hombre, gracias por la parte que me toca. Lo de oler a viejo, digo.

—No lo decía por usted. Es la ciudad entera. Últimamente todo me huele como a rancio, a podrido.

—Siempre está usted con la bobada del retiro. ¿A qué viene pensar esas cosas, si no ha cumplido ni los cuarenta?

—Poco me falta. Tengo treinta y nueve.

—Pues eso: prácticamente un crío de biberón.

—Yo creo que los policías tenemos que ser como los toreros. Saber cortarnos la coleta a tiempo, antes de que nos jubilen a la fuerza. De un tiro o un pitonazo.

—Los toreros están hechos de una pasta distinta al resto. Ayer, sin ir más lejos, Antonio Ordóñez cortó dos orejas en Francia, y eso que la semana pasada un morlaco le pegó un buen revolcón en Bilbao y lo tuvieron que hospitalizar.

—Por eso lo digo: hay que saber retirarse a tiempo, cuando está uno de una pieza. Imagínese que por esperarme demasiado un buen día va un granuja y me vuela un testículo. Le recuerdo que ya estuve cerca de ello hace unos años.

—Yo creo que eso es lo que le marcó a usted, el tiro ese que le pegaron en la tripa le quitó el ánimo de vivir. Pero vamos, que por lo del testículo que no sea… Ahí tiene usted al Caudillo, que con un solo huevo le basta y le sobra para sostener a toda España.

—Eso es porque tendrá uno solo, pero muy gordo.

Arrimé a don Celestino su ropa, que siempre dejaba doblada sobre la mesilla, y abrí el único ventanuco del cuarto —de tamaño diminuto, que daba al patio de luces— para airear el ambiente.

—¿Está lloviendo? —preguntó el anciano, señalando al exterior con la barbilla.

—No, ya no. Todavía está nublado, pero yo creo que dentro de un rato saldrá el sol y calentará.

Dejé al anciano revolviéndose sobre el colchón —por llamar de algún modo a la lámina de espuma fina como un papel de fumar en que dormía— y salí. No había hecho más que poner un pie en la calle y encenderme el primer cigarrillo cuando un Volkswagen escarabajo de color negro que circulaba por la calzada a mucha más velocidad de la permitida se detuvo a mi altura. Un tipo regordete y algo simiesco, vestido con traje gris, bajó y me colocó una placa de policía frente al morro. Después de preguntarme mi nombre, me hizo meterme en el vehículo.

—¿Quién le manda a por mí? —pregunté.

—Me llamo Pastrana. Miguel Pastrana. Estoy destinado de escolta en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Muy bien. Pero no le pregunto quién es, sino quién le ha mandado a buscarme.

—Pues entiendo que el ministro, no lo sé. Una de las secretarias me ha entregado un papelito con su dirección y me ha dicho que venga cagando leches a por usted.

—¿Le ha dicho que venga cagando leches?

—Volando. Me ha dicho que venga volando. Han sido sus palabras exactas.

—Ya me parecía. ¿Adónde vamos? ¿Al ministerio?

—No. A este otro sitio.

Sin volverse, estiró el brazo derecho por encima de su hombro y me entregó una tarjeta con dos direcciones. La primera era la de mi casa —calle Fuencarral 109, 1.º izquierda—. La

segunda era la plaza del Marqués de Salamanca.

—¿Qué hay en esa plaza? —pregunté.

—No tengo ni idea.

Dado que todavía estábamos en agosto, y a pesar de ser primera hora de lunes, el tráfico era fluido. No tardamos más que unos minutos en llegar. Desde mucha distancia, al aproximarnos, ya eran visibles las luces de las ambulancias y los coches patrulla.

—Coño, la que hay aquí liada —apuntó mi chófer—. Me da que va a tener usted una mañana jodidilla, compañero.

—No esperaba otra cosa —dije.

Un par de agentes de uniforme nos dieron el alto y nos indicaron que, pese a nuestras acreditaciones, no podíamos acceder a la plaza con el coche.

—Pues yo me quedo aquí —se despidió Pastrana, mientras yo me apeaba—. Seguro que es capaz de encontrar el camino usted solito.

—Seguro que sí.

Los agentes retiraron la valla para abrirme paso. Además de ellos dos, y de otros cuantos policías y enfermeros que aguardaban tranquilamente en el exterior de sus vehículos, solo había en las proximidades una docena de curiosos, mayormente ancianos. No había siquiera un mísero periodista con su cámara o su libreta de notas a la vista. De haber sido septiembre u octubre, pensé, aquel lugar se habría convertido en una feria, con centenares de personas husmeando en torno a la plaza. Aquel era el barrio más exclusivo de la ciudad, y cualquier tragedia —era obvio que de una tragedia se trataba— que ocurriera allí atraería la atención del público y los medios de comunicación igual que una gota de sangre en el océano atrae a los tiburones.

Arrojé al suelo el cigarrillo ya consumido y crucé la plaza hasta el edificio frente al que había congregados algunos agentes de paisano. Reconocí a varios y los saludé al pasar junto a ellos. El edificio, un palacete austero, con dos plantas y fachada gris de estilo neoclásico, tenía una placa dorada en la verja: «Goethe Institut». Nunca había oído hablar de lo que quiera que fuese.

El vestíbulo, amplio y con suelo de mármol blanco, estaba vacío, pero se escuchaba jaleo en la primera planta, a la que se llegaba por unas escaleras también de mármol ubicadas al fondo y delimitadas por unas suntuosas barandas metálicas con filigranas vegetales, las mismas que decoraban la enorme lámpara de araña que colgaba del techo.

Subí apoyando las suelas en las hendiduras que muchos años de pisadas habían causado en los escalones y seguí las voces a lo largo de un corredor empapelado en tonos verdes. Al fondo había una puerta entreabierta al otro lado de la cual, a juzgar por el barullo, debía de haber como mínimo una veintena de personas. No iba desencaminado: entre policías y personal forense sumaban un total de dieciocho individuos allí dentro, todos varones. La sala era un despacho de grandes dimensiones y paredes blancas, amueblado lujosamente, en el que una cristalera de varios paneles con vistas a la plaza ocupaba toda la pared opuesta a la puerta. En ese momento las vistas quedaban bloqueadas por la multitud y bastante deslucidas por el cadáver de un hombre de mediana edad, desnudo y con la piel cubierta de costras negras sanguinolentas desplomado sobre un escritorio oblongo. Sus manos y pies sobresalían del borde de la tabla, su barriga se desbordaba a ambos lados de su torso, como derretida por el calor, y su cráneo, mondo y desproporcionadamente pequeño, estaba vuelto hacia la cristalera, como si en sus últimos momentos hubiera sentido la necesidad de admirar el paisaje.

—Trevejo, aquí.

Era la voz del comisario Gabriel Rejas, a quien tardé unos instantes en situar: se encontraba en

uno de los extremos del despacho, en un corrillo con otros dos hombres. A uno de ellos lo conocía de sobras: era el doctor Jacinto Rozas, catedrático de medicina forense en la Universidad Central de Madrid y colaborador habitual de la policía en casos de cierta envergadura.

El doctor, en mangas de camisa, desprovisto de bata o de guantes, recientemente había cambiado su habitual barba blanca de sabio medieval por un bigote con perilla francesa, como para parecer más joven —en realidad no era tan mayor: habría pasado por poco de los cincuenta años—. Me saludó marcialmente llevándose la mano derecha a un lado de la cabeza y me sonrió con complicidad.

Al otro hombre solo lo había visto en fotografía. Era alto y algo entrado en carnes, tenía la cabeza grande, la frente despejada y el cabello en sienes y coronilla veteado de mechones canos. Iba perfectamente afeitado y perfumado, y su traje, de un tono marrón tirando a beis, debía de costar tanto como cuatro o cinco de los míos —yo esa mañana ni siquiera llevaba traje: llevaba puesto un conjunto de americana azul marino con camisa blanca y pantalón negro, sin corbata—. No era mucho mayor que el doctor Rozas, aunque el aura de autoridad que emanaba de él lo envejecía en parte. Era el ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella.

—Inspector Ernesto Trevejo, es un placer conocerlo —dijo, al tiempo que me tendía la mano.

Se la estreché con una firmeza intermedia, la que consideré adecuada para la situación. No era la primera vez que me cruzaba con algún miembro del Gobierno, pero sí la primera en que —según parecía— iba a tener la oportunidad de departir cara a cara con uno.

—El placer es mío, señor ministro —respondí, ajustando también el tono de mi voz, tratando de no sonar demasiado servil aunque sin caer en la irreverencia.

—Le pedí al comisario que convocara a su mejor hombre, al más fino que tuviera. Ya había oído hablar de usted en alguna ocasión, en términos muy positivos. Este país es tan pequeño que al final nos conocemos todos. Estoy satisfecho de poder contar con alguien de su valía para este asunto.

En mi mente, el halago del ministro, aparentemente sincero, quedó ensombrecido por el comentario de que el nuestro fuera un país pequeño. El propio Castiella había sido el principal artífice de la visita a España del presidente de los Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower, solo unos meses atrás, y era el rostro público del Régimen de Franco en los ámbitos diplomáticos internacionales, donde se le tenía en buena estima por su gran formación intelectual y su carácter aperturista dentro de los estrechos márgenes que le permitía el Gobierno. Imaginé que se había tratado de un comentario sin mayor intención, una mera forma de hablar. Y también que, en otro contexto, ante interlocutores más selectos, el ministro sabría ser mucho más cuidadoso con sus palabras.

—Gracias —contesté simplemente—. Díganme, caballeros, ¿cuál es el asunto que nos ocupa exactamente?

—Pues ese de ahí atrás —respondió el comisario Rejas, señalando hacia el cuerpo con uno de sus pulgares, sin volverse—. No me diga que no había reparado en el detalle del tipo muerto y en porretas que está sobre la mesa.

Pude interpretar en los labios del comisario la palabrota con la que, de no haber estado el ministro presente, habría acompañado su respuesta. De los tres hombres, el comisario —que guardaba cierto parecido lejano con el ministro, al menos en el plano capilar, por su calvicie también creciente y todavía incompleta— era probablemente el de más edad. Estaba ya próximo a la jubilación y, puesto que parecía obvio que iba a alcanzarla sin haber logrado ningún cargo de mayor prominencia dentro del Cuerpo, su carácter se percibía cada día más agriado. Entre otras

cosas, hacía tiempo que restringía su vestuario —históricamente poco creativo—, a trajes y corbatas de color negro, incluso en verano. Así iba vestido aquella misma mañana, como si se hubiera puesto de luto por el muerto.

—Ya me suponía que iría por ahí la cosa —comenté, pero solo el doctor Rozas acusó el leve intento de broma con una sonrisa—. ¿De quién se trata?

—Del director de esta casa —respondió directamente el ministro.

—El Instituto Goethe es una institución financiada por el Gobierno alemán con el propósito de promover el estudio de la lengua y la cultura alemanas en el extranjero —apuntó el comisario, adivinando mi ignorancia y salvándome la cara ante el ministro—. Esta sede de Madrid abrió sus puertas hará tres o cuatro años, y ya cuenta con varios cientos de alumnos.

—El profesor Jude Kochanski —indicó el ministro, pronunciando el nombre con inaudita soltura— fue hallado en ese estado esta misma mañana, a eso de las seis, por una empleada de la limpieza. Según el doctor Rozas, parece que ha podido pasar así todo el fin de semana.

—Nadie había denunciado la desaparición —añadió el comisario—. El profesor vivía solo, así que es natural que nadie lo echara de menos durante un par de días. Los empleados del Instituto dicen que era el último en irse cada día, y también aseguran haberlo visto con vida durante la tarde del viernes. De modo que debieron de hacerle esto a última hora de ese día, cuando no quedaba nadie más en el edificio.

—¿El Instituto abre también en agosto? —pregunté.

—Lo reabrieron la semana pasada para ir preparándolo todo para este curso. Las clases empiezan a principios de septiembre.

El ministro interrumpió al comisario elevando una mano, pero en lugar de decir nada hizo un gesto enérgico con esta, acompañándolo de un silbido igualmente enérgico. El gesto fue interpretado puntualmente por todo el personal de la sala. En unos segundos, nos quedamos a solas nosotros cuatro en su interior.

—Así estaremos más tranquilos —dijo.

Una vez liberados del calor y los efluvios de la multitud, el olor a sangre reseca y carne putrefacta nos envolvió enseguida.

—¿Por qué no han prohibido el acceso al despacho, como han hecho con la plaza? —pregunté, como quien no quiere la cosa, a la vez que me aproximaba al cuerpo.

—Es un tema complejo —respondió el ministro, y creí percibirle un cierto matiz de contrición —. Ese hombre, el profesor Kochanski, es un alto cargo de una entidad dependiente de la República Federal Alemana, y el Instituto Goethe, aunque no goza del estatus de embajada, en la práctica es una especie de prolongación de esta. Por ello he considerado conveniente acudir aquí e involucrarme personalmente en la investigación.

—Ya —repuse—, pero eso no explica por qué hasta hace un minuto este despacho era el camarote de los hermanos Marx.

—Bueno, bueno, Trevejo —intercedió el comisario, conteniéndose para no llamarme al orden en presencia del ministro—. El despacho ya está vacío, ¿verdad? No hay que darle más vueltas.

—¿Se han hecho fotos y tomado huellas del lugar antes de que lo invadieran? —pregunté.

—Por supuesto —respondió el comisario—. Solo se ha permitido la entrada de gente una vez que se había inspeccionado la sala. Precisamente para inspeccionarla más a fondo. Dos ojos ven más que uno, y cuarenta más que veinte.

—Fui yo quien di la orden —reconoció el ministro—. Llegué aquí hará cosa de media hora, y como la primera inspección no había dado ningún fruto, ordené que entrara todo el mundo y que

revisaran el despacho centímetro a centímetro. Dentro de unos minutos me tocará informar del incidente a las autoridades alemanas y quería ofrecerles algo más que mis condolencias. Aportarles ya de primeras algo de luz. Un motivo, un sospechoso, algo.

—Es comprensible —cedí, situándome junto al cuerpo.

—De primeras, yo digo que podríamos estar ante un robo con homicidio —propuso el comisario.

—Es posible.

Evidentemente, el comisario sabía que aquel hombre no había sido víctima de un homicidio, sino de un asesinato. No solo se daba la circunstancia de ensañamiento, sino posiblemente la de alevosía y hasta la de precio, ya que había sido ejecutado por manos expertas, en ningún caso por un vulgar ladrón que se hubiera colado en el edificio en busca de algo que llevarse consigo. Pero el «robo con homicidio» era una expresión lustrosa de cara a la prensa y la oficialidad. De entrada, era una buena manera de liberar cierta tensión. De ganar tiempo hasta poder ofrecer una alternativa mejor.

—¿Cómo murió? —pregunté.

—Asfixiado —respondió el doctor Rozas, que acababa de encenderse un puro para que el humo contrarrestara, supuse, el olor del muerto. Era un gesto de deferencia hacia el resto, puesto que su nariz debía de estar más que acostumbrada. Llevaba un manojo de puros asomándole del bolsillo izquierdo de la camisa—. Le provocaron los cortes y hematomas que puede usted observar, y luego acabaron con él apretándole el cuello con un alambre o cordel muy fino. Al menos eso es lo que parece.

Las lesiones, se podía apreciar a simple vista, se correspondían con una larga y concienzuda tortura a base de puñetazos en la cabeza, patadas en el pecho y el vientre y cortes en los dedos de manos, pies y rostro. Que lo hubieran hecho desnudarse reforzaba esa hipótesis: despojar a un ser humano de su ropa suponía privarlo de su dignidad. Era como arrebatarle su coraza. A veces, en comisaría, bastaba con ordenarle a un detenido que se desnudara para que confesara lo que fuera. Aunque buena parte de los interrogadores de la policía optaban por saltarse ese paso e ir directamente a las amenazas y los golpes, también efectivos y, para algunos de mis compañeros, mucho más amenos.

—Lo tuvieron amarrado —dije, señalando con la mano las laceraciones en las muñecas y tobillos de la víctima: unas esposas, una cuerda o, más probablemente, el mismo alambre o cordel que usaron posteriormente para estrangularlo.

—Sí, yo diría que le ataron las manos a la espalda y los pies uno con el otro, y luego se ensañaron con él —indicó el doctor.

—Un ladrón bastante bestia. Ya tenía reducida a su víctima cuando comenzó a torturarlo.

—No me parece tan raro —repuso el comisario, acusando el dardo—. Puede que quisiera averiguar si había algún dinero en el edificio.

—¿Y lo había?

—Parece que no —respondió el ministro—. Los empleados dicen que los pagos por las clases de idiomas y demás actividades se tramitan a través del banco, y que en cualquier caso el instituto todavía no estaba en funcionamiento este curso. O sea que, si había algo, debía de ser poca cosa.

—¿Dónde está la ropa?

—Ahí detrás —señaló el comisario.

Al otro lado de la mesa había un revoltijo de prendas, entre las que pude distinguir un pantalón

gris y una americana marrón a cuadros. En la cima del revoltijo estaba la ropa interior.

—¿La cartera…?

—En un bolsillo del pantalón —respondió el comisario—. Está vacía, sin dinero. La documentación está al completo.

—De ahí la teoría del robo.

—Precisamente. Solo que el culpable quizá no se conformó con lo que había en la cartera y torturó al tipo hasta asegurarse de que no podía llevarse nada más.

—¿Han comprobado ya si falta algo del edificio, algún objeto? ¿Un candelabro de plata, un jarrón chino, algo así?

—En principio, los empleados dicen que no falta nada.

—¿Hay forzada alguna puerta, alguna ventana…?

—No. El último empleado se marchó el viernes sobre las ocho, cerrando la puerta principal y dejando dentro al profesor, que tenía llave para salir y cerrar por su cuenta. Por lo que, o bien él mismo abrió a su agresor, o bien este forzó la cerradura con limpieza, o bien se coló por alguna parte. Las ventanas de la planta baja estaban cerradas esta mañana, pero algunas de la primera planta no. Un hombre ágil podría entrar por cualquiera de ellas sin dificultad. Aunque teniendo en cuenta que en esta época del año, entre las ocho y las nueve de la noche aún hay bastante luz y mucha gente paseando por la calle, no parece probable que alguien pudiera detenerse mucho rato junto a la puerta para forzar la cerradura o trepar hasta una ventana sin ser visto. Quien lo mató, simplemente, debió de llamar al timbre y hacer que el profesor le franqueara el paso.

—¿Qué sabemos de la víctima? Es decir, ¿quién era, cuáles eran sus credenciales, cuánto tiempo llevaba en España?

—Yo lo conocí hará cosa de cuatro o cinco años, en el cóctel de inauguración de esta misma institución —respondió el ministro—, así que supongo que ese es el tiempo que llevaba en España. Volví a coincidir con él en un par de ocasiones, en algunos eventos sociales, pero tampoco hablamos demasiado. Digamos que su castellano era bastante pobre, y mi alemán todavía más.

—¿Tenía familia?

—Creo que mujer e hijos allá en Alemania, pero no estoy seguro. Ya he ordenado que hagan las averiguaciones oportunas. En unas horas dispondremos de toda la información.

Rodeé el escritorio para observar mejor el cuerpo. Más allá del sobrepeso y de las contusiones previas a su muerte, el hombre parecía haber gozado en general de un buen estado de salud. Mostraba signos de un esmerado cuidado personal. El cabello —el poco que le quedaba—, la barba y las uñas estaban bien recortados y, a pesar de la peste a descomposición, todavía podía apreciarse cierto aroma a una colonia clásica, fuerte y varonil. No había ningún indicio de que se hubiera defendido, de que hubiera mediado un forcejeo: ni arañazos, ni rozaduras, ni marcas de agarrones. Los golpes que había recibido eran limpios. Los había encajado sin oponer resistencia.

—Si lo desnudaron e inmovilizaron antes de agredirle, como piensa el doctor, y yo estoy de acuerdo con él —dije—, eso significa que posiblemente su agresor portaba un arma de fuego. De ahí que no tuviera opción a defenderse. Puede que lo encañonaran en la misma puerta del edificio y luego lo hicieran subir hasta aquí.

Ya me había fijado en el detalle, pero para cerciorarme, llamé al doctor Rozas con la cabeza. Este acudió a mi lado y le señalé discretamente la entrepierna de la víctima. El doctor asintió al tiempo que, sin mayor aprensión ni ceremonia, alargó la mano para tomar el pene entre los dedos.

—Estaba circuncidado —dijo.

—No es extraño, Kochanski es un apellido judío —afirmó el ministro.

—Lo que sí me parece extraño —repuse— es que un judío estuviera a cargo de una institución dependiente del Gobierno alemán.

—En Alemania viven hoy un gran número de judíos, inspector. El actual Gobierno de Alemania Occidental nada tiene que ver con los crímenes de Hitler y del nazismo. Así que no hay motivos para la extrañeza.

Las palabras del ministro provocaron un silencio breve pero denso. A pesar de que en España las noticias sobre el exterminio de judíos circularon ya en su momento, durante la Segunda Guerra Mundial, la posición del Gobierno español al respecto había sido siempre ambigua. Los judíos, por descontado, eran uno de los enemigos naturales —y para muchos, imaginarios— del Régimen, junto a los comunistas y los masones. Sin embargo, este nunca se había declarado públicamente a favor de su exterminio ni de otras medidas menos extremas adoptadas contra ellos por los nazis. El hecho de que desde el siglo XV no hubiera judíos residiendo en España había permitido a las autoridades españolas inhibirse en la cuestión judía. El fondo de antisemitismo inherente al catolicismo español había sido disimulado por el Gobierno aludiendo al comportamiento heroico de algunos diplomáticos españoles durante la guerra, como el denominado «Ángel de Budapest», Ángel Sanz Briz, embajador en Hungría, que había evitado la muerte de varios centenares de judíos sefardíes otorgándoles salvoconductos oficiales amparándose en su pasado hispánico. De ahí el asombro de todos los presentes por que el ministro se hubiera referido abiertamente a los «crímenes de Hitler y el nazismo». No era difícil suponer que esto obedecía otra vez al cariz informal de aquella reunión y que el ministro no emplearía jamás esos términos en presencia de otras personalidades. Aunque algo me decía que este no tendría mayor inconveniente en expresarse así entre sus colegas diplomáticos del extranjero.

—¿Cree conveniente no prestar atención al hecho de que la víctima sea judía? —pregunté, con mansedumbre, sin dejar entrever el mínimo atisbo de ironía.

—Sí, es lo mejor —respondió tajante el ministro—. Bastante grave es que hayan acabado con la vida de alguien de este calibre como para agravarlo aún más con el tema religioso.

—Bien, creo que debería empezar por interrogar a los empleados del instituto y a la mujer que encontró el cuerpo —dije—. A continuación inspeccionaré yo mismo el edificio. Después el señor comisario verá cuál es el siguiente paso.

Tanto el ministro como el comisario aprobaron mi propuesta. El ministro consultó entonces su reloj de pulsera —un Longines pesado, de plata— y se despidió prometiendo que estaría a nuestra disposición permanentemente para lo que hiciera falta.

—Deposito en ustedes toda mi confianza —reiteró, ya en la puerta—. Espero no equivocarme.

El doctor soltó una carcajada una vez que su excelencia se hubo marchado. El doctor, claro, se sabía ajeno a la amenaza velada que el ministro había dejado flotando en el aire.

—¿En qué coño estamos metidos? —pregunté.

El comisario se aflojó el nudo de la corbata y se encendió un pitillo antes de responder. Eso en sí mismo suponía una respuesta más que suficiente. Aun así, dijo:

—En algo muy jodido, me temo. A un andoba como este no se lo ventilan por casualidad.

—¿Voy adelante con todo, entonces? —pregunté.

—Con todo, sí. Tiene permiso para movilizar todos los medios que sean necesarios, pero con la mayor discreción. Hay que averiguar cuanto antes quién lo hizo y por qué. Después ya que el

señor ministro decida qué hacer con esa información.

—Parece simpático, el ministro.

—No se fíe de él solo porque le haya acariciado el lomo, Trevejo. Los políticos son gente artera. Van con la sonrisa por delante y por detrás siempre están afilando la navaja. Si no logramos sacar algo en claro en poco tiempo, tanto usted como yo las vamos a pasar putas.

En mis más de diez años a las órdenes del comisario Rejas, podían contarse con los dedos de una mano las veces que lo había visto inquietarse por algo. Esta era una de ellas.

—Voy a tratar de poner en orden todo lo que hemos averiguado hasta ahora —señaló este—. Pásese por mi despacho en cuanto haya terminado los interrogatorios. Y si tiene la más mínima sospecha de que alguno de los empleados haya estado en el ajo, no dude en hacer que se lo lleven a comisaría para que le den un repaso a fondo.

—Descuide —garanticé.

Cuando el comisario se marchó, el doctor Rozas se acercó y me colocó una mano en el hombro, como un viejo amigo que acudiera a darme el pésame por la muerte de un familiar. Comprobé que no fuera la mano con que había tocado la verga del muerto, y saqué el paquete de tabaco para encenderme un cigarrillo. A pesar de la moda del rubio, yo seguía empeñado en el negro, por pura costumbre. Iba cambiando de una marca a otra según la semana. Aquella tocaban unos Bonanza sin filtro, fabricados en España. Pero el doctor me indicó que guardara el paquete y me tendió uno de sus puros.

—Son cubanos originales —dijo, encendiéndomelo con un fósforo que, una vez apagado, dejó caer al suelo con indiferencia, pese a encontrarnos en la escena de un crimen—. Hace unos días entró en la morgue una vieja que cayó tiesa en plena calle y que llevaba en el bolso una caja entera. Nadie ha reclamado todavía el cuerpo, así que supongo que menos aún van a reclamar los puros, ¿no le parece?

—¿Cuánto puede valer cada uno? —pregunté.

—Pues tal y como están ahora mismo las cosas, yo diría que no menos de cincuenta pesetas el ejemplar.

Desde hacía unos meses, el Gobierno español intentaba promover el consumo de tabaco americano al tiempo que obstaculizaba la importación del cubano, supuestamente por haber caducado el correspondiente tratado comercial con la isla, aunque a nadie se le escapaba que la verdadera razón era contentar a nuestros socios estadounidenses, que parecían empeñados en sofocar la Revolución castrista asfixiando la economía del pequeño país caribeño. En los estancos, los puros habanos comenzaban a agotarse, y su precio se había puesto por las nubes. En algunos puntos de venta los habían reemplazado por «palmeros» de Canarias, pero muchos consumidores no estaban satisfechos con el cambio.

—En ese caso —dije, apagándolo de un soplido—, me lo guardaré para fumármelo más tarde. Es muy de mañana para meterme diez duros por la garganta.

Me lo guardé en un bolsillo de la americana con cuidado de no mancharla de ceniza y volví la vista al cadáver.

—¿A qué hora está previsto que llegue el juez para el levantamiento? —pregunté.

—Cualquiera sabe. Se dejará caer a lo largo de la mañana, supongo. Aunque no lo parezca con la noche tan fresca que hemos pasado, estamos todavía en agosto, y eso se ha de notar. Agosto no es un buen mes para las prisas.

—Ni un buen mes para que lo maten a uno.

—Para eso, lo mejor es el invierno. Con el frío los cadáveres apenas huelen, y se conservan

divinamente.

—¿Para cuándo estará la autopsia?

—Pues en cuanto me lo pongan en una camilla empiezo con ella. En unas horas podré saber de cierto alguna cosa. Llámeme al Anatómico Forense a última hora de la tarde, así no tendrá que esperar a que redacte el informe. Pero de todos modos, salvo sorpresa, yo diría que no voy a averiguar nada que no se aprecie con el primer vistazo. A ese hombre se lo cargaron el viernes por la noche, con toda seguridad. No me atrevería a precisar un margen de tiempo más ajustado, pero como mínimo hará unas cuarenta y ocho horas que está fiambre.

—Eso quiere decir que el asesino nos lleva dos días de ventaja. A estas alturas puede estar tomándose el desayuno en la otra punta del globo.

—En la otra punta del globo no sé. Pero en alguna cafetería de Alemania no le diría yo que no.

—¿Cree que pudo cargárselo un compatriota suyo, un alemán?

—Si el tipo no hablaba apenas español, no creo yo que haya podido hacerse muchos enemigos en España, ¿no le parece? Si quien lo mató pretendía que hablara, sacarle alguna información, necesariamente tendría que hacerlo en su lengua materna.

—Tiene sentido.

—Por supuesto que lo tiene. Yo también habría podido ser un buen inspector de policía. No tan bueno como usted, claro, pero sí uno bastante decente.

—Yo, en cambio, no creo que hubiera valido para forense. No tendría valor para abrir en canal nadie.

—No es para tanto. Hay que tener más redaños para ser matarife en una granja de cerdos que para ser forense, se lo aseguro.

2

Pasé el resto de la mañana en el instituto, interrogando a los empleados y registrando yo mismo cada rincón del edificio. No vi necesario enviar a nadie a comisaría: ya habría tiempo de que les tomaran declaración en los próximos días. Las muecas y aspavientos por la muerte del profesor Jude Kochanski —hacia el final de la mañana ya había aprendido a pronunciar el nombre con cierta desenvoltura, o eso quise creer— por parte de sus subordinados, entre los que había tanto alemanes como españoles —los primeros conformaban el profesorado, los segundos, el personal de secretaría, mantenimiento y limpieza— se me antojaron suficientemente espontáneas y genuinas para no sospechar de ninguno. Eso no significaba, por supuesto, que alguno hubiera podido engañarme y estar involucrado de algún modo en los hechos, pero dado que la principal hipótesis era que el profesor había sido asesinado a última hora del viernes por un agresor al que él mismo podía haberle abierto la puerta, y que por tanto no habría sido necesaria la participación de ningún empleado, y dado también que, en principio, no parecía que ninguno albergara ninguna motivación para cometer o facilitar el crimen, lo más sencillo era dirigir la atención a otro sitio, lejos del propio instituto, al entorno personal de la víctima.

A ello me puse nada más regresar a comisaría. Con la venia del comisario, envié a varios agentes a inspeccionar la vivienda de Kochanski y a hablar con sus vecinos. Preferí no ir yo mismo porque me había pasado toda la mañana interrogando a gente y tenía la mente saturada de repetir una y otra vez las mismas preguntas, y cuando uno está saturado corre el riesgo de cometer errores u omisiones graves. Además, tenía trabajo de sobra para mantenerme ocupado. Pedí a uno de los novatos que me subiera un bocata de un restaurante cercano —el Tobogán, en la calle Mayor, uno de los más exclusivos del centro y cuyos cocineros tenían a bien atender a las demandas puntuales de los empleados de la cercana Dirección General de Seguridad— y me pasé las primeras horas de la tarde clavado en mi mesa, revisando detenidamente los documentos que Mamen fue acercándome: los historiales del personal y las listas de alumnos, actividades y colaboradores del Instituto Goethe, y el informe redactado a toda prisa en la embajada alemana acerca de la situación laboral y familiar de la víctima. Según este, el profesor Kochanski había nacido en la ciudad de Bremen en el año 1898 y tenía una esposa y una hija en Múnich a las que aún estaban tratando de localizar. Antes de ser destinado a España en el año 56, había sido profesor de Lengua y Literatura Alemana en las universidades de Bolonia, en Alemania, y Berkeley, en los Estados Unidos, en la primera con anterioridad a la instauración del Tercer Reich, entre el año 28 y el 32, y en la segunda desde el año 33 al 47, cuando regresó a Alemania.

Afortunadamente —para las autoridades españolas, y por tanto para mí—, en esos casi quince años de estancia o de exilio en los Estados Unidos, Jude Kochanski no había llegado a nacionalizarse estadounidense. De haber sido así, estaríamos hablando de una investigación criminal que involucraría tres gobiernos, lo que hubiera supuesto un berenjenal diplomático todavía mayor.

—Estáis con lo del alemán ese, ¿no?

Eran algo más de las seis y Mamen parecía cansada. Se había reincorporado de sus vacaciones ese mismo lunes y debía de sentirse aún desubicada, con la mente todavía perdida en alguna playa de la Costa de la Luz, donde solía veranear con la familia. No había cumplido aún los treinta años y ya había engendrado tres hijos. Su marido acababa de ser ascendido a teniente del Ejército y cobraba lo suficiente para mantenerlos a ella y a las criaturas, pero Mamen, en contra de la voluntad de este, se resistía a abandonar el trabajo. No es que le entusiasmara andar todo el día cargando papeles de un lado a otro o transcribiendo notas para el comisario, o que tuviera la aspiración de que alguna vez la ascendieran a otro cargo de mayor responsabilidad —no había otro al que una mujer pudiera acceder en aquel edificio que al de secretaria—, sino que simplemente, decía, no se imaginaba levantarse cada mañana sin otra obligación que atender a los niños, al marido y a su casa. Al menos mientras conservara las fuerzas, se ocuparía de todo eso, pero sin dejar el trabajo, ayudándose de las chachas y niñeras que fueran necesarias. Todavía se veía a sí misma muy joven para ejercer de ama de casa las veinticuatro horas, y desde luego su aspecto, aunque distinto al de años atrás, cuando siendo poco menos que una adolescente entrara a trabajar en Jefatura, continuaba resultando más cercano al de una muchacha en edad de buscar consorte que al de una señorona de misa diaria y chocolate con churros los domingos. Lucía un llamativo mechón blanco en la frente, que destacaba sobremanera el tono negro de su cabello, pero los tres embarazos aparentemente no habían hecho mella en su cuerpo, más flaco que esbelto, pero en absoluto frágil.

—¿Te lo ha dicho el comisario? —pregunté—. Que estamos con el alemán.

—No. Lo he oído en la radio.

—¿Ya lo han dado en la radio?

—Sí. Lo comentaron en el boletín del mediodía. Dijeron que habían sido unos ladrones.

—¿Así, tal cual?, ¿unos ladrones?

—Eso creo. Que fue un robo o algo parecido. No memoricé las palabras.

—Ya.

—Pero viéndote la cara y viendo la del señor comisario, me imagino que no va por ahí la cosa. O sea, que no han sido unos ladrones. Aún no tenéis ni idea de qué ha pasado.

—Ni la más remota.

—Bueno, si te sirve de consuelo, lo vuestro creo que ha pasado más o menos desapercibido gracias a lo del cura de Toledo.

—¿Qué cura de Toledo?

—Uno al que encontraron muerto ayer. No aparece en la *Hoja del Lunes*, supongo que porque lo encontrarían a última hora, pero en los informativos de la radio llevan comentándolo todo el santo día.

—Pues sí, siempre es un consuelo que la gente mire para otro lado y nos deje trabajar en paz.

—También a este se piensa que lo mataron unos ladrones. Pero la chicha del asunto es que lo mataron junto a su ama de llaves. Aunque, por lo visto, según me ha explicado uno de los inspectores a la hora de la comida, de «ama de llaves» nada de nada. La mujer esa era su querida

y encontraron los dos cuerpos en el mismo dormitorio. Este asunto va a traer mucha más cola que vuestro alemán, tenlo por seguro. Los líos de faldas tienen más tirón que los enredos diplomáticos.

—Sobre todo si las faldas son de una sotana… No te veo mucho más morena, por cierto.

—Estuve enferma la última semana de vacaciones, y estando en cama se me quitó todo el bronceado.

—Vaya, también es mala suerte… Desde que me diste calabazas no levantas cabeza. Pero todavía hay tiempo: yo sigo soltero.

—Por algo será.

Mamen dejó sobre la mesa la carpeta que traía en los brazos y se marchó. La carpeta contenía más información referente a las actividades del Instituto, pero no llegué a abrirla: en ese justo momento regresaron los agentes que había enviado al apartamento del profesor Kochanski. No habían hallado nada relevante en la vivienda ni tampoco en los interrogatorios a los vecinos. El profesor, que habitaba en un edificio elegante no lejano a su trabajo, era un hombre silencioso y amable, a decir de quienes lo conocían. Discreto y entregado a sus obligaciones, como buen alemán. Una vecina había afirmado que le extrañaba no haberlo visto nunca en misa, ni siquiera en fiestas de guardar, y que por ello sospechaba que pudiera tratarse de «un ateo» o «un masón protestante de esos». Era el único reproche que le habían dedicado. No vislumbré, por tanto, ningún hilo del que tirar: nadie había mencionado ningún amigo íntimo, ninguna amante, ningún episodio o costumbre fuera de lo corriente.

Decidí tomarme un descanso. No subí al despacho del comisario para avisar que salía, pero dejé a un compañero el recado de que volvería enseguida, no fuera a surgir un imprevisto y enviaran a alguien a buscarme a casa.

El cielo estaba ya totalmente despejado, sin rastro de la nubosidad de la noche y de primera hora de la mañana, aunque no estaríamos muy por encima de los veinticinco grados, lo que para aquella época del año podía considerarse una temperatura suave, incluso fresca. Era una tarde perfecta, por tanto, para sentarse en una terraza a mirar la vida pasar. Eso fue exactamente lo que hice. Me alejé de la Puerta del Sol para estirar un poco las piernas y me senté en la terraza de un bar situado entre la plaza Mayor y la basílica de San Miguel. El tiempo y la hora —acababan de dar las siete— pedían cerveza a gritos, pero me tomé una Coca-Cola. No era cuestión de que se presentase por sorpresa el ministro y me oliera el aliento a alcohol.

No tardé mucho en sentirme culpable por la ausencia, y en cuanto bebí el refresco pagué y me dispuse a regresar a comisaría. Antes, sin embargo, me dirigí al teléfono para llamar al Anatómico Forense. Pensé que de ese modo si alguien me echaba en cara el haberme escaqueado podría alegar que había acudido a la morgue para informarme de la autopsia. Estaba convencido de que, llegado el caso, el doctor Rozas no tendría reparos en sostenerme la mentirijilla.

Fue él mismo quien atendió la llamada, lo que indicaba dos cosas: que todavía andaban cortos de personal a causa de las vacaciones, y que ya había terminado de examinar el cuerpo.

—Como le anuncié —dijo—, al sujeto lo mataron el viernes por la noche, sobre las nueve, hora arriba, hora abajo. Los traumatismos que presenta por todo el cuerpo fueron anteriores a su muerte, y esta fue causada por estrangulamiento, con un cordel fino, posiblemente un alambre. No creo que las pruebas del laboratorio revelen nada nuevo, ya que no hay signos de que lo hayan drogado o envenenado.

—Se me acaba de ocurrir que no es una manera muy práctica de matar a alguien —dije—. Lo del alambre en el cuello, me refiero. O sea, si ya tenían a la víctima maniatada y querían quitarla

de en medio, ¿por qué no hacerlo a golpes, o rebanándole el pescuezo?

—Eso ya es cosa suya. Pero igual quien lo hizo pensó que lo del alambre era el método más silencioso. O el más limpio.

—O igual es que el estrangulamiento formaba parte del ritual de tortura, pero fueron demasiado lejos, y el tipo se les murió.

—Podría ser. En fin, en cuanto lo tenga todo listo les remitiré el informe. Mientras tanto, *mazel tov*.

—¿Eso qué significa?

—«Buena suerte».

—¿En latín? —pregunté.

—No, hombre, no. En hebreo.

Nada más colgar, sonaron los acordes del boletín informativo de las siete en una radio que había sobre la barra, junto al teléfono. El local, que era más bien pequeño, pero lucía aseado y libre de plagas, lo que no era poco decir, estaba vacío —el camarero se había retirado a la cocina o al almacén—, así que subí el volumen para escuchar qué se decía del crimen del profesor Kochanski. El locutor saludó a los oyentes y sin más preámbulos procedió a informar primero acerca del otro crimen, el del sacerdote de Toledo. Este se llamaba Ramón Sabater, era natural de Barcelona y estaba ya jubilado. Residía normalmente en una casa sacerdotal de la propia ciudad de Toledo, aunque al parecer contaba con una vivienda secundaria en un pueblo no lejos de allí, que fue donde tuvo lugar el crimen y donde «cohabitaba» —la elección del verbo se me antojó más que acertada— con la mujer que fue hallada muerta junto a él, supuestamente su ama de llaves.

Justo después mencionaron la muerte del director del Instituto Goethe. Dijeron que había sido asesinado el viernes, que el responsable o responsables posiblemente habían tenido la intención de robar en el recinto y que, mientras la policía avanzaba inexorablemente hacia la resolución del caso, el Gobierno español y la embajada alemana estaban ultimando los preparativos para la repatriación del cuerpo. Eso fue todo.

Del crimen se pasó a la corrida del día anterior en la ciudad de Dax, en la que Antonio Ordóñez había salido triunfador con dos orejas y que había además coincidido con el aniversario de la muerte de Manolete. A continuación se disponían a entrevistar al escritor norteamericano Ernest Hemingway, que estaba acompañando a Ordóñez en su temporada con la intención de escribir un libro dedicado al diestro, quien acababa de organizar un concurso literario de temática taurina para autores españoles. Antes de que Hemingway tomara la palabra apagué la radio y salí del local.

Durante el camino de vuelta no paré de darle vueltas al adverbio «inexorablemente», que según el locutor de la radio definía el ritmo al que avanzábamos hacia la resolución del caso. La palabra podía haber sido escrita por cualquier funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores o por cualquier redactor de la emisora siguiendo las instrucciones que se les hubiesen enviado desde ese ministerio o desde algún otro organismo oficial. No era más que un adorno, un relleno, pero igualmente la palabreja se me clavó en las sienes como una grapa. «Inexorable». Comprobé en el diccionario, al que acudí nada más poner un pie en comisaría —había varios en cada planta, porque entre nuestros oficiales no faltaban algunos con ínfulas gongorinas—, que significaba que algo era inevitable. Ya conocía el significado de la palabra, por supuesto, pero tuve la necesidad de cerciorarme de que no poseyera algún otro significado complementario, una acepción añadida que pudiera revertir o trastocar el contenido de lo que acababa de escuchar. Porque ¿qué quería

decir, en definitiva, que avanzábamos «inexorablemente» —o séase, «inevitablemente», «sin remedio»— hacia la resolución del crimen? ¿Es que acaso no cabía la posibilidad de que aquel crimen no fuera resuelto? ¿No podía ser aquel un crimen cuya resolución se antojara inviable, imposible, a pesar de todos nuestros esfuerzos? ¿A qué venía tanta seguridad?, ¿por qué tal despliegue de confianza en nuestra labor?

Cerré el diccionario y, todavía rumiando la palabrita de marras, me acerqué a mi mesa. No transcurrió más de un minuto antes de que el comisario me convocara a su despacho, donde mantuvimos una larga charla en la que estuvo presente también un secretario del ministro Castiella, un sujeto de algo menos de cincuenta años, enjuto y de cabello claro, que vestía con americana azul cielo y pantalón beis, como si acabase de llegar directo de un crucero marítimo. De su solapa sobresalían unas gafas de sol y un pañuelo blanco como para rematar el conjunto. Su nombre era Jesús Turégano.

—El señor ministro necesitará algo más consistente que todo eso que me cuentan, caballeros —afirmó Turégano, una vez que el comisario y yo expusimos el estado en que se encontraba la investigación, el mismo que a primera hora de la mañana: todavía no teníamos sospechosos, ni móvil, ni testigos—. Al tratarse de un ciudadano extranjero, y de una pequeña celebridad en el mundillo académico, nos va a costar Dios y ayuda mantener a raya a la prensa. La noticia ya ha salido de nuestras fronteras y posiblemente mañana todos los periódicos de Alemania hablarán del asunto.

—Todos los periódicos de Alemania Occidental —puntualicé desde mi asiento—. No creo que a los comunistas del Este vaya a importarles un pijo todo este jaleo.

—Lo que hagan los comunistas es cosa suya —repuso Turégano, que estaba de pie a un lado de la mesa del comisario—. Pero nuestros aliados occidentales pueden buscarnos las cosquillas con esto. Nuestras relaciones con la República Federal Alemana son ahora mismo excelentes y no podemos permitir que nuestro prestigio se vea en entredicho por un suceso tan turbio. Y en el campo de la diplomacia internacional, y en el del comercio internacional, que a menudo son una sola cosa, el prestigio lo es todo. Hemos avanzado a pasos agigantados en estos últimos cinco años, desde que entramos en la ONU, pero el prestigio hay que saber mantenerlo. Piensen ustedes en cuántos cientos o miles de turistas europeos podríamos perder el próximo año si cunde la idea de que en España se asesina impunemente a extranjeros de bien.

—Todavía está por ver que la víctima fuera un extranjero de bien —maticé.

Turégano miró a mi comisario como exigiéndole una reprimenda. Pero el comisario, mucho menos impresionado por la presencia de ese hombre que por la del ministro unas horas antes, se encogió de hombros. Debió de considerar que quizá yo no estuviera del todo desencaminado.

—Hasta que no tengan pruebas que acrediten lo contrario —indicó Turégano—, hemos de considerar a ese hombre un inocente. ¿Está claro?

La pregunta había sido general, pero lógicamente fui yo quien respondió:

—Requeteclaro.

3

Turégano y el comisario me pidieron que saliera del despacho y se dispusieron a elaborar el borrador del comunicado oficial que remitirían más tarde a las agencias de noticias. Quedamos en que a la mañana siguiente yo tendría preparado a su vez otro borrador con todas las vías de investigación que se me ocurriesen a partir de los documentos que había repasado durante la jornada. La noche iba a ser larga, por tanto, ya que no barruntaba una sola vía medianamente razonable por la que transitar. Me tocaría volver una por una sobre todas las personas relacionadas con el Instituto Goethe y el entorno privado del profesor para elaborar una lista de aquellas que, por un motivo u otro, considerara prioritario interrogar en profundidad.

También me tocaría rebuscar en los archivos para comprobar si se había producido algún caso semejante en los últimos meses. Algún asalto o robo con violencia en el que una víctima resultara muerta o herida de gravedad. A bote pronto se me ocurrían unos cuantos, pero no me parecía que ninguno guardara relación con el que teníamos entre manos. La mayoría de esos crímenes los habían cometido rateros y navajeros en los barrios de mala muerte de la periferia, y nada tenían que ver, en principio, con el asesinato profesional y metódico de un sujeto de clase alta en el centro de la ciudad, donde la mayor parte de los crímenes de sangre —los pocos que sucedían— obedecían normalmente a un móvil pasional —algo que, por otra parte, no estábamos todavía en posición de descartar—. Aun así, tendría que elaborar otra lista más con delincuentes habituales de los bajos fondos, individuos cuyo perfil encajara siquiera lejanamente en el perfil del asesino sin escrúpulos que andábamos buscando.

Eran algo más de las nueve y comenzaba a notarse la falta de luz en la sala de inspectores, aunque pensaba resistirme unos minutos más antes de encender la lámpara porque no me gustaba trabajar con luz eléctrica. Mamen pasó por mi mesa a despedirse, ya con su bolso bajo el brazo. En su primer día tras las vacaciones le había tocado hacer jornada doble. Sus horarios eran tan dúctiles como lo exigiera el comisario, pero este solía compadecerse de ella por su condición de madre y esposa y la mandaba a casa temprano, lo que no había sucedido en aquella ocasión.

—Entiendo que hay muertos y muertos —afirmó ella, resignada—. El muerto de hoy vale por tres o cuatro de los corrientes. No hemos dejado de recibir llamadas y télex durante toda la tarde, algunos hasta en inglés o en alemán. Y mañana supongo que será parecido. Pocas veces había visto al comisario tan desbordado. Pero a él se le da bien eso: lidiar con los burócratas y los políticos, atender llamadas, dar largas, presentar excusas… A vosotros, los inspectores, os deja que os encerréis en una burbuja para que os concentréis en lo vuestro: investigar.

Este era un pensamiento que Mamen compartía a menudo, el de que el comisario ejercía como un intermediario —o rompeolas— entre los de arriba, los políticos y militares que ostentaban el mando del Cuerpo General de Policía, y los de abajo, nosotros, los inspectores y subinspectores, los que tratábamos cada día con la gente de a pie. Que su función tenía más que ver con las relaciones públicas que con la investigación criminal. Seguramente llevaba razón.

—¿Hasta qué hora piensas quedarte? —preguntó ella—. El comisario se va a ir enseguida. Está recogiendo sus cosas.

—No lo sé. Hasta que termine, supongo. No quiero llevarme trabajo a casa.

—¿Pido que te suban algo de cena antes de irme?

—No te molestes. Tengo tabaco de sobra y por aquí hay café y coñac. Con eso aguanto hasta mañana.

—Tú sabrás lo que te haces.

Casi al tiempo que Mamen salía por una puerta, el comisario entraba por otra, pertrechado con su maletín y su sombrero. Si surgía cualquier novedad, por pequeña que fuera, dijo, no debía dudar en llamarlo a casa. Él estaría de vuelta pronto: a las siete había quedado en reunirse con Turégano, y antes de la reunión quería revisar conmigo lo que habría de decirle, así que esperaba verme en su despacho a eso de las seis.

—Aunque no vaya a dormir —me dijo, como si previera mis intenciones— pase por casa por lo menos a lavarse y cambiarse de ropa. Hay que mantener siempre buena presencia, Trevejo. Hasta en los peores momentos.

Había otro par de agentes en la sala ocupados en sus propios asuntos, pero antes de las diez los dos se fueron y me quedé solo. Aunque de vez en cuando se escuchaba algún ruido o murmullo proveniente de las plantas inferiores —sobre todo de los sótanos, donde se hallaban los detenidos, algunos soportando largas sesiones de interrogatorio; durante el día, el ajetreo del edificio camuflaba los gritos, pero en la noche estos penetraban en los muros y en los oídos como lamentos de ultratumba—, el silencio a mi alrededor era absoluto, y eso me impedía pensar con claridad. Estaba acostumbrado a trabajar con cierto alboroto y en el silencio los pensamientos se me resbalaban en todas direcciones sin que pudiera contenerlos. No tuve más remedio que levantarme en busca de un aparato de radio para que me ayudara a no distraerme demasiado. También me ayudó a no distraerme el vaso y medio de coñac que me metí en el cuerpo poco antes de que el reloj de Gobernación, a unos metros sobre mi cabeza, cantara las once.

Una hora más tarde, con las doce campanadas, se produjo el cierre de la emisión radiofónica, tras una gaceta deportiva dedicada casi en exclusiva a la mala actuación de los atletas españoles en las olimpiadas que se estaban celebrando en Roma —y en la que por primera vez oí pronunciar el nombre de un joven boxeador americano que pocos días después se haría con el oro en su categoría y que, apuntaba el locutor, seguramente daría mucho que hablar en el futuro: Cassius Marcellus Clay—. De nuevo, toda la sala quedó envuelta en el silencio y la penumbra. Había avanzado bastante, aunque no lo suficiente, pero estaba agotado y ya me planteaba si marcharme a casa a dormir un par de horas o tumbarme allí mismo, en un sofá roñoso que teníamos en la sala. Irme a casa era un fastidio por el tiempo que perdería con la ida y la vuelta —veinte minutos en total; no era mucho, aunque se me hacía un mundo yendo como iba a contrarreloj—, pero tumbarme en aquel sofá sería tanto como hacerlo sobre el suelo, con el perjuicio que eso supondría a mi espalda, que desde hacía meses venía advirtiéndome mediante los correspondientes pinchazos de la conveniencia de cambiar mis hábitos posturales.

Todavía estaba meditando la decisión cuando, mientras observaba el altavoz enmudecido de la

radio, me vino a la cabeza el boletín informativo que había escuchado esa misma tarde y la noticia que lo había abierto, la del cura y su amante asesinados en una vivienda de Toledo. Sentí cómo se me erizaba la piel de los brazos. Mi subconsciente había hecho un descubrimiento que todavía no era capaz de formular de modo apropiado para que mi mente racional pudiera aprehenderlo. La formulación del descubrimiento llegó finalmente convertida en una sola palabra: «Sabater». Era el apellido del sacerdote asesinado. No podía recordar el nombre, pero ese era el apellido, estaba seguro. ¿Y por qué estaba seguro? Pues porque hacía unas horas había vuelto a toparme con el apellido mientras leía uno de los documentos del Instituto Goethe. Naturalmente, en ese momento no había llamado mi atención, era uno más entre varias docenas. No un apellido especialmente común, pero tampoco tan raro como para destacar entre el resto. Mis ojos lo habían pasado por alto, pero en algún rincón de mi cabeza se había producido una conexión, un cruce de informaciones del que solo entonces, ya de madrugada, fui finalmente consciente.

Aunque en realidad no había motivos para ilusionarse, por supuesto. Podía tratarse de una simple coincidencia. De hecho, era lo más probable. Aun así, valía la pena comprobarlo. Tardé solo unos minutos en dar con el documento en cuestión. Era un listado de contribuyentes del Instituto Goethe, un listado impersonal e impreciso, escrito a mano con tinta azul y caligrafía esmerada, en el que solo constaba un apellido y la inicial de un nombre en cada entrada, además de una fecha. No se indicaba qué tipo de contribución había hecho cada uno —o sea, si se trataba de contribuciones económicas o de otro tipo—, pero una de las entradas de la lista decía claramente «R. Sabater», y se añadía una fecha: «30 de mayo». Más que un documento oficial, de trabajo, parecía una suerte de anotación personal, como un resumen o recordatorio. En total, el listado ocupaba seis folios, y en el encabezado del primero se indicaba —esto era lo único escrito a máquina— que el documento provenía del Departamento de Cultura del Instituto, y que la autora era una tal Mary Clarke.

A la susodicha Mary Clarke ya la tenía incluida en una de mis listas. Era una empleada del centro, la única mujer a excepción de las secretarias. Comprobé que no había sido interrogada durante aquella jornada porque al parecer se encontraba todavía de vacaciones y en principio no había motivos para considerarla una testigo esencial. Según sus compañeros estaba previsto que se incorporara a lo largo de aquella semana. Su cargo era el de jefa del citado departamento, y su currículo académico resultaba apabullante. Mary Clarke era doctora en Arte por la Universidad de Colonia en Alemania y había trabajado durante años para el Departamento de Arte y Arqueología de la Universidad de Princeton, en los Estados Unidos. Era la suya una trayectoria parecida a la de Jude Kochanski, solo que, a diferencia de él, ella sí poseía la nacionalidad estadounidense. En ningún lugar constaba su lugar o fecha de nacimiento.

Comprobé que el nombre del «contribuyente» R. Sabater no aparecía una sola vez más en la documentación. Fui entonces a la planta baja y pregunté a algunos compañeros del turno de noche por el crimen del cura de Toledo. Estos me confirmaron que el nombre del fallecido era Ramón. Ramón Sabater.

Regresé a mi escritorio y consideré la posibilidad de llamar al comisario. Me había instado a avisarlo con cualquier descubrimiento, pero lo cierto era que aquello, de momento, no era más que una elucubración. ¿Cabía la posibilidad de que el R. Sabater que aparecía en aquella lista fuera Ramón Sabater? Desde luego era posible; a fin de cuentas, Toledo estaba a tiro de piedra de Madrid. Ahora bien, ¿por qué un sacerdote católico constaría como contribuyente de una institución cultural alemana? Y, en cualquier caso, ¿podía tener esto alguna relación con la

muerte del profesor Kochanski y con la suya propia o era una simple casualidad?

Era casi la una de la mañana y lo sensato hubiera sido dejar estar el tema durante unas horas y tratar de dormir un poco. Pero estaba demasiado excitado para dormir o mucho menos para guiarme por la sensatez, así que sin más agarré un teléfono y pedí a la operadora que me pasara con la Jefatura Superior de Policía de Toledo. De allí me remitieron a la comandancia de la Guardia Civil de la provincia, que era la que se ocupaba del caso al haberse producido el crimen fuera de la capital, concretamente en el municipio de Yepes.

—Guardia Civil, ¿dígame?

—Buenas noches. Soy el inspector Ernesto Trevejo y le llamo desde la Jefatura de Policía de Madrid. Quisiera hablar con la persona que está investigando la muerte del señor Ramón Sabater.

—Eso lo está llevando personalmente el capitán Rego. Ahora no está. ¿Sabe usted qué hora es?

—Lo sé perfectamente. Necesito hablar con él cuanto antes. ¿Cómo puedo localizarlo?

—¿Ahora?

—Ahora, sí.

—Pues espere que pregunte… —La espera se prolongó por espacio de casi diez minutos—. ¿Sí, inspector?

—Diga.

—Me dicen que podemos mandar a alguien a buscarlo a su casa.

—¿No puede darme el teléfono de su casa?

—El capitán Rego no tiene teléfono en casa.

De pronto sentí algo de vértigo ante la posibilidad de mandar a dos guardias civiles en busca de su capitán en plena noche por algo que en el fondo no era más que una concurrencia remota.

—Entonces me esperaré a mañana. Haga que vayan a buscarlo temprano. Necesito hablar con él antes de las seis.

—¿Antes de las seis?

—Sí. Es un tema de máxima urgencia.

Colgué el teléfono y me dispuse a marcharme a casa. Ya había puesto un pie en las escaleras cuando de pronto me detuve para volver al teléfono. A los pocos segundos me llegó un tibio «¿Sí?» directo desde Barcelona, ciudad de la que, según la radio, era originario el difunto Ramón Sabater.

—¿Heriberto? —pregunté.

—La madre que te parió, Ernesto. ¿Cómo se te ocurre llamarme a estas horas?

El inspector Heriberto Vázquez y yo nos habíamos conocido hacía cuatro años, en la investigación de un caso que había costado la vida a media docena de personas, incluyendo la de un agente de policía —ni más ni menos que un sobrino carnal del comisario Rejas—. Desde entonces habíamos vuelto a colaborar en varias ocasiones, en casos de menor calado que se habían desarrollado entre su ciudad y la mía. La última vez que nos habíamos visto había sido poco antes del verano, cuando Heriberto tuvo que supervisar el arresto de un par de mangantes que habían apuñalado a una señora en Barcelona —sin causarle la muerte— y habían huido hasta Madrid en una motocicleta robada con la intención de tomar en Barajas un avión a Sudamérica. Heriberto había pasado en la capital dos noches. En la segunda de ellas nos cogimos una borrachera de aúpa y terminamos yéndonos a dormir a mi apartamento casi a las ocho de la mañana.

—Necesito que me ayudes con una cosa —dije.

—Una cosa muy urgente, espero. Me has sacado de la cama, mamonazo.

—Necesito que me mandes toda la información que puedas sobre un sacerdote llamado Ramón Sabater, de Barcelona.

—Un segundo, que lo apunto por aquí en alguna parte… Ramón Sabater, ¿por qué me suena el nombre?

—Es el cura que mataron anteayer en Toledo.

—Ah, sí, lo escuché en la radio. Pero ¿qué tienes que ver tú con eso? ¿Te han destinado allí?

—No, no. De momento sigo en Madrid.

—¿Entonces qué interés tienes en el tipo, si puede saberse?

—Puede que su muerte tenga alguna relación con otro asesinato ocurrido aquí.

—¿El del alemán? ¿Eres tú quien lo lleva?

—Quién si no. El más pardillo de la clase.

—O sea, que sí que va en serio todo esto. ¿Quieres que me ponga con ello ya mismo?

—Cuanto antes.

—De acuerdo.

—Llámame a la Jefatura antes de las seis y me cuentas lo que tengas.

—Joder, Ernesto. ¿Antes de las seis?

—Tienes cinco horas por delante, no te quejes tanto.

—Después de esto te tocará invitarme a una buena cena. Menuda nochecita me vas a hacer pasar.

4

Eran casi las dos cuando entré en casa, y poco más de las cinco cuando salí de ella. No pasé por el cuartucho a saludar a don Celestino porque no me parecieron horas de despertarlo, a pesar de que el viejo decía que apenas pegaba ojo por las noches. Yo por mi parte tampoco lo pegué: me tumbé en la cama a revisar papeles y enseguida caí en un duermevela ligero del que despabilé al poco rato. La ducha y el cambio de ropa terminaron de despejarme. Al llegar a comisaría me sentía un hombre nuevo, cargado de fuerzas por más que mis ojeras confesaran lo contrario.

No había hecho más que sentarme y desperezarme un poco ante el escritorio cuando sonó el teléfono.

—Al habla el capitán Dámaso Rego, desde la comandancia de Toledo.

La voz era firme y tan seca como mi garganta una mañana de Año Nuevo. Visualicé al capitán erguido y saludando marcialmente frente al teléfono mientras se presentaba a sí mismo.

—Al habla el inspector Ernesto Trevejo —repliqué, procurando no sobrepasarme con el choteo.

—Me dicen que ha estado usted preguntando por mí, inspector.

—Sí. Espero que no le haya molestado que lo despierten tan temprano.

—Con la que tenemos liada por aquí no he podido conciliar el sueño, así que no importa.

—Me hago cargo. Por aquí estamos igual.

—¿También han tenido jarana?

—Desde ayer también tenemos formada una bastante maja, sí. Igual sabe de lo que le hablo…

—Pues no, la verdad.

—¿No escuchó ayer la radio?

—No tuve oportunidad.

A grandes rasgos, le describí el hallazgo del cuerpo en el Instituto Goethe y las actuaciones que habíamos llevado a cabo hasta entonces, subrayando la implicación del Ministerio de Asuntos Exteriores en el asunto. El capitán escuchó en silencio, asintiendo en cada una de mis pausas.

—Y bien —repuso, una vez que terminé mi explicación—, ¿qué tiene que ver todo eso conmigo?

—Verá, capitán. Ayer repasando cierta documentación relativa al Instituto Goethe me di de bruces con un nombre que quizá le resulte familiar: «R. Sabater».

—¿Ramón Sabater?

—La «R» podría ser de Ramón, sí. Pero no lo sé con seguridad.

—¿No lo sabe?

—Todo lo que aparece en el documento es esto: «R. Sabater». Se dice que es un sujeto que colaboró de algún modo con el Instituto Goethe a finales de mayo de este año. No hay más información al respecto.

Dudé en si debía prepararme para un estallido de furia del capitán por hacerle perder el tiempo o esperar que directamente colgara el teléfono. Al escucharme a mí mismo exponer en voz alta el descubrimiento, me había percatado de su fragilidad. ¿Cuántos «R. Sabater» debía de haber en España? Puede que varios centenares. No había una sola razón de peso que justificara la urgencia de mi llamada de unas horas antes. El coñac y el cansancio me habían jugado una mala pasada.

—Escuche —dije, adelantándome a lo que pudiera venir—. No estoy en disposición de confirmar que nuestro crimen y el suyo estén de algún modo relacionados. Pero en vista de la gravedad de ambos considero que es una posibilidad que deberíamos descartar cuanto antes, por el bien de todos.

El capitán calló durante un lapso que juzgué inadmisiblemente largo. Pero al cabo, respondió:

—Estoy de acuerdo con usted. ¿Qué es lo que necesita?

Le pedí que me enviara esa misma mañana una copia de toda la documentación sobre su caso y que, para ahorrar tiempo, me resumiera en ese mismo momento los pormenores y el estado en que se encontraba la investigación. Así lo hizo.

El capitán me explicó que los cadáveres del sacerdote y su ama de llaves habían sido hallados en la mañana del domingo por un vecino de Yepes con el que el sacerdote solía pasear los festivos antes de misa. El vecino pasó a buscarlo y al encontrar la vivienda cerrada, cosa extraña al parecer según su costumbre, accedió al interior con una copia de la llave que el sacerdote le había proporcionado para emergencias. Al descubrir los cadáveres corrió a buscar ayuda y la Guardia Civil se presentó en el lugar. El cadáver de Ramón Sabater Arias, de setenta y cuatro años, estaba en el dormitorio principal de la primera planta, desnudo y maniatado al cabecero de la cama con alambre. Presentaba diversos cortes y contusiones por todo el cuerpo, y todo apuntaba a que habían acabado con él con una puñalada en el corazón. A los pies de la cama, cerca de la puerta, bocabajo y vestida con un camisón azul, estaba el cadáver de la mujer, Magdalena Suárez Morán, de sesenta y un años. También presentaba signos de haber sido maniatada, aunque no de que hubiera sufrido una tortura semejante a la del sacerdote. A priori, los forenses no le detectaron a ella otra lesión más que un fuerte traumatismo en la base del cráneo provocado con un objeto contundente —una barra de hierro o quizá la culata de un arma, aventuró el capitán— que con toda probabilidad le había causado la muerte de manera instantánea.

—Tuvieron que matarlos la noche anterior —concluyó el capitán—. El sábado por la tarde varios testigos los vieron a ambos paseando por el pueblo. Como máximo debieron de pasar unas doce horas hasta que los encontraron muertos. La casa está situada en las afueras, y por eso es normal que nadie oyera nada. Tampoco nadie vio a ninguna persona extraña merodeando por el pueblo ni esa tarde ni en días anteriores. Ahora mismo, la única hipótesis razonable es que se tratara de un robo. Entraron a robar, las víctimas se resistieron, y los asaltantes terminaron con ellos. Aunque no parece que falte nada de valor de la casa, es posible que hubiera oculto algún dinero que hayan podido llevarse, y que precisamente por eso torturaran al cura, para que les dijera dónde guardaba sus ahorros o los de la mujer. O también puede ser que originalmente no tuvieran intención de matar a nadie, y que se pusieran nerviosos al matarlos a ambos y se fueran

corriendo con las manos vacías.

—Ya.

El *modus operandi* coincidía en parte con el crimen del Instituto Goethe —el cura y el profesor habían sido inmovilizados con alambre, torturados y ejecutados, uno mediante estrangulamiento y el otro apuñalado—, y también las fechas cuadraban: el asesino o asesinos pudieron desplazarse hasta la provincia de Toledo en la misma noche del viernes o en la jornada del sábado y matar a Ramón Sabater y a su ama de llaves apenas veinticuatro horas después de haber asaltado el Instituto Goethe. En cuanto a la hipótesis del robo, también era la que nosotros manejábamos en nuestro caso. Al menos de cara a la galería. No me cupo duda de que el capitán Rego se había percatado de estas coincidencias, y que eso era lo que le había movido a no colgarme el teléfono.

—Esa mujer, Magdalena… —dije.

—Era la manceba del cura, sí —se adelantó el capitán—. Todo el pueblo estaba enterado. La casa la había pagado él, pero estaba a nombre de ella, que era quien vivía allí de continuo. Él iba y venía desde Toledo una o dos veces a la semana.

—El padre Sabater llevaba una doble vida, entonces.

—Yo no diría tanto como eso, porque como le digo su situación personal era bien conocida. No solo en Yepes sino en el obispado. Su relación con esta mujer venía de largo. No era ningún secreto para nadie.

—¿Dice que la casa del pueblo la había pagado él?

—Eso nos han dicho los vecinos, pero aún no nos hemos puesto a ahondar en ello.

—Pues igual sería interesante que lo hicieran pronto. Porque ¿de dónde puede sacar el dinero un cura para pagarle una casa a su querida?

—Tengo entendido que este cura en concreto venía de buena familia.

—Razón de más para investigar el tema. Usted mismo ha dicho antes que es posible que los asaltantes fueran buscando dinero… De primeras, la casa de un cura no parece el objetivo más rentable. Salvo que supieran con seguridad que iban a encontrar un buen botín. Por ejemplo, si sabían que ese cura, que como dice usted venía de buena familia, había tenido dinero suficiente para comprarse una casa.

—No me lo había planteado de ese modo, pero sí, puede que esté usted en lo cierto.

—Además, habría que comprobar si el alambre con que ataron al cura es del mismo tipo que con el que ataron al profesor.

—No será difícil que sean idénticos, aunque no creo que eso vaya a probar nada… El que usaron con el cura es un alambre fino normal y corriente, del que se puede encontrar en cualquier parte.

—¿Qué puede decirme del padre Sabater, así en general? ¿Qué clase de hombre era?

—Pues un hombre de Iglesia, creyente y estimado por todos.

—¿A pesar de vivir en pecado con una mujer?

—A pesar de eso, sí. No era de Toledo, pero por aquí se le tenía en buena consideración. Se vino de Cataluña hace años por su amistad con el arzobispo.

—¿El arzobispo Plá y Deniel?

—El mismo, sí. Se conocían desde niños, fueron juntos al colegio allá en Barcelona, y nunca perdieron la relación. Su excelentísimo está muy afectado por la pérdida. Ayer mismo pude hablar con él personalmente. Se presentó en la comandancia para preguntar por la investigación y para desearnos que la concluyéramos con éxito y celeridad.

—¿Lo dice en serio?

—Por supuesto. Pero tampoco es tan raro. Yo mismo soy también buen amigo del arzobispo. Bueno, no sé si tanto como buen amigo, pero coincidimos a menudo y nos tenemos cierta confianza. No nos queda otra. A fin de cuentas, Toledo es una ciudad pequeña.

—Entiendo.

Al comienzo de la guerra, entonces como obispo de Salamanca, Enrique Plá y Deniel se convirtió en uno de los faros morales del franquismo con una pastoral que preconizaba el Alzamiento como una cruzada «por la Religión, por la Patria y por la Civilización». Además, ofreció su palacio episcopal para que sirviera de cuartel general del ejército franquista. Pocos años después, el papa Pío XII lo ascendió a arzobispo primado de Toledo, posiblemente el cargo de mayor relevancia dentro de la Iglesia en España. A su santidad debió de impresionarle su hoja de servicios.

—Contando con la bendición del arzobispo no les costará mucho resolver el caso —dije.

—Ya sabe lo que dicen, inspector: el hombre propone y Dios dispone. Hasta donde yo sé, el arzobispo todavía no es santo, así que ya veremos qué ocurre.

—¿Tan complicado lo ve?

—Por ahora no hemos avanzado nada, si tengo que serle sincero. Hemos recogido decenas de testimonios, pero seguimos sin tener nada sólido a lo que agarrarnos.

—En eso estamos a la par. Mándeme toda la información disponible en cuanto pueda, y yo haré lo propio con la nuestra. Adiós y suerte, capitán.

En el tiempo que quedaba para las seis terminé de redactar las listas de personas de interés para la investigación, y todavía me sobraron unos minutos para bajarme a por un desayuno en el bar Sol. No iba muy a menudo porque no era barato y porque el ambiente era demasiado distinguido para los inspectores de a pie —era donde solían tomar café y almorzar los altos mandos—. Sin embargo, dado lo temprano de la hora, dudaba de que fuera a encontrar otro local abierto en muchas calles a la redonda.

A las seis en punto, todavía con el café y los dos churros en la garganta, regresé a comisaría. Me avisaron de que volvían a preguntar por mí en el teléfono. Era Heriberto. Sonaba cansado, pero también satisfecho.

—Vaya paliza, tú. No había pasado una noche peor desde mis guardias nocturnas en la mili. Pero bueno, todo sea por una buena causa. Te cuento: en los archivos no teníamos nada sobre ningún Ramón Sabater, pero he despertado a una docena o dos de personas y he averiguado algunas cosas. Sabater estuvo de sacerdote en distintas parroquias cercanas a Barcelona durante casi cuarenta años, hasta que hace cuatro se marchó a Toledo. Por aquí todavía lo recuerdan bastante, y no con cariño precisamente. No pasó nunca de sacerdote, pero igualmente se le consideraba un personaje con cierto poder dentro de la Iglesia en Cataluña. Trataba de tú a tú con obispos y también con políticos y empresarios de renombre, y lo invitaban a todos los saraos. Al parecer tenía muchos amigos y muy bien situados. Provenía de una familia burguesa, gente de pasta. Ya sabes que por aquí las pesetas y los padrenuestros van siempre de la mano. Bueno, como en todas partes. Lo de quedarse en sacerdote es de suponer que fue por voluntad propia, porque tenía pedigrí para picar mucho más alto. Puede que prefiriera llevar una vida más discreta, ser una personalidad en la sombra ya que, según dicen, era un habitual de los locales de ocio de peor estofa del Barrio Chino, donde casi cada noche se le veía alcoholizado y rodeado de mujeres de mala vida. Y hasta de algún que otro hombre. No creo que hubiera podido llevar una existencia así de liviana si le hubieran colocado una mitra de obispo en la cabeza, es a lo que me

refiero. Y lo de que no lo recuerdan con cariño, pues bueno, va en relación con lo anterior: los borrachos no suelen tener un carácter comedido, y los ataques de ira de Sabater eran frecuentes e impredecibles. Lo temían tanto sus feligreses como sus superiores, que no podían hacer nada por controlarlo. Principalmente porque, entre otras cosas, era íntimo del arzobispo Plá y Deniel. Pero sus amistades iban más allá de España. En su día viajaba a menudo al Vaticano. Hay quien me ha asegurado incluso que se vanagloriaba de haber mantenido audiencias con el mismísimo Pío XII, aunque vete tú a saber. Lo que está claro es que no era un cura normal y corriente. Quiero decir que no creo que a alguien así lo maten por casualidad, ya me entiendes.

—Perfectamente. Te has ganado el azucarillo.

—Una cosa más: si quieres que siga con esto, tendrás que hacer que tu comisario nos envíe una orden por el cauce oficial. No puedo molestar a más gente sin permiso de los de arriba.

—Lo hará a lo largo de la mañana, no lo dudes. Tú sigue adelante. Luego hablamos.

5

El comisario entró en la sala pocos minutos después y me ordenó que lo siguiera hasta su despacho. Allí, mientras los primeros rayos de sol iban alumbrando la plaza al otro lado de la ventana, repasé con él todo el trabajo que había realizado durante la noche. El comisario dio el visto bueno a mi labor, aunque prefirió no darle prioridad a la coincidencia del apellido «Sabater» en los dos crímenes y continuar con los interrogatorios según las listas de personas relacionadas con el Instituto Goethe y de sospechosos que yo había preparado. Estábamos terminando cuando llamaron a la puerta. Era Jesús Turégano, pero esta vez no venía solo. Lo acompañaba el ministro Castiella en persona.

—Aquí lo tienen —dijo el ministro, tomando asiento a mi lado sin mayor formalidad; solo había dos butacas frente a la mesa del comisario, pero a su subordinado, Turégano, no pareció importarle: se colocó de pie en el mismo lugar que la tarde anterior, como para atender a la conversación desde la distancia, con cierta perspectiva. No había cambiado su atuendo veraniego —. Este es el *ABC* de esta misma mañana —el ministro depositó el diario sobre la mesa; por cómo venía doblado era evidente que aún no lo había abierto nadie—. Primera página, nada menos. Y la noticia aparece también en la primera del *Arriba*, y de *La Vanguardia*, y en la de todos los diarios del país. Y según me cuentan ocupa también alguna primera página allá en Alemania. Así que díganme que tienen algo con sustancia para hoy. Hay que apagar este incendio cuanto antes.

El comisario se aprestó a explicar todo lo que yo le había explicado a él minutos antes. Mientras, yo tomé el periódico y me puse a hojearlo. El titular sobre la muerte del profesor Kochanski rezaba: «Brutal homicidio en el Instituto Goethe de Madrid». Venía acompañado de una fotografía a todo color del edificio, que identificaba como «Villa Armbrüster». El *ABC* no era un periódico sensacionalista —al menos no en lo relativo a los crímenes sangrientos— y no era común que una noticia así lo encabezara. Debía de haber pesado, por supuesto, que el crimen hubiera ocurrido en el opulento barrio de Salamanca, y también la ausencia de otras noticias de más trascendencia de las que informar en aquel martes 30 de agosto. De hecho, la siguiente noticia que recogía el diario eran los resultados de las pruebas olímpicas. Lo del crimen de Toledo solo se citaba en una página interior, sin demasiado bombo. Era de suponer que los editores del diario debían de haber decidido —posiblemente sin necesidad de que nadie los presionara— que no era prudente airear demasiado un suceso como aquel, que no dejaba en muy buen lugar a un miembro del clero.

—¿He oído bien? —preguntó de pronto el ministro, sacándome de mi ensimismamiento. Me había abstraído observando la fotografía del padre Sabater que acompañaba la noticia sobre su muerte. Era una fotografía cuya fecha y origen no se especificaban, aunque sin duda era antigua: el sacerdote no aparentaba más de cuarenta y tantos o cincuenta años; tenía el cabello ya blanco, pero sus rasgos eran todavía jóvenes. Aparecía rodeado de otras personas en lo que debía de ser algún tipo de acto público e iba vestido con sotana negra y alzacuellos—. ¿Piensan que lo nuestro puede tener algo que ver con lo ocurrido en Toledo, con la muerte de ese sacerdote?

El comisario me suplicó ayuda con la mirada.

—No pensamos nada todavía —maticé, doblando el periódico con cuidado—. Seguramente la coincidencia del apellido sea solo una casualidad.

—No me jodan, hombre. Pues claro que es una casualidad. ¿Qué relación va a haber entre que maten a un cura en un pueblo perdido de Toledo y que maten a un profesor alemán en el centro de Madrid?

El ministro hablaba sin alterarse, pero con la vehemencia justa para que su voz sonara autoritaria.

—Por lo pronto —dije—, los dos crímenes han sucedido en dos noches consecutivas, con solo unas horas de diferencia y a apenas cien kilómetros de distancia. Además, las dos víctimas fueron inmovilizadas y torturadas antes de darles el pasaporte, con perdón. Y en ninguno de los casos existe aún un sospechoso o un móvil que resulten evidentes.

El ministro reflexionó unos instantes. Sus pensamientos debían de transitar por unos derroteros parecidos que los del capitán Dámaso Rego un rato antes. No se podía negar que mi razonamiento tuviera cierto sentido, pese a su vaguedad.

—Si ambos crímenes estuvieran relacionados uno con el otro —dijo—, entonces estaríamos ante qué: ¿un asesino múltiple? ¿Un loco desquiciado?

—Habría que verlo —respondí—, pero a mí no me encaja con la actuación de ningún loco. Son dos crímenes metódicos, casi diría que profesionales.

—¿Profesionales?

—Sí. Tengo el convencimiento de que quienes cometieron esos crímenes ya habían matado antes.

Mientras yo había estado distraído con el periódico, el ministro se había encendido un cigarrillo. El comisario le había arrimado su cenicero de plata con forma de caparazón de tortuga invertido, y el ministro lo tenía sujeto en su mano izquierda, como una copa de vino. Fumaba inclinándose ligeramente hacia adelante para que la ceniza no fuera a pararle a la chaqueta.

—¿Cuánto tardaran en averiguar si existe relación entre ambos casos?

—Depende —respondí—. Esta mañana nos mandarán información desde Toledo y también desde Barcelona, y trataremos de ver si el sacerdote mantenía alguna conexión con el Instituto Goethe. También hay que desentrañar quiénes son las demás personas de la lista donde ha aparecido el nombre «R. Sabater» y qué contribución han hecho al Instituto. Para ello lo más rápido será interrogar a la empleada que redactó el documento, la señora Mary Clarke. —Pronuncié el nombre reproduciendo el de la revista francesa *Marie Claire*, algo así como «Mari-Cler»; el ministro no me corrigió, así que di por buena mi pronunciación—. Ayer no hablamos con ella porque se encontraba de vacaciones, y eran tantos los interrogatorios pendientes que no vimos urgencia en enviar a nadie a buscarla. Pero le tocaba incorporarse al trabajo esta semana, así que, si acaso ha estado fuera del país, ya debe de estar de vuelta. Esta misma mañana hablaré con ella.

La reunión no se prolongó mucho más. Tras resolver algunas dudas del ministro, este me despidió para poder hablar en privado con mi comisario acerca de la repercusión política y mediática del crimen. Turégano abandonó el despacho conmigo.

—¿En serio piensa que esto puede estar vinculado con lo de Toledo? —me preguntó mientras nos dirigíamos juntos hacia las escaleras. Exageró el tono cómplice y casual, lo que hizo que se me encendieran todas las alarmas.

—Es posible —dije, adoptando un tono de voz parecido—. Pero sería mejor para todos que no fuera así.

—Eso seguro. Le pongo al tanto de que el señor ministro es un propagandista católico…

—Sí, ya lo sabía.

La Asociación Católica de Propagandistas era una organización que operaba en paralelo a las instituciones oficiales del Gobierno desde antes de la guerra. Tras la victoria de Franco, la facción de los propagandistas —defensora de que el dogma católico debía superponerse a los intereses de cualquier tipo, incluidos los económicos— se había convertido en una más de las que conformaban el armazón ideológico del Régimen, junto a los falangistas, los carlistas y los monárquicos, con quienes los propagandistas no siempre andaban a partir un piñón. Las pugnas internas por el poder en el Consejo de Ministros y otros organismos gubernamentales, aunque no siempre eran recogidas en la prensa, constituían un tema de debate habitual entre los funcionarios del Estado —incluidos, claro, los policías—. Los propagandistas, entre quienes se contaba Castiella, pese a su fama de aperturista, habían llevado durante mucho tiempo la voz cantante en dicho Consejo, pero habían perdido fuerza en los últimos años por la promoción de una nueva hornada de ministros de otro grupo católico de posiciones aún más radicales que ellos en el terreno moral, pero de mentalidad más pragmática en lo tocante a la economía: el Opus Dei.

—El señor ministro está sometido a mucha presión por este asunto —me explicó Turégano—. A mucha más que ustedes, aunque no se lo crean. Pese a su currículo intachable de persona entregada a la causa patriótica y al catolicismo, los hay que le tildan de blando. Creen que de tanto juntarse con mandatarios extranjeros, la mayoría protestantes o directamente ateos, se le ha suavizado el discurso, y que de seguir por esa senda puede terminar por abrir la puerta a la aconfesionalidad en nuestras instituciones. Siendo así, comprenderá que su gestión en este asunto, con un muerto que no solo no es español, sino que además es judío, esté siendo observada con lupa por sus rivales. Si el culpable resultara ser católico, o si el motivo del crimen tuviera la más mínima relación con la religión, no le quepa duda de que saldrían a relucir los puñales. Figúrese: un ministro propagandista teniendo que dar explicaciones en la prensa internacional porque un católico español haya matado a un judío alemán… Ya me dirá de qué manera se podría mantener el buen nombre de la Iglesia patria a la vez que se manifiesta una condena enérgica a lo ocurrido. Sería un sapo muy duro de tragar, hasta para alguien tan capacitado como el señor Castiella.

Nos habíamos detenido al final del rellano de la primera planta. Turégano se disponía a continuar hasta la baja, yo me quedaba allí.

—Si es cierto que a ese cura de Toledo lo ha matado la misma persona que al profesor Kochanski —continuó—, sería imposible mantener la cuestión religiosa al margen de todo esto. Quizá no se haya enterado, pero ayer mismo el nuncio del Vaticano expresó públicamente sus condolencias por el asesinato del padre Sabater. De confirmarse la relación entre los crímenes, estaríamos hablando de una crisis con tantas implicaciones dentro y fuera de España que aterra solo imaginarlo. Por eso es vital que usted más que nadie, por ser quien va a seguir más de cerca

todas las diligencias que se lleven a cabo, sepa guardar la discreción y cuidarse de ir por ahí difundiendo rumores que por ahora carecen de fundamento. No sé si me está entendiendo.

—Creo que sí.

—Bien, me alegro. —Turégano bajó un par de escalones, pero se detuvo y se volvió a mí de nuevo—. Por cierto, ha de saber que es justo por esto por lo que su comisario y el ministro lo eligieron a usted para este caso. Puede que haya mejores detectives en este edificio, pero según dicen no hay ninguno que sepa manejarse mejor que usted en este tipo de situaciones.

—¿Qué situaciones?

—Las situaciones, y perdone el exabrupto, en las que la mierda está a punto de rebosar por el borde del vaso. Que tenga un buen día, Trevejo.

6

Aguardé en mi escritorio unos minutos hasta que el comisario y el ministro terminaron su encuentro a solas. En cuanto vi que el segundo bajaba las escaleras subí de nuevo al despacho para organizar con el comisario el trabajo de aquella mañana. Este, además de facilitar al juzgado toda la información —el juez que llevaba la causa no había mostrado al parecer ningún reparo en dejarnos hacer a nuestro antojo, remitiéndonos posteriormente las órdenes judiciales pertinentes —, mandaría a una docena de agentes que se ocuparan de los interrogatorios a los delincuentes habituales de los bajos fondos y los empleados del Instituto Goethe, a excepción de la tal Mary Clarke, de la que me encargaría yo personalmente. De este modo ningún otro agente se enteraría de la posible conexión entre los dos crímenes. No era habitual tal despliegue de medios —lo habitual era que un par de inspectores se ocuparan de todos y cada uno de los interrogatorios—, pero claro, este no era un caso cualquiera, y el reloj corría en nuestra contra. Especialmente si, como había apuntado el doctor Rozas la mañana antes, el responsable o responsables podían ser extranjeros que planearan salir de España en cuanto pudieran, si no lo habían hecho ya.

Según la documentación del Instituto, la señora Mary Clarke se alojaba en una pensión en el barrio de Gaztambide. A las ocho en punto tomé un taxi hasta allí. En otras circunstancias hubiera hecho algo de tiempo, como mínimo hasta las nueve, porque no era de buena educación sacar de la cama a nadie que no fuera sospechoso de ningún delito. Pero no estaba en disposición de tales sutilezas. Llamé al timbre y me abrió una mujer de unos sesenta años, gruesa y vestida con una bata rosa de boatiné.

—Busco a la señora Mary Clarke —dije, a la vez que mostraba mi placa.

La mujer no pareció impresionada y de hecho creo que le hubiera sido indiferente que le hubiera mostrado un carné de biblioteca.

—¿La americana? Está durmiendo. Esa nunca madruga.

—Pues tendrá que despertarla.

—¿Piensa arrestarla? Lo digo porque no querría que se armara un escándalo. Esta es una casa decente.

—Solo quiero hablar con ella.

—Bueno, pase.

La pensión, pese a lo que me había esperado a juzgar por la apariencia y los modos de la patrona, no era una de esas covachas oscuras y mal ventiladas que abundaban en la ciudad; al contrario, era grande y luminosa, con paredes empapeladas de azul cielo y muebles de nogal. No

hubiera sabido decir si era tanto como un alojamiento de lujo, pero desde luego parecía lejano a las posibilidades de la mayoría. Un alojamiento apropiado, pensé, para un diplomático extranjero de rango medio o bajo, lo que al cabo venía a ser la señora Clarke.

La patrona me invitó a tomar asiento mientras ella iba en busca de su huésped. Regresó al cabo de un par de minutos y preguntó si querría tomar un café o una infusión mientras esperaba a que la señora estuviera presentable. Rechacé la oferta y ordené que nos dejara solos. Con una mueca de fastidio, la mujer se metió en una de las habitaciones. No me cabía duda de que permanecería con el oído pegado a la puerta lo que durara la conversación.

La señora Clarke apareció casi quince minutos después, cuando yo ya había perdido la paciencia y estaba a punto de ir a por ella. Teniendo en cuenta su bagaje académico, había calculado que rondaría los sesenta años, pero erré el cálculo como mínimo por una década. No era una jovencita, pero tampoco una anciana; así, a ojo de buen cubero, la ubiqué hacia el final de la cuarentena. Tenía un cuerpo delgado aunque de hombros anchos, como de nadadora olímpica retirada, el cabello castaño claro, los ojos azules y la piel tostada, una combinación de rasgos exótica, casi inconcebible, que de primeras causaba un efecto turbador. Era como mirar dos mujeres distintas, una nórdica y una gitana, fundidas en una sola. Como remate, llevaba un vestido beis con flores estampadas, con falda de vuelo, pero ajustado a la cintura, y sandalias de tiras, más propias de una turista que de una catedrática.

—¿Es usted la policía?

Aún más que su aspecto, me sorprendió descubrir que no tenía el más mínimo acento extranjero. De hecho, poseía un cierto deje del sur, como el que conservan los andaluces que llevan mucho tiempo viviendo fuera de su tierra.

—Soy el inspector Ernesto Trevejo, de la Brigada Criminal —me presenté.

—¿La Brigada Criminal? Esa no es la de las cosas políticas, ¿verdad?

—No, señora Clarke. No lo es.

Se sentó al borde de uno de los sofás que había en el centro de la sala, uno a cada lado de una pequeña mesa de cristal ovalada. Yo dudé en si sentarme al otro extremo del mismo sofá en que estaba ella o en el que quedaba enfrente. Me pasó como al asno de Buridán, y al final me quedé de pie.

—¿Qué es lo que quiere de mí, inspector? ¿Le importa que me encienda un cigarrillo?

Sin darme tiempo a responder a ninguna de las preguntas, sacó un paquete de tabaco y un mechero de algún bolsillo o pliegue del vestido —tabaco rubio, americano, por supuesto— y se lo encendió. Me ofreció el paquete, pero negué con la cabeza —no sé por qué; igual porque habitualmente en esas situaciones suelo ser yo quien ofrece tabaco—. Lógicamente, me arrepentí al momento. Compartir tabaco siempre es una buena forma de romper el hielo.

—Lo que quiero de usted es que me hable de su trabajo en el Instituto Goethe.

—¿De mi trabajo?

—Y de su relación con su jefe, el señor Jude Kochanski.

Ella sonrió, supuse que por mi manera de pronunciar el nombre. Pero fue una sonrisa fugaz, que enseguida se tornó en un gesto de preocupación.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—El señor Kochanski fue asesinado hace tres días —respondí; en circunstancias parecidas, normalmente prefería jugar un poco con la persona a la que interrogo, preguntarle primero dónde estuvo a la hora del crimen y ese tipo de cosas, para ir observando progresivamente sus reacciones, pero en aquel caso juzgué más apropiado arrojar la noticia de sopetón, ya que algo

me decía que a aquella mujer era mejor no concederle el más leve margen para la reflexión, porque si lo hacía corría el riesgo de que me embaucara; de hecho, y siendo sinceros, en parte ya me sentía embaucado por ella, e ignoraba el motivo.

—¿Cómo dice?

—Que lo han asesinado. Hace tres días. Encontramos el cuerpo en su despacho ayer por la mañana.

—No puede ser cierto.

—Me temo que lo es.

Su reacción, primero de desconcierto y luego de dolor, llevándose las manos a la cara, me pareció genuina. Aunque tampoco hubiera puesto la mano en el fuego.

—¿Cómo ha sido? —preguntó—. ¿Quién lo ha matado?

—Le ataron un cable al cuello y lo asfixiaron, después de torturarlo salvajemente. Todavía no sabemos quién lo hizo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? Jude era un hombre maravilloso. ¿Quién ha podido hacerle algo así?

—No lo sabemos.

Comenzó a llorar y el cigarrillo se le cayó de los labios a la mullida alfombra de piel que cubría el suelo. Me aproximé y lo recogí antes de que la prendiera, apagándolo de un soplido y arrojándolo sobre el cenicero, también de cristal, que había sobre la mesa. Le permití desahogarse unos instantes.

—¿Cuánto hace que lo conocía? —pregunté, al cabo.

—¿A Jude? Pues desde hace unos cinco años. Desde que abrieron el Instituto Goethe en Madrid y me ofrecieron venir a trabajar a él.

—¿No lo conocía de antes?

—No. ¿Por qué iba a conocerlo de antes?

—Los dos estudiaron en la misma universidad.

—En Colonia, sí. Coincidimos allí en la misma época, pero no nos llegamos a cruzar nunca. Él por entonces ya era catedrático, y yo solo una estudiante. Además, él se había especializado en Lingüística, y yo estudiaba Arte.

—Luego los dos se marcharon a los Estados Unidos, ¿tampoco se conocieron allá?

—No. No sé en qué año se trasladó él exactamente. Yo llegué en el 37, un par de años después de doctorarme y tras pasar un tiempo aquí, en España. Pero íbamos a universidades distintas, y si alguna vez coincidimos en algún congreso o algo similar, no fuimos conscientes de ello.

—¿Estuvo usted en España durante la guerra?

—Sí. Justamente estaba en Madrid en julio del 36, cuando empezó todo. Mi tesis doctoral trataba sobre la pintura española del Barroco, y cada verano me venía para acá desde Alemania para visitar ciudades y museos.

—Y así aprendió español…

—No. Lo hablo desde niña. Por eso escogí ese tema para mi tesis. Aunque le parezca un poco raro, nací en Huelva.

—¿Huelva?

—Sí. En Nerva. Mi abuelo se vino desde Alemania con su familia para trabajar como ingeniero en las minas de Riotinto a comienzos de siglo. Una de sus hijas, mi madre, se enamoró de uno de los socios españoles, y se casó con él. De ese matrimonio nací yo.

—O sea que es usted española de nacimiento.

—Sí. Me crie a caballo entre España y Alemania. Mi madre nunca quiso que perdiera mis raíces alemanas, y cuando mi abuelo se jubiló y se volvió para su patria, mi madre me mandó con él. Me pasé toda la adolescencia de un país a otro, sin saber nunca si era una alemana que vivía en España o una española que vivía en Alemania.

—Pero ahora es usted estadounidense…

—Eso vino después. En el 37 conseguí una beca para Princeton y así pude salir de España. La otra opción hubiera sido volverme a Alemania, pero por allí no corrían buenos tiempos para gente como yo.

—¿Gente como usted?

—Sí, los mestizos. Yo no tengo ni una gota de sangre judía, pero salta a la vista que estoy muy lejos del prototipo de mujer aria. Además, por entonces me apellidaba Martínez. María Martínez Scheit. Digamos que no corría riesgo de que me internaran en un campo de concentración de esos de los que se multiplicaban por entonces en Alemania mientras el mundo miraba a otro lado, porque mi familia materna me hubiera protegido, pero tampoco iba a tenerlo sencillo para hacer carrera por mí misma. Y jamás me hubiera casado con un nazi solo para prosperar en aquel país. Así que mis opciones eran permanecer en España, en plena guerra, o languidecer en algún colegio o universidad alemana haciendo el saludo fascista al inicio de cada clase. La beca que me concedieron desde Princeton fue mi tabla de salvación. En teoría era solo para un año, dedicado a la docencia y la investigación, pero al poco tiempo conocí al que sería mi marido, George Clarke, un estudiante de economía unos años más joven que yo. Nos casamos precipitadamente para evitar mi regreso a Europa y vivimos juntos en un pequeño apartamento en Nueva York durante cuatro años. Los cuatro años más felices de mi vida, y quiero pensar que también de la suya hasta que…

—Continúe —la invité, advirtiendo la vacilación de su voz.

—Hasta que la guerra nos alcanzó. A él lo enrolaron en el ejército en el 42 y lo enviaron al Pacífico. Lo mataron en una isla del Japón solo seis meses antes de la victoria de los Aliados, y yo me quedé sola y viuda en América, sin posibilidad de regresar a ninguna de mis dos patrias. Mis padres y mis abuelos habían muerto en el tiempo que yo había estado fuera, y tanto España como Alemania eran naciones miserables, en ruinas, donde yo no podía ni soñar con encontrar un trabajo digno y establecerme por mi cuenta.

Se había ido serenando mientras hablaba: su voz había ido cogiendo fuerza y sus lágrimas se habían secado, aunque todavía tenía los ojos húmedos y enrojecidos. Le ofrecí mi pañuelo para que se los enjuagara, pero lo rechazó.

—Durante todo ese tiempo seguí trabajando para Princeton de modo intermitente, como profesora e investigadora asociada —continuó—. Intenté obtener una cátedra fija, pero me fue imposible. Ni siquiera siendo la viuda de un soldado americano conseguí que me consideraran al mismo nivel que mis colegas masculinos, a pesar de que hasta me cambié mi nombre de pila a «Mary» para que sonara más anglosajón. Es triste reconocerlo, pero entre lo que me pagaba la universidad y la pensión de viudedad que me pasaba el Gobierno estadounidense, apenas me alcanzaba para salir adelante, y pasé unos años muy complicados. Mucho después, creo que a finales del 55, a través de una vieja amistad que tenía en Alemania, me llegó la noticia de que estaban buscando personal para distintas sedes del Instituto Goethe que iban a abrir por toda Europa, y no me lo pensé dos veces antes de proponer mi nombre. Tenía la esperanza de que, si me contrataban, me enviaran a Inglaterra o a Francia, porque temía lo que podía encontrarme si venía a la España del general Franco, tan distinta a la España en que yo me había criado. Pero

lógicamente, con mi ascendencia familiar hispano-germánica y mi currículo académico, no iban a enviarme a ninguna otra parte. Y así ocurrió: me contrataron y me enviaron a España, y aquí llevo desde entonces. Vivo sin mayores apuros y estoy bastante satisfecha con mi trabajo, aunque sigo sin adaptarme del todo al ambiente de cuartel y de sacristía que se respira en el país.

Mary tomó la colilla del cenicero y se la volvió a colocar en los labios, reencendiéndosela. Hablar la tranquilizaba, era evidente, por ello procuré no interrumpirla.

—Aunque en el fondo no debería sorprenderme tanto —añadió, soltando una bocanada de humo lenta, con la vista perdida en la ventana frente a ella; al otro lado había un edificio de viviendas, tan anodino y gris como el resto en aquella calle—. Del ambiente del país, digo. Ha sido siempre igual. La mentalidad de los españoles no ha cambiado nada en los últimos cuatro siglos. Yo crecí y me hice mujer cuando las cosas no estaban mucho mejor que ahora, pero al menos había esperanza: republicanos, socialistas, anarquistas… Se confiaba en que más pronto que tarde llegaría un cambio, una revolución. Y la revolución llegó, pero fue pasajera, luego vino la guerra, y ahora todo está peor que nunca.

Tras otra larga calada, con la que finiquitó el cigarrillo, se volvió hacia mí y me miró como si de repente reparara en que no estaba hablando sola, sino para mí, para colmo un agente de policía.

—Pero usted no ha venido aquí a que yo le cuente mi vida —dijo, y así era, por supuesto; sin embargo, la había dejado explayarse porque me había dado cuenta de que a ella la tranquilizaba hacerlo, y me convenía que estuviera tranquila para que fuera más sencillo hacerla colaborar con la investigación. Y también, claro, porque yo no podía estar seguro de si algo de lo que había contado resultaría relevante en el futuro. Aún estaba haciéndome el mapa mental de aquel caso; no estaba en disposición de descartar ningún dato, por nimio que me pareciera—. Lo que querrá saber es si tengo alguna idea de quién ha podido matar a Jude y por qué, ¿no es así? Y también querrá saber dónde estaba en el momento en que lo mataron, si tenía buena relación con él y todas esas cosas que preguntan los detectives de las películas cuando ocurre un suceso como este, ¿me equivoco?

—No se equivoca —respondí.

—Pues bien, no sé por qué nadie podría matar a un hombre como Jude. Era un ser humano excepcional. Serio, cordial y hasta cariñoso una vez que te tenía confianza. Estaba solo en Madrid, lejos de su familia, y como apenas chapurreaba español no hacía vida social más allá de acudir a las galas y eventos a los que le invitaban como director del Instituto. Su plan era volverse a Alemania dentro de uno o dos años. Todo lo que ganaba lo ahorraba para su jubilación. Le pasaba un poco como a mí: no terminaba de hacerse a la vida en España. Solo que en su caso era por ser demasiado alemán. No le iba el amiguismo y el mangoneo con que se consigue todo aquí. Tenía una ética de trabajo estricta y le gustaba mantener las distancias. De haber nacido español nunca habría llegado a nada con ese carácter.

—Pues habiendo nacido alemán, y además judío, tampoco creo que le hubieran ido muy bien las cosas de no haberse marchado a los Estados Unidos.

—No, claro. De hecho él perdió a dos de sus hermanos en los campos de exterminio.

—Y aun así, más adelante decidió volver a Alemania. ¿Por qué no se quedó en los Estados Unidos para siempre?

—Como le digo, él era muy alemán, y según contaba tampoco logró aclimatarse nunca al estilo de vida americano, y por lo que sé tampoco se aclimataron del todo su mujer ni su hija, que lo acompañaron en su exilio. Fuera de su patria se sentía un desgraciado. En cuanto pudo, hizo

las maletas para volver, porque pensaba que era su deber contribuir a la reconstrucción de la nueva Alemania. No podía desentenderse de esa tarea, decía, porque si las personas como él, las personas cultas, influyentes, no se involucraban, la nación volvería a cometer los mismos errores que en el pasado. Por eso aceptó el cargo de director del Instituto Goethe de Madrid en cuanto se lo ofrecieron, aunque no sabía ni una palabra de español, y aunque le suponía dejar su familia atrás, instalada cómodamente en Múnich. Aceptó sacrificarse de ese modo porque la difusión de la lengua y la cultura alemana desvinculada por fin del nazismo era para él la misión más ilusionante que podían encomendarle. A su modo, él era lo que se dice un patriota, uno de verdad.

—¿Cree usted que han podido matarlo por eso mismo, por su patriotismo, o tal vez por su religión?

—No lo sé, pero supongo que no. Si estuviéramos en Alemania, quizá, porque allí sigue existiendo odio a los judíos. Los nazis no se han evaporado y de hecho muchos siguen en el poder como si nada, como si la guerra y todo lo que condujo a ella no hubiera ocurrido nunca. Pero en Madrid no me parece probable.

—Aquí también hay muchos nazis. Y también muchos están en el poder.

Mary rio levemente mi comentario. Fue una carcajada breve, como un latigazo. Me había costado casi media hora hacerla reír: estaba perdiendo facultades, aunque había que tener en cuenta que las circunstancias no jugaban a mi favor, tratando la muerte de una persona cercana a ella. Sea como fuere, el comentario bastó para ganarme su favor. Noté cómo le mutaba el gesto, la voz, y hasta la mirada. De un plumazo, pasé de ser un extraño a ser algo distinto. No tanto como un amigo, pero sí tal vez un cómplice. Un aliado.

—No se crea, inspector —repuso—. Los fascistas españoles que están en el poder no son nazis, ni mucho menos. Son otra cosa parecida. No diré que mejor ni menos horrenda, pero no son nazis. El nazismo es algo propio del temperamento germánico. Hitler y Franco fueron socios, tenían intereses comunes, pero jamás hubieran podido ser amigos ni elaborar juntos un programa político. Porque a la hora de la verdad los fascistas españoles adoran los crucifijos, no las cruces gamadas, y en el nazismo auténtico no hay otro Mesías que el líder supremo.

Desde hacía bastante rato, desde que Mary mencionara la palabra «nazi», casi al comienzo del encuentro, había tomado forma en mi cabeza una idea que no había sabido introducir antes en la charla. Pero había llegado el momento.

—Pero aunque los fascistas españoles no sean nazis en sentido estricto —maticé—, lo cierto es que en España hay nazis. Nazis auténticos, provenientes de Alemania. Yo en estos años he conocido a unos cuantos. Y seguro que usted también, trabajando donde trabaja.

—¿Se refiere a criminales de guerra?

—No todos son criminales. O, mejor dicho, no todos están reclamados por la justicia, que no sé si es exactamente lo mismo. Pero sí, a ellos me refiero. Alemanes que no han venido a España solo en busca de sangría y buen tiempo.

—Ya, pues no sabría qué decirle. Seguramente Jude, por su cargo en el Instituto, se viera obligado a mantener contacto con ese tipo de gente a menudo, y quizá con alguno no terminara de congeniar, pero me cuesta imaginar que nadie pudiera llegar al extremo de matarlo. No digo que sea totalmente descabellado, porque entre ellos ha de haber muchos con las manos manchadas de sangre judía. Pero ya digo que me cuesta imaginar que un alemán haya podido matar a un compatriota suyo así, a sangre fría, en un país extranjero.

—Dígame, ¿dónde ha estado usted estos últimos días, del viernes hasta hoy?

Noté que mi pregunta la descolocaba. Seguramente porque la había formulado de manera demasiado brusca, en un momento poco apropiado. Por si acaso, aclaré:

—No se apure, no es usted sospechosa de nada. —Estuve a punto de añadir que no era sospechosa de nada «por ahora», pero probablemente eso habría sido la puntilla para terminar de ponerla en guardia—. Sé que ha estado usted de vacaciones, pero necesito que me cuente los detalles.

—Estuve unos días en Inglaterra y luego volé hasta Alemania. Desde allí volví en tren a Madrid haciendo paradas de varios días en distintas ciudades francesas. Siempre me voy de España en vacaciones. Para mí es como un respiro. Llegué a Atocha ayer a media mañana, y tenía pensado pasarme por el Instituto a saludar a Jude. Pero venía agotada y en vez de eso me vine directa a la pensión. No he salido desde entonces.

—Un *tour* como ese debe de costar un ojo de la cara.

Además, y esto era lo que en verdad me interesaba, más que su coste, un *tour* como ese debía de dejar tras de sí un rastro muy fácil de seguir en cuanto a horarios de líneas y facturas de transportes y hoteles. Cabía suponer, por tanto, que no me estaba mintiendo. O que si lo hacía, contaba con que tarde o temprano la descubriría.

—Ya le he dicho que desde que estoy en España no tengo apuros de dinero —explicó—. El Instituto Goethe no paga nada mal. Ya ve que puedo costearme un lugar bastante decente para vivir. Si tuviera una familia a mi cargo, la cosa sería distinta. Pero al vivir yo sola puedo administrarme lo mío como me apetezca. Quiero decir que invierto cada peseta que gano en mí misma. Sobre todo en viajar y ver mundo pero también en libros, que al final es lo que me apasiona, y es lo que soy: una adicta al saber, a la cultura. Aquí, en la pensión, no tengo más que los que estoy leyendo en el momento, pero mi despacho del Instituto está a rebosar. El arte, la literatura, es todo lo que tengo. No he llevado una vida fácil, pero la cultura siempre ha estado ahí para consolarme.

Iba siendo hora de que abordara la razón de ser del interrogatorio, y ella me puso en bandeja el poder deslizarme hacia allí.

—Hablando justamente de eso, usted trabaja en el Departamento de Cultura del Instituto, ¿verdad? ¿En qué consiste exactamente su trabajo? ¿Es usted profesora, imparte clases…?

—Todos los años doy algún cursillo de arte. Pero son optativos y abiertos al público general. O sea, que no forman parte del temario común para los alumnos del centro. Mi cometido principal es organizar actividades en paralelo a los cursos de lengua alemana, como conferencias o exposiciones. Al final, es un trabajo que tiene que ver más con las relaciones públicas que con el propio arte. Por ejemplo, si invitamos a un escritor o un pintor a que venga desde Alemania, pues me toca encargarme de la logística: vuelos, hoteles, comidas… Y también me encargo de cursar invitaciones para que políticos y artistas españoles acudan a los eventos del Instituto.

—Entiendo… Y me imagino que también tendrá que hacerse cargo de que se paguen las facturas de esas actividades, ¿no?

—El Instituto tiene una gestora que se ocupa de llevar las cuentas. Yo lo que hago es pasarle esas facturas, y me olvido del tema.

—¿Sabe usted si el Instituto Goethe obtiene alguna financiación aparte de la del Gobierno alemán y lo que pagan los alumnos? —No había sido capaz de formular la pregunta de un modo menos aparatoso. Por la cara que puso, ella debió de pensar que me disponía a acusarla de algo, quizá de haberse apropiado de algún dinero del Instituto. Por si acaso, añadí enseguida—: Se lo pregunto porque, revisando los papeles del despacho de su difunto jefe, di con este documento.

—Saqué del bolsillo de mi chaqueta una copia del manuscrito con la lista de contribuyentes donde aparecía el nombre «R. Sabater» y se la entregué—. Según consta en la primera página, fue usted quien lo redactó.

Mary miró los folios durante un momento, sin detenerse siquiera a leerlos.

—Como dice ahí —indicó—, eso es una lista de todas las personas que han contribuido con el Instituto Goethe durante el pasado curso. No es gente que nos haya donado dinero, si es eso lo que pensaba, sino gente que ha colaborado con nosotros o nos ha ayudado de cualquier otro modo. Aparecen desde artistas o directores de museos y teatros hasta hoteleros, agentes de viajes, transportistas o, incluso, antiguos alumnos que siguen participando en nuestras actividades. Lo que hago es que cada año voy apuntando todos esos nombres para tenerlos en cuenta al año siguiente. Tal y como le acabo de decir, mi trabajo es equiparable al de una relaciones públicas. Por eso es importantísimo para mí saber en quién podemos apoyarnos y en quién no.

—Pero aquí no dice qué aportación ha hecho cada uno. Solo son nombres.

—Yo conozco las aportaciones. Y también las conocía Jude. Con eso bastaba. Ese papel no es un documento oficial, como se echa a ver enseguida. Por eso no hay apenas datos. Es para uso interno. No quedaría muy bonito que se supiera que en el Instituto Goethe llevamos la cuenta exacta de todos aquellos que nos hacen algún favor. Pero eso es lo que es esa lista, ni más ni menos. Una lista de personas que nos han hecho algún favor o que se han portado bien con nosotros. Sin ir más lejos, el primer nombre que aparece, F. Forseth, es Frederick Forseth, un profesor de Oxford que hará cosa de un año nos hizo llegar varios libros sobre la lengua germánica en la Edad Media que no había manera de conseguir desde España. El segundo, J. Revelo, es José Revelo, un técnico que nos reparó toda la instalación eléctrica del edificio en mitad de la noche el invierno pasado, cuando por culpa de un cortocircuito nos quedamos sin luz el día antes de un cóctel con cientos de invitados. Seguro que puede encontrar su número en las Páginas Amarillas. Eso de ahí es una lista de amigos. Pero claro, la palabra «contribuyentes» suena mejor, ¿no le parece? En el fondo es lo que le decía antes, el amiguismo, el favoritismo. No hay otro modo de hacer que las cosas funcionen en España.

—¿Quién es este de aquí? —Señalé con el dedo el nombre «R. Sabater».

—¿Sabater? Pues ahora mismo no lo recuerdo… Déjeme un segundo que piense. No es un habitual.

—No. Esta es la única mención de ese nombre en toda la documentación que nos hemos incautado.

—Aquí pone que fue en el mes de mayo cuando colaboró con nosotros… Sí, tiene que ser él, el sacerdote.

—¿Un sacerdote? ¿Guarda la Iglesia alguna relación con su Instituto?

—No exactamente. Yo soy especialista en arte Barroco español, ya se lo he dicho, así que en su momento me moví bastante en los ambientes eclesiásticos. Todavía tengo amistades en la Iglesia a las que acudo de vez en cuando para obtener información sobre obras de arte, por interés personal o profesional. El pasado curso, sin ir más lejos, organicé una exposición conjunta de tallas religiosas del Barroco español y pinturas religiosas germanas de esa misma época, y tuvo buena acogida a pesar de que me las vi y me las deseé para conseguir el permiso del ayuntamiento, porque no a todo el mundo le atraía la idea de exhibir arte religioso católico y protestante en una misma sala.

—¿Y este hombre, Sabater, está entre sus amistades?

—No, él no. Ni siquiera crucé con él más que unas palabras el día que estuvo en el Instituto. Ahora recuerdo que vino a entregarnos un cuadro que luego nosotros teníamos que enviar al Kunsthaus, el Museo de Arte Contemporáneo de Zúrich.

—¿Un cuadro?

—Sí. Allá por el mes de mayo en el Kunsthaus estaban preparando una exposición de pintura contemporánea alemana y nos enviaron un telegrama para pedirnos que les ayudáramos a localizar autores alemanes emergentes o desconocidos. Les respondimos que aquí en España no había ninguno, al menos de los que nosotros tuviéramos conocimiento. Al cabo de un par de días, nos escribieron de nuevo diciendo que habían localizado a uno, y nos pedían que nos encargáramos nosotros de gestionar el envío de uno de sus cuadros, por ser la institución de referencia en materia de cultura alemana dentro de España. Aceptamos, como no podía ser de otra forma, y poco después este hombre, Ramón Sabater, el sacerdote, nos lo trajo. Vino acompañando a la furgoneta de reparto, para firmar la documentación y para cerciorarse de que la entrega se realizaba sin problemas.

—¿Por qué iba un sacerdote a ocuparse de algo así? ¿Y cómo supo usted que era sacerdote, por cierto?

—Lo supe porque venía en sotana. Pero aun sin ella yo creo que hubiera adivinado que era sacerdote. Tenía cara de hombre de Iglesia. De hombre de Iglesia católica, me refiero. Cara de cirio pascual.

Mary se rio a sí misma su broma. Fue una risotada corta, lo máximo aceptable, imaginaba, en pleno duelo por su jefe.

—Yo intenté sonsacarle algo acerca del asunto —continuó—, qué pintaba él en todo aquello, pero el tipo imponía bastante, así todo vestido de negro y con su gesto serio, y no tuve valor de insistir en mis preguntas.

—¿Quién era el autor del cuadro?

—Según la documentación que traía el sacerdote, un tal Wolfgang Strauss.

—¿Es un pintor conocido?

—No, ni por asomo. Supuestamente vive en España, pero yo jamás había oído hablar de él, y créame que un nombre así de sonoro no se me habría pasado por alto.

—¿Es normal que el Instituto Goethe realice este tipo de gestiones, enviar cuadros al extranjero?

—No, no es normal. Pero tampoco le di demasiada importancia. A fin de cuentas, solo se trataba de enviar un cuadro a un museo.

—El cuadro de un pintor del que ustedes no sabían nada, y que les hizo llegar un sacerdote español al que tampoco conocían.

—Ya, pero fue el propio museo de Zúrich el que nos pidió que lo gestionáramos. No había motivos para desconfiar… Pero discúlpeme, inspector: ¿qué tiene que ver ese cuadro con la muerte de Jude?

Dudé un instante sobre si responder o no a la pregunta. La prudencia dictaba guardarme la respuesta para más adelante, pero no pude contenerme.

—Ese sacerdote, Ramón Sabater, el que llevó el cuadro a su Instituto —expliqué—, fue asesinado solo veinticuatro horas después de que asesinaran al profesor Kochanski, no muy lejos de Madrid y en circunstancias parecidas. No teníamos la certeza de que ambos hechos estuvieran relacionados. Hasta ahora.

—¿Lo dice en serio?

—Me temo que sí. Necesito que me acompañe a comisaría. Tendrá que repetirle todo esto a uno de mis compañeros y luego firmar su declaración. No se apure, no es más que un trámite.

—Sí, por supuesto. Lo que usted diga.

7

Viajamos juntos a comisaría en taxi y la acompañé hasta un despacho donde pasaron a tomarle declaración enseguida. Yo regresé a mi mesa, en la que ya me esperaba una carpeta de tres dedos de grosor con toda la documentación concerniente al crimen de Toledo. Pasé el resto de la mañana repasándola, aunque no averigüé ninguna novedad relevante con respecto a lo que me había contado el capitán Dámaso Rego unas horas antes. Si acaso, que existían indicios de que la mujer había estado encerrada en una despensa en la planta baja, de la que podría haber escapado rompiendo o aflojando las ataduras de sus manos —con ella no habían empleado alambre, sino un cordón que posiblemente el o los asaltantes habrían hallado en la misma casa— para dirigirse a la primera planta con la intención de ayudar al sacerdote. En esos momentos este estaría siendo torturado violentamente, y los criminales, al verse sorprendidos, la habrían golpeado en la cabeza, matándola en el acto. Podría ser, por tanto, que no tuvieran pensado acabar con la vida de ninguno de los dos, tal y como había conjeturado el capitán, sino que hubieran matado a la mujer en una acción fortuita, y a continuación hubieran matado también al sacerdote para no dejar testigos. O que solo tuvieran intención de matarlo a él, y la intervención de ella les obligara a cambiar de planes y eliminarlos a ambos.

En cuanto a las declaraciones de los vecinos, eran totalmente insubstanciales. Todos estaban al tanto de la naturaleza de la relación que el padre Sabater mantenía con la mujer, y dado que ni a uno ni a otro se les conocía otro lío amoroso, no cabía suponer que el crimen tuviera una raíz pasional. Las gentes de aquel pueblo, por supuesto, no podían ni imaginar el pasado canallesco de Ramón Sabater, sus correrías por el Barrio Chino de Barcelona décadas atrás. Para ellos no era más que un sacerdote entrado en años arrejuntado con una mujer con la que formaba una pareja pecaminosa a ojos de Dios, pero no mal avenida a ojos terrenales. Dos ancianos que se habían unido para mitigar sus respectivas soledades en la última etapa de sus vidas. Al parecer, según afirmaba uno de los declarantes, los dos se habían conocido tiempo atrás, cuando el padre Sabater había oficiado el bautizo de un sobrino de la mujer en Toledo. Habían comenzado un intercambio epistolar que pronto había culminado en un intercambio más íntimo, con las visitas cada vez más frecuentes del sacerdote a la localidad de Yepes, donde residía ella. Finalmente, él había gestionado a través de la mujer la compra de una casa para usarla como un discreto refugio de enamorados. Si Ramón Sabater había buscado algún tipo de redención personal a través del amor hacia aquella mujer —algo así como un don Juan siendo elevado a los cielos por el fantasma de doña Inés— me era indiferente. Lo único que me interesaba a esas alturas era

averiguar de dónde había salido el cuadro que el sacerdote había llevado hasta el Instituto Goethe tres meses antes de su muerte. Sobre eso no encontré ninguna información en la carpeta.

—¿Qué tal todo?

Mamen, sigilosa como de costumbre, se había acercado hasta mi mesa para traerme el documento con la declaración que Mary Clarke acababa de firmar. La hojeé rápidamente. No había apenas diferencias con respecto a lo que me había contado en la pensión.

—¿Se ha marchado ya? —pregunté.

—¿Quién?

—Ella —dije, agitando la declaración en el aire.

—Pues digo yo que sí. ¿Necesitabas hablar con ella?

—No, era solo por saberlo.

—Pasó por delante de mí cuando entraba a declarar. Era guapa, pero un poco mayor para ti, ¿no te parece?

—La misma diferencia de edad que hay entre tú y yo. Con ella por lo alto y contigo por lo bajo.

—Pues eso. Yo sería muy joven para ti, y ella muy mayor.

—¿Cuántos años tiene tu marido?

—Treinta y uno.

—Pero yo tengo una mentalidad mucho más joven que él. Fíjate, que ni siquiera me dejo bigote para parecer mayor. Eso es lo que cuenta. La mentalidad.

—Lo que tú digas, pero la carne es carne, y con los años se va pudriendo, por más joven que la tengas. La mentalidad.

Mamen se alejó y yo destapé las fotografías que había tenido la delicadeza de cubrir con mis brazos mientras ella estaba a mi lado. Eran las que la Guardia Civil había tomado en la casa del sacerdote. Aun en los tonos grises de las imágenes, se podía apreciar perfectamente la sangre vertida en la cama y el suelo del dormitorio en torno a ambos cuerpos. El del sacerdote estaba sobre las sábanas con los brazos en cruz y los ojos abiertos, vueltos hacia el cielo, adonde quizá los había alzado en busca de expiación en su último aliento. El de la mujer, a los pies de la cama, bocabajo y encogido, no parecía otra cosa que un desecho, una pila de desperdicios que alguien hubiera amontonado con una escoba.

Era la una en punto y me había levantado de la mesa con la intención de salir a comer algo en cualquier parte, y tal vez de marcharme luego a casa a sestear un rato —comenzaban a pesarme las horas de sueño perdidas—, cuando me avisaron de que me reclamaban al teléfono. Era Heriberto.

—Os hemos mandado un télex con toda la información que hemos podido averiguar sobre la vida de Ramón Sabater en Barcelona —anunció—, la misma que hemos enviado a la Guardia Civil de Toledo. A primera vista no hay nada interesante: se trata por un lado de su árbol genealógico, donde no aparece ningún familiar con antecedentes penales o vinculaciones políticas sospechosas, y por otro de su currículo pastoral, o como se diga, lo que viene a ser un listado con las parroquias en las que estuvo destinado durante su tiempo en Cataluña.

—¿Eso es todo?

—Estamos hablando de un siervo de Dios. No sé qué te esperabas.

—Ni idea. Con todo lo que me contaste esta mañana esperaba que sacarais algún chanchullo en el que pudiera haber estado envuelto.

—Lo que te conté esta mañana era solo para tus oídos. Esto es información oficial.

—¿Habéis rastreado sus amistades en la ciudad? A ver si alguna ha tenido algún comportamiento inusual últimamente.

—Define «inusual».

—Lo de siempre. Salidas al extranjero, movimientos bancarios… Cualquier cosa que huela a delito.

—Ernesto, el cura este se relacionaba únicamente con los poderosos. Y tú sabes tan bien como yo que ese tipo de comportamientos no son inusuales para esa gente.

—Aun así creo que es por ahí por donde hay que seguir. Por las amistades de Sabater. Tiene que haber algo.

Rápidamente, resumí a Heriberto el descubrimiento que había hecho esa mañana: el de que Ramón Sabater había tramitado el envío de un cuadro desde el Instituto Goethe a un museo de Zúrich.

—¿Y habéis empezado ya a investigar sobre ese museo? —preguntó Heriberto—. ¿O sobre quién es el pintor del cuadro, ese Wolfgang Strauss?

—De Wolfgang Strauss no tenemos nada en los archivos, eso tardé un minuto en comprobarlo. Por lo demás, tenía planeado terminar de indagar en la vida de Sabater antes de abrir el melón del museo.

—Pues yo que tú lo abriría cuanto antes. Si esa es la conexión entre los dos crímenes, allá en Suiza alguien debe de saber algo.

—¿Tú crees que me pagarán los gastos del viaje para ir a investigar allí?

—Pues igual te llevas una sorpresa. Ahora hay varios vuelos al día desde Madrid y Barcelona, y las agencias tienen ofertas bastante económicas. Es el destino de moda entre los empresarios.

Era cierto. De un tiempo a esa parte, los viajes relámpago con maletas llenas de dinero para ingresar en cuentas suizas se estaban convirtiendo en una costumbre tan propia del alto empresariado español como la asistencia al palco del Bernabéu o las cacerías con ministros. Con el ajetreo de la mañana no se me había ocurrido que quizá detrás de aquello podía esconderse alguna operación de ese estilo.

—Puede que sin pretenderlo hayas dado en el clavo —dije.

—¿En qué clavo?

—Haz el favor de investigar si entre las amistades del padre Sabater en Barcelona hay alguna que haya viajado a Suiza en las últimas semanas o meses.

—Va a ser complicado.

—Si tienes los nombres de esas amistades, te bastará con acudir a algunas agencias de viajes de esas que mencionabas antes para que te faciliten los datos. O a las mismas compañías aéreas.

—Eso va a levantar mucho polvo, Ernesto. Habrá que conseguir órdenes judiciales, y no va a ser fácil.

—Será facilísimo. Antes de una hora tendrás lo que te haga falta.

—¿De verdad crees que nos van a dar carta blanca para hacer algo así?

—Estoy convencido de que si mi comisario exigiera a los jueces el sacrificio de un centenar de vírgenes para solucionar este asunto, le dirían que adelante.

—Lo jodido sería encontrar las cien vírgenes… En fin. Te llamaré en cuanto pueda para decirte algo. Pero, por más que corramos, esto llevará su tiempo. Haz que nos envíen las órdenes lo antes posible.

Colgué el teléfono y me fui derecho al despacho del comisario. Tenía pensado mantenerlo al margen de mis averiguaciones al menos hasta media tarde, para ver si conseguía algún avance

significativo con que impresionarlo. Pero necesitaba que comenzara cuanto antes a tramitar los permisos judiciales para Heriberto. Tras informarle de todo, le pedí también que llamara él mismo al capitán Rego para que la Guardia Civil de Toledo indagara a su vez sobre la vinculación de Ramón Sabater con Suiza y con el mundo del arte, y que comenzara a mover el nombre de Wolfgang Strauss por todas las administraciones, a ver si saltaba la liebre en algún sitio.

—No está mal, Trevejo —dijo—. Por fin parece que vemos algo de luz al final de este túnel.

Durante la mañana, el comisario había estado coordinando los interrogatorios a los empleados del Instituto Goethe y los delincuentes habituales que yo había incluido en mis listas: no habían obtenido nada de valor, aunque a algunos de los últimos los tenían todavía retenidos en los sótanos del edificio para pegarles un repaso más exhaustivo, por si las moscas.

—Por cierto —recordé—, no estaría de más que el señor ministro moviera sus hilos para contactar con algún responsable del museo al que se envió el cuadro.

—Sí, ya he anotado el nombre, Kunsthaus, o como narices se escriba. Supongo que no costará mucho que nuestra embajada en Suiza consiga comunicarse con la dirección. Aunque no creo que Castiella esté precisamente contento de saber que vamos a involucrar también a los suizos.

—No creo que los suizos pongan pegas para colaborar. Al menos mientras no se confirme si detrás de los crímenes hay algún interés económico. Los suizos tienen fama de ser gente razonable si no se toca el tema de la pasta.

O el tema del nazismo, pensé. Era célebre la imagen de perfecta equidistancia suiza en ese particular; el secreto bancario suizo había sido uno de los pocos dogmas compartidos por nazis y aliados en su momento, lo que no había contribuido poco a ello. Aunque últimamente esa imagen se estaba deteriorando por la revisión del papel de Suiza como cámara acorazada para el oro que los nazis sustraían —en ocasiones, literalmente, físicamente— a la población judía de toda Europa. No podía saber si también el comisario había establecido en su cerebro, como lo había hecho yo, aquella relación de conceptos entre Suiza y un profesor judío asesinado, la cual conducía inequívocamente —o inexorablemente, por usar el término empleado el día anterior por el locutor de la radio— hacia el nazismo. Si lo hizo, se lo guardó para sí.

Salí de Jefatura y me fui a comer. Como siempre que tenía oportunidad, lo hice en el Aguamarina, en una de las bocacalles de Preciados. El local tenía la virtud de estar a medio camino, más o menos, entre mi casa y comisaría; además era lo suficientemente ramplón —pese a su idílico nombre— como para mantener a raya a los turistas. Los clientes éramos una tropa de habituales, compuesta exclusivamente por hombres, entre los que había no pocos buscavidas y maleantes. La especialidad de la casa eran las patatas a la importancia. Sin ser nada del otro jueves, solían servirlas en cantidades más que generosas, acompañadas por un vino manchego menos aguado y peleón de lo que uno esperaría a juzgar por el precio del menú.

Aquel día prescindí del vino —necesitaba estar en plenas facultades para la tarde— aunque no del chupito de orujo al que invitaba la casa tras el postre —aquel martes tocó piña en almíbar—. Estaba paladeando el orujo y apurando los últimos minutos antes de marcharme a casa cuando, al pasar la vista por la portada del diario *Arriba*, que estaba doblado sobre la mesa contigua a la mía —donde lo había dejado otro comensal— y leer el titular, «Homicidio de un afamado ciudadano alemán en el centro de Madrid», se me ocurrió una idea que no supe si era brillante o insensata, o ambas.

Y es que el apelativo «afamado ciudadano alemán» aplicado a un vecino del centro de Madrid remitía irremediablemente —o inexorablemente: anda que no iba a dar juego la palabreja— a un

sujeto que no era, ni por asomo, un oscuro director de un instituto de idiomas, sino al que fuera durante algún tiempo considerado el «hombre más peligroso de Europa», el «liberador de Mussolini», un personaje que algunos temieron que pudiera llegar a reunificar y levantar el espíritu de las juventudes alemanas adictas al nazismo tras la caída del Tercer Reich. Nada menos que el antiguo coronel de las SS Otto Skorzeny. No había otro ciudadano alemán más afamado que él en la ciudad.

Tras su captura por los aliados en el año 45, y después de haber sido juzgado en Dachau por haber organizado una operación de falsa bandera en la que soldados alemanes habían vestido uniformes americanos —delito del que fue absuelto gracias a la declaración favorable de algunos de sus enemigos—, Skorzeny había huido del campo de concentración de Darmstadt en el 48, cuando se estaban preparando nuevos cargos contra él. Desde entonces, en lugar de mantener un perfil bajo, como se esperaría de cualquier presunto criminal de guerra buscado por la justicia, había saltado al estrellato merced a la publicación en el año 50 de un libro de memorias bélicas —titulado en España *Misiones secretas*— donde describía las espectaculares operaciones militares que él había organizado y ejecutado en calidad de coronel de las SS. La más célebre de todas era la «Operación Roble», en el año 1943, en la que sus hombres y él habían liberado a Benito Mussolini de su arresto en un hotel de montaña en la cordillera del Gran Sasso, donde había sido recluido por orden del rey Víctor Manuel III y sus antiguos compañeros del Partido Fascista italiano. El libro, traducido a multitud de idiomas, lo había convertido en una celebridad internacional, y no era ningún secreto que Skorzeny residía desde el año 51 en Madrid, concretamente en la colonia de El Viso. Desde entonces, se había convertido en un habitual de los restaurantes y clubes de copas más exclusivos de la capital. Además, publicaba asiduamente artículos en la prensa española, e incluso había llegado a mantener durante un tiempo una columna propia en el diario *Imperio*. Se decía de Skorzeny que había sido uno de los artífices de los acuerdos de los pactos entre España y los Estados Unidos en el año 53, de los que muchas empresas alemanas y él mismo habrían sacado tajada con la construcción de las bases militares; que su esposa Ilse, con la que se había casado con gran fasto en El Escorial en 1954, era sobrina del gran banquero del Tercer Reich, Hjalmar Schacht —quien, como Skorzeny, había sido absuelto por los tribunales aliados en Dachau—; que había sido guardaespaldas, confidente —¿y amante?— de Evita Perón; que había vendido al Gobierno alemán de Bonn la correspondencia que Churchill escribiera a Mussolini y que él consiguiera durante el transcurso de la «Operación Roble»; y, también, que colaboraba en secreto con el Gobierno de Nasser para la consecución de la bomba atómica con que Egipto buscaba borrar a Israel del mapa.

Pero de manera paralela o independiente a cualesquiera que fueran sus labores secretas y diplomáticas, la actividad principal de Otto Skorzeny de cara al público, junto con sus libros y conferencias, era la de ingeniero en una empresa metalúrgica alemana con sede en la calle de la Montera, a apenas cincuenta metros del Aguamarina. Dado el cariz que había tomado la investigación, consideré que podría pasarme por allí y hacer unas preguntas. Skorzeny era algo así como un embajador en la sombra para todos los alemanes residentes en Madrid, y no me cabía duda de que estaría al tanto de lo ocurrido al profesor Kochanski, a quien puede que hasta conociera personalmente. Si acaso el profesor se había creado algún enemigo entre sus compatriotas en España, Skorzeny debía saberlo. Otra cosa, claro, era que se aviniera a colaborar conmigo.

Era aún temprano cuando salí del restaurante —no habían dado las tres—, por lo que consideré que había ciertas posibilidades de encontrar a Otto Skorzeny en su despacho. Pero no

fue así. Una secretaria me informó que había salido a comer y no sabía si volvería esa tarde. Dudé un momento en si dejar o no recado de mi visita; finalmente lo dejé. Di mi nombre y el teléfono de Jefatura, y le insistí a la secretaria en que quería charlar con el señor Skorzeny por un asunto que no le concernía a él directamente, y que en ningún caso era porque se le considerara sospechoso de ningún delito.

Del despacho de Skorzeny fui directo a casa, donde alargué la siesta más de la cuenta, quizá por efecto del orujo. Eran casi las seis cuando estuve de vuelta en comisaría. Por suerte nadie me había echado de menos. Abajo, en los sótanos, seguían adelante con los interrogatorios, sin ningún resultado. Estuve presente en alguno de ellos, pero los granujas que habíamos arrestado al azar en los barrios miserables de Madrid eran gente experimentada en aquellas lides —muchos tenían antecedentes por delitos de sangre— y, conscientes del crimen cuya imputación planeaba sobre ellos, sabían mantenerse firmes. Yo a esas alturas estaba convencido de la inutilidad de aquellos interrogatorios casi aleatorios. Su único propósito, no se me escapaba, era generar ruido. Que se percibiera que la policía no escatimaba en medios, que no estábamos de brazos cruzados. Las investigaciones discretas, silenciosas, solían ser más eficaces, pero no quedaban tan bien de cara a la galería.

A última hora de la tarde tuve una nueva reunión con el comisario, a la que asistió también Jesús Turégano. Ya estaban todos al corriente de lo que yo había averiguado durante la mañana, pero todavía no teníamos ni idea de cuál era la relación del padre Sabater con el museo de Zúrich. No había sido posible contactar aún con ningún responsable del museo, aunque según Turégano el ministerio había movido hilos y a la mañana siguiente a más tardar habría algún avance en ese sentido.

A las nueve y media, terminada la reunión, pasé por mi mesa a recoger mi chaqueta y algunos papeles para continuar trabajando en casa. La investigación parecía haber perdido velocidad y, dado que la próxima reunión sería al día siguiente a las diez, no vi necesidad de pasar otra noche en blanco.

Al acercarme a mi mesa, encontré sobre ella una nota manuscrita. La letra era de Mamen, que debía de haberse marchado a casa un rato antes. Me decía que mientras estaba reunido había venido alguien a verme, pero que el visitante no había querido esperar y se había ido, aunque me citaba para esa noche en el restaurante Horcher, a la hora que a mí me conviniera. No había dado su nombre ni dejado ninguna tarjeta de visita, pero Mamen lo había reconocido y había anotado de quién se trataba.

Hubiera sido difícil no reconocer a un hombre como él, de casi dos metros de altura y con la cara cruzada de punta a punta por una cicatriz.

8

El Horcher, pegado al parque del Retiro y muy cerca de la Puerta de Alcalá, era uno de los restaurantes más prestigiosos de la ciudad y uno de los principales puntos de encuentro de la comunidad alemana en España. Era obvio que Otto Skorzeny debía de ser uno de sus parroquianos, por lo que nuestra entrevista iba a producirse en su terreno. Yo jamás había puesto un pie en aquel sitio porque no entraba dentro de mis posibilidades económicas y porque, pese a haber sido frecuentado durante la guerra española y luego durante la mundial por los agentes de los servicios de inteligencia de todos los bandos y naciones posibles, nunca había sentido la más mínima curiosidad por conocer su interior. Hay lugares hacia los que simplemente siente uno un repelús inexplicable.

Di mi nombre al recepcionista, que iba vestido con uniforme oscuro a rayas y no tenía ni pizca de acento alemán, aunque una placa en su solapa indicaba que se llamaba Hans, y este me condujo a través de un amplio comedor profusamente decorado con maderas nobles, litografías de paisajes alpinos y jarrones de porcelana. Desde las gruesas alfombras a los remates dorados del mobiliario, pasando por la mantelería de seda o las abigarradas lámparas del techo, cada detalle llevaba escrita la palabra «distinción». Era noche de martes y no había muchos comensales, pero los que había iban vestidos de modo acorde al escenario, con trajes de gala adecuados para la recepción de algún príncipe teutón. Se echaba de menos una orquesta que amenizara la velada con algo de música clásica. Al fondo de la sala había un espacio delimitado con unas cortinas rojas tras las que se entreveía un piano de cola, pero dada la escasa afluencia de público seguramente nadie fuera a tocarlo aquella noche.

De haber tratado de conseguir una mesa por mí mismo, tal y como iba vestido —pantalón, camisa y americana corrientes y con varios años de uso—, probablemente no me hubieran permitido pasar de la puerta, ni siquiera enseñando mi placa de policía. Mucho menos hubiera podido acceder al segundo comedor, anexo al primero, más pequeño y con pinta de estar destinado a reuniones privadas. No tenía ventanas, y el aire viciado por el humo de tabaco me golpeó en el rostro antes incluso de cruzar el hueco de la puerta. Pensé que no habría menos de una docena de fumadores adentro, pero había uno solo. Un hombre con el cabello aún moreno, con unas gafas de pasta marrones y vestido todo de negro. Estaba sentado en una mesa solitaria, en un rincón de la sala. Frente a él, un cenicero repleto de colillas y una copa de coñac. Al vernos entrar se levantó y salió a nuestro encuentro. Pese a tratarse de una mole de tamaño más que considerable, zigzagueó grácilmente entre las mesas. El recepcionista se despidió con una media

reverencia y nos dejó solos. Otto Skorzeny, con una sonrisa franca en su rostro desfigurado, extendió hacia mí su manaza derecha. Le devolví el saludo estrechándosela con tanta fuerza como pude. Era como estrechar la mano del mismísimo Hércules.

—Don Ernesto, es un placer conocerle.

Estuve tentado de responder llamándolo «don Otto», pero en mi caso el tratamiento hubiera sonado a burla. En el suyo tampoco hubiera puesto la mano porque no lo fuera, aunque si la había habido —una burla— esta quedó camuflada o suavizada por su acento. Mi conocimiento de lenguas no iba más allá del poco francés que aprendiera en el colegio, pero había tratado lo suficiente con extranjeros para saber que cada lengua era distinta en lo respectivo a la burla y a la ironía, y que no era sencillo aprender a usarlas correctamente en otra que no fuera la materna. La de Skorzeny no era el castellano, por más que lo hablara con total fluidez y con menos acento del que había supuesto.

—El placer es mío —respondí simplemente.

—Bien, sentémonos —propuso Skorzeny, señalando la mesa—. No habrá cenado ya…

—No, todavía no.

—Mejor, porque me he tomado la libertad de encargar cena para dos. Espero que no le moleste.

—En absoluto.

Casi al tiempo que nos sentábamos apareció Hans con la vajilla, que supuse que habrían retirado de la mesa a petición de Skorzeny, para que estuviera más a gusto mientras hacía tiempo para mi llegada, ya que el resto de mesas estaban montadas con sus respectivos platos y copas.

—De primero he pedido huevo escalfado sobre *kartoffelpuffer*, ¿le parece bien?

—Perfecto.

—Para beber ¿tiene alguna preferencia?

—Cualquier cosa me sirve.

—En ese caso no hagamos probaturas. Yo escogería un Ribera del Duero.

El camarero se retiró y, una vez solos, Skorzeny y yo nos miramos a los ojos unos segundos. Algo me decía que él no solo sabía o intuía para qué había ido a verlo a su despacho, sino que también había hecho algunas averiguaciones sobre mi persona, de modo que era consciente de que yo no constituía ninguna amenaza para él mismo o para sus intereses. Solo así se explicaba aquella invitación, o aquella encerrona. Quería hablar conmigo en privado, fuera de comisaría, en un lugar donde pudiera deslumbrarme exhibiendo su poder y magnanimidad. Donde él fuera quien tuviera el control, quien pusiera las normas.

—Dígame, don Ernesto, ¿para qué fue a buscarme esta tarde? ¿Qué es lo que necesita la policía de mí?

Acompañó su pregunta con el último sorbo de coñac. A continuación se encendió un cigarrillo, el decimotercero de la noche, según la cuenta del cenicero. Fumaba tabaco de importación americano. Yo había escuchado alguna vez que los nazis, por aquello del culto al cuerpo y la salud, abjuraban del tabaquismo, pero era evidente que Skorzeny no había asistido a clase ese día. Yo, por mi parte, agradecí poder ir directo al grano.

—Necesito su ayuda —respondí.

—¿Mi ayuda?

—Estoy seguro de que se ha enterado de lo ocurrido con un compatriota suyo, el director del Instituto Goethe.

—Sí, el señor Jude Kochanski.

—¿Lo conocía usted?

—He pasado mucho tiempo fuera de España en estos últimos años, pero aun así nos cruzábamos a menudo. Era un hombrecillo agradable.

No pude contener una sonrisa. No todas las noches se escuchaba a un héroe de guerra nazi referirse a un judío como «un hombrecillo agradable». Solo con eso di por amortizada mi participación en aquel caso.

—¿Mantenían buena relación? —pregunté.

—¿Quiere decir que si éramos amigos? No, no. Nos saludábamos cordialmente cuando nos encontrábamos en algún evento social, nos tratábamos con respeto, nada más. ¿Le puedo preguntar cómo murió, por cierto? En el periódico solo ponía que lo asfixiaron…

—Lo asfixiaron con un cable después de torturarlo quién sabe durante cuánto tiempo.

En ese preciso momento llegó Hans con el vino. Una vez que lo hubo descorchado, Skorzeny le ordenó que se ahorrara el ritual de servirlo y que dejara allí la botella. Hans obedeció, pero antes de salir por la puerta entró un compañero suyo cargado con los primeros platos.

—No es lo mejor que hay en la carta —dijo Skorzeny, cuando estuvimos de nuevo solos en el saloncito—, pero es un plato que gusta a todo el mundo, por eso lo pido siempre que traigo a alguien nuevo.

El *kartoffelpuffer* que acompañaba a los huevos resultaron ser unas tortitas de patata bastante sabrosas. Se me vinieron a la cabeza las patatas a la importancia que había comido al mediodía en el restaurante Aguamarina, y me pregunté si acaso los tubérculos de ambos locales procedían de un mismo proveedor, y si existía algún criterio para discernir las patatas que terminarían en un plato de seis pesetas de las que lo harían en uno de cincuenta.

—Está bueno —asentí.

—Y decía usted que al bueno de Jude lo torturaron antes de matarlo…

—Sí, algo terrible —dije, tragando el bocado; Skorzeny ya casi se había ventilado su plato con las dos primeras cucharadas—. Lo golpearon y le practicaron cortes por todo el cuerpo. También lo desnudaron. Pensamos que buscaban obtener algo de él.

—Pero ¿qué iban a obtener de él, si era un pobre diablo?

Skorzeny había dicho aquello de «pobre diablo» sin mayor intención, sin duda había aprendido la expresión a fuerza de oírla de bocas españolas. Pero a mí se me erizó la piel. Tenía entendido —así se decía en la prensa, y así lo contaba él en su libro, que no había leído entero pero sí hojeado en su día— que Skorzeny no había participado personalmente en la aniquilación de los judíos, que durante la guerra él no había hecho otra cosa que organizar y liderar operaciones militares, a cual más espectacular. Pero no dejaba de ser un antiguo alto mando de las SS, tal vez el más famoso de los que quedaban con vida. De ahí que cada una de sus palabras poseyera un peso y una significación singulares, al menos para alguien como yo, que en mis últimos años de adolescencia y los primeros de mi adultez había leído y escuchado decenas de historias —en libros, en revistas, en la radio y hasta en el cine— que ponían de manifiesto el valor de los soldados alemanes, y en especial el de los miembros de las SS. Con el tiempo, y con la evolución de la geopolítica en las últimas dos décadas y la consiguiente sustitución de la propaganda germana por la anglosajona, esa visión había ido saltando por los aires: los ejércitos alemanes en general, y las SS en particular, habían sido ubicados en el lugar opuesto, el que les correspondía por derecho: se habían convertido en los malos de esas historias, en los malos de la Historia. Pero aun así a mí me resultaba imposible no sentirme fascinado ante la persona que tenía delante. Ante su aura.

—Eso es justamente para lo que quería hablar con usted —dije—. Para preguntarle si sabría cuál pudo ser el motivo por el que alguien mataría al profesor Kochanski. Por ejemplo, si le consta que hubiera mantenido algún desencuentro, en público o en privado, con algún otro alemán residente en España.

—No. No me consta nada de eso. Ya le digo que ese Jude era un tipo bastante gris. Pero, de cualquier modo, ¿de veras cree que ha podido matarlo un alemán?

—No creo nada todavía. Estamos dando palos de ciego, si he de ser sincero.

—¿Eso significa que aún no han descubierto nada?

—Muy poco. Además, no disponemos de todos nuestros recursos. Tenemos la atención dividida. No sé si se habrá enterado de lo ocurrido en Toledo…

—No.

—El día después de que asesinaran al profesor Kochanski asesinaron también de mala manera, con gran violencia, a un sacerdote y a una mujer en un pueblo de esa provincia. Y claro, al coincidir en el tiempo dos crímenes tan atroces, pues estamos todos un poco desbordados.

—Pero ese otro crimen, ¿tiene algo que ver con lo de Kochanski?

—Por ahora no lo sabemos. No parece que el sacerdote asesinado, un hombre llamado Ramón Sabater, mantuviera ningún vínculo con el profesor Kochanski o el Instituto Goethe. Aunque existe un cierto parecido en cómo han acabado con la vida de ambos.

Había dudado sobre si mencionar lo de la muerte del sacerdote, pero quería observar su rostro al escuchar el nombre de Ramón Sabater, por si notaba algo sospechoso. Skorzeny, sin embargo, no levantó una ceja. Claro que estaba tratando con alguien que había comparecido ante un tribunal aliado en el 47, y que hacía solo dos años había sido juzgado de nuevo —esta vez a distancia: España no había concedido su extradición— por crímenes de guerra en territorio checoslovaco —el tribunal de la nación comunista, como ya hicieran los aliados, también lo había absuelto—. Mis estrategias de interrogador barato, por tanto, debían de parecerle poco menos que un juego de niños.

—¿También al sacerdote lo torturaron? —preguntó.

—Sí —respondí.

—Pero dice que no sabe si hay alguna relación con lo de Kochanski.

—Por ahora no hemos podido confirmarlo.

Casi como si hubieran estado vigilándonos por un agujero, en cuanto yo solté la cuchara sobre mi plato —Skorzeny se había terminado el suyo hacía tiempo—, aparecieron los dos camareros, uno para llevarse los que estaban vacíos y otro con los segundos.

—Strogonoff de ternera —indicó Skorzeny mientras nos servían y mientras él se servía su tercera copa de vino: yo todavía iba por la primera—. Otro plato de los más modestos de la carta, pero de los más socorridos.

Yo ya había probado el solomillo strogonoff en otros restaurantes, pero el del Horcher estaba en otro nivel. También su precio debía de estarlo.

—¿Le dice algo el nombre de Wolfgang Strauss?

Esta vez, quizá porque lo sorprendí a desmano al llevarse a la boca el primer pedazo de filete, Skorzeny no pudo reprimir una mueca que la cicatriz de la mitad izquierda de su cara hizo aún más patente al curvarse, formándosele una suerte de filigrana de color rosado.

—No —respondió mientras masticaba—. ¿Debería?

—No lo sé. No tenemos ni idea de quién es. El nombre ha aparecido en la documentación que nos hemos incautado del despacho del profesor Kochanski. Le pregunto por él porque sonaba a

alemán, pensé que quizás usted sabría quién es.

—Pues no. Conozco a varios Wolfgang y a varios Strauss, pero a ningún Wolfgang Strauss.

Comimos en silencio durante unos minutos. Él acababa de mentirme y era consciente de que yo me había percatado. Pero ninguno tenía nada que decir al respecto. Yo no estaba en disposición de presionarlo más sin arriesgarme a enfadarlo. Y enfadar a Otto Skorzeny era una de mis últimas prioridades en esta vida.

—¿Hace mucho que es usted policía, don Ernesto? —preguntó, nada más acabarse el plato, sirviéndose más vino.

—Bastante, sí —respondí—. Unos quince años.

—No lo hubiera dicho. Parece usted joven. ¿Qué edad tiene?

—Treinta y nueve.

—Sí, parece más joven. Yo no hubiera dicho más de treinta y cinco.

Él, en cambio, parecía mucho mayor de lo que era. Según creía recordar, su edad estaría en torno a los cincuenta y tantos. Pero hubiera podido pasar por un hombre de mucho más de sesenta.

—¿Entró usted en la policía por vocación? —preguntó.

—Todavía hoy no lo tengo claro.

—Yo tampoco tenía claro que tuviera vocación de militar cuando me alisté en el ejército. Por entonces tenía un trabajo, había estudiado ingeniería en la universidad… Pero la guerra es la guerra. Uno tiene que hacer lo que sea por su patria. O más aún, por su raza, porque yo era y sigo siendo austríaco, no alemán. ¿Conoció usted la guerra española, don Ernesto?

—No en primera fila. Era muy joven para que me alistaran, aunque me salvé por los pelos. Pero igualmente la sufrí en carne propia, eso puedo garantizárselo.

—¿Y no le hubiera gustado a usted ir al frente, a las trincheras, a defender a su patria?

—Mi patria se estaba defendiendo de sí misma. O matándose a sí misma. Así que tampoco eso lo tengo claro.

—No es usted un patriota, por lo que veo.

—Soy un patriota, por eso si hay que matar o dejarse matar por alguien, me gustaría que como mínimo fuera un extranjero, no otro español.

—¿Acaso cree que una nación no puede tener enemigos dentro de ella? Le diría que esos son normalmente los verdaderos enemigos, los más peligrosos. Los de dentro.

—Pero usted siempre luchó contra los de fuera.

—Yo luché contra quien me mandaron luchar.

—Y ahora que no le manda nadie, ¿contra quién lucha?

—Ahora lucho por sostener los restos de lo que fue la Gran Alemania. Por su prestigio, su economía. Pero también por mí mismo. Y aunque no se lo crea, por la paz, que es algo que siempre he deseado. Yo sigo siendo igual de patriota hoy que hace veinte años. El mundo ha cambiado, pero yo no.

Di un sorbo de vino y asentí con la cabeza, sin saber muy bien por qué. Además de unos pocos capítulos de su libro, había leído algunos de sus artículos y de sus entrevistas, pero había sido hacía mucho y apenas recordaba otra cosa que la narración sobre el origen de su cicatriz —resultado de un duelo a espada en un ritual de su fraternidad universitaria—, y el orgullo —rayano a la prepotencia— que Skorzeny mostraba por su participación en la guerra. Ignoraba, por tanto, cuál era su postura sobre la evolución del mundo de posguerra, o sobre la situación política en España, o sobre los crímenes por los que se había juzgado y condenado a muerte a muchos de

sus antiguos camaradas de las SS, si los disculpaba, si los justificaba o si renegaba o se avergonzaba de ellos. Tal vez por eso no alcancé a entender si estaba tratando de decirme algo.

—No es bueno aferrarse al pasado —afirmó, al tiempo que se remangaba la muñeca izquierda y alzaba el brazo para enseñarme su reloj, un Wintex con caja de oro—. Y, sin embargo, es bueno tener el pasado siempre presente. Este reloj, por ejemplo, me lo regaló el *Duce* en persona en agradecimiento por haberlo liberado de prisión. En el reverso está grabada su firma y la fecha de la liberación. Lo llevo siempre conmigo. Ni siquiera permití que me lo arrebataran los americanos cuando fui su prisionero. Lo de menos es el valor material e histórico que pueda tener, que seguramente es incalculable: para mí es un recordatorio de quien era yo, de lo que hice. A veces noto su peso en la muñeca y tengo la sensación de que es una cadena que me retiene, pero entonces miro mi otra muñeca y la veo libre de cualquier atadura. El pasado en una mano y el futuro en otra. Dígame, don Ernesto, ¿es usted de esas personas que solo miran al pasado, o prefiere, como yo, mirar también al futuro?

—No lo sé.

—Pues siendo usted un policía español, debería saberlo. Para nosotros, los españoles y los alemanes, me refiero, no hay otro remedio que mantener la vista al frente. Mirar mucho hacia atrás puede ser dañino para la salud.

No podía estar seguro, pero algo me decía que Skorzeny no había dejado de pensar en el nombre por el que yo le había preguntado minutos antes —Wolfgang Strauss— y que aquella parrafada tenía algo que ver con ello.

—Aunque puede que sea usted demasiado joven —continuó—. No tan joven como aparenta, pero joven al fin y al cabo. Usted no combatió en la guerra. Puede que perdiera a algún familiar en ella, y que lo pasaran mal en los años siguientes. Pero eso no es lo mismo que servir en un ejército, o que tener a un grupo de hombres bajo tu mando y de cuya supervivencia eres el máximo responsable. Entre usted y yo, por lo que creo, hay una diferencia que va más allá de la edad. Usted no solo pertenece a otra generación sino que posee otra forma de ver las cosas. Entre usted y yo hay un abismo insalvable.

De nuevo, se hizo el silencio. Terminamos nuestros respectivos platos y apareció Hans para llevárselos.

—Los postres son *Baumkuchen*, pastel de árbol, la especialidad de la casa —explicó Skorzeny segundos antes de que otro camarero llegara con los pasteles—. Es un postre típico alemán, un bizcocho con helado de vainilla y chocolate caliente.

Sin desmerecer a lo anterior, el postre quizá fue lo mejor del menú. Aunque mientras lo comía notaba un amargor en la boca. Probé a quitármelo haciendo una pregunta.

—¿Qué opinión tiene usted de los judíos?

Skorzeny se había terminado el pastel y encendido un cigarrillo. De nuevo pareció que mi pregunta lo tomaba desprevenido. Igual fue porque ni yo mismo sabía a cuenta de qué la había hecho.

—Si lo pregunta por el señor Jude Kochanski, le diré que mi trato con él nunca se vio afectado por que fuera judío.

—Y el trato del profesor Kochanski con otros alemanes en España, ¿pudo verse afectado por esta circunstancia?

—Es posible.

—¿Cree que su condición de judío pudo tener alguna relación con su asesinato?

Skorzeny dio una larga calada —tan larga que me dio tiempo a tomar aire tres veces durante la

misma— antes de responder.

—Quién sabe —dijo.

9

La cena terminó con un café y una copa de coñac a eso de las once y media. Skorzeny se despidió de mí con efusividad, palmeándome en la espalda como a un viejo amigo.

—Vuelva a verme cuando quiera —dijo.

Estábamos los dos de pie en el saloncito, y pensé que me acompañaría a la salida. Pero tras la despedida Skorzeny volvió a sentarse y se encendió otro cigarrillo. Había perdido la cuenta, pero debía de llevar ya veintitantos.

Fuera había oscurecido, aunque la temperatura era todavía alta y había bastante ambiente en las calles. Faltaban solo unos minutos para que diera comienzo el último día del mes de agosto, que en la práctica marcaría para muchos el final del verano. De ahí que aquella noche tuviera algo de especial: era la última en que la mayoría de currantes podía trasnochar y luego remolonear en la cama la mañana siguiente. La última noche antes de que el silencio rutinario de las jornadas de trabajo volviera a imponerse con cada caída del sol.

Yo no estaba ni mucho menos tan animado como los clientes que ocupaban las terrazas, ni como las jóvenes —o no tan jóvenes— parejas de enamorados con los que me crucé bajando desde la Puerta de Alcalá hasta la Gran Vía. Y eso que la entrevista con Otto Skorzeny no había ido del todo mal. No había descubierto gran cosa, pero no la consideraba un fracaso. Skorzeny conocía o había oído hablar del autor del cuadro que el padre Sabater había llevado hasta el Instituto Goethe, el tal Wolfgang Strauss, y si no había interpretado mal sus palabras, me había advertido de forma subrepticia de que no continuara indagando en esa dirección. Aunque eso no quería decir necesariamente que Skorzeny tuviera algo que ver con el crimen. Es más, exceptuando el momento en que negó conocer a Wolfgang Strauss, no había notado que me mintiera o que pretendiera obstaculizar la investigación. Lo más probable era que se hubiera guardado para sí alguna información relevante, puede que para proteger a alguna de sus amistades. O al propio Wolfgang Strauss, quienquiera que fuese. De ahí su advertencia. Pero por algún motivo estaba convencido de que Skorzeny no sabía quién había matado a Jude Kochanski ni por qué. También, de que no se alegraba de ello.

Al pasar frente al corrillo que cada noche se formaba en la puerta del bar Chicote sentí el súbito deseo de entrar y pedirme un combinado. Me hubiera costado un ojo de la cara, pero habría sido el remate perfecto para la velada. Sin embargo, estaba necesitado de muchas horas de sueño y opté por ser responsable. Por eso caminé sin detenerme hasta alcanzar el edificio de la Telefónica y encarar la entrada a Fuencarral.

Los descubrí antes de alcanzar el portal, al poco de dejar atrás la parada de Tribunal. Desde que abandonara la Gran Vía había percibido el rumor de las voces y el ritmo de las pisadas, pero en aquel preciso instante el paso de un utilitario los obligó a elevar el volumen al hablar. Fue entonces cuando una palabra llegó nítida a mis oídos: «Trevejo». La pronunció alguien con acento extranjero —algo así como «truveho»—. No pude entender nada más, pero para mí fue suficiente.

Seguí mi camino fingiendo no haberme enterado, aunque me llevé discretamente la mano al interior de la chaqueta para desabrochar el botón de la pistolera. Aquel no era un buen lugar para un tiroteo: había muchos viandantes y ventanas tras las que habría reunidas familias enteras. De ahí que echar mano de la pistola —lo que sucedería inevitablemente si me volvía y me encaraba con mis perseguidores— habría de ser la última de las alternativas. Las otras que se me ocurrían eran emprender la huida por cualquier bocacalle, confiando en que la ventaja que les sacaba bastara para perderlos, o entrar en mi edificio y hacerme fuerte en su interior. Elegí la segunda.

Nada me aseguraba que no hubiera otros compinches de los que me seguían esperándome en mi apartamento y, de hecho, si se trataba de profesionales —como profesionales habían sido quienes habían acabado con las vidas de Jude Kochanski y Ramón Sabater—, lo previsible era que así fuera. Por eso, una vez en el portal, no me dirigí a las escaleras, sino que corrí a ocultarme en el cuarto de don Celestino. El viejo nunca cerraba con llave. Total, ¿quién pensaría en robar algo de aquel tugurio?

—Don Ernesto, ¿cómo usted por aquí a estas horas?

Don Celestino estaba tumbado en la cama, con la luz encendida. Le mandé callar con un gesto y desenfundé la pistola.

—¿Nos atacan? —preguntó, incorporándose.

La pregunta y la manera en que la formuló, casi como si estuviera dispuesto a saltar de la cama y agarrar un fusil en nuestra defensa, me habría hecho reír de no ser por lo comprometido de la situación.

—No se mueva —ordené, alcanzando el interruptor con una mano y apagando la luz.

La puerta no tenía mirilla, pero era de conglomerado y podía escucharse lo que había al otro lado lo mismo que si fuera una cortina de ducha: así era como don Celestino estaba siempre pendiente de si alguien subía o bajaba las escaleras. Con la pistola preparada en la diestra —el cañón mirando al techo y el dedo fuera del gatillo para evitar accidentes—, apoyé la cabeza en la madera y traté de captar algo.

Primero fueron unos golpes: mis perseguidores intentaban colarse en el portal. Quizás esperaban encontrar la puerta principal abierta, pero yo me había asegurado de cerrarla de una coz antes de refugiarme en la covachuela. Coincidiendo con el último golpe, sonó un portazo casi sobre nuestras cabezas.

—Esa es su casa, don Ernesto —murmuró el anciano—. Pero no puede ser, no he oído que entrara nadie.

—Chitón.

Podía ser que hubieran accedido a mi apartamento a través de la ventana que daba al patio de luces, o, más probablemente, que lo hubieran hecho por la misma puerta, subiendo las escaleras y forzándola con el sigilo suficiente como para no ser descubiertos ni por don Celestino ni por ningún vecino.

A juzgar por las pisadas, eran al menos dos individuos los que bajaban al portal a toda prisa. Debían de haber estado vigilando la calle desde una ventana y haberme visto entrar, pero yo no

había subido al apartamento, y los golpes de sus compañeros los habían alertado de que algo extraño sucedía.

—Venga aquí, don Ernesto. Escóndase debajo de la cama. Si son acreedores de usted yo me deshago de ellos en un periquete.

Me volví para recriminarle al viejo que no era momento para guasas, aunque al ver su cara me di cuenta de que hablaba en serio.

—¿Le parece a usted que iba a sacar la pistola por unos acreedores? —mascullé—. Ande, duérmase.

Tanto yo como don Celestino habíamos levantado la voz más de la cuenta, y los de fuera a la fuerza tuvieron que oírnos. Se hizo el silencio, y supe que habían localizado mi escondite. El ventanuco del cuarto era demasiado pequeño para escapar por él, así que decidí que había llegado el momento de sacar las uñas. Yo no era sacerdote ni director de un instituto. Yo era policía e iba armado. Si habían venido a matarme, pensaba llevarme a alguno conmigo al otro barrio.

—¿Quién está ahí? —grité, y sin aguardar respuesta apreté el gatillo.

La detonación, a pocos centímetros de mi oído derecho, me fastidió bastante menos que los escombros de escayola que cayeron del techo: un cascote del tamaño de un puño me acertó en pleno cogote, abriéndome una pequeña brecha, aunque no fui consciente de ella hasta mucho tiempo después, al rascarme el cabello y toparme con una costra de sangre seca. A partir de ahí, me dije, los disparos al aire mejor reservarlos para exteriores.

Me aparté de la puerta por si acaso la respuesta a mi pregunta era una salva de tiros.

—¡Cuidado, no dispare! —La persona que habló lo hizo en un castellano forzado y con acento de Sudamérica, donde seguramente lo habría aprendido.

—¿Quiénes sois? —pregunté.

—Somos amigos.

—Ya, entre vosotros seguro que sí.

El tipo no pareció comprender. Intercambió unas palabras en voz baja con uno de sus colegas.

—Somos amigos de usted, señor Trevejo —insistió—. Queremos hablar.

—Para hablar conmigo no hace falta perseguirme por la calle ni colarse en mi casa.

—No había otro remedio. Es un asunto muy importante.

Sonaba sincero, y también desconcertado. Comencé a pensar que igual me había pasado de la raya con lo del disparo. Pero tenía razones para ello. Acababa de entrevistarme con un antiguo jerarca nazi para tratar el asesinato de tres personas. No era la circunstancia más apropiada para tenderme una emboscada.

—¿Estáis armados? —pregunté.

—Sí.

—Entonces no tenemos nada de qué hablar.

—Somos americanos.

—Y yo español.

—Venimos de parte de la embajada.

—¿De la embajada de dónde?

—De América.

—América es un continente. Los continentes no tienen embajada.

—De la embajada de los Estados Unidos.

—Pasadme una credencial por debajo de la puerta.

—No tenemos credenciales. Pero si me lo permite voy a explicarle. No dispare.

Escuché unos pasos aproximarse hasta la puerta. La entreabrí lo justo para asomar el cañón de la pistola. La bombilla del vestíbulo apenas alcanzaba a iluminar el rostro del hombre, pero aun así se le atisbaban unos rasgos típicamente yanquis: ojos claros, pelo rubio y piel rosácea. No mediría mucho menos que Skorzeny, aunque era mucho más flaco, y también mucho más joven. A pesar de su ropa informal —camisa granate y pantalón beis—, en sus movimientos rígidos, como los de un autómata, se adivinaba un innegable componente marcial. El de alguien que acostumbraba a llevar uniforme y no terminaba de sentirse cómodo vestido de civil.

—¿Quién eres? —pregunté.

—No puedo decirle mi nombre —respondió, deteniéndose a solo unos centímetros—. Pero trabajo para la embajada de los Estados Unidos. Recibimos órdenes de vigilarlo a usted durante todo el día. Esta noche nos ordenaron que lo lleváramos a ver a nuestro superior.

—¿El embajador?

—No, no. Trabajamos para la embajada, pero no para el embajador.

—¿Pertenecéis a algún servicio de inteligencia?

—Sí.

—En ese caso, podíais haber contactado conmigo por cauces oficiales. Vuestro Gobierno y el mío son socios. No había necesidad de armar este alboroto.

El tipo se rascó el mentón. Era imberbe, como buen yanqui. Parecía sacado de un cartel de propaganda militar.

—Sentimos haberle asustado —se disculpó—. Nuestras órdenes son llevarlo con nosotros. Por las buenas o por las malas, como dicen ustedes. Solo hemos seguido nuestro protocolo.

—Pues ese protocolo ha podido costaros un tiro en la tripa.

Bajé el arma y terminé de abrir la puerta. Di a la luz del cuarto, y solo entonces pude observar con claridad al resto del grupo: otros tres hombres que se habían parapetado tras el mostrador de la portería. Iban todos vestidos de manera similar: camisas estampadas de colores vivos —rojas, azules y verdes— y pantalones claros. Pensé que debía de ser una suerte de uniforme de campo para agentes secretos. Dos de ellos empuñaban revólveres de pequeño tamaño, y uno lo que parecía ser una pistola futurista formada por un solo cañón largo y cilíndrico acoplado a un mango. Era, si no me equivocaba, una pistola con silenciador incorporado. Solo las había visto en el cine.

—También pudo ser usted el que se llevara el tiro —repuso el agente, en un acceso de chulería —. Mis compañeros y yo tenemos buena puntería.

Hizo un gesto y los otros tres guardaron las armas. Yo hice lo mismo.

—Tenemos un par de coches esperando por nosotros. Acompáñenos.

—¿Qué garantía tengo de que sois quienes decís que sois?

—Ninguna. Pero como le he dicho, tenemos buena puntería. Si le quisiéramos muerto, lo estaría desde hace rato.

—Tendréis buena puntería, pero yo tengo mala leche, así que no os fieis. Tirad delante de mí y cuidado con hacer tonterías.

Antes de salir me acerqué a don Celestino, que había asistido a la conversación desde su cama. Conociéndolo como lo conocía, sabía que no iba a ser posible convencerlo de que aquello no había sucedido, que solo había sido una jugarreta de su mente senil. Pero precisamente porque lo conocía sabía que podía confiar en él. Era de los que se llevaría un secreto a la tumba. Y más aún si la tumba estaba próxima, como era su caso.

—De esto, ni una palabra a nadie —dije.

—Descuide, don Ernesto. Yo soy músico y me acuesto a las ocho.

Para evitar que nos vieran abandonar el edificio en procesión, los otros tres agentes salieron primero, mientras que el restante y yo lo hicimos un poco después. Los coches aguardaban en la glorieta de Bilbao. Desde luego, no parecían los más apropiados para ninguna operación secreta. Eran dos ostentosos Buick de color negro con matrícula extranjera, tan discretos como dos olivas en un azucarero.

—¿Ve? Ahora sí me creo que son ustedes americanos —dije.

El agente se encogió de hombros. Quizá pensara, y con razón, que puesto que últimamente toda la ciudad estaba tomada por turistas y empresarios que se desplazaban en coches de gama alta de un local de ocio nocturno al siguiente, aquella era la mejor manera de no llamar la atención. Ningún vecino avisaría a la policía por la presencia de dos coches como aquellos. El lujo deslumbra, genera confianza. Los chorizos van a pie, o en motocicleta, o como mucho en utilitario.

Montamos y salimos disparados. Por un momento, al virar hacia el norte en la avenida del Generalísimo, llegué a creer que realmente me conducían a la embajada. Pero pasamos de largo el edificio —un pegote de arquitectura moderna en el viejo Madrid imperial—, y también el Santiago Bernabéu. Nos dirigíamos a las afueras.

—Necesito que se ponga esto en la cabeza —me indicó mi acompañante. Se había sentado a mi lado, en el asiento trasero, y me tendía un pequeño saco de color negro, semejante a la funda de un cojín.

—Ni pensarlo.

—Entonces no podremos llevarlo a ninguna parte.

—Pues dais la vuelta y me dejáis en casa.

—Sea razonable, inspector.

—¿No os vale con que cierre los ojos muy fuerte?

—Le llevamos a una ubicación secreta, que debe seguir siéndolo después de esta noche. Compréndalo.

Refunfuñando, me coloqué el saco. Ni que decir tiene que a esas alturas estaba ya picado de curiosidad. Aunque eso no significaba que estuviera dispuesto a transigir mucho más. Mi curiosidad tenía la capacidad —o el defecto— de tornarse en indiferencia en un santiamén, y si finalmente dábamos la vuelta y me llevaban a casa tampoco pasaría nada. A fin de cuentas, lo que el comisario y el ministro esperaban de mí era que concluyera aquella investigación de un modo satisfactorio, lo que no quería decir necesariamente que tuviera que llegar hasta el fondo del asunto, y menos aún si para ello me veía obligado a andar en tratos con los servicios secretos de una nación extranjera. En realidad, bien pensado, lo mejor para mí —y tal vez para todos— hubiera sido que me negara a seguir adelante. Que evitara el encuentro con quien me estuviera esperando, y que a la mañana siguiente cerrara el caso endiñándole la autoría a alguno de los delincuentes habituales a los que habíamos interrogado durante la jornada.

Aun a través de la tela, pude percibir el momento en que dejamos atrás las últimas luces de la ciudad para internarnos en la oscuridad del campo. Durante un rato no tomamos ninguna curva cerrada, por lo que debíamos de avanzar siguiendo la Nacional, bordeando los municipios de Alcobendas y San Sebastián de los Reyes. Mentalmente, intenté llevar una cuenta de los segundos y los minutos, pero pronto me di por vencido. Al cabo de un rato, noté que nos desviábamos a la derecha, y a continuación vino una recta larga. Luego varias curvas más a

derecha e izquierda, una pequeña cuesta, y todavía más curvas. Entre el sueño que tenía, el vino de la cena, la oscuridad y el ronroneo del motor, creo que en algún momento me quedé traspuesto, así que cuando el vehículo se detuvo no tenía conciencia de cuánto tiempo había podido durar el viaje. En cualquier caso, era obvio que nos encontrábamos en algún lugar comprendido entre la Nacional I, el aeropuerto de Barajas y la provincia de Guadalajara. No era un territorio que yo frecuentara, aunque creía recordar que no había ninguna localidad de gran tamaño en las proximidades. Debíamos de estar en algún pequeño pueblo, o más probablemente en una finca privada en medio del campo.

—No se quite la capucha —ordenó el agente, agarrándome de un brazo para ayudarme a bajar.

Me llevó de la mano hasta el interior de un edificio. Por la sonoridad de mis pasos al retumbar en las paredes supe que accedíamos a una estancia de gran tamaño, un vestíbulo o salón. El suelo era de piedra, o eso me pareció, y el aire tenía algo de la humedad propia de las casas antiguas mal climatizadas. Me tuvieron allí esperando unos minutos y luego continuamos adelante.

—Siéntese, con cuidado.

El agente colocó la silla a mi espalda, golpeándome suavemente con ella en las piernas para que pudiera localizarla. Habíamos pasado de la primera estancia a otra donde podía sentir el frescor de la noche.

—Retírese la capucha.

Mis pupilas tardaron unos segundos en ajustarse a la luz. En cuanto lo hicieron, vi que estaba en un patio cuadrado, rodeado por una tapia de piedra y dividido en dos por un sendero de guijarros, con un pozo a un lado y un huerto en el otro. Las dos sillas estaban en mitad del sendero. Frente a la que yo ocupaba estaba sentado un hombre de unos cincuenta años, con el pelo blanco cortado al rape, fino bigotillo, y los ojos de un verde tan intenso que parecían de cristal. Vestía traje gris y camisa blanca, sin corbata, y sus zapatos negros y lustrados con esmero brillaban con el reflejo de las dos bombillas que, pendidas de un cable tirado en diagonal de un extremo a otro del patio, escasamente alcanzaban para alumbrarnos las caras.

—Inspector Trevejo, es un placer conocerlo.

—Me lo dicen mucho últimamente. Tendré que empezar a creérmelo.

A diferencia del sujeto que me había arrastrado hasta allí —quien se había retirado al interior de la casa nada más descubrirme la cabeza—, aquel hablaba un castellano sin acento. Si no había nacido o se había criado en España, debía de residir aquí desde hacía muchos años.

—A mí puede llamarme John.

—¿Puedo llamarle John o se llama John?

—Eso no puedo decírselo. Lo que sí puedo decirle es que ha estado usted a punto de cometer un error irreparable. Mis hombres acaban de comentarme el incidente que ha provocado usted en el portal de su edificio…

—¿Qué he provocado yo?

—Usted desenfundó primero, ¿no es así?

—Sus hombres vinieron a por mí. Yo no tenía manera de conocer sus intenciones.

—Bueno, no importa. Al final todo se ha resuelto civilizadamente.

—La próxima vez que quieran hablar conmigo, me llaman por teléfono.

—Eso está hecho. Espere.

John se llevó la mano al interior de la chaqueta. Pensé que iba a sacarse una cajetilla de tabaco, pero lo que sacó fue algo así como un bolígrafo grueso. Desenroscó una tapa en uno de los lados y, tirando de ambos extremos, lo desplegó hasta convertirlo en un tubo de color negro

de unos veinte centímetros.

—Es un telescopio de bolsillo —dijo—. Siempre que vengo aquí de noche aprovecho para mirar el firmamento. Acabo de ver una estrella fugaz pasar por encima de usted.

Se llevó el telescopio al ojo derecho y, cerrando el izquierdo, oteó unos segundos sobre mi cabeza.

—Está muy avanzado el verano para que sea una lágrima de San Lorenzo —añadió, retirando el telescopio de la cara.

—Igual era un avión —apunté—. No estamos muy lejos de Barajas.

—Vaya, es usted muy perspicaz. Pero no. No era un avión. Era una estrella fugaz. Y es extraño que hayamos podido verla a simple vista, teniendo las luces encendidas.

—Disculpe, John…

—Mire, otra. —Señaló al cielo con la mano que sostenía el telescopio—. Justo donde la anterior. Cualquiera diría que es usted quien las atrae.

—¿Se está burlando de mí o es que ha bebido?

—En absoluto. Aquí donde me tiene, soy un enamorado del cielo nocturno, además de ingeniero aeroespacial. Por desgracia, nunca he ejercido como tal. Al poco de licenciarme, los japoneses bombardearon Pearl Harbor y, bueno, ya sabe, me tocó alistarme. Pero nunca llegué a servir en el frente. Enseguida me destinaron a otras labores.

—¿Labores de inteligencia?

—De inteligencia, sí. Mi familia tiene orígenes franceses, y ser bilingüe y tener cierto don de lenguas y una licenciatura te pueden abrir puertas insospechadas. Tras la guerra estuve dando tumbos de un lado a otro, hasta que hará cosa de diez años me trasladaron a España. A estas alturas, podría pedir el traslado a otra parte, pero me gusta esto. Me gusta España y su gente, y sobre todo su comida. Podría pasarme el resto de mi vida comiendo tortilla de patatas, jamón y queso manchego. De hecho, es lo que estoy haciendo la mayor parte del tiempo cuando no trabajo. Me paso el día comiendo. Lo mío me cuesta mantener la línea, se lo aseguro. Cada mañana me obligo a caminar como mínimo dos horas, y también juego al tenis. Y ahora en verano practico natación.

Se incorporó y se tocó el vientre, como para dar fe de que estaba libre de grasa. Yo no sabía si aquello formaba parte de algún tipo de estrategia novedosa para interrogatorios —desconcertar a tu interlocutor a base de hacer el idiota—, o era que el tal John estaba como una cabra. Claro que podían ser las dos cosas.

—¿Para qué me han traído aquí? —pregunté, encendiéndome un cigarrillo para mantener a raya los nervios, que aquel personaje me estaba crispando de mala manera.

John se sentó y aceptó el cigarrillo que le ofrecí. Se lo encendí y dio una calada rápida antes de responder con otra pregunta.

—¿Por qué ha ido a ver a Skorzeny?

Pensé en responderle que se fuera a tomar viento, que era un asunto confidencial que solo atañía a las autoridades españolas. Pero hubiera sido un cambio de tono demasiado brusco.

—Hemos hablado de cine —dije.

—¿De cine? Esa es buena.

—Él acaba de ver *Con la muerte en los talones* y dice que Cary Grant no da el pego como espía. Que es demasiado guapo y llamaría mucho la atención.

—Eso es verdad. —John sonrió. Parecía satisfecho con alargar un poco más aquel preámbulo —. Los hombres atractivos, con buen porte, no suelen servir como espías. Con las mujeres

ocurre igual, aunque no se lo crea. Claro que siempre hay excepciones. Todo depende del trabajo. Para cada trabajo hay un perfil determinado. Pero, de todos modos, creo que Cary Grant no hace de espía en esa película.

—Lo confunden con espía, o sea que viene a ser casi lo mismo. ¿También es usted aficionado al cine?

—Lo era, antes de llegar a España. Aquí solo lo justo. No me gusta escuchar la voz de mis compatriotas americanos doblada al castellano.

—También puede ver películas hechas en España.

—La última película española que vi fue *El pequeño ruiseñor*, y se me quitaron las ganas de volver al cine durante mucho tiempo. Si le soy sincero, es lo que peor llevo de este país: el filtro de la censura, que solo permite que se graben películas de folklóricas y niños cantores y que recorta las mejores escenas de las que llegan de fuera. En el último año creo que solo he ido a ver dos: una fue esa, *Con la muerte en los talones*, y la otra fue *Ben-Hur*.

—Yo *Ben-Hur* no pude terminarla. Me aburrí como una mona y me salí de la sala a la mitad.

—Pero recordará que el protagonista era judío. Dígame, inspector, ¿habló de los judíos con Skorzeny?

Había formulado la pregunta sin quitarse el cigarrillo de la boca. En ella, la palabra «Skorzeny» sonaba muy distinta a como lo hacía en la mía. Yo la pronunciaba tal y como la había escuchado decir siempre en los medios: «escorceni»; él, algo así como «scourcheini».

—Solo de uno —respondí.

—El profesor Jude Kochanski.

—El mismo.

—¿Qué le dijo Skorzeny sobre ese hombre?

—Que apenas le conocía.

—¿Para eso fue a hablar con él? ¿Para preguntarle si lo conocía?

—Sí.

—¿Cómo es él, Skorzeny? Nunca he tenido oportunidad de tenerlo delante.

—Alguien especial.

—¿Especial? ¿En qué sentido?

—No lo sé. Especial. Igual que usted.

—¿Yo, especial? No, no. Soy un hombre de lo más corriente. Pero diga, ¿cómo es que Skorzeny accedió a hablar con usted? Por lo que sé, es bastante huraño, y desconfía de todo el mundo. ¿Por qué cree que le concedió audiencia?

—¿Qué quiere que le diga? Soy policía español. Lo normal es que nadie se resista a hablar conmigo. Al menos si creen que no tienen nada que esconder.

—¿Sabía él que usted iba a preguntarle por el crimen del Instituto Goethe?

—Debía de imaginárselo, claro. No es idiota.

—No. Un idiota jamás habría logrado escapar de una prisión americana.

—Se rumorea por ahí que no se escapó. Que ustedes lo liberaron, y que ahora es agente suyo.

—No se crea todo lo que le cuenten.

—Pues la historia tiene bastante sentido. Un antiguo héroe de guerra nazi liberado de su cautiverio por los servicios secretos de Norteamérica que lo reclutan luego como agente.

—Si alguna vez colaboró con nosotros, y no voy a confirmárselo, eso ya es agua pasada. Skorzeny no responde ante nadie, esa es la única verdad. Es un mercenario, aunque un mercenario muy caro y con ciertos ideales, al que conviene no inmiscuir en según qué

cuestiones.

—¿Cuestiones como el asesinato del profesor Kochanski?

—Por ejemplo.

—Ignoraba que ese crimen fuera de su interés. De los Estados Unidos, me refiero.

—Jude Kochanski vivió durante mucho tiempo en mi país, incluidos los años de la guerra. Y en esos años digamos que no nos pasó desapercibido.

—¿Trabajó para ustedes?

—Sí, no me importa revelárselo. Como tantos otros profesores universitarios, en esos años nos echó una mano. Él era doctor en lengua alemana y ejerció de traductor para nosotros. Nada serio, no vaya a pensarse. Se le enviaban recortes de prensa alemana, libros, cosas por el estilo. Él los traducía y se los explicaba a nuestros agentes. Nada más que eso. Digamos que ayudó a comprender mejor la forma de pensar de nuestro enemigo. Años después de terminar la contienda, regresó a Alemania, y luego se trasladó a España. Fue entonces cuando se rompieron todos los vínculos que mantenía con nosotros. No volvimos a contactar con él, nunca fue necesario hacerlo. Y tampoco hubiera sido prudente. El profesor Kochanski colaboró con mi Gobierno durante la guerra, y todavía algunos años después, porque detestaba tanto el nazismo como el comunismo, pero no quiso prolongar esa colaboración indefinidamente. Sin ir más lejos, nunca aceptó la nacionalidad estadounidense, por más que se la ofrecimos. Yo no lo traté personalmente, pero por lo que dicen era un hombre de ideales, lo mismo que Skorzeny. Aunque supongo que los ideales de ambos serían bastante distintos… Pero diga, ¿Skorzeny le aclaró algo sobre la muerte de Kochanski?

—Aún no estoy seguro, pero diría que no. Aunque si el profesor trabajó para ustedes en su momento, se me ocurre que quizá fue por eso por lo que lo mataron.

—Como le digo, hacía muchos años que estaba desvinculado de nosotros. Pero igualmente nos gustaría saber qué pasó. Confiábamos en que ustedes, la policía, nos lo aclararan, pero a través de nuestras fuentes hemos podido saber que la investigación, su investigación, no va por buen camino.

—Lo lamento. Le juro que me estoy esforzando todo lo que puedo.

—Sí, sí. Eso no lo dudo. Si no, no se habría entrevistado usted con Skorzeny. «El hombre más peligroso de Europa». ¿Sabía que era así como lo llamaban?

—No creo que ahora sea un hombre peligroso.

—No, él no. Pero sí sus amistades.

—¿Cree que al profesor Kochanski pudo matarlo alguien del entorno de Skorzeny?

—No necesariamente de su entorno, pero me jugaría el cuello a que el muy canalla tiene alguna idea de por dónde puede ir la cosa. Pero usted dice que no quiso ayudarle…

—No he dicho eso. Le he dicho que no me aclaró nada. Sin embargo respondió a todas mis preguntas. Creo que me dijo menos de lo que sabía, aunque me dio la impresión de que también él estaba a oscuras.

John se levantó y se alejó unos pasos.

—A la porra —dijo, sin volverse, arrojando la colilla al interior del pozo—. Le voy a contar todo lo que sabemos, inspector. No es mucho, pero igual es la única manera de que podamos solucionar esto. Me han asegurado que es usted uno de los mejores detectives del país. Y eso de las estrellas sobrevolando sobre usted… Sí, tiene que ser una señal.

Iba a replicar que yo no era el niño Jesús para que las estrellas guiaran hasta mí, y a preguntar si acaso esas eran las bobadas que les enseñaban a los ingenieros aeroespaciales en los Estados

Unidos. Pero antes de que pudiera hacerlo John salió del patio, dejándome solo.

10

Yo aproveché para levantarme y estirar un poco las piernas; estaba comenzando a quedarme entumecido. La temperatura había bajado varios grados desde que comenzamos a hablar. No podía decirse que hiciera frío, aunque tampoco el calor típico de una noche de verano. Claro que, como siempre había oído decir en mi casa de niño: «en agosto, por el día fríe el rostro, por la noche frío en el rostro». Me pregunté si antes del otoño podría haber concluido la investigación, y si el comisario me concedería entonces una semanita o dos de vacaciones. Septiembre era un buen mes para viajar. Más barato y con menos aglomeraciones. Incluso me planteé salir de España. Entre tanto profesor, ministro y agente secreto con currículo internacional, me sentía un cateto sin mundo que había vivido toda su vida encerrado en su ciudad. Aunque con el presupuesto que manejaba no podría cruzar el Atlántico o viajar hasta Australia o Japón, sí que podría permitirme quizá pasar cuatro o cinco días en Reino Unido o Alemania. Por el momento, mi única salida al exterior había sido un viaje a Francia para un trabajo de colaboración con la policía francesa. Un individuo de nacionalidad española había matado a su esposa en Biarritz, y me enviaron para que me ocupara de nuestra parte del papeleo. Ni siquiera tuve oportunidad de explorar la ciudad o de meterme a ver una de esas películas de señoritas desnudas del otro lado de la frontera que tanto atraían al público español. Casi lamentaba no haberme inscrito en su día como voluntario para la División Azul, como hicieron algunos de mis amigos al poco de terminar la guerra en España. Me habría arriesgado a morir congelado en alguna zanja, o acribillado por la infantería soviética, pero a cambio hubiera podido recorrer media Europa, y me habría traído de vuelta un buen repertorio de chascarrillos con que entretener al personal.

—¿Inspector?

Me había acercado hasta la tapia, al pie de la cual había un arriate con rosas. Más allá no se intuía ninguna luz.

—¿Señora Clarke?

Mary Clarke estaba en el centro del patio. Mi desconcierto al oír su voz duró apenas un instante. Tenía todo el sentido del mundo que estuviera allí. ¿Quién sino ella había podido alertar a los servicios secretos de los Estados Unidos para que se me echaran encima?

—Supongo que me perdonará por no haber sido totalmente sincera con usted esta mañana —dijo, tendiéndome la mano, como si fuera necesario ese gesto para comenzar de cero otra vez nuestra relación.

Se la estreché y la invité a sentarse en la silla que yo había ocupado hasta entonces. Ahora

prefería estar de pie para no quedarme frío. Ella se sentó sin remilgos. Había cambiado el vestido estampado de la mañana por un jersey negro de cuello alto, una falda marrón y botas altas. Un conjunto tal vez demasiado invernal para aquellas fechas, pero mucho más acorde con la seriedad de la situación.

—Tuvimos noticia de la muerte del profesor Kochanski al mismo tiempo que la policía —explicó John, que venía tras ella, y que le dio la vuelta a la silla para sentarse a horcajadas, como un *cowboy* sobre su montura—, es decir, ayer por la mañana. O mejor dicho, antes de ayer, que ya son más de las doce. La señora Clarke se hallaba fuera de España, como creo que ella misma ya le ha contado. Le pedimos que regresara esa misma tarde. Teníamos pensado que comenzara a investigar para nosotros hoy mismo, pero antes de que pudiera hacerlo usted se presentó en su pensión para interrogarla.

—Yo esperaba la visita de la policía de un momento a otro —continuó ella—. Con lo que no contaba era con que fuera usted a preguntarme por ese sacerdote: Ramón Sabater. Creí que tardarían mucho más tiempo en llegar hasta él. Me pilló usted en bragas, con perdón, y en nuestra entrevista no supe dosificar bien la información. Fui demasiado lejos al hablarle del asunto del cuadro, y al mencionar el nombre de Wolfgang Strauss. Debí guardarme todo eso para mí. Pero no creí que estuviera cometiendo ningún error grave. Lo que yo no sabía es que usted iba a pasarle toda esa información a Otto Skorzeny. Con su inconsciencia, ha hecho saltar todo por los aires.

—No comprendo —dije—. ¿Qué es lo que he hecho saltar por los aires?

—Muchos meses de trabajo. De mi trabajo.

—La señora Clarke —intervino John— entró a trabajar en el Instituto Goethe por mediación nuestra. Hace cuatro años, cuando nos enteramos de que el centro iba a abrir una sede en Madrid y que esa sede iba a estar dirigida nada menos que por nuestro antiguo colaborador, el profesor Kochanski, vimos una oportunidad de oro. La comunidad alemana en España es numerosa, pero hermética, y desde la dirección del Instituto por fin podríamos tener acceso a ella. El problema fue que el profesor, como le he dicho antes, declinó nuestra propuesta de colaboración. No nos quedó otro remedio que mover los hilos para introducir en el Instituto a otra persona que también había trabajado para nosotros anteriormente, y que poseía una trayectoria profesional a la medida del puesto.

—Ustedes solicitaron mi nombramiento —matizó Mary—, pero fue Jude quien lo aprobó. Él me lo dijo muchas veces: vosotros le hicisteis llegar mi candidatura, pero él me eligió porque yo era la más apta para el cargo, no porque creyera tener ningún compromiso o deuda que saldar. De hecho, una de las primeras cosas que me advirtió fue que no permitiría que vosotros, los americanos, marcaseis la agenda al Instituto a través de mí. Jude no tenía inconveniente en que yo colaborara con vosotros, que os pasara información, siempre y cuando cumpliera escrupulosamente con las responsabilidades de mi puesto.

—¿Era a usted a quien buscaba el asesino de Kochanski? —pregunté.

—Es posible —respondió Mary—. Pero no lo sabemos. Durante los últimos meses he estado ocupada en una serie de operaciones de naturaleza, digamos, delicada, y podría ser que esas operaciones estuvieran relacionadas con el crimen.

Mary se volvió hacia John, como pidiéndole permiso para seguir. Este asintió con la cabeza.

—Adelante —indicó John—. Como le he dicho, he decidido contarle al inspector todo lo que sabemos. Ahora mismo, él es nuestra mejor baza. Nosotros no podemos movernos libremente interrogando a cualquiera, pero él sí. Además, con que sea la mitad de bueno de lo que dicen que

es, le bastarán un par de días para tenerlo todo resuelto.

—Lo dudo mucho —repuse.

—Peca usted de modestia.

—Peco mucho, aunque normalmente no de modestia. Pero, díganme, ¿de qué clase de operaciones estamos hablando? ¿Secuestros, torturas, asesinatos…?

—¿Es eso lo que piensa de nosotros? —se burló John.

—Así pintan siempre a los espías en las películas. Asesinos sin corazón y sin escrúpulos. *Mata Hari, Los treinta y nueve escalones*, ya sabe.

—Bueno, no voy a negarle que todo eso forma parte de nuestra profesión —admitió John—. Pero solo es eso, una parte. La mayoría de nosotros, como puede ver, distamos mucho de ser una Greta Garbo o un Robert Donat. Aunque a veces las cosas se puedan torcer y toque pegar algún tiro o recibirlo, casi todo lo que hacemos se reduce a acumular los datos que nos envían nuestros informantes, a cerrar tratos, a negociar en la sombra… Hay mucha menos acción de la que parece. La señora Clarke, sin ir más lejos, no es más que una analista. Una experta en arte que nunca ha sostenido una pistola en sus manos. La reclutamos durante la guerra para que nos asesorara en cuestiones relacionadas con su especialidad. Cuando caen bombas sobre una ciudad, no solo se destruyen viviendas, puentes o carreteras, sino también museos o iglesias. Eso por no hablar del patrimonio artístico que comienza a emerger en el mercado negro como por ensalmo. Durante la guerra, desde su cátedra de Princeton, Mary nos ayudó a catalogar y rastrear cientos de piezas de arte dañadas o saqueadas, y una vez que la guerra terminó, continuamos contando con su asistencia de manera puntual. Así fue hasta el día en que la invitamos a venir a Madrid para trabajar en el Instituto Goethe. Aquí, además de pasarnos información de la gente con que se reúne, nos ayuda a identificar e investigar movimientos sospechosos en el mercado del arte. A nadie le llama la atención que la jefa del Departamento de Cultura del Instituto Goethe haga consultas sobre cualquier obra o autor, por desconocidos que sean, ni que esté viajando constantemente de un lugar a otro. El arte, como seguramente sepa, inspector, es a día de hoy uno de los principales nichos del crimen organizado. Antes que permitir que el dinero languidezca bajo el colchón, los criminales prefieren invertir en obras por las que pagan precios exorbitados valiéndose del secretismo que rodea el mundillo para conservar su anonimato. Luego usan esas obras como avales para créditos bancarios, o las revenden por cantidades aún más exorbitadas. O incluso recuperan su propio dinero, ya limpio de toda sospecha, si es que acaso el vendedor no es más que un hombre de paja a su servicio. Por lo general, el entramado de estas actividades es extremadamente complejo a nivel legal, y en la mayoría de casos ni siquiera los jueces y fiscales especializados pueden hacer nada para evitarlas. A nosotros, a nuestra agencia, no nos incumbe esta tarea. Lo que nosotros hacemos es vigilar, seguir el rastro de cualquier compra o venta inusual, averiguar quiénes participan en ellas y, posteriormente, administrar esa información como nos parezca más conveniente.

—El cuadro ese, el que el padre Sabater envió a Zúrich a través del Instituto Goethe, ¿creen que pudo usarse para el lavado de fondos de una organización criminal? —pregunté.

—Más o menos. El cuadro, como sabe, se envió a una exposición de pintura alemana contemporánea del Kunsthaus de Zúrich, donde a los pocos días fue vendido por una gran suma de dinero a un comprador anónimo. Una suma inconcebible para un cuadro pintado por un autor novel, a decir de la señora Clarke. Ella, al producirse la visita del padre Sabater al Instituto Goethe, hizo que prestáramos atención a la exposición, y no tardamos en descubrir que, en efecto, algo olía a podrido. En menos de una semana desde su inauguración, todas las piezas

expuestas fueron vendidas, cada cual a un precio más elevado, sin que hubiera modo alguno de identificar a compradores o vendedores.

—La exposición —dijo Mary— no era más que una tapadera para mover dinero de unos bolsillos a otros.

—¿El dinero de quién? —pregunté.

—No lo sabemos —respondió John—. Todos los involucrados se cuidaron mucho de ocultar su identidad. Sin embargo, tenemos una pista importante sobre qué puede haber detrás de todo esto: el comisario de la exposición, uno de los integrantes de la Künstlergesellschaft, o sea, la fundación de amigos del arte de Zúrich, la propietaria del museo. Se trata de un famoso psiquiatra y político suizo llamado Lamar Hafner.

—Nunca he oído hablar de él.

—Aquí, en España, es menos conocido, por lo menos fuera de las facultades de medicina. En su momento, Lamar Hafner fue uno de los alumnos aventajados de su compatriota suizo Eugen Bleuler, uno de los padres de la psiquiatría moderna junto con Sigmund Freud. Se ganó un nombre al instalar su consulta de psicoanálisis en Berlín unos años antes de la llegada del nazismo al poder. El doctor Hafner proviene de una familia de orígenes alemanes, y durante la guerra fue uno de los baluartes del Partido Nazi en el campo de la psiquiatría. A partir de 1945, de vuelta en Suiza, moderó públicamente sus posiciones y se alejó de la ciencia para centrarse en la política, consiguiendo un escaño en la Asamblea de Suiza por el Partido Demócrata Cristiano durante varias legislaturas. Nos consta, eso sí, que el doctor ha seguido siempre ligado de un modo u otro a organizaciones clandestinas vinculadas con el nazismo. Bueno, no sé si deberíamos considerarlas tanto como «organizaciones». En realidad, se trata de redes de colaboración formadas por antiguos miembros del Partido Nazi de Alemania y otros elementos afines. No buscan instaurar un Cuarto Reich ni nada por el estilo. La mayoría de sus miembros son prófugos de la justicia y lo único que desean es vivir sus vidas discretamente en cualquier rincón del globo. ¿No ha seguido usted en los periódicos todo lo sucedido con Adolf Eichmann?

—Sí. Era justamente a quien tenía en la cabeza.

El coronel de las SS Adolf Eichmann, uno de los principales responsables de coordinar el exterminio de judíos, había sido capturado de manera ilegal en Argentina hacía solo cinco meses por agentes de los servicios secretos de Israel, donde sería sometido a un juicio público por sus crímenes. La prensa española se había volcado en la cobertura del suceso mucho más de lo habitual, quizá porque Argentina era una nación con la que España mantenía una relación estrecha y la violación de su soberanía por parte del joven Estado judío, con la aquiescencia —más o menos tácita— de los Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, sentaba un espinoso precedente. Existía el temor de que España, donde residían numerosos antiguos altos mandos del Partido Nazi, fuera el siguiente objetivo de los israelíes. Sin ir más lejos, además del propio Otto Skorzeny, era bien conocida la presencia en el país del líder nazi belga Leon Degrelle, que se había estrellado con su avioneta en la bahía de San Sebastián en el año 45, y al que, a pesar de las presiones internacionales, el Gobierno español se había negado a entregar a la justicia en su día.

—Adolf Eichmann pudo pasar a América gracias a la ayuda de una de esas organizaciones —continuó John—. ¿Ha escuchado alguna vez la palabra ODESSA? —negué con la cabeza—. Son las siglas alemanas de «Antiguos Amigos de las SS». Es el nombre que recibe el conjunto de todas las redes de ayuda a criminales nazis. Hay quien cree que detrás de esas siglas hay una sola organización, con una jerarquía de mando definida y distintas ramas operando en Europa y

Sudamérica. Pero no es verosímil: una macroorganización de ese tipo no nos habría pasado desapercibida. Ni a nosotros ni a la prensa. Más bien, por lo que creemos, se trata de células de tamaño pequeño o mediano que actúan de modo independiente, proporcionando apoyo económico y logístico a los camaradas que lo necesiten.

—¿Y ese doctor Hafner es el cabecilla de una de esas células?

—Exacto. También lo es, por cierto, nuestro querido Otto Skorzeny. Pero supongo que esto no le sorprenderá lo más mínimo.

—Más bien no.

—En los años de la posguerra, Skorzeny, valiéndose de su buena mano con las autoridades argentinas, y sobre todo de su buena mano con Evita Perón, a quien se dice que le ofrecía bastante más que sus servicios como guardaespaldas, le puso la pasarela a docenas de criminales de guerra nazi para que pudieran llegar desde Europa hasta América. Hay incluso quienes han puesto nombre a su organización: «La Araña». No me negará que tiene gancho. Pero además de Skorzeny, el otro nombre destacado en España en lo referente a este asunto es uno que también le resultará conocido: Clarita Stauffer.

—Tampoco demasiado. Alguna vez la he visto en los periódicos junto a su amiga Pilar Primo de Rivera. Sé que es una de las jefas de la Sección Femenina de Falange, o algo así, y que viene de una importante familia de empresarios alemanes. Poco más. Ah, me suena que de joven era nadadora.

—Pues además de todo eso, o gracias a todo eso, mejor dicho, a su fama y su fortuna, y a su ascendencia alemana, Clarita Stauffer ha podido montarse su propia organización de ayuda a criminales de guerra en colaboración estrecha con Skorzeny, y por descontado, en colaboración estrecha con las autoridades españolas, que se han negado a entregar a Clarita a la justicia internacional, donde se la reclama justamente por este delito. Clarita sigue viviendo en Madrid como si tal cosa. Lo mismo que Skorzeny. Lo mismo que tantos y tantos otros criminales de la peor calaña. Lo más grave es que con el paso del tiempo, y con el acercamiento entre nuestros respectivos gobiernos, el americano y el español, la situación se ha enquistado. O normalizado. Y nadie en Occidente, salvo contadas excepciones, parece ya dispuesto a indignarse porque países como España, o también Argentina, sean santuarios para asesinos. Yo, por mi trabajo, sé mejor que nadie que la diplomacia entre naciones es un juego de equilibrios muy sensible. Que quien hoy es tu amigo mañana será tu enemigo, y viceversa. Pero aun así me cuesta entender según qué posturas, incluso las de mi propio Gobierno, que desde hace quince años se dedica a reclutar a todo científico o espía nazi de cuya existencia tiene conocimiento, solo para que no sea reclutado por los rusos. Es demencial.

—Creo que todo esto me sobrepasa —dije, añorando repentinamente la suavidad de mis sábanas; si la temperatura caía un poco más aquella noche, puede que hasta sacara la colcha del armario—. La diplomacia internacional, los criminales de guerra… Volvamos a donde estábamos, por favor. A la exposición de Zúrich.

—Sí, disculpe. Le estaba explicando que el organizador de la exposición de pintura a la que se envió el cuadro desde el Instituto Goethe es el doctor Lamar Hafner. En cuanto lo descubrimos, informamos de ello a nuestros colegas británicos, franceses, alemanes e israelíes, para ver si entre todos podíamos averiguar de qué iba aquello. Pero no hubo forma. Si la exposición se montó en Zúrich fue precisamente para eso, para evitar, gracias a las leyes de opacidad suizas, que nadie pudiera meter las narices en el tinglado. El objetivo no parece que sea otro que blanquear dinero para destinarlo, con toda seguridad, a la financiación de esas redes de ayuda a

fugitivos de las que hablamos.

—¿Creen que pudo ser por eso por lo que mataron al señor Kochanski, porque estaban ustedes investigando esa exposición?

—Pudo ser por eso, sí. Pero no hemos conseguido hallar la conexión.

—Es probable que yo sea esa conexión —apuntó Mary—. La semana pasada estuve en Zúrich, en el mismísimo museo. Puede que repararan en mí y averiguaran quién era yo. Debieron de pensar que actuaba bajo las órdenes de Jude, por ser él mi superior en el Instituto y por su pasado como colaborador con los servicios secretos americanos, y optaron por ir a por él. Pero, por supuesto, Jude no sabía nada.

—¿Y por eso lo torturaron y lo mataron? —pregunté—. ¿Para saber quién y por qué estaba investigando esa exposición?

—No podemos asegurarlo —respondió John—. Pero tiene que entender que esa gente no se anda con chiquitas. Muchos de ellos saben que ser arrestados les supondría terminar sus días entre rejas o colgados de una horca.

—Muy bien, pero ¿qué papel juega exactamente Ramón Sabater en todo esto? ¿Qué hace un cura español metido en este lío? ¿Por qué iban a querer asesinarlo a él también?

—No tenemos la menor idea. Hemos intentado ahondar en la vida de ese sacerdote, pero ha sido como darnos contra un muro. Digamos que no andamos sobrados de informantes dentro de la curia española. Sabemos que Sabater vivió casi toda su vida en Barcelona, que venía de buena familia, y que se había mudado a Toledo por su amistad con el arzobispo. Poco más.

—Lo cierto es que no lo investigamos a fondo en ningún momento —reconoció Mary—. Quiero decir que cuando el cura llegó al Instituto Goethe con el cuadro hicimos algunas averiguaciones, pero no pensamos que fuera nadie relevante. Por eso nos olvidamos un poco de él y nos centramos en investigar a las personas relacionadas con la exposición, como el doctor Hafner.

—¿Pudieron matar al padre Sabater porque lo consideraron un cabo suelto? —pregunté.

—Tiene toda la pinta —respondió John—, pero cualquiera sabe. Nosotros nos enteramos de su muerte solo unas horas después de conocer la de Jude, y enseguida dedujimos que estaban relacionadas. Pensábamos informar de ello a las autoridades españolas un poco más adelante, cuando hubiéramos puesto las cosas en orden, pero usted se nos ha adelantado.

—¿Quién es el autor del cuadro, ese Wolfgang Strauss?

—Tampoco lo sabemos. Probablemente no se trate más que de un seudónimo. No existe ningún Wolfgang Strauss en nuestros registros.

—El cuadro fue pintado por alguien con talento —añadió Mary—, pero no por un verdadero artista. Era la obra de alguien con muchos años de experiencia, con buena técnica, aunque sin vocación.

—Pero ¿consideran que el autor puede ser un criminal de guerra alemán oculto en España? —pregunté.

—No tiene por qué —respondió John—. Pudo pintarlo un español, o el propio padre Sabater. Solo sabemos que el cuadro salió desde España. Ni siquiera sabemos si fue pintado aquí.

—Lo único que sabemos con certeza —afirmó Mary— es que ese cuadro ha causado ya tres muertes. Y nada nos asegura que no puedan ser más en las próximas horas.

11

Al terminar la charla me colocaron la capucha en la cabeza y me metieron en el coche. A los diez o quince minutos el conductor dio unas instrucciones en inglés y Mary, que iba sentada a mi lado, me la retiró. Habíamos entrado ya en la Nacional, y al fondo, en el horizonte, se atisbaban las luces de Madrid.

—¿Le apetece tomar una copa? —propuse, atusándome el pelo: fue entonces cuando descubrí la costra de sangre por la brecha que me habían abierto los cascotes del techo.

—Es tarde —respondió Mary—. Y además estamos a miércoles.

—No creo que su jefe vaya a reñirla porque llegue tarde a trabajar. No sé si recuerda que está muerto.

—¿Cómo puede ser tan insensible?

—¿Tanto lo estimaba?

—Llevábamos cuatro años trabajando juntos.

—Yo llevo muchos más años trabajando para mi comisario, y si tuviera oportunidad le ahogaba en un pozo.

—Jude era la única persona de confianza que me quedaba en este mundo. Soy una viuda sin hijos, sin hermanos y sin padres. Ni siquiera tengo gato. No puede hacerse una idea de lo que su pérdida significa para mí.

—Yo estoy dispuesto a hacerle compañía. Hasta puedo maullar y mover la cola.

—No sea descarado.

—¿De verdad no se le pasó por la cabeza que al investigar esa exposición podía estar poniéndolo en peligro?

—No, ni por un momento. Hasta ahora para mí todo esto, trabajar para la agencia, era como un juego, un desafío académico. Yo sabía que las personas a las que investigaba eran de carne y hueso. Estafadores, traficantes, asesinos… Pero no tenía conciencia de ello. Quiero decir, para mí habitaban en otro plano distinto de la realidad. Me había creado la ilusión de que entre ellos y yo existía una barrera infranqueable. Pero esa barrera solo estaba en mi imaginación. Era un espejismo.

—¿No tiene miedo de que ahora puedan ir a por usted?

—Sí, claro que lo tengo. John me ha dicho que no puede garantizar completamente mi seguridad. No puede ponerme unos escoltas que me sigan durante las veinticuatro horas del día sin llamar la atención. Por eso me ha pedido que salga de España. Que vuelva a los Estados

Unidos.

—¿Y piensa hacerlo?

—Por ahora, no. No voy a marcharme hasta que descubra quién ha matado a Jude y por qué. No tengo nada que perder. Allá en Alemania Jude tenía una familia que lo llorará y lo echará de menos. A mí, en cambio, nadie me llorará si desaparezco. Cuando muera no quedará otra memoria de mi paso por este mundo que un puñado de artículos sobre arte en revistas universitarias que nadie se tomará la molestia de leer. Me desvaneceré sin más, como si jamás hubiera existido.

Mary guardó silencio y yo lo guardé con ella. Experimentaba a menudo esa misma sensación, la de saber que si de pronto muriera no dejaría tras de mí otro rastro que algunas facturas sin pagar. Yo también estaba solo, desgarradoramente solo, aunque había aprendido hacía mucho a no permitir que esa idea me nublara el pensamiento.

—El arte siempre fue mi vía de escape —continuó Mary, de nuevo como si hablara para sí misma, como por la mañana—. Al haberme criado a medio camino entre España y Alemania, nunca supe lo que era echar raíces, sentirse una con el lugar que te rodea. Tenía dos patrias, dos casas, dos lenguas, pero ninguna era totalmente mía. Por eso me busqué un lugar y un lenguaje propios, donde pudiera sentirme segura, un hogar al que volver cada vez que lo necesitara. Las obras de los artistas clásicos, los colores, las formas, los símbolos… También la historia, la mitología, el folklore. Ni mis padres ni mis abuelos eran grandes lectores. Vengo de una familia de ingenieros y empresarios, así que nadie me inculcó el amor por el arte y por las letras. Tuve que sumergirme sola en ese océano. Ni siquiera cuando comencé a hacerme un nombre como profesora e investigadora mi familia dejó de mirarme con recelo. No entendieron nunca de dónde surgía mi interés, por qué le entregaba mi vida a personajes como Velázquez o Durero en lugar de buscarme un oficio más estable, de asentarme, de casarme, de formar una familia.

—Pero usted se casó y formó una familia allá en América —la interrumpí.

—Sí, pero fue muy tarde y duró muy poco. Ni mis padres ni mis abuelos llegaron a saber de ese matrimonio. Estábamos en plena guerra y los que no habían muerto antes, como mis abuelos o mi padre, al que fusilaron los fascistas en algún lugar cerca de Sevilla, murieron poco después. Y mi madre, de una neumonía, en su casa familiar en Düsseldorf, en el 45. Aquella fue para mí una época negra. Tan negra como para la mayoría de alemanes y españoles, supongo. En solo unos años me vi desprovista de cualquier asidero que no fuera mi trabajo. La guerra, o las guerras, mejor dicho, me lo arrebataron todo menos aquello que siempre fue mío, mi verdadero hogar, mi lenguaje secreto: la belleza, la armonía, el color…

Callamos un momento. Circulábamos por la avenida del Generalísimo en sentido sur.

—¿Dice que a su padre lo mataron los fascistas en Sevilla? —pregunté, cuando no pude soportar más aquel silencio.

—Sí. Estando en Madrid, al poco del Alzamiento, allá por el mes de septiembre de ese año 36, recibí una carta de un amigo suyo diciéndome que lo habían arrestado. Mi madre había salido para Alemania unas semanas antes y él tenía pensado hacerlo pronto, en cuanto consiguiera arreglar unos negocios pendientes para poder marcharse al exilio con algo de dinero. Él era republicano, pero no era ningún radical. Era un pequeño burgués de Huelva, un hombre discreto y de buena familia al que mi madre había conocido en una fiesta organizada por la compañía minera para la que trabajaba mi abuelo. Nunca se le pasó por la cabeza que su vida corriese peligro. Solo había aceptado salir de España por la insistencia de mi madre, que estaba aterrada porque de niña había sufrido de cerca las consecuencias de la Gran Guerra, en la que había

perdido a su único hermano. Pero mi padre no calculó bien cuál era la magnitud de lo que sucedía. Una noche en ese mes de septiembre lo sacaron de su casa en Sevilla, donde vivía entonces, y nadie lo volvió a ver. El amigo que me escribió me contó que había oído que lo fusilaron junto a otros en un cementerio de las afueras de la ciudad. Fue esa carta la que hizo que me decidiera a huir yo también de España, de donde no me había movido pese a las advertencias de mi madre. Como cada verano, yo me había venido desde Alemania para avanzar en mi tesis doctoral y me alojaba temporalmente aquí, en Madrid. Por alguna razón me creía ajena a lo que ocurría, un poco como debió de sucederle a mi padre, ya que ni él ni yo habíamos tenido nunca demasiado interés en la política. Pude pasar la frontera hasta Francia usando mi pasaporte alemán como salvoconducto, pero una vez allí me negué a continuar hasta Alemania para reunirme con mi madre. Los fascistas habían matado a mi padre y yo no concebía correr a refugiarme en un Estado fascista como la Alemania de Hitler. Fue entonces, en esas semanas de incertidumbre, cuando me notificaron la concesión de una beca de estudios que había solicitado unos meses antes para Princeton. No dudé un momento en embarcarme para América.

—¿No ha intentado averiguar qué le ocurrió exactamente a su padre?

—No. Hace cuatro años, al volver a España, intenté enterarme de algo. Pero no hubo forma.

—Estoy seguro de que si se lo propusiera, siendo usted ciudadana norteamericana y empleada del Instituto Goethe, lograría averiguarlo.

—Seguro que sí. Pero en realidad prefiero no saber los detalles. ¿Qué más da si lo mataron un día o al siguiente, si le pegaron dos tiros o tres, si fue delante de una tapia o en mitad del bosque, si quien ordenó apretar el gatillo fue este sargento o aquel teniente? No le veo sentido. Lo mataron y lo arrojaron a una fosa con otros diez, veinte, treinta hombres. Fue uno más de tantos, uno más de miles, de millones. Yo llevo su recuerdo siempre conmigo, eso es suficiente.

Dejamos la avenida y tras callejear un poco llegamos por fin a Fuencarral. Ya había puesto un pie fuera del coche cuando Mary me agarró de un brazo y me dijo:

—Pensándolo mejor, me vendría bien una copa. ¿Sigue en pie su invitación?

Asentí, naturalmente, y dado que nos costaría encontrar un bar abierto a esas horas le pregunté si no le importaría que la tomáramos en mi casa. Ella asintió.

—Pero no quiero que piense que le estoy haciendo una proposición deshonesta —añadí.

—Yo soy una mujer viuda y usted no lleva anillo de casado —repuso ella—, así que en ningún caso sería una proposición deshonesta. Como mucho algo precipitada.

El conductor reemprendió la marcha mientras yo sacaba la llave del portal.

—¿Esto ha sido por mi culpa? —preguntó Mary, una vez en mi apartamento, señalando la cerradura reventada por sus compañeros de agencia.

—Me temo que sí —respondí.

—Se lo pagaré.

—Con que haya aceptado tomarse una copa conmigo me doy por bien pagado.

No era un bebedor casero, así que la oferta alcohólica de la que disponía era más bien exigua. Mary se decantó por una botella de crema de menta que me dejara en herencia mi difunta tía —la propietaria original de mi piso, fallecida hacía algo más de una década— y yo por una de whisky White Horse que no tenía muy claro cómo o cuándo había entrado allí. Las serví en el único par de vasos limpios que había en la cocina y bebimos mirando al vacío.

—Este es un lugar muy masculino —observó ella, de pronto.

—¿Lo dice por el desorden? —pregunté.

—Y también por el olor. No me malinterprete: no digo que huela mal. Pero sí que falta un

toque de presencia femenina.

No me extrañaba. La última mujer que había entrado por la puerta, hacía ya muchos meses, se había quedado una sola noche, y ni siquiera recordaba su nombre. O sí, pero prefería no recordarlo, porque había prometido llamarla al día siguiente para volver a vernos y no lo había hecho. Un par de semanas después me la había cruzado por la calle y en lugar de saludarme se cambió de acera.

—Lo único bueno que tiene este cuchitril es que está en pleno centro —comenté—. Se puede ir paseando casi a todas partes. Por eso nunca me he planteado mudarme.

—¿Ha vivido siempre en Madrid?

—Desde los once años. Nací y me crie en un pueblecito lejos de aquí, al que espero no volver nunca.

—¿Guarda malos recuerdos de su infancia?

—No todos, pero sí la mayoría.

—Eso es terrible.

—Tampoco tanto. No tengo ningún trauma serio, al menos que yo sepa.

—Yo, desde que volví a España, he viajado mucho, pero tampoco he tenido valor de volver nunca al sur, a Andalucía.

—Siempre tendrá tiempo de hacerlo.

—No lo sé. Ya veremos.

—Por cierto, esta mañana me dijo que había estado en Francia y Alemania la semana pasada, ¿es cierto? ¿Estuvo allí?

—Sí. Evité decirle que había estado en Zúrich, en la exposición de arte del Kunsthaus, pero en el camino de vuelta desde Suiza fui parando en muchos sitios. En eso fui sincera. Ah, antes se me olvidó enseñarle esto. No creo que le sirva de nada, pero bueno.

Metió una mano en su bolso, diminuto y de piel, y sacó una cartulina del tamaño de un folio doblada un par de veces.

—Es un folleto de la exposición —dijo, desplegándolo: era un tríptico con varios textos e imágenes—. Hay una fotografía del cuadro que enviamos desde el Instituto Goethe. En mi pensión tengo otras que hice yo misma, con mucha mejor calidad. Pero con esto podrá hacerse usted una idea.

Tomé el folleto. Estaba escrito en alemán, así que no entendí demasiado. En uno de los apartados aparecía el nombre «Wolfgang Strauss», al que acompañaban unas líneas de texto y una ilustración en blanco y negro. En el centro de esta se apreciaba una figura humana en una posición antinatural, con la cabeza vuelta a un lado, un brazo doblado en la espalda, y sostenida en un solo pie. Parecía estar levitando, o a punto de caer de espaldas al suelo. Vestía un uniforme de color negro o pardusco, y se le intuía un gesto de dolor en el rostro. Aunque el rostro no era más que un borrón sin rasgos, con una oquedad negra a modo de boca. Tras la figura, en segundo plano, a su derecha, se entreveía algo semejante a un trapecio, una pirámide sin cúpula. Alrededor de la pirámide, lo que podían ser fragmentos de tierra o metralla, como si se hubiera producido una explosión a poca distancia, fuera del encuadre. La escena producía una impresión de movimiento, de caos. Parecía el fotograma de una película de guerra.

—¿Cómo se titula el cuadro? —pregunté.

—La traducción sería algo así como «Hombre herido en el frente» —respondió Mary, señalando la línea donde debía de aparecer el título—. Lo que pone más abajo es que es una pintura bélica que se inscribe por un lado en la tradición vanguardista de Otto Dix y por otro en

la fotografía moderna de guerra de Robert Capa.

No tenía ni idea de quién era Otto Dix, pero sí conocía la emblemática fotografía del miliciano español capturada por Capa. Ciertamente, el cuadro tenía un aire a ella. Incluso podría argüirse que se trataba de algún tipo de homenaje o reinterpretación.

—En realidad, casi todas las obras de la exposición son de temática bélica —añadió Mary—, solo que no todos los cuadros son tan explícitos como este. A fin de cuentas, es una exposición de pintura alemana contemporánea, y los pintores alemanes contemporáneos están todos marcados de un modo u otro por la guerra. Yo no soy una experta en pintura actual, mi especialidad es la de hace cuatro o cinco siglos, pero sé lo suficiente para reconocer que ni este cuadro ni los otros son más valiosos en términos artísticos que el folleto que tiene en las manos.

—Y sin embargo, según John, todos los cuadros se han vendido… ¿Cómo puede ser que eso no haya llamado la atención de nadie más? Yo qué sé, la dirección del museo, otros pintores o galeristas europeos, las autoridades suizas…

—Ya hablamos antes de lo opaco que es el mercado del arte. A todos les interesa que sea así: a los autores, que de este modo consiguen colocar sus obras más fácilmente, a los vendedores y compradores, porque les permite mantenerse en el anonimato, a las casas de subastas, a los intermediarios, a los museos… El mercado del arte es el Salvaje Oeste, un territorio sin ley. En el año 1917 hubo un tipo llamado Duchamp que llevó un urinario a un museo y lo expuso con el nombre de *Fuente,* seguro que ha oído hablar de ello alguna vez. —Dudaba de haber oído jamás algo así, pero asentí con la cabeza igualmente—. Pues bien, desde entonces, y fíjese si no habrá llovido, el mercado del arte se desligó del arte académico, el que pretendía la búsqueda de la belleza, emular la naturaleza, conmover, remover conciencias… Las vanguardias, con los surrealistas y Picasso a la cabeza, quebraron esa concepción tradicional del arte, que pasó a convertirse en una vía para la provocación, para mostrar lo absurdo de la existencia. O sea, puros fuegos artificiales. La técnica o el genio del artista perdieron importancia ante la capacidad de una obra de sorprender al público, que forzosamente pasó a ser selecto, minoritario. Supongo que no habrá leído a Ortega y Gasset. —Ahí sí tuve que reconocer la evidencia y negué haberlo leído —. Bueno, pero sin duda conoce a Salvador Dalí. Es el mejor ejemplo de lo que le digo: Dalí es un pintor excepcional que sin embargo ha entendido mejor que nadie en qué se ha convertido hoy el arte. Un artista no puede limitarse a crear: tiene que venderse, debe crearse a sí mismo como si fuera un personaje más de una de sus obras. El ricachón de turno pagará dinero por un cuadro de Dalí no por su calidad, sino porque es un cuadro de Dalí. O del personaje que encarna Dalí, para ser exactos. El artista y la obra se han fundido en un solo concepto, y tanto le daría a Dalí poner a la venta un cuadro como un frasco con sus deposiciones: no faltaría quien se lo comprase porque esas deposiciones habrían salido de su culo daliniano. El comprador de arte ya no desea extasiarse con la observación: busca poseer un objeto de culto, un símbolo de exclusividad con el que además, llegado el momento, podrá especular o comerciar si le interesa.

Hacia la mitad del monólogo me había abstraído mirándole primero las manos y luego los labios. Más que deseo —que también— lo que sentía hacia ella era fascinación. Aquella mujer era uno de los seres más deslumbrantes con los que me había cruzado nunca, y desde luego el más inteligente que había entrado jamás en mi apartamento. Hubiera querido hacerle muchas más preguntas, averiguarlo todo sobre ella, pero lo juzgué imprudente. Pese a la creciente complicidad entre ambos, todavía podía notar que nos separaba un foso insalvable, y que no podría cruzarlo, al menos no en una sola noche. No me cabía duda de que tras aquella copa de licor de menta ella tomaría un taxi a su pensión. No habría manera de hacerla entrar en mi cama.

Paradójicamente esa certidumbre me transmitía serenidad.

—En el Kunsthaus de Zúrich hay obras de Delacroix, de Manet o de Degas —continuó Mary —. Y hasta un *San Simón* de Rembrandt. El pasado sábado estuve más de una hora frente a ese cuadro. San Simón fue un apóstol que murió tras ser serrado por la mitad, y siempre se le representa junto al instrumento de su muerte. Rembrandt lo pintó camuflando la hoja de la sierra en el costado del santo, de tal modo que no puede saberse si lo que acompaña al anciano en la pintura es el mango de la sierra o un vulgar bastón. Además, le pintó la aureola como un leve destello de luz, y en lugar de la mirada piadosa o inquisitiva propia de un apóstol hizo que su mirada pareciera perdida, que fuera la mirada de un enfermo senil que no tuviera conciencia de estar en el cielo, en el infierno o en un manicomio. Rembrandt era tan grande que podía humanizar a un santo. Y ese cuadro, esa joya, está expuesto ahora mismo a tan solo unos metros de ese engendro. —Señaló la imagen del folleto—. Cuando lo pienso, me dan ganas de llorar.

—¿No hay ningún cuadro de la exposición que se salve de la quema?

—No. Ni uno solo. Y la pintura que nos ha llevado a ella menos que ninguno. No solo es la obra de un mal pintor, sino que es la obra de un mal hombre.

—¿Por qué dice eso?

—Mire, ¿ve esa montañita detrás del soldado? Ahí en el folleto no se distingue bien, pero es una pila de cuerpos.

—¿Una pila de cuerpos?

—Sí. El título del cuadro dice que el soldado está en el frente, pero los cuerpos de los soldados muertos en el frente no se apilaban de ese modo. Se recogían y se enviaban a sus familias, y si eso no era posible se enterraban sin más. Eso de ahí es una pila de cuerpos dispuesta para ser quemada o arrojada a una fosa. Son cuerpos humanos, desnudos, demacrados, pero tanto daría que fueran leños o abono.

—¿Quiere decir que son víctimas de un campo de exterminio?

—Eso son, ni más ni menos.

—¿Cree que el hombre que pintó este cuadro pasó por uno de esos campos?

—No tengo ninguna duda. Fíjese bien: es como si tratara de representar las dos caras de la guerra. O de la derrota alemana, mejor dicho. Por un lado los soldados siendo vencidos en el frente, y por otro una pila de cuerpos lista para ser pasto de las llamas, en un intento de borrar las huellas de las atrocidades cometidas en la retaguardia, lejos de las zonas de combate.

—Pero entonces el cuadro podría considerarse una crítica. Una denuncia de esas atrocidades, ¿no cree?

—¿Usted pondría en el primer plano de su denuncia a un soldado que acaba de ser alcanzado por el enemigo? No, ese cuadro no es una denuncia, es un panegírico. Es el llanto de quien se sabe perdedor. Pero no llora por la pérdida de vidas, sino porque el sueño ha llegado a su fin. Es el cuadro de alguien que se despierta y se da cuenta de que la realidad en que vivía, y que le parecía perfectamente sólida, inmutable, se ha hecho añicos. Ese cuadro jamás lo pintaría una víctima, ni tampoco un verdugo arrepentido de lo que hizo. Ese cuadro solo podría pintarlo alguien que mira al pasado con nostalgia. Un nazi orgulloso de lo que fue. De lo que es todavía.

12

Como no podía ser de otra manera, Mary se marchó al poco rato. Nos despedimos en la puerta, frente al taxi, sin mediar beso, abrazo o apretón de manos.

Antes de acostarme, para asegurarme el sueño, me metí en el cuerpo otra copa de White Horse mientras contemplaba el folleto de la exposición que ella había permitido que me quedara. Probablemente no lo hubiera colgado nunca en la pared de mi dormitorio, pero a mí el cuadro no me parecía feo. Aunque mi criterio en materia de pintura lindaba con el que tenía sobre física cuántica o la crianza de caracoles en los trópicos. Tampoco estaba del todo convencido de que el mensaje que Mary había extraído de él fuera el correcto o el único posible, pero no me consideraba en disposición de debatir el tema con una doctora en arte. Era solo que había tenido la percepción de que el análisis de ella partía principalmente de su desprecio al nazismo. Que saber que el cuadro había sido llevado a Zúrich para venderse y obtener fondos para fugitivos nazis, y que su autor podía ser además uno de esos fugitivos, había afectado a su capacidad analítica. El mismo Hitler, decían, había sido pintor en su juventud, y solo al ser rechazado en no sé qué academia de Bellas Artes había decidido entrar en política. Yo nunca había visto sus cuadros, pero estaba seguro de que no serían tan malos como para justificar el rechazo de esa academia y por extensión los millones de muertos causados por ese rechazo. Aquella obra, aquel *Hombre herido en el frente*, distaría mucho de ser *Las Meninas*, pero estaba seguro de que habría obras de mucha peor calidad expuestas en museos de todo el mundo que eran contempladas y fotografiadas a diario por hordas de turistas.

El despertador cumplió con su función a eso de las nueve y cuarto, tal y como le había ordenado. Media hora después me encaminaba a Jefatura. Antes me había pasado a comprobar si don Celestino estaba repuesto del susto de la noche anterior. Tanto lo estaba que hasta lo encontré fuera de la cama, friéndose unos huevos con tocino para el desayuno.

—No hay nada mejor para el ánimo que una aventurilla nocturna —me dijo, guiñándome un ojo, y no supe si se refería a la escaramuza en el portal o a la visita de Mary, a quien él sin duda habría oído entrar y salir del portal de madrugada.

Durante el trayecto fui dándole vueltas a la cuestión que había decidido posponer hasta entonces: la de si debía informar a mi comisario de lo ocurrido con los americanos. Había prometido a John que no diría nada de nuestra reunión, pero dadas las circunstancias en que había formulado la promesa —en una finca remota en compañía de agentes armados— no le concedía más valor que a la confesión de un reo atado al potro. Sin embargo, llegué a la

conclusión de que efectivamente lo mejor sería callarme. Podía ser que, si tiraba de la manta, mis superiores decidieran usarme a mí como cabeza de turco si la cosa se torcía, cargándome la responsabilidad de no haber sabido conducir la investigación debidamente. Por ejemplo, acusándome de haberme entrevistado en secreto con Otto Skorzeny. Eso por no mencionar que enemistarse con los servicios secretos de los Estados Unidos no se me antojaba una opción inteligente. Acostumbrados como estaban a tratar con espías y terroristas internacionales, no creía que les fuera a temblar el pulso si les tocaba quitar de en medio a un simple inspector de policía. O sobornarlo, claro. Casi me arrepentí de no haber exigido una buena suma por mantener la boca cerrada. Era posible que John incluso lo hubiera previsto y hubiera tenido los billetes preparados en la cartera. Al fin y al cabo, lo que quería de mí era que colaborara con ellos. Me había pasado información con la idea de que, llegado el momento, yo lo mantuviera al tanto de todo lo que fuera averiguando. Si realmente estaba dispuesto a jugar a ese juego, como mínimo podía haberme puesto un precio. De tanto hacerme el honrado, estaba comenzando a parecer memo.

Apenas tuve tiempo de revisar los recados que me habían dejado en forma de notas sobre la mesa —había uno del capitán Dámaso Rego y otro de mi colega Heriberto— antes de ser llamado al despacho del comisario. La única novedad en la reunión a la que asistió también, como en la del día anterior, Jesús Turégano, fue la presencia de su señoría Antonio García Amaro, el juez encargado del caso. Era un juez novato, más joven que yo incluso. Hubo que explicarle detenidamente el porqué de todas las diligencias que había firmado a ciegas en las últimas cuarenta y ocho horas, pero por lo demás el encuentro fue bastante intrascendente. El comisario y yo expusimos los pobres resultados de los interrogatorios, y Jesús Turégano nos leyó la respuesta que había telegrafiado un responsable del Kunsthaus de Zúrich al requerimiento del Ministerio de Exteriores de España. El telegrama venía a decir que la exposición cumplía con la legalidad suiza y que no estaban obligados a proporcionarnos dato alguno sobre la misma a no ser que se lo exigiera su Gobierno, lo que evidentemente no iba a suceder.

—Es normal —apuntó Turégano—. No ha muerto ningún suizo, no hay ningún suizo implicado en los hechos y tampoco se ha cometido, que sepamos, ningún delito en su territorio. Nosotros haríamos lo mismo que ellos.

El corolario del comisario al terminar la reunión fue que estábamos solos ante Alemania y ante Europa, donde se nos reclamaba que aclaráramos de una vez lo ocurrido con el profesor Jude Kochanski. Necesitábamos mostrar al mundo cuanto antes imágenes de algún sospechoso esposado de camino al calabozo, probar la eficiencia y la seriedad del sistema de justicia español. Aunque para ello no podíamos contar con nadie más que con nosotros mismos, los cuatro que estábamos reunidos en aquel despacho. Teníamos a nuestra disposición todos los recursos del Estado, pero en nosotros recaía la responsabilidad de emplearlos adecuadamente.

La siguiente reunión quedó programada para esa misma tarde, a las siete. Yo capté una mirada del comisario Rejas y me quedé en el despacho tras la marcha de los otros dos.

—¿Qué hizo usted anoche, Trevejo? —preguntó, en cuanto estuvimos solos.

—Dormir. Solo y mal, por cierto. Hubiera visto un rato el televisor, pero todavía no me he comprado uno. Si le digo que ni siquiera le pongo cara a Torrebruno…

—Voy a volver a preguntárselo, y le ruego que piense bien la respuesta: ¿qué fue lo que hizo anoche?

Me concedí unos segundos para valorar a qué se podía estar refiriendo. No era imposible que alguno de mis vecinos hubiera avisado a la policía por el disparo en el cuartucho de don

Celestino. O que algún compañero del Cuerpo me hubiera visto salir de casa acompañado de los agentes americanos. Aunque no tardé en caer en la cuenta de cuál había sido el desliz.

—¿Lo dice por Otto Skorzeny?

—¿A usted qué le parece? Mamen me ha dicho que ayer vino preguntando por usted. ¿Se puede saber a cuento de qué anda en líos con alguien así?

Mamen había demostrado a lo largo de los años que no era ninguna chivata. El fallo había sido mío, por no haberla advertido de que callara. Pero ya no había vuelta atrás. Una vez que te han pillado en un renuncio, lo mejor es agachar las orejas y no empeorar las cosas.

—Pensé que si alguien podía saber algo sobre un alemán muerto en Madrid, debía ser él —dije.

El comisario, que se había fumado al menos tres cigarrillos durante la reunión —hacía tiempo que había dejado de fumar Chester y otras marcas americanas y se había pasado a los Gauloises con filtro; no dejaba de tener su gracia ver a un comisario de policía fumar el tabaco favorito de la farándula progresista—, se encendió el cuarto y me observó a través del humo de la primera calada. Llevábamos tanto tiempo juntos que podía saber perfectamente cuándo le estaba mintiendo. O al menos cuándo prefería no decirle toda la verdad. Normalmente lo dejaba estar, asumiendo que si alguna vez le ocultaba algo lo hacía por un buen motivo. Pero aquella mañana no parecía que tuviera intención de dejarlo estar, así que le solté un poco de carrete.

—Cené con Skorzeny anoche —dije—, y le hice algunas preguntas, pero o no sabía nada, o no quiso decirme nada. Fue una conversación informal. Por eso no lo he comentado antes en la reunión. Ya sabe que no tengo por costumbre mantenerle al tanto de todos los movimientos que realizo durante las investigaciones, pero si quiere en esta puedo hacer una excepción.

El comisario dio otra calada. No parecía del todo apaciguado, así que continué.

—Skorzeny me dijo que había coincidido con el profesor Kochanski en alguna ocasión, y que le parecía un tipo simpático. Nada más. Yo creo que me invitó a cenar porque intuyó el tema por el que quería preguntarle y tenía ganas de sacarme algo de información él a mí.

—¿Qué le dijo usted?

—Poca cosa. Tampoco hubiera podido decirle mucho aunque hubiera querido, dadas las circunstancias.

—¿Le dijo que la muerte del profesor podía estar relacionada con la del padre Ramón Sabater?

—No.

—¿Cómo terminó la cena?

—Con un postre típico alemán y una copa.

—¿Le dejó claro usted que él no es un sospechoso?

—Por supuesto. Al final nos estrechamos las manos y quedamos tan amigos.

El comisario apuró el cigarrillo, pero no se retiró la colilla de los labios.

—Debería tener usted más cabeza, Trevejo. ¿Cómo se le ocurrió ir a tocarle las pelotas a alguien como Skorzeny? Ese tipo tiene muchos amigos, muchos más que cualquier ministro. Puede que esta vez todo haya quedado en una anécdota, pero no podemos arriesgarnos. Le prohíbo que vuelva a hacer algo así, y más a mis espaldas.

—Entendido.

Ya en mi mesa dediqué unos minutos a organizar mis ideas, a ver de qué modo podía sacar partido a lo que había averiguado anoche para redirigir la investigación, pero no se me ocurrió cómo hacerlo manteniendo en secreto el origen de la información. No vi cómo introducir la posibilidad de que el sospechoso que buscábamos podía ser un experto asesino que trabajara para

una organización clandestina nazi sin mencionar mi reunión con John. Sabía muchas más cosas que el día anterior, pero no podía compartirlas con nadie y no podía servirme de ellas para avanzar. Así que, en la práctica, me encontraba en una situación incluso peor.

Cuando me cansé de darle vueltas al tema, realicé las llamadas que tenía pendientes. La charla con el capitán Dámaso Rego fue corta: el capitán se disponía a salir de la comandancia para coordinar personalmente una redada en casa de dos conocidos criminales de la provincia de Toledo, los hermanos Ochoa, recién salidos de prisión tras cumplir una condena de casi una década por el intento de homicidio de un sacerdote, al que habían apaleado en el interior de una iglesia para llevarse la recaudación del cepillo dominical. Me abstuve de comentar que ni el asesinato del padre Ramón Sabater parecía haber tenido un móvil económico —no faltaban los objetos de valor de la casa—, ni el intento de homicidio por el que los hermanos habían sido condenados en su día guardaba parecido con el crimen que teníamos entre manos —más allá de que la anterior víctima de los Ochoa fuera también un sacerdote—. El capitán Rego había puesto en su punto de mira a dos sospechosos que le encajaban en el perfil que buscaba, y por mi experiencia sabía que una vez que el hocico de un oficial de la Benemérita captaba el rastro de una presa, lo mejor era no interponerse. Con suerte, esos hermanos tendrían una coartada sólida. Eso no les dispensaría de un largo y despiadado interrogatorio, y puede que tampoco de ser llevados a juicio, si acaso no aparecían otros candidatos más convincentes para ocupar su lugar en el banco de los acusados. Pero tal vez lograran librarse.

La charla con Heriberto fue algo más larga y menos deprimente. Heriberto y sus compañeros de brigada en Barcelona habían investigado los movimientos de algunas de las antiguas amistades de Ramón Sabater en aquella ciudad, y habían averiguado que varias de ellas habían viajado a Suiza en los últimos meses.

—Algunos nos lo han confesado ellos mismos —dijo— y de otros hemos obtenido la información a través de las agencias de viajes, como me dijiste. Lo bueno de los ricos es que se mueven siempre en manada, como los ñus, y nos ha bastado con visitar un par de agencias. Lo más complicado ha sido hacer entender a todo el mundo que no estábamos investigando ningún delito de evasión fiscal. Una vez que esto quedaba claro, nadie nos ponía ninguna pega. Ramón Sabater no tenía muchos admiradores, ya te lo dije. Pero quien más y quien menos estaba conmocionado por su muerte, y por eso se han prestado a colaborar.

Heriberto me dictó una docena de nombres, reconocí algunos por haberlos leído en la prensa: todos eran grandes empresarios de la región. A uno incluso —un magnate del sector textil— recordaba haberlo visto una vez en el NODO, estrechándole la mano al Caudillo en una visita de este a Cataluña hacía no mucho.

—Eso sí, ten cuidado, porque todos ellos son peces muy gordos —me advirtió Heriberto, como si de verdad hiciese falta—. Nosotros hemos tenido mucho tacto al tratar con ellos, y te aconsejo que lo tengas tú también si al final te toca investigar o arrestar a alguno.

—Créeme si te digo que a estas alturas de la película el menor de mis miedos es que el director de una fábrica de cordones para zapatos de Sabadell vaya a pedir mi cabeza.

—Lo supongo, pero igualmente ándate con ojo.

Revisé de nuevo el listado. El primer apellido era Brull; el último Vilanova —o Villanueva: iba a encontrarlo de las dos formas, me había dicho Heriberto—. Todos los sujetos tenían apellidos catalanes, a excepción de uno.

—¿Este Carlos Ramírez Collado también es un empresario catalán? —pregunté.

—A medias —respondió Heriberto—. Es de fuera, pero vivió en Cataluña algunos años, según

nos han dicho. Tiene una empresa de transporte de mercancías en la que todavía consta como presidente, aunque está retirado y es su hijo quien la gestiona. La sede está en Badalona, y cuenta con una flota de camiones con las que organizan envíos por toda Europa. No sabría decirte mucho más ahora mismo.

—Dices que vivió en Cataluña, ¿dónde está ahora?

—No lo sabemos. Este es uno de los individuos que no hemos podido localizar. Aunque hemos contactado con el hijo para confirmar que su padre estuvo en Suiza allá por el mes de abril.

—¿Y el hijo os ha confirmado el viaje?

—Algo así. Los compañeros que han ido a hablar con él dicen que prácticamente no les permitió ni sentarse. Es uno de esos ricos, ya sabes, todo fachada y mala leche. La empresa consta a nombre del padre en los registros, y de ahí hemos sacado casi toda la información de que disponemos.

—¿Qué relación unía a este Carlos Ramírez con el padre Sabater?

—Nos han dicho que en su momento fueron íntimos. Tendrían más o menos la misma edad. Pero dime, ¿por qué te interesa tanto este en particular?

—Por nada. Es solo que me ha llamado la atención ese Ramírez tan castellano entre el Puig y el Solé.

—Yo me apellido Vázquez y soy catalán hasta la médula. Nací en el Raval y no puse un pie fuera de Cataluña hasta que hice la mili. Claro que sé por dónde vas. Sonaría raro que un empresario catalán se apellidara Vázquez. Con este apellido a todo lo más a lo que puede aspirar uno por aquí es a ser un vulgar inspector de policía, como el menda. En fin, ¿quieres que revisemos un poco más a ese Carlos Ramírez o a su empresa?

—Revisadlos a todos. Y comprobad también si hay alguno que esté o haya estado vinculado también con Alemania o con el nazismo.

—Joder, menuda fiesta tenéis que tener montada allá abajo.

—La primera víctima, el profesor Kochanski, era alemán, y también judío.

—¿Tiene eso alguna relación con el padre Ramón Sabater y con el cuadro del que me hablaste ayer?

—Prefiero no contarte nada todavía. Por si las moscas.

—¿Así andamos, con secretitos? Yo pensé que tú y yo éramos amigos.

—Por eso no te cuento nada. Porque somos amigos. Y porque me da una pereza tremenda, para qué te voy a engañar.

A continuación hice algunas llamadas más, entre ellas una al Instituto Anatómico Forense de Madrid y otra al de Toledo. El doctor Rozas me informó de que el informe de la autopsia de Jude Kochanski estaría listo a lo largo de la tarde; el de la autopsia de Ramón Sabater, al día siguiente. Ninguno arrojaría al parecer demasiada luz sobre los crímenes: se limitarían a confirmar las observaciones preliminares de los forenses.

Pasado un rato, y dado que no se me ocurría nada mejor que hacer en espera de que me fuera llegando información de alguna parte, me bajé a la librería San Martín, en la misma Puerta del Sol, a por un manual de arte. No tenían ninguno de pintura alemana contemporánea, pero sí uno de arte germánico desde la Edad Media hasta inicios del siglo XX. El término «germánico» aplicado al arte, se explicaba en el prólogo, solía referirse al de los pueblos bárbaros del norte de Europa con anterioridad a su cristianización, aunque el libro adoptaba una concepción más amplia del término e incluía todo el arte de los distintos territorios que alguna vez formaron parte

de los distintos reinos e imperios alemanes desde la prehistoria hasta la actualidad, estableciendo una suerte de línea —o más bien linaje— que conectaba directamente a Ask y Embla —según se decía, una versión vikinga de Adán y Eva— con Erik el Rojo, Federico I Barbarroja y el káiser Guillermo. Esta concepción «pangermánica» —también este término se recogía en el prólogo— supuse que era fruto del momento de publicación del volumen: enero de 1936, en pleno apogeo del nazismo. De los cuatro autores, cuyos nombres no aparecían en la portada pero sí en la primera página, había dos con apellidos españoles y dos con apellidos alemanes; obviamente, no reconocí ninguno —los españoles, se decía, estaban adscritos a la Universidad Central de Madrid, y los alemanes a la Universidad de Heidelberg—. El libro, en cualquier caso, bien por esta concepción sesgada del germanismo o bien simplemente por su fecha de publicación —hacía dos décadas que acumulaba polvo en los estantes de la librería— podía considerarse abiertamente desfasado. Aun así, las ilustraciones —tanto las fotografías como los dibujos— eran de buena calidad, y el precio, aunque alto, no me pareció exagerado, por lo que decidí llevármelo. El librero, quien, pese a que yo no era un cliente habitual, me conocía porque coincidíamos de vez en cuando en las cafeterías de las inmediaciones, me preguntó si aquella compra tenía algo que ver con que hubieran asesinado al director del Instituto Goethe. Si acaso era yo quien lo investigaba. Por su tono, estaba claro que se trataba de una broma. Que el librero, sabiendo que yo era policía, había asociado automáticamente aquel libro de temática alemana con el crimen. Pero la broma no me sentó bien. Le contesté que el libro era un regalo para su madre y me marché sin recoger la media peseta de cambio de las veinticinco que dejé sobre el mostrador.

Pasé el resto de la mañana hojeando el libro con cierta discreción, cerrándolo y guardándolo en un cajón de mi mesa cada vez que Mamen u otra persona se acercaba a decirme algo. En realidad, no estaba del todo injustificado que invirtiera algún tiempo cultivándome en cuestiones artísticas, dado el sentido que había tomado la investigación. Aunque yo sabía que ese no era el motivo por el que me había tomado la molestia de bajar a por el libro, y por eso en parte me sentía avergonzado. Había comprado el libro para recortar siquiera unos milímetros la distancia que me separaba de Mary. Ni yo mismo entendía muy bien por qué, puesto que ella no era la primera mujer más culta que yo con la que intimaba. Pero con ella algo era diferente. A su lado era como si me volviera más y más pequeño a cada segundo que pasaba. Más pequeño y más idiota. Leerme un libro no iba a servirme para remediarlo, era consciente de ello, pero había sentido la necesidad de hacer algo al respecto.

Hacia la una y media, justo cuando había terminado el capítulo del Renacimiento alemán, dedicado casi todo a Alberto Durero —de quien lo que más me llamó la atención era que firmaba sus obras con un monograma que se asemejaba a una pagoda asiática— me reclamaron en el teléfono. Era el capitán Dámaso Rego.

—Ya hemos procedido a la detención de los hermanos Ochoa —anunció—. No se han resistido. Dicen que la noche en que fue asesinado el padre Sabater estuvieron en casa, y que algunos vecinos pudieron verlos pasear por la calle poco antes de que oscureciera. Pero contando con un coche podrían haberse desplazado hasta Yepes, matar al cura y volverse a su casa antes del amanecer. O sea que a efectos prácticos están desprovistos de coartada. Ellos no tienen coche, pero un cómplice pudo prestarles uno o llevarlos hasta allí. Ahora mismo están registrando su vivienda. Si son un poco listos, ya se habrán desecho de la ropa que llevaran puesta esa noche. Pero quizás encontremos alguna salpicadura de sangre en el suelo. O incluso el arma homicida.

Una coartada endeble, una salpicadura de sangre y un cuchillo de un tamaño semejante al que hubieran empleado para matar al padre Sabater. Con esos ingredientes más una confesión —si no inculpatoria, al menos contradictoria— arrancada a base de golpes bastaría para elaborar una acusación que les garantizaba una buena temporada a la sombra, o algo peor.

—Parece que la cosa está hecha, entonces —dije.

—Todo está saliendo rodado. Lo único es que no parece que exista ninguna conexión entre este crimen y el que investigan ustedes allá en Madrid. Creo que la semejanza entre ambos, lo del alambre y la tortura, y el que los dos se cometieran casi al tiempo, uno en la noche siguiente al otro, no ha sido más que una coincidencia, lo mismo que lo que me contó del documento con el apellido «Sabater».

—Puede ser. Pero por si acaso creo que es mejor que por ahora mantengamos el contacto.

—Sí, por supuesto.

Naturalmente, hubiera sido de recibo informar al capitán de que la conexión entre ambos crímenes ya había sido establecida. Pero no me sentí con fuerzas para hacerlo. Pensé que, tratándose de un capitán de la Guardia Civil, lo suyo sería que se lo comunicara mi comisario, por aquello de que habría menos diferencia de jerarquía. Además, tampoco era tan malo —para nuestro interés particular, el de la policía y sobre todo el mío— que la Benemérita hubiera conseguido sacarse de la manga un par de sospechosos decentes para el asesinato del padre Sabater y de su querida, y que cerraran el cerco sobre ellos. Así nos asegurábamos que al menos uno de los crímenes quedara resuelto. Los únicos perjudicados serían ellos, los hermanos Ochoa. Pero claro, estábamos hablando de dos tipos con antecedentes criminales, dos expresidiarios apaleadores de curas. Si había que escoger a unos inocentes que cargaran con la culpa, ellos eran los candidatos perfectos.

Al finalizar la llamada dudé de si volverme a mi mesa a seguir con la lectura del libro o salir a comer, pero entonces se me ocurrió otra idea. Los americanos no me habían provisto de ningún método directo para comunicarme con ellos —«Nosotros le buscaremos a usted», me había dicho John—, pero solo me llevó un minuto dar con el número de la pensión de Mary.

—¿Diga?

—Soy yo, Ernesto.

—Dime, Ernesto, ¿qué tal estás?

El tuteo me turbó un instante, pero enseguida me repuse y respondí:

—Estoy muy bien. Escucha: he logrado averiguar los nombres de algunos antiguos amigos de Ramón Sabater en Barcelona que han viajado a Suiza recientemente.

—Vaya, eso es interesante.

—Voy a dictártelos para que se los pases a quien tú ya sabes. Mis compañeros de Barcelona ya los están investigando a todos, pero me da que vosotros seréis más rápidos. Ellos no saben qué están buscando, vosotros sí.

13

Después de la llamada me fui otra vez al Aguamarina, donde me ventilé una merluza al vino mientras continuaba con la lectura. Pasaba las páginas a toda velocidad, ya que la mayoría contenían ilustraciones de gran tamaño. Antes del postre había llegado ya al inicio del capítulo de la Ilustración, que venía encabezado por la Puerta de Brandeburgo, una de las pocas imágenes del libro que tal vez hubiera podido reconocer por mi cuenta. Recordaba haber visto fotografías de los nazis desfilando frente a ella con antorchas, y también otras de la ciudad de Berlín devastada por las bombas con esta sosteniéndose en pie entre el humo y los escombros. En Madrid teníamos tres monumentos muy similares: dos de ellos, las Puertas de Toledo y de Alcalá, debían de ser más o menos contemporáneas a la de Brandeburgo —compartían con esta la función de ser los accesos originales a la ciudad—; el otro era el Arco de la Victoria, levantado hacía unos pocos años en Ciudad Universitaria para conmemorar la batalla de la Guerra Civil sucedida allí. La de Ciudad Universitaria era la única batalla de la que yo había sido testigo directo, y desde luego no había terminado con la «victoria» del ejército franquista: había terminado con el final de la propia guerra, sin que ninguno de los bandos lograra imponerse. La derrota republicana se había materializado a varios cientos de kilómetros, en el Ebro, y el posterior Desfile de la Victoria franquista no había transcurrido por la Ciudad Universitaria, sino por el paseo de la Castellana —renombrado luego como avenida del Generalísimo—, donde se había levantado incluso una tribuna provisional con forma de arco para la ocasión. Berlín y Madrid, pensé, eran dos capitales hermanadas por sus monumentos, por los desfiles fascistas y los bombardeos, cuyos destinos sin embargo no podían haber sido luego más distintos. Madrid continuaba siendo la capital de una nación, mientras que Berlín había perdido ese título en favor de la pequeña ciudad de Bonn y se hallaba dividida en dos mitades. Quién sabía cómo de cerca había estado de ser ese el final de Madrid en el caso de que la guerra o las guerras —la española y la mundial— se hubiesen desarrollado de otro modo. Podía haber sido Madrid la que hubiera terminado reducida a escombros, desprovista de la capitalidad, y dividida en zonas controladas por diversos gobiernos extranjeros.

Regresé a comisaría a eso de las tres y media, un poco aturdido por el calor y el chupito de orujo del Aguamarina. Quizá por eso, en lugar de retomar la lectura, me dediqué a supervisar algunas gestiones menores del caso, como la programación de los interrogatorios que aún estaban pendientes. Serían alrededor de las cinco cuando preguntaron por mí en el teléfono.

—Hola, Ernesto. Soy Mary.

—No esperaba que llamaras tan pronto.

—Ya, bueno. Dijiste que teníamos que ser rápidos.

—Dije que igual lo erais, pero no esperaba que tanto. ¿Qué habéis averiguado?

—Prefiero contártelo en persona. Quedamos en el bar Paladium, en la calle de Tetuán. Estaré allí en quince minutos.

La calle de Tetuán estaba a apenas cien metros de Jefatura, y aun así nunca había puesto un pie en el Paladium. Sabía, eso sí, que era otro de los locales de referencia para los alemanes en España, tanto o más que el Horcher. La carta, que hojeé después de pedirme una cerveza —tenían varias de importación, pero me parecieron demasiado caras: me las apañé con un Águila normalita—, estaba escrita en castellano y alemán, y combinaba los entremeses ibéricos con el chucrut y las salchichas al estilo bávaro y alsaciano. Era primera hora de la tarde y estaba todavía vacío, por lo que pude escoger una de las mesas del fondo, la más retirada.

Mary no tardó quince minutos, sino cerca de media hora en llegar.

—Perdón por el retraso —se disculpó—. Tenía que hacer una llamada más desde la pensión antes de venir y se ha alargado más de lo que esperaba. John te manda saludos, por cierto. Le habría gustado venir él mismo, pero dice que es mejor que no os vean juntos en público.

Me pedí otra cerveza y ella algo en lengua alemana que, enseguida descubrí, era algo así como un ponche a base de zumo de fresas, vino blanco y champán. Me ofreció un trago, pero rehusé: me repelían las bebidas dulzonas, y aquello despedía un aroma a cuento infantil que tiraba de espaldas.

—¿Habías estado alguna vez aquí?

—He pasado mil veces por delante, pero nunca había entrado. Soy más de tasca española que de taberna germánica.

—Pues es raro. Yo creía que todos los policías de España erais un poco germanófilos.

—Yo no soy nada que acabe en filo, salvo un poco pánfilo. Pero igualmente hoy ya no está mal visto ser germanófilo. Ahora Alemania es el espejo en que se mira toda Europa, con lo del milagro económico de Adenauer.

—No solo es un milagro económico, sino también social. La sociedad alemana ha cambiado mucho en muy poco tiempo.

—Para eso los aliados la desinfectaron a conciencia, ¿no?

—Más bien le dieron un repaso con lija y luego una mano de barniz. El mueble es el mismo, pero parece otro. Lo mismo que este bar. Antes de la guerra era un nido de espías, igual que el Horcher, el Palace, el Gran Vía… Pero le han pegado un lavado de cara, lo han reformado para que parezca un local respetable, y ahora la mayoría de su clientela son jubilados y turistas de paso por Madrid. Yo suelo elegirlo cuando tengo que reunirme con alguien importante, sobre todo si es de fuera: escritores, traductores, artistas, políticos… Así aprovecho para enseñarles el centro antes de llevarlos al acto que tengan programado.

—Pues yo no soy alguien de fuera, ni importante.

—Ya, pero si tenía que encontrarme contigo, este era el lugar más adecuado. Vengo tres o cuatro veces al mes, los empleados me conocen, y mi presencia no llama la atención a nadie, aunque esté acompañada de un desconocido.

Aquella tarde Mary había vuelto a ponerse su vestido veraniego beis, con el estampado de flores y sus sandalias, lo cual era lógico teniendo en cuenta que fuera, en la calle, la temperatura estaría en torno a los treinta grados. Dentro el ambiente era más agradable, aunque igualmente yo me había quitado la americana y me había arremangado la camisa hasta los codos, dejando a la

vista la pistolera, lo que no solía hacer normalmente excepto si, como entonces, no había nadie alrededor.

—Esto es lo que hemos podido averiguar —dijo Mary de pronto, sacando del bolso una hoja de bloc con algunas notas escritas a lápiz en alemán—. De los nombres que me pasaste, hay uno bastante más interesante que el resto: Carlos Ramírez Collado. Hemos comprobado que no solo viajó a Suiza sino que, además, estuvo en Zúrich y se reunió allí con el mismísimo doctor Lamar Hafner. El doctor, huelga decirlo, es objeto de vigilancia constante por mi agencia. Al parecer, él y Carlos Ramírez se vieron unas semanas antes de la inauguración de la exposición de pintura, en una cena de gala organizada por un círculo de empresarios de la ciudad.

Di un trago largo de cerveza mientras mi mente iba conectando los puntos.

—¿Están seguros de eso? —pregunté.

—La agencia intenta identificar e investigar a todas las personas que contactan con el doctor Hafner. No saben si fue él personalmente quien invitó a Carlos Ramírez a Zúrich, pero estuvieron juntos, y eso es lo que cuenta. Puede que Ramírez viajara allí con otro propósito, por ejemplo el de ingresar un par de maletas con dinero negro en alguna cuenta corriente secreta. Pero estuvo en esa cena con el doctor, y por tanto no cabe duda de que él es la conexión entre la exposición de pintura y Ramón Sabater.

—No termino de verlo…

—¿El qué?

—No comprendo qué pintan un empresario y un sacerdote españoles en mitad de este embrollo.

—Igual esto te ayuda a comprenderlo. Mis compañeros de agencia me han pasado alguna información sobre Carlos Ramírez. Resulta que fue uno de los fundadores de Falange y que era amigo personal de José Antonio. Abandonó la organización cuando Franco decretó, en plena guerra, la unión de todas las facciones políticas de su bando en un solo partido. Ramírez no aceptó que lo metieran en el mismo saco que a los monárquicos y a los católicos. Según consta, era lo que se dice un purista del fascismo.

El Decreto de Unificación del año 37 había sido, en efecto, mal acogido por parte de los distintos partidos y organizaciones que conformaban el aparato político del bando franquista. Los falangistas, el sector más cercano a la doctrina fascista original, habían llegado incluso a amagar con un intento de sublevación que Franco había cortado de raíz ordenando detener a Manuel Hedilla, el líder del grupo en ausencia de José Antonio, llegando al extremo de condenarlo a muerte por la insubordinación —aunque fue luego indultado—. Esta detención, y las propias circunstancias de la guerra, propiciaron que la unificación se culminara sin mayores inconvenientes y que el franquismo adquiriera desde entonces una dimensión no solo militar, sino ideológica, consistente en una suerte de fascismo ultracatólico que nunca terminó de ser bien entendido en el extranjero, especialmente por los nazis en Alemania.

—Desde ese año 37 —continuó Mary, tras echar un ojo a sus notas—, Carlos Ramírez se ha mantenido alejado de la política, por lo menos públicamente, dedicándose por entero a sus negocios. El tipo viene de una familia de mucho dinero: uno de sus abuelos hizo una fortuna introduciendo en España los primeros automóviles allá a comienzos de siglo. Automóviles que, por supuesto, venían de Alemania, país con el que desde entonces la familia siempre ha estado relacionada. Carlos Ramírez heredó el conglomerado empresarial del abuelo, pero prefirió venderlo casi todo y vivir de las rentas. La empresa de transportes que mantiene en Cataluña es el único negocio que queda a su nombre, pero es para él poco menos que un entretenimiento, una

excusa para poder seguir presentándose como empresario en las fiestas de la alta sociedad. Aunque hace tiempo que a Carlos Ramírez no se le ve por ninguna fiesta. Delegó en su momento la dirección de su empresa a su hijo y desde entonces vive retirado del mundo. Mis compañeros están intentando averiguar dónde puede estar, pero aún no lo saben.

—Dame un momento, voy a hacer una llamada.

Me levanté del asiento y me dirigí al teléfono, oculto tras un panel de madera en un rincón de la barra. Ya me había terminado la cerveza y, antes de llamar a la Jefatura Superior de Policía de Barcelona, aprovechando que Mary no podía verme, pedí otra. Tuve tiempo de bebérmela entera hasta que conseguí que me pasaran con Heriberto.

—Ernesto, has llamado muy pronto, todavía no hemos conseguido nada.

—Soy yo el que ha conseguido algo.

—¿Ah, sí? Te escucho.

—Carlos Ramírez. Finalmente es él quien me interesa. Olvidad el resto.

—Vaya, tuviste buen ojo al escogerlo… ¿Y por qué te interesa exactamente?

—Eso no puedo decírtelo.

—¿Sigues haciéndote el misterioso? Me parece muy mal. ¿No te fías de mí?

—Eres del Barça, Heri. Culé, catalán y policía. Jamás podría fiarme de alguien como tú.

—Menudo fullero estás hecho, Ernesto. A ver, ¿qué quieres que hagamos ahora?

—Necesito que hables con el hijo y averigües dónde está Carlos Ramírez.

—Ya te dije que lo intentamos ayer y no hubo manera.

—Pues tendréis que volver a intentarlo.

—Lo haremos, claro. Pero ya te anticipo que como no me des algún argumento contundente para convencerlo, va a ser inútil. Ayer nos dijo que no sabía dónde estaba su padre, que se llevaban mal y hacía tiempo que no hablaban. Pero era obvio que estaba mintiendo para protegerlo. Quiero decir: puede que se lleven mal, eso no lo discuto, sin embargo seguro que sabe dónde podríamos encontrarlo, solo que no quiere que nos acerquemos a él. Lo único que sabemos es que, aunque todavía tiene una casa en Barcelona, hace mucho tiempo que Carlos Ramírez no asoma el hocico por aquí.

—¿Entonces no habrá manera de persuadir al hijo? Por las buenas, me refiero.

—Si por las buenas significa sin una orden de busca y captura, me da que no. Probaremos, de todas formas, pero no cuentes con que lo consigamos.

—Haced lo que podáis.

Volví a la mesa. Mary había hecho confeti con la hoja de bloc donde traía sus notas y estaba convirtiendo las virutas en pelotitas y arrojándolas en el interior de su copa ya vacía.

—¿Has averiguado dónde puede estar? —preguntó.

—No. Tendría que conseguir que un juez emitiera una orden de búsqueda, pero será complicado si no hay un motivo que justifique esa orden, y ahora mismo no lo hay. No puedo irle a mis superiores con la historia de la reunión entre Carlos Ramírez y ese psiquiatra suizo… Así que habrá que encontrarlo por otros medios, interrogando a gente aquí y allá. Puede que nos lleve unos días, pero terminaremos dando con él, no te apures.

—Unos días es demasiado tiempo. Desde que fuiste a ver a Skorzeny, cada minuto corre en nuestra contra. Seguro que él también estará haciendo averiguaciones, si es que no está metido de lleno en el asunto, y sea consciente o inconscientemente, a través de sus amistades, terminará por poner en alerta a ese hombre, Ramírez, y puede que también a quienquiera que haya matado a Jude.

—Siempre podemos preguntarle a él directamente, a Skorzeny, a ver qué sabe en realidad. Igual no es mucho, pero podría servirnos para tirar del hilo.

—¿Lo dices en serio?

—No, claro que no. Mi comisario me ha echado la bronca por ir a verlo anoche. Pero me gustaría tener una excusa para volver a interrogarlo.

—¿Se te olvidó pedirle un autógrafo?

—Tengo su libro en casa. No lo he leído entero, pero igual podría firmármelo. ¿Tú lo conoces personalmente?

—Por supuesto. Trabajo en el Instituto Goethe, organizo charlas y conferencias de artistas alemanes. Él se ha dejado caer muchas veces.

—¿Y qué te parece? Como persona, digo.

—Pues no lo invitaría a mi fiesta de cumpleaños, eso seguro. Ni tampoco iría a la suya. Skorzeny es un asesino, como todos los nazis.

—Él se considera a sí mismo un patriota y un soldado.

—Fue soldado, sí, pero ya era un nazi antes de alistarse. Ya que tienes su libro, deberías leértelo. En él cuenta que no participó en ninguna actividad política en sus años de escuela secundaria, excepto en una manifestación contra la decisión de la Triple Entente de no permitir que Alemania se anexionara Austria. Eso quiere decir que ya siendo un adolescente sentía que Alemania y Austria eran una sola nación. Luego, en la universidad, entró en una organización de jóvenes radicales anticomunistas, y al poco de graduarse ingresó en el Partido Nazi tras asistir a una conferencia nada menos que de Joseph Goebbels, que solo unos meses después se convertiría en el todopoderoso ministro de la Propaganda de Hitler. Te puedes imaginar que Goebbels no convenció a Skorzeny de hacerse nazi hablándole de respeto, tolerancia o derechos humanos… Goebbels no estuvo entre los líderes nazis que organizaron el exterminio de los judíos, pero su papel fue tanto o más necesario, puesto que gracias a él, a la asquerosa propaganda difundida por su ministerio, la mayor parte de la población alemana fue aceptando una a una todas las medidas represivas que los nazis tomaron contra los judíos, desde las Leyes de Núremberg hasta la Solución Final.

»Mira, Ernesto, soy consciente de lo atractiva que puede resultar la figura de Skorzeny vista desde la distancia: el soldado intrépido que ejecuta misiones imposibles y al que solo la mala fortuna colocó en el bando equivocado… Pero no, no fue la mala fortuna la que llevó a Skorzeny a elegir ese bando. Él era y sigue siendo un nazi convencido. Se alistó al ejército nazi para pelear por lo que creía. Y lo que creía, y lo que cree, es que su raza, la aria, es superior al resto. Que su nación, Alemania, es superior al resto. Que los alemanes estaban en su derecho de ocupar territorios, de borrar de la faz de la tierra a pueblos enteros. Ese era y ese es Otto Skorzeny. No es más que un criminal. Y que haya colaborado en el pasado con los servicios secretos de los Estados Unidos no lo exime de su responsabilidad. Ya oíste anoche a John, él piensa como yo: es una vergüenza que el sistema de alianzas nos obligue a apoyarnos de vez en cuando en sabandijas como Skorzeny. Te puedo asegurar que cada vez que lo he tenido delante me ha costado contenerme para no gritar, para no hundirle las uñas en su rostro de nazi y terminar de desfigurárselo.

No supe qué responder. Aunque tampoco había nada que responder. Quizá podía haberle dicho que esa rabia contenida que ella sentía era un sentimiento generalizado en buena parte de los españoles desde hacía dos décadas. Pero claro, eso ella ya lo sabía. De hecho, lo sabía mejor que yo. Era a su padre al que habían fusilado los fascistas en la guerra, no al mío.

—Se me acaba de ocurrir una manera de localizar a Carlos Ramírez esta misma tarde —dije de pronto.

Habíamos guardado silencio durante un minuto, tal vez dos. Mary había terminado de hundir las bolitas de papel en su vaso y se había encendido un cigarrillo.

—¿De verdad? —preguntó.

—Sí. Merece la pena intentarlo. Pero antes tenemos que pasar por mi casa.

Pagamos las bebidas y salimos a la calle. Ya habíamos caminado casi un centenar de metros en dirección a Callao cuando reparamos en que no habíamos tomado la precaución de hacerlo distanciados.

—A mí no me importa que me vean paseando con una mujer hermosa —dije—, pero si quieres puedes esperarme aquí, por aquello de guardar la discreción.

En lugar de responderme, me tomó del brazo.

—Llamaremos menos la atención si parecemos una pareja de jóvenes enamorados, ¿no crees? Aunque no seamos jóvenes ni estemos enamorados.

—Lo primero no tiene remedio —dije—. Lo segundo ya lo veremos.

14

Me costó más de lo que pensaba encontrarla. Antes solía llevarla siempre en un bolsillo o enganchada en el forro interior de la americana, pero hacía mucho que no necesitaba mostrar a nadie aquella vieja insignia numerada de Falange. Había entrado al partido poco antes de cumplir los veinte, intuyendo que sería una buena manera de allanarme el paso para conseguir una plaza de funcionario. En aquellos tiempos de escasez —principios de los años cuarenta— los empleados públicos se me antojaban un selecto grupo de privilegiados: cobraban poco, pero cobraban siempre, y con eso a mí me bastaba. Lo de entrar en la policía había sido una ocurrencia posterior, determinada por una serie de sucesos imprevistos.

—¿Para qué necesitas eso? —preguntó Mary cuando le enseñé la insignia que, tras más de diez minutos de búsqueda, hallé en el fondo de una cajita de galletas donde mi difunta tía guardaba sus utensilios de costura.

—Esto es un pasaporte para entrar a un lugar donde tal vez alguien pueda informarnos del paradero de Carlos Ramírez —respondí.

Ese lugar era la Secretaría General del Movimiento, o sea, la sede central de Falange, situada en el número 44 de la calle Alcalá. Cinco minutos después estábamos frente a la puerta. El emblema con el yugo y las flechas, en madera y de color rojo brillante, ocupaba tres plantas de la fachada principal.

Tras identificarme en el mostrador de la entrada como policía y como miembro del partido, y con la insignia bien a la vista en la solapa, pedí al conserje que nos señalara dónde quedaba el despacho del señor Tomás Arismendi, el delegado provincial de la Vieja Guardia.

Mientras subíamos hasta el despacho en la tercera planta, expliqué a Mary que Arismendi era un viejo conocido. Tenía más de sesenta años y, lo mismo que Carlos Ramírez, había sido amigo íntimo de José Antonio y uno de los primeros socios de la Falange. Con suerte no solo conocería a Ramírez, sino que tal vez no habría perdido el contacto con él en los últimos años.

Lo que no le expliqué a Mary era que Arismendi había sido uno de mis instructores en el Frente de Juventudes, y el causante de que muchos de mis jóvenes camaradas abandonaran la organización. Recordaba cómo en una de nuestras salidas al campo le había soltado dos guantazos a uno de los chiquillos de menor edad solo porque era tartamudo y había vacilado al recitar de memoria la Canción del Flecha. Los guantazos habían hecho que al crío le sangraran los oídos, y tuvieron que llevárselo en ambulancia. Todavía tenía los gritos del chiquillo grabados a fuego en la cabeza. A lo largo de las dos últimas décadas, Arismendi y yo habíamos

vuelto a coincidir de vez en cuando, y nos habíamos saludado y habíamos conversado cordialmente, aunque siempre guardando las distancias, como me constaba que hacían con él casi todos sus camaradas. No era tanto porque Arismendi fuera demasiado radical en sus posturas, que también, sino porque era simple y llanamente un hijo de puta.

—¿Y no prefieres que yo espere abajo, en el vestíbulo? —preguntó Mary—. Siendo un amigo tuyo, igual le incomoda mi presencia.

—No he dicho que sea mi amigo —repuse—. Más bien al contrario, ya lo verás. Por eso prefiero que vengas. Si acaso la cosa se tuerce y no soy capaz de llevármelo a mi terreno, lo que es más que probable, es mejor contar con un comodín.

—¿Eso qué significa?

—Arismendi es un hombre, y por tanto nada femenino le es ajeno. Lo mejor es que te estés callada, y que intervengas solo si ves que nos embarramos.

Llamamos a la puerta del despacho y una voz cavernosa nos dijo que adelante. Tomás Arismendi estaba sentado al otro lado de una mesa minúscula, de espaldas a una ventana todavía más minúscula por la que apenas se colaba la luz. Como no podía ser de otro modo, vestía una camisa azul marino y unos tirantes con los colores de la bandera nacional. De no ser por su rostro, duro y mal afeitado, con un grueso bigote del mismo tono gris que sus cejas y que los cuatro pelos mal contados que le quedaban en la cabeza, hubiera podido pasar por un payaso de circo a medio vestir para una función. Los ojos le brillaban como si acabara de beberse un par de copas, o como si hubiera estado llorando. Aunque me constaba que sus ojos, también grises, estaban desprovistos de lagrimales.

—Coño, Ernesto —dijo, dando un respingo en su asiento, aunque no se incorporó para tenderme la mano—. ¿Qué haces aquí? ¿Quién es la señora?

Cedí a Mary la única silla que había frente a la mesa antes de responder, como para darle a entender que pensábamos quedarnos un rato.

—Esta es la señora Clarke —dije. Mary lo saludó tímidamente con la cabeza—. Es una profesora del Instituto Goethe de Madrid y una testigo del caso que estoy investigando estos días.

—¿Ese no es el instituto donde mataron al alemán? —preguntó Arismendi.

Asentí con la cabeza y me encendí un cigarrillo, sin ofrecer a nadie, del mismo modo que Arismendi no me había ofrecido un apretón de manos.

—¿Y para qué narices has venido a verme, si puede saberse? —preguntó él—. Yo no sé nada de ese instituto, ni del alemán, ni de la madre que lo parió.

Arismendi me hablaba a mí, pero no apartaba sus ojos de Mary. Esta, impasible, le aguantaba la mirada.

—Ya sé que no sabes nada —dije—. Pero creo que conoces a alguien que sí puede saber algo. —Di una calada al cigarrillo y liberé el humo lentamente por la nariz—. Un antiguo camarada tuyo. Carlos Ramírez.

—Para ti, don Carlos.

—Don Carlos, sí. ¿No sabrás por dónde para?

—No tengo ni repajolera idea.

—¿Estás seguro?

—Tanto como de que hace años que tú no pagas la cuota del partido. Si te has puesto el pin en el pecho para ver si así me la colabas, vas listo.

—Piénsalo bien, Tomás. Hoy vengo a verte en confianza, por las buenas, pero mañana vendré a llevarte a comisaría para que hablemos allí.

—¿Eso es una amenaza?

—Es una promesa.

—¿Qué ha hecho don Carlos?, ¿por qué lo buscas?

—No puedo decírtelo, es un asunto confidencial.

—Pues yo tampoco puedo decirte dónde podría estar. También eso es confidencial. Además, si don Carlos ha cometido algún delito, yo estoy de su parte, no de la tuya. Don Carlos es un camarada leal, no como tú.

—Don Carlos se fue del partido mucho antes de que yo entrara en él.

—Se fue del partido por ser fiel a las ideas con que lo fundamos. A mis ojos, sigue siendo mi hermano.

—Pues tu hermano puede estar metido en un brete bastante curioso. Puede que su vida esté en peligro.

—No me lo trago, Ernesto.

—Le está diciendo la verdad —intervino Mary de repente; Arismendi se sorprendió al oírla lo mismo que si hubiera escuchado hablar a una estatua de bronce—. Su camarada está en una situación delicada. ¿No piensa ayudarlo?

Arismendi se tocó el mentón con el puño cerrado, justo en el punto donde a mí me hubiera gustado estamparle el mío.

—¿Cómo de delicada es esa situación? —preguntó.

—Mucho —respondí yo—. No he venido a verte por capricho, te lo aseguro. Dime, ¿cuándo fue la última vez que lo viste?

Arismendi todavía vaciló unos instantes.

—Hace algo más de un año —dijo—, cuando el traslado de los restos de José Antonio desde El Escorial al Valle de los Caídos. Eso fue… ¿cuándo?

—En abril del año pasado.

—Pues eso, desde entonces no lo he vuelto a ver. A los camisas viejas nos cedieron un banco justo detrás de la familia y los miembros del Gobierno. Aunque don Carlos no estaba ya en el partido, le reservamos un puesto de honor con nosotros. Hacía por lo menos tres o cuatro años que no lo veía, y charlamos un poco. Fueron solo unas pocas frases. Me parece que me dijo que se había jubilado y que le había pasado su empresa al hijo, poco más.

—¿No lo has vuelto a ver desde entonces?

—No.

—¿Y no has vuelto a saber nada de él?

—No. Creo que hace mucho que no viene por Madrid.

—Tampoco lo han visto últimamente por Barcelona…

—¿Lo habéis buscado en su finca?

—¿Qué finca?

—Don Carlos siempre fue muy de campo. Muy cazador, como el Caudillo. Aunque por haberse enfrentado con el aparato del partido en su momento nunca le invitan a las monterías ministeriales. Pero creo que se compró un pedazo de finca allá por el año cuarenta y tantos. Pasa allí muchas temporadas.

—¿Dónde está esa finca?

—No lo sé.

—Piensa un poco.

—Tiene que estar cerca de Portugal, eso sí lo sé. Recuerdo que alguna vez, en alguna de

nuestras reuniones de veteranos, hace tiempo, le oí decir que cuando estaba en su finca se cruzaba la frontera para tomar café y se volvía a España. Pero no sabría decir dónde está. Nunca me invitó a ir.

Aquello no era acotar demasiado, pero podría servir para acelerar la búsqueda. Se me ocurrió que podría hacer algunas llamadas a las jefaturas de policía de los territorios limítrofes con Portugal y confiar en que algún compañero supiera algo. Una persona de la talla de Carlos Ramírez podría quizá pasar desapercibido en una gran ciudad, pero no en las provincias.

—De acuerdo —dije—. Con eso nos las arreglaremos.

Mary y yo nos levantamos y nos dispusimos a marcharnos. Pero Arismendi se reclinó hacia adelante en su asiento y dijo:

—Me costaría creer que don Carlos haya tenido algo que ver con la muerte del hombre ese, el profesor alemán.

—Yo no he dicho que él lo haya matado —repliqué.

—Eso ya lo sé. Don Carlos no es ningún asesino. A lo que me refiero es a que me cuesta creer que don Carlos conociera a ese profesor y pueda haber tenido algo que ver con su muerte.

—¿Y eso por qué?

—He oído por ahí que el profesor era judío. Don Carlos nunca andaría en tratos con un judío.

—¿Por qué no?

—Don Carlos rompió con sus camaradas de Falange por mantenerse fiel a sus ideales. ¿Cómo alguien así iba a relacionarse con un judío, si ellos representaban para él todos los males del mundo? Yo nunca he conocido a ningún judío en toda mi vida, pero don Carlos conoció a muchos en Alemania, donde viajaba a menudo de joven por los negocios de su familia, y siempre habló pestes de ellos. Decía que eran cobardes, codiciosos, mezquinos y traicioneros. Que eran como bacterias que lo infectaban todo.

—Les había comprado el discurso antisemita a los nazis.

—No es que se lo hubiera comprado, es que era el suyo propio. De todos los falangistas que nos reuníamos en el sótano del café Lion en los tiempos de la República, don Carlos era la única voz autorizada en materia alemana. Era el único que hablaba alemán y que se había leído el *Mein Kampf* en su lengua original. Aunque nunca se atrevió a traducirlo, por más que se lo propusimos. Decía que él no había ido a la universidad, y que por eso no era digno de traductor al Führer. Y eso que de vez en cuando se traía a la tertulia algún viajero alemán de los que conocía en otros locales de Madrid para que nos contara cosas de su país, y él hacía de traductor, y lo hacía muy bien. Allí, en el Lion, éramos todos más de Italia que de Alemania, por aquello de que a Mussolini se le entendía más fácil y la cultura italiana, por ser mediterránea y cristiana, nos quedaba más cerca. Don Carlos era la excepción. Él era nuestro enlace con los camaradas del norte del continente. Él se sentía un nacionalsocialista de corazón, conocía de primera mano la situación en Alemania. El resto teníamos que conformarnos con teorizar de oídas. Y me consta que después de la guerra don Carlos nunca suavizó ni un milímetro su manera de pensar. Por eso digo que no creo que mantuviera ningún tipo de relación con ese profesor judío.

—La gente cambia.

—No. La gente de corazón puro, como don Carlos o como yo, no cambiamos nunca. Es el mundo el que cambia a nuestro alrededor.

—Ya, bueno. Ha sido un placer, Tomás.

—Antes de irte, Ernesto, hazte el favor de quitarte el pin. Me enerva vértelo puesto.

—Tómalo —dije, retirándome la insignia y lanzándola sobre la mesa—. Y te lo metes donde

te quepa.

15

Mary y yo nos despedimos en la calle y quedamos en que nos llamaríamos en cuanto alguno de los dos averiguara algo, lo que con suerte ocurriría durante las siguientes veinticuatro horas. Tuve que acelerar el paso hasta Jefatura, pero llegué justo a tiempo para la reunión con el comisario, con Jesús Turégano y con el juez García Amaro.

Fueron tres los puntos básicos que tratamos: el primero, por supuesto, fue la detención de los hermanos Ochoa por parte de la Guardia Civil de Toledo como sospechosos de haber asesinado a Ramón Sabater y a su «ama de llaves». Los hermanos estaban siendo interrogados en aquellos momentos y, aunque al parecer no habían confesado todavía ser los autores del crimen, la cosa pintaba bastante negra para ellos.

—Si se demuestra que ellos fueron los asesinos del cura —afirmó el comisario, y por su tono de voz no me quedó claro si estaba convencido de su culpabilidad o no—, podremos centrarnos en lo que al final nos importa a nosotros: la muerte del profesor Kochanski.

Lo que venía a decir el comisario era que la hipótesis de que el padre Sabater hubiera sido asesinado por haber tramitado el envío del cuadro desde el Instituto Goethe hasta Zúrich —o sea, mi hipótesis— estaba perdiendo fuelle.

El segundo punto que tratamos en la reunión fue el informe de la autopsia al cuerpo de Jude Kochanski, que no contenía ninguna novedad. Tal y como ya sabíamos, el profesor había muerto por estrangulación entre las ocho y las doce de la noche del pasado viernes. No había signos de que lo hubieran envenenado o drogado, ni de que hubiera forcejeado previamente con su atacante o atacantes.

El último punto de la reunión fue el de las amistades de Ramón Sabater en Barcelona, que estaban siendo investigadas por la policía de allí —más concretamente por la brigada de mi colega Heriberto—. Pero sobre este punto pasamos lógicamente de puntillas, puesto que una vez que se probara la culpabilidad de los hermanos Ochoa —y todo indicaba que así ocurriría más tarde o más temprano—, esa línea de investigación se demostraría una pérdida de tiempo. Yo hubiera podido alzar la voz y comunicar lo que acababa de averiguar: que uno de los amigos de Ramón Sabater, el empresario Carlos Ramírez, había viajado a Zúrich meses atrás y se había reunido con el organizador de la exposición de pintura, el tal doctor Lamar Hafner. Pero, naturalmente, no dije nada.

La reunión concluyó cerca de las ocho y Jesús Turégano rehusó convocar otra para el día siguiente salvo que hubiera algún motivo que la justificara. Eso sí, antes de disgregarnos nos

trasladó la preocupación del ministro Castiella por la falta de resultados.

—El señor ministro está muy decepcionado —señaló Turégano—. Depositó toda su confianza en ustedes, y ustedes no están cumpliendo.

El comisario se hundió en su butaca, una vez que él y yo estuvimos solos.

—¿Qué vamos a hacer, Trevejo? No le veo buen fin a todo esto.

—Siempre podemos hacer lo mismo que ha hecho la Guardia Civil de Toledo —respondí—. Si en un par de días no hemos conseguido nada, le endiñamos el crimen al primer pardal que se ponga a tiro y santas pascuas.

—Ya, ya lo sé.

No sería la primera vez que recurríamos a algo así para salir del paso. El inconveniente era que, en un caso como este, que había atraído la atención de la prensa internacional, esa carta había que jugarla con sumo cuidado. Resolver el caso presentando un sospechoso inverosímil daría la impresión de que la policía y la justicia españolas actuaban de forma arbitraria o negligente, y eso podía ser peor que no resolverlo en absoluto. De ahí, imaginaba, las reticencias del comisario. Yo, por mi parte, nunca había sido defensor de esa práctica, pero inculpar a un inocente, pensaba, podía ser un buen modo de conseguir un poco de tiempo para investigar. El problema, claro, era que continuáramos investigando, no llegáramos a dar con el verdadero culpable y el inocente se comiera la condena enterita.

—Nos concederemos dos días de margen —afirmó el comisario—. Mejor dicho: le concedo a usted dos días de margen. Haga todo lo que esté en su mano por resolver esto. Si el sábado por la mañana no lo ha conseguido, yo mismo señalaré con el dedo a un sospechoso. Me ocuparé de que tengan a varios preparados, rufianes de poca monta que vayan a estar más cómodos en el talego que en la calle. Aunque si llegamos a ese extremo, ya puede suponerse que usted y yo sufriremos las consecuencias. Guardar la cara ante la prensa puede que no nos sirva para evitarnos un sopapo ministerial.

—Ya lo supongo.

Ese sopapo, si llegaba, lo haría seguramente en forma de traslado a miles de kilómetros de distancia. Hacía tres años que el recién independizado Reino de Marruecos nos había arrebatado parte del territorio del Sahara en una guerra silenciosa —o silenciada— que, por suerte, se había saldado con apenas unas docenas de muertos españoles. Pero, según los compañeros del Cuerpo que regresaban de allí, aquello todavía era un avispero que yo no tenía ningún interés en conocer de primera mano.

Del despacho del comisario fui derecho al teléfono y llamé a Heriberto, que me confirmó que no había habido manera de que el hijo de Carlos Ramírez les proporcionara ninguna pista de su paradero.

—Se piensa que andamos detrás de su padre para arrestarlo —me explicó—, y como nos tienes a ciegas no hemos podido negárselo. Hemos interrogado también a algunos de los conocidos de Carlos Ramírez en Barcelona, pero el que no se ha negado directamente a atendernos nos ha dado largas. Posiblemente su hijo los ha prevenido a todos de que no hablen con nosotros. Sea como sea, sin una orden judicial que nos permita traernos al hijo a comisaría para interrogarlo, no podemos hacer mucho más por ti.

—No importa. De todas formas me da que vamos a tener que olvidarnos de Ramírez. Nos estamos planteando seguir otras vías de investigación.

—Así que todo nuestro esfuerzo ha sido para nada.

—Ya sabes cómo funciona esto. Te debo una.

—Me debes muchas. Pero tranquilo, que pienso cobrármelas un día de estos. Cuídate.

Colgué y me dispuse a llamar a las jefaturas de policía de las provincias que tenían frontera con Portugal. Quizá tuviera tiempo de llamar a todas esa misma tarde. Pese a lo que acababa de decirle a Heriberto, yo no pensaba abandonar la vía de Carlos Ramírez sin transitarla un poco más. Antes de ponerme a ello, sin embargo, me indicaron que tenía otra llamada. Era Mary.

—Lo tenemos —anunció, sin preámbulos—. Mis compañeros de la agencia han indagado en la vida y los negocios de Carlos Ramírez y por fin han dado con algo interesante: una empresa de las muchas en las que él participó como socio en su día estuvo radicada en una aldea remota en la provincia de Salamanca, justo en la frontera portuguesa. Era una empresa minera que se fundó al comienzo de la Segunda Guerra Mundial y que se financió principalmente con dinero del Gobierno alemán. El dinero restante procedía de accionistas españoles, y Carlos Ramírez era el mayor de ellos.

—¿Y por qué iban a financiar los alemanes la creación de una empresa minera en territorio español?

—Muy sencillo: para obtener estaño y wolframio a precio de saldo con el que abastecer a los ejércitos del Reich.

—El estaño se usa para las latas de conserva, ¿no? ¿El wolframio qué es?

—El wolframio es un mineral que soporta altas temperaturas. Se usa en los filamentos de bombillas o en aleaciones de acero para que las herramientas y piezas de motor sean más duraderas. Pero también se puede usar para forrar balas y obuses y hacerlos indestructibles, así que puedes imaginar que fue muy preciado en aquellos años. En España hubo decenas de yacimientos de wolframio explotados por conglomerados de empresas alemanas. Algunos siguen funcionando hoy, pero son muy pocos. Este que te digo está ya clausurado.

—¿Te han explicado todo eso tus compañeros de la agencia?

—Soy nieta de un ingeniero de minas. Algo entiendo del tema.

—Pero dices que esa empresa minera ya no existe.

—La empresa ha dejado de funcionar, pero el domicilio social, o como se diga, estaba ubicado en esa aldea fronteriza, y la propiedad estuvo siempre registrada a nombre de Carlos Ramírez. La empresa tenía muchos dueños y un director general allá en Alemania, pero el lugar donde esta tenía su sede le pertenecía solo a Carlos Ramírez, que cobraba mensualmente a sus socios una cuota en concepto de alquiler. Es muy posible que aquello siga siendo suyo, y que esa sea la finca de la que nos habló tu amigo el falangista.

—¿Cómo habéis podido conseguir toda esa información en tan poco tiempo?

—Nos ha llegado de Alemania. El BND, el Servicio Federal de Inteligencia de Alemania Occidental, que es prácticamente una rama de los servicios secretos de Norteamérica, guarda datos de todas las empresas que colaboraron en su día con el Gobierno de Hitler, estuvieran o no radicadas en Alemania. Tenían toda la información en sus archivos, y partiendo del nombre de Carlos Ramírez solo les ha llevado un par de horas localizarla y remitírnosla.

—Bien, entonces lo que vamos a hacer es muy sencillo: vas a pasarme los datos que hayáis obtenido de esa empresa y el nombre de la aldea, y mañana a primera hora me pasaré por el catastro a comprobar si esa finca sigue estando a nombre de Carlos Ramírez. Si es así, saldré para allá inmediatamente.

Mary dio un largo suspiro.

—¿Mañana? Puede que hoy mismo sea ya demasiado tarde. Tú hablaste anoche con Otto Skorzeny, y esta tarde hemos estado investigando a Carlos Ramírez, tú y yo yendo a ver a ese

hombre de Falange y los de mi agencia pidiendo información a Alemania. Ya sea por un lado o por otro, es probable que sepan que les pisamos los talones. Que estamos cerca de dar con ellos. Es muy posible que para mañana le hayan pegado fuego a esa finca para borrar cualquier rastro que pudiera servirnos. Tú no conoces a esas ratas. Son especialistas en desaparecer. Llevan muchos años haciéndolo. Si les concedemos un solo día, un solo minuto de ventaja, los perderemos para siempre.

—¿A quiénes te refieres exactamente?

—¿A quiénes va a ser? A los asesinos de Jude, o a quienesquiera que hayan ordenado su muerte. Esos sucios nazis. No van a quedarse de brazos cruzados esperando a que aparezca la policía española a arrestarlos o los americanos para ajustarles cuentas por asesinar a un antiguo colaborador suyo en territorio español.

—¿Por qué estás tan convencida de que han sido ellos?

—No seas ingenuo. Con un empresario español amigo de los nazis como ese Carlos Ramírez y el doctor Lamar Hafner de por medio, ¿qué otra cosa puede ser? Son ellos, ODESSA, o cualquiera que sea el nombre de su organización, si es que es tanto como una organización y no una simple banda de criminales con recursos casi ilimitados. No sé cuáles serán los motivos exactos por los que mataron a Jude y al sacerdote, pero tiene que ser algo gordo, si no, no se habrían arriesgado a llamar tanto la atención. Y son conscientes de que lo último que les conviene es llamar la atención. Por eso, ahora que conocen que estamos tras sus pasos, van a esfumarse.

—Tal vez sería lo mejor. Que se esfumaran. Lo digo por la que puede armarse según quien esté detrás de todo.

—No digas eso. Te necesitamos, Ernesto. Necesitamos tu ayuda.

—¿Qué me estás proponiendo exactamente?

—Que vengas conmigo a esa finca.

—¿Cuándo? ¿Ahora?

—Sí.

—No lo dirás en serio.

—Completamente.

—¿Tú y yo solos?

—Sí, solos nosotros dos.

—Estás delirando. En todo caso, tendrían que acompañarnos tus compañeros de la agencia. Ellos pueden presentarse en la finca, capturar a Carlos Ramírez e interrogarlo hasta que lo aclare todo. De hecho, yo no os hago ninguna falta. Sois los servicios secretos de los Estados Unidos. Podéis hacer lo que os venga en gana.

—No es tan sencillo como lo pintas. No sabemos qué habrá en esa finca. Si mis compañeros de agencia se presentan allí o intentan montar una vigilancia y les descubren, aquello podría terminar muy mal. Ya sabes a qué me refiero: que ocurra un baño de sangre, lo cual es lo último que nos conviene a todos, empezando por ti, ya que puedes estar seguro de que de un modo u otro un incidente como ese te terminaría salpicando. Sin embargo, tú puedes aparecer con tu placa de policía y empezar a hacer preguntas y nadie se atreverá a tocarte un pelo. Luego, dependiendo de lo que averigües, decidiríamos qué hacer.

—Lo que dices no tiene ni pies ni cabeza. Y además, aunque yo aceptara ir, tú no podrías acompañarme. A ti te conocen. Dices que te identificaron la semana pasada cuando estabas en la exposición de Zúrich.

—Puedo quedarme esperando fuera, en la entrada de la finca, o acercarme y espiar desde una

ventana, no lo sé. Lo veríamos en el momento. Pero yo quiero estar allí. Tengo que ir a ese lugar. Tengo que saber por qué mataron a Jude.

—Estás como una regadera, siento mucho decírtelo. No cuentes conmigo para cometer una locura así.

—No te hacía un cobarde, Ernesto. De verdad que no.

—Soy un cobarde sensato, en todo caso.

—Entonces iré yo sola.

—Pero vamos a ver…

—Voy a preparar la maleta, a buscar un hotel por la zona, y a reservar un coche de alquiler. En cuanto lo tenga todo listo saldré para allá y mañana a primera hora estaré en esa finca.

—Escúchame un momento…

—Anoche te dije que estaba dispuesta a morir si con eso conseguía averiguar quién mató a Jude. No lo dije de broma. Adiós, Ernesto.

16

Antes incluso de colgar el teléfono ya había tomado la decisión de acompañarla, y los siguientes minutos que pasé sentado en mi mesa, mirando al infinito, fueron solo los que necesitaba para aceptar que la decisión estaba tomada y para analizar el porqué de haberla tomado, aunque no llegué a ninguna conclusión al respecto. Diría que fue un cúmulo de circunstancias. Más allá de cierto sentido del deber por resolver el caso de la muerte de Jude Kochanski, y de la curiosidad natural por conocer qué diantres estaba pasando, supongo que me pesó la acusación de Mary de ser un cobarde, y también el ser consciente de que si le sucedía algo me comería el remordimiento. Me había chantajeado, esa era la realidad. Me había colocado en una posición incómoda, de esas en las que por norma evitaba colocarme y de las que habitualmente me zafaba sin mayor cargo de conciencia. ¿Por qué no lo hice entonces, por qué no me desentendí del asunto, si racionalmente era la única opción aceptable? Ya digo que no hubiera podido responder de manera sencilla, sino solo aludiendo a conceptos tan etéreos como el deber, la curiosidad, la honra o el remordimiento. Incluso es posible que un juez o espectador que valorara con neutralidad la cuestión dictaminara que lo que ocurría era que esa mujer me había seducido. O más propiamente hablando, que yo estaba encoñado con ella.

Pasados esos minutos salí de Jefatura y caminé hasta la pensión a toda velocidad. Un Citroën 11 ligero de color negro, un modelo que pese a su origen francés siempre me había parecido de una estética alemana —e incluso, paradójicamente, un tanto nazi— estaba esperando en la puerta con el motor encendido, sin nadie al volante. Mary estaba terminando de guardar el equipaje en el maletero.

—¿Vienes a despedirte de mí? —preguntó.

—He cambiado de idea —respondí—. Me voy contigo.

Ella sonrió, se acercó a mí y me besó en la mejilla.

—¿Pasamos a por tu equipaje, entonces?

—Lo tengo aquí —repuse, palpándome la pistolera que llevaba oculta bajo la americana, en el costado izquierdo—. Con esto y algo de calderilla me las apaño por un par de días. Además, si pasamos por mi casa igual me arrepiento. Yo que tú aprovecharía antes de que se me pase la ventolera.

—De acuerdo. Toma, conduces tú.

Me colocó la llave en las manos.

—No me gusta conducir —dije, devolviéndosela.

—Eres el primer hombre que conozco al que no le gusta conducir.

—El copiloto puede dormirse, o distraerse mirando el paisaje.

—Vamos a conducir de noche, no creo que haya mucho paisaje que mirar.

—Entonces tendré que mirarte a ti.

—Ernesto, no quiero que te hagas falsas ilusiones…

—Tranquila, si solo nos dan una habitación para los dos me quedaré a dormir en el coche. Estos asientos tienen pinta de ser cómodos. Y para ser un coche de alquiler, no parece que estén muy gastados. Si hubiera tenido que alquilarlo yo con mi sueldo, otro gallo cantaría.

Nos pusimos en marcha de inmediato. Mary resultó ser una conductora experta: tomaba las curvas con suavidad y aceleraba a fondo en las rectas, quizá demasiado a fondo para mi gusto. En algún momento al poco de salir de Madrid me quedé dormido. Llevaba casi cuarenta y ocho horas sin descansar como Dios manda y no pude evitarlo. Cuando desperté, a nuestro alrededor todo era oscuridad.

—¿He dormido mucho? —pregunté, desperezándome.

—No, no mucho. Acabamos de entrar en la provincia de Ávila.

Circulábamos cuesta arriba por una carretera estrecha y sinuosa. Agradecí no poder atisbar el fondo del precipicio que se intuía al otro lado de los parapetos de piedra del arcén.

—Echa un ojo al mapa —dijo Mary—, que no sé por dónde tengo que ir en el siguiente desvío.

El mapa estaba doblado sobre el salpicadero. Mary había marcado con bolígrafo la ruta a seguir. El destino final era Navasfrías, una aldea situada al sur de la provincia de Salamanca. Ella me había explicado antes que el lugar carecía de alojamientos y que había llamado para reservar habitación en un hotel de Ciudad Rodrigo, el municipio de cierto tamaño más cercano, a unos cincuenta kilómetros.

—Tienes que tomar el siguiente desvío a la izquierda, a la altura de Navas del Marqués —expliqué.

No era demasiado tarde: las diez y media. Sin embargo, todos los pueblos que atravesamos hasta llegar a las inmediaciones de Ávila, donde hicimos una breve parada para repostar en una estación de servicio que se disponía a echar el cierre, estaban desiertos y prácticamente en penumbra. No nos cruzamos tampoco con un solo vehículo en la carretera.

—Es un viaje al fin de la noche —afirmó Mary.

—¿El qué? —pregunté.

—Esto. Lo que estamos haciendo tú y yo ahora mismo. Es como si la noche no tuviera final, pero lo estamos persiguiendo.

Adormilado como estaba, no repliqué nada.

—Nos dirigimos al corazón de las tinieblas, Ernesto. Los hombres que nos esperan allá adelante tienen un corazón negro como la noche que nos rodea.

—Lo que tú digas.

—Estoy muy contenta de que estés conmigo.

—Me alegro.

—Dime ¿alguna vez has disparado a alguien?

—¿Por qué lo preguntas?

—Solo por saberlo.

—A la última persona a la que maté fue de aburrimiento. Pero vamos a hablar de otra cosa.

—¿De qué quieres hablar?

—No lo sé. Háblame de ti. Dime cuál es tu película favorita.

—Hay una … No sé si es mi favorita, pero me marcó mucho. Se estrenó hace algunos años. En España la titularon *Tú y yo*. ¿La has visto?

—No. ¿Sale alguien famoso?

—Cary Grant. Es una película de amor.

—Por eso no la habré visto. Prefiero la ciencia ficción. Es más realista.

—Esta película está muy bien hecha, aunque es algo ingenua, como todas las del género. Va de dos enamorados que se conocen a bordo de un barco en una travesía por el Atlántico, y se enamoran perdidamente. Pero los dos están comprometidos.

—¿Ese barco no sería el *Titanic*?

—Calla y escucha: se enamoran y deciden darse un tiempo para poner en orden sus vidas, y se citan en Nueva York a los seis meses de tomar tierra, una medianoche en el Empire State.

—Donde trepó King Kong, ¿no?

—Mismamente. Cary Grant espera toda la noche, y ella, que es nada menos que Deborah Kerr…

—Deborah Kerr es mi actriz favorita desde *De aquí a la eternidad*.

—Pues Deborah Kerr no se presenta a la cita. Ha sufrido un accidente esa misma noche y ha quedado en silla de ruedas.

—¿Y dices que es una película romántica?

—Sí, ya verás. Después del plantón, cada uno sigue con su vida, pero vuelven a encontrarse más adelante en una fiesta. Ella permanece sentada todo el tiempo y él no se percata de que ella no puede ponerse en pie. Un tiempo después, él, desesperado, se presenta en casa de ella para pedirle explicaciones. Él, no te lo había dicho, es un pintor aficionado que ha dejado los pinceles porque piensa que no tiene talento, y gracias a haberla conocido a ella en el barco ha vuelto a retomar su afición y ha llegado a exhibir en una galería de arte…

—Eso del arte pega bastante contigo. Pero sigue, ¿qué pasa con los tórtolos?

—Él va a verla con la intención de recriminarle su actitud, y le cuenta que mientras estaban separados ha conseguido terminar el cuadro que estaba pintando en el momento en que se conocieron gracias a que el recuerdo de ella le ha servido de inspiración. Pero que se ha deshecho del cuadro por despecho, vendiéndolo a través de un intermediario a una mujer en silla de ruedas que solo conoce de oídas…

—¡Ella tenía el cuadro!

—Sí. Él de pronto se percata de lo que ocurre, de que en todo el tiempo que ha estado hablando con ella, esta no se ha levantado del sofá en el que está sentada, y entonces entra en el dormitorio y encuentra el cuadro, su cuadro, colgado en la pared. Y lo comprende todo, regresa a su lado y se funden en un abrazo. Ella dice que si él ha podido volver a pintar, ella podrá caminar de nuevo. Que cualquier cosa es posible.

—¿Y vuelve a caminar?

—Ahí se termina la película.

—Pues vaya.

—Yo salí de la sala llorando como una magdalena. Pero luego, reflexionando, me di cuenta de que esa película no era tan ingenua como me pareció cuando la vi. De hecho, es una película bastante machista, si se piensa bien.

—Yo no le veo el machismo por ninguna parte.

—Claro, porque tú eres un hombre. Pero piensa que ella, Deborah Kerr, queda parapléjica y se

comporta con dignidad, no queriendo que él conozca su condición para que no se apiade de ella… Y sin embargo, el abrazo final entre los dos no es más que eso: la salvación de ella a través del abrazo del hombre que la ama.

—Él la ama a pesar de su invalidez, ¿dónde está el problema?

—El problema es la redención a través de la piedad. Las mujeres se identifican con ella, con la mujer que sufre una limitación y se sabe inferior al hombre, y los hombres se identifican con él, el tipo íntegro y magnánimo que, desde su posición todopoderosa, se digna a quedarse con ella a pesar de todo. ¿Qué te parece?

—No lo sé.

—Figúrate que fuera al revés, que él se hubiera quedado en silla de ruedas… No hubiera habido película, porque es evidente que ella se habría quedado con él de todos modos. Porque eso es lo que se espera de las mujeres. Que permanezcan junto a su hombre o sus hijos en cualquier circunstancia. Por eso tenía que ser ella la que sufriera el accidente. Porque no estaba tan claro que él fuera a aceptarla en esa situación.

—Pues yo una vez vi una de un tipo que se pasaba toda la película en silla de ruedas.

—Esa es *La ventana indiscreta*. Pero él no está parapléjico, solo tiene una pierna rota.

—Para el caso…

—No es lo mismo. La cuestión es que a la mujer siempre se nos representa como objetos vulnerables a los que hay que cuidar, o como cuidadoras comprometidas por nuestra condición de mujer, como si eso fuera algo que va en nuestra naturaleza. No se concibe que una mujer no pueda necesitar a alguien a su lado, o que se desentienda del cuidado de quienes tiene alrededor. Cuando quieren pintarnos positivamente, nos hacen pasar por enfermas o por enfermeras, por criaturas incapaces o por madres abnegadas, no hay más opciones. Y si buscan pintarnos negativamente, nos pintan de putas. Eso es todo. Dime, ¿has oído hablar de una pintora llamada Artemisia Gentileschi?

—¿Una que estuvo liada con Dominguín?

—Fue una pintora del Barroco italiano.

—Entonces no.

—Es prácticamente la única pintora importante de la historia del arte hasta este siglo. Su cuadro más famoso se llama *Judith decapitando a Holofernes*, y te aseguro que el título es representativo. En él aparecen Judith y su criada espada en mano cortándole la cabeza a un hombre al que Judith ha engañado y emborrachado para llevarse a la cama. El hombre, Holofernes, es el rey de Babilonia, y Judith, la viuda de uno de sus enemigos. Es una viuda que es capaz de servirse de su belleza y tomar las armas para salvar a su pueblo.

—¿Qué tiene que ver ese cuadro con todo el rollo que me acabas de soltar?

—Quién sabe. Se me ha ocurrido que es una de las pocas representaciones de la mujer en el arte que se sale de los esquemas. En la película, Deborah Kerr es la mujer débil que debe ser salvada por el hombre; Judith, una mujer fuerte que es capaz de agarrar una espada y decapitar a un rey.

—Pero en el fondo, por lo que cuentas, también tiene algo de puta, ¿o no? Digo por lo de seducir al rey para asesinarlo.

—¿Ves? Ni siquiera ella se salva. Pero dime, Ernesto, ¿tú con cuál de las dos te quedarías?

—¿Yo? Con ninguna. Por algo sigo soltero.

Callamos y volví a dormirme. Mary me despertó golpeándome en el hombro pasado un rato.

—Acabamos de dejar atrás Salamanca —dijo—. Creo que es mejor que conduzcas tú el trozo

que nos queda, estoy agotada.

Quizá porque tenía miedo a que me durmiera y me saliera de la carretera, Mary comenzó a explicarme las particularidades de la catedral de Salamanca —algo sobre una cúpula gallonada de estilo lombardo—. Ella había pasado en la ciudad largas temporadas en sus años de doctorado, cuando venía a España cada verano para ver a su familia y documentarse para su tesis.

Pronto dejé de escucharla y comencé a asentir como un metrónomo. Mary iba enlazando un tema con el siguiente, y lo mismo hacía yo con los cigarrillos. Cada cual lidiaba con los nervios a su modo, pensé. Aunque no estaba seguro de si ella se sentía nerviosa por lo que fuera a suceder a la mañana siguiente o esa misma noche.

—Eso de ahí delante es Ciudad Rodrigo —indicó ella, señalando unas luces en el horizonte.

Procedió entonces a narrarme una batalla de la Guerra de la Independencia que había ocurrido allí hacía siglo y medio.

—Ya, sí. Muy interesante —la interrumpí—. Pero dime una cosa: ¿al final cómo haremos con las habitaciones?

—Si me prometes que te comportarás como es debido, te puedes quedar conmigo. Así llamaremos menos la atención que si llegamos ahora, a las dos de la mañana, pidiendo una habitación para cada uno.

—Pero no llevamos alianza. No pasaremos por un matrimonio.

—Pasaremos por una pareja de amantes furtivos, lo que todavía es mejor. En los hoteles siempre tienen cuidado de no irse de la lengua en esos casos. Será como si fuésemos invisibles. Y nos conviene serlo en la medida que podamos. No sabemos dónde nos estamos metiendo y quién puede estar vigilándonos.

A mí tantas precauciones me sonaban a paranoia propia de novelas de espías, pero no dije nada.

No nos costó demasiado dar con el hotel que Mary había reservado: se trataba de un castillo con una torre de piedra de una docena de metros de altura situado en el centro de la ciudad. Aparcamos enfrente y llamamos al timbre. Acudió a abrirnos un conserje bajito y rechoncho como una oliva que superaba con mucho la edad de jubilación y que, tras apuntar nuestros nombres en el registro —Mary se registró como «María Martínez Gómez», que según me explicó más tarde eran los apellidos de su padre; desde la agencia le habían proporcionado documentación española con ese nombre justamente para situaciones como aquella, que requerían cierta discreción—, nos precedió por unos pasillos amplios y bien iluminados, decorados con motivos medievales —armaduras, tapices, antorchas eléctricas— hasta una habitación en la primera planta. Por el trayecto, el conserje nos sonsacó que veníamos de Madrid, que estábamos de turismo y que nunca antes habíamos puesto un pie en Ciudad Rodrigo. Él, por su parte, nos contó que en aquel mismo hotel habían tenido lugar dos encuentros entre Franco y Salazar, uno en el año 52 y otro en el 57. Él personalmente había servido las cenas y almuerzos a ambos dictadores, y al pasar frente a ella nos señaló la habitación exacta en la que el doctor Salazar había dormido en esas ocasiones.

—La cocina ya está cerrada, ¿verdad? —pregunté, en la puerta de la nuestra.

—Son casi las tres de la mañana, caballero… —repuso el conserje—. Pero puedo subirles algún aperitivo frío. ¿No me digan que vienen sin cenar?

—Ha sido una escapada de última hora.

—Esas escapadas son las que luego más se recuerdan —dijo, guiñándome un ojo—. Voy a

traerles algo, y también una botella de vino por cuenta de la casa.

El anciano estuvo de vuelta antes incluso de que hubiéramos terminado de inspeccionar la habitación, que contaba con teléfono propio y una bañera tan grande que podía uno zambullirse desde un trampolín. Trajo consigo una bandeja con el vino, un par de copas y unos platillos de picatostes con jamón serrano.

—¿Y si nos quedamos aquí todo el fin de semana? —propuse a Mary cuando el conserje se hubo marchado.

Ella estaba sentada en su lado de la cama, con una copa de vino en la mano.

—Sería un fin de semana muy largo, Ernesto. Estamos a jueves.

—¿No tienes hambre? —pregunté, tendiéndole la bandeja.

—Cené en casa antes de salir.

—¿Te importa que me descalce?

—No vas a dormir con los zapatos puestos.

—No, pero puedo quedarme puestos los pantalones si vas a estar más cómoda.

Mary se terminó su copa y entró al baño con su maleta. Salió con un pijama de chaqueta y pantalón largo de color azul.

—No sabía que ibas a venir —se excusó—. Por eso me traje este pijama. No es muy femenino, que digamos, pero es con el que estoy más cómoda.

—Eso es siempre lo más importante. Estar cómoda. Además, no será femenino, pero te sienta estupendamente.

—Lo que tú digas. Pero no te hagas ilusiones.

—No me había hecho ninguna.

Mary se metió en la cama y fingió dormirse enseguida. Yo, en parte, lo agradecí. No tenía el cuerpo para mucha fiesta, tras el trajín del viaje, y preocupado como estaba por las consecuencias que aquella maniobra imprevista fuera a tener en mi futuro inmediato en el Cuerpo, ya que me daba en la nariz que no iba a encontrar una excusa convincente para justificarme ante el comisario y ante el ministro. Para explicar qué cuernos estaba haciendo yo allí aquella noche, en aquel hotel de provincias a varios cientos de kilómetros de Madrid, durmiendo con una testigo del caso, todo ello sin desvelar mis tratos con los estadounidenses. Yo solito me había metido en la ratonera, y ni siquiera iba a llevarme el queso colocado junto al cepo; ese queso que estaba allí mismo, bajo las sábanas, en el otro extremo de la cama.

17

Aquella, la que posiblemente había sido la noche más surrealista de mi vida, terminó a eso de las siete, cuando Mary me despertó al levantarse para ir al baño. No había tenido la precaución de correr las cortinas antes de dormirme, y el sol entraba a raudales por la ventana clavándoseme inmisericorde en las retinas. Solo habían pasado cuatro horas desde nuestra llegada al hotel, pero tenía la sensación de que el viaje había sucedido mucho tiempo atrás. Ni siquiera recordaba el nombre de la ciudad donde nos alojábamos. Era como si alguien, un hombrecillo del planeta X —como los de la película—, hubiera estado hurgando y cortando cables en mi memoria. Aunque también, claro, podía ser efecto del vino.

Sea como fuere, mientras escuchaba de fondo el rumor del grifo de la bañera y de Mary chapoteando desnuda en su interior —tan cerca y a la vez tan lejos, me dije—, los recuerdos fueron regresando a mí lentamente. Antes de que ella terminara con su baño, me vestí y salí en busca de un café y de algo de cordura. Encontré ambas cosas en la cafetería del hotel, que acababa de abrir sus puertas. Ahí pude serenarme hojeando la prensa del día anterior; la de aquel jueves, 1 de septiembre, todavía no la habían despachado. Mary me encontró refugiado en un rincón, resolviendo un crucigrama de *El Adelanto de Salamanca*. Era lo más interesante del periódico, puesto que el mundo parecía continuar girando al ralentí a causa del buen tiempo y no había apenas noticias con enjundia para leer. Eso sí, no llegué a resolver más que una palabra de seis letras, «fauces», que venía definida como «parte posterior de la boca de un mamífero». Fue rellenar las casillas de la palabra y quedarme ensimismado mirándola, quizá porque era exactamente la impresión que tenía, la de haberme metido en las fauces de un mamífero, concretamente las de un lobo, y no lograba entender por qué. Mis dudas no se despejaron al verla, pero al menos dejaron de molestarme.

—Pensé que te habías marchado y me habías dejado sola —dijo.

Se había puesto un conjunto de blusa marrón y pantalones anchos del mismo color con un cinturón también ancho y una hebilla metálica redonda de casi una palma de diámetro. No se había desprendido, eso sí, de sus sandalias.

—Necesitaba estar solo un momento, y aclararme la cabeza.

—¿Te arrepientes de haber venido?

—Eso es obvio.

—Solo vamos a interrogar a una persona, no tiene por qué pasar nada malo.

—Dime la verdad: ¿por qué estoy aquí?

—Te lo dije ayer. Tú eres el único que puede acercarse a Carlos Ramírez sin causar alboroto.

—Es una buena respuesta. Casi la doy por buena.

—Estás aquí porque tú lo has querido.

—Esa respuesta es la que me preocupa.

—¿Has desayunado algo?

—Solo el café. Cené tarde y tengo el estómago revuelto.

—Todo va a ir bien, ya lo verás.

—Seguro que sí. Y si no, como ninguno de los dos tiene hijos ni gato, pues tampoco pasa nada. Ya sabemos que nadie va a echarnos de menos.

Mientras ella desayunaba —un café con churros y un zumo de naranja; me dio bastante envidia, porque yo no solo tenía el estómago revuelto, sino la garganta cerrada a causa de los nervios— subí a la habitación a asearme un poco y recoger su equipaje, que consistía únicamente en un par de bolsas de viaje pequeñas y su bolso de mano. No me resistí a registrar este último con la idea de que tal vez encontraría una pistola en su interior. No fue así.

—¿Cómo crees que debemos encarar el asunto? —pregunté, ya en el coche.

—Tú sabrás —respondió ella, que había vuelto a ponerse al volante—. Tú eres el especialista en interrogar a gente y tratar con criminales.

—Entonces creo que lo mejor será que me ocupe yo solo. Tú puedes quedarte fuera, en el coche, como dijiste ayer. Será lo más seguro.

—¿Seguro para quién?

—Para ti, para mí.

—Lo he pensado mejor y creo que estaré más segura a tu lado. A ti no se atreverán a hacerte nada, y a mí tampoco si voy contigo. Además, yo conozco mucho mejor que tú todo lo que está pasando. He estado meses investigando la exposición de Zúrich. Y también quiero estar presente si acaso descubres quién fue el asesino de Jude. Si está allí, en esa finca, quiero mirarlo a los ojos y preguntarle por qué lo hizo.

—Sí, no tengo ninguna duda de que te responderá encantado.

No hablamos más del tema, pero tampoco había mucho más que hablar. Al fin y al cabo, toda aquella operación era un disparate, y por tanto, ¿qué más daba que fuera solo o acompañado a interrogar a quienquiera que hubiera en esa finca del demonio? Si exponía mis pensamientos en voz alta, estaba convencido de que terminaría deteniendo el coche y volviendo a Madrid aunque fuera andando. Por eso mismo preferí callar y disfrutar del paisaje, y sobre todo de la proximidad de ella, y de su olor. Los días anteriores ya había captado que desprendía un sutil aroma a fresas o frutas del bosque, pero en aquella mañana, con el perfume recién rociado en su cuerpo tras el baño y compartiendo el interior cerrado del Citroën, el olor era tan fuerte que sentía cómo me perforaba las fosas nasales y se me clavaba en el cerebro. Me pregunté, y no del todo en broma, si no sería algún tipo de fragancia seleccionada o desarrollada por su agencia de espías con el propósito de que mujeres como ella embriagaran y dominaran a palurdos como yo.

La aldea de Navasfrías quedaba más lejos de lo que habíamos imaginado: casi una hora de viaje por una carretera repleta de baches y que en el último tramo discurría a través de un denso bosque de robles, pinos y castaños. Era temprano, las nueve de la mañana, pero aun así ya había movimiento en las inmediaciones de los pocos pueblos que atravesamos. Los paisanos apacentaban al ganado o atendían sus huertos. Al vernos pasar se detenían un instante para observarnos.

—¿Te acuerdas de que ayer te hablé de una película que se llamaba *Tú y yo*? —preguntó Mary

de repente.

—Sí —respondí—. Y también de un cuadro donde aparecía un rey al que le cortaban la cabeza.

—Pues he estado pensando y me he acordado de otra película que viene muy a cuento de lo que estamos haciendo.

—¿Qué es lo que estamos haciendo?

—Ya sabes, seguir la pista a criminales que tal vez sean fugitivos nazis o que trabajen para ellos.

—Ah, eso.

—Esta película se llama *Los asesinos están entre nosotros*. Yo la vi en una proyección privada que organizaron en Princeton, hacia el año 47 o 48. No sé si se llegó a estrenar en los cines de los Estados Unidos, porque era una película filmada en la República Democrática de Alemania y financiada con dinero soviético.

—A mí no me suena que se estrenara en España. Claro que el cine de la Alemania comunista nunca ha tenido buen público por aquí, quién sabrá por qué.

—Pues en el resto de Europa, por lo que sé, tuvo bastante éxito. Es una película que trata de la «desnazificación». Cuenta la historia de amor entre un antiguo cirujano nazi y una superviviente de los campos de concentración tras el final de la guerra…

—Eso sí que es un amor imposible y no el de don Juan y doña Inés.

—El cirujano está atormentado por los recuerdos de todo lo que ha vivido, tanto que incluso es incapaz de ejercer la medicina. Un día se encuentra con su antiguo capitán del ejército, un hombre que luego se descubrirá que, unos años antes, organizó la matanza de cientos de civiles en una aldea de Polonia, justamente en una Nochebuena. En esos momentos, el capitán sobrevive con holgura habiéndose convertido en un próspero hombre de negocios. El cirujano, que no puede soportar que ese hombre continúe su vida como si nada, decide matarlo: consigue engañar al capitán y lo acorrala en un almacén. Pero entonces aparece su amante y se interpone entre ellos. Ella le dice al cirujano que no está en su derecho de tomarse la justicia por su mano, que ese capitán debe ser procesado por un tribunal. El mensaje que se transmite es que los ciudadanos deben inhibirse en favor de los jueces, no cobrarse venganzas personales.

—Pues el final es bastante flojo.

—¿Tú crees? ¿Piensas que el cirujano debió haber matado al capitán, arrogándose el papel de justiciero y vengando él mismo a las víctimas?

—No lo sé. Tendría que estar en su pellejo. Pero según lo cuentas, el cirujano había sido testigo de los crímenes atroces cometidos por ese hombre. Imagínate que al final se celebra el juicio y el capitán, por cualquier motivo, termina siendo exonerado. ¿No hubiera sido mejor que ni siquiera se concediera la oportunidad de enfrentarse a un juicio del que pudiera salir airoso?

—Quizá sí. Pero tú siendo policía no deberías hablar así.

—Precisamente porque soy policía, y además español, hablo así. Porque sé que la idea de que la justicia solo la imparten los tribunales es una ilusión. Otra cosa es si, una vez que ese cirujano hubiera matado a su capitán, debieran matarlo o como mínimo encerrarlo a él. Es decir, si alguien se toma la justicia por su mano, ha de asumir que él mismo puede recibir un tratamiento semejante.

—Tu idea de justicia no parece muy moderna, Ernesto.

—Te repito que soy español, así que mi idea de justicia es la que he mamado desde niño. Si yo fuera ese cirujano y tuviera la certeza de que el capitán sería, no ya condenado, sino simplemente

juzgado con garantías, probablemente no vacilaría en entregarlo a las autoridades. Pero me estás hablando de que la película ocurre en un Estado satélite de la Unión Soviética, y por tanto parecería legítimo que el cirujano tuviera dudas sobre si al tipo lo iban a juzgar con limpieza. Porque además me dices que ese capitán se había convertido en un rico hombre de negocios, y en cualquier país corrupto hasta la médula como debe de ser Alemania Oriental, o como lo es España, a los ricos nunca se les juzga limpiamente.

—O sea, que tú te lo habrías cargado y se acabó.

—Ya digo que tendría que estar en su pellejo, saber hasta qué punto el cirujano vivía acosado por el recuerdo de los crímenes de ese hombre. Pero lo más probable es que no. Lo más probable es que yo no hubiera hecho nada. Ni matarlo ni entregarlo a las autoridades. Porque total, ¿cuántos oficiales como ese debe de haber por aquellas tierras, con docenas o cientos de asesinatos a sus espaldas? ¿Por qué iba yo a poner en riesgo mi libertad o mi vida por eliminar simplemente a uno de ellos? Otra cosa es que me dijeras que es el asesino de mi padre o de mi hermana, que fuera una cuestión más personal. Pero si lo que hizo el capitán ese no fue distinto a lo que hicieron otros tantos capitanes alemanes, rusos o de donde quiera que sea, ¿por qué tendría que ser yo quien le hiciera pagar por sus acciones? ¿O por qué molestarme en matarlo o en dejarlo en manos de una justicia adulterada?

—¿Te das cuenta de que si todos pensaran como tú, la sociedad no avanzaría?

—Para que todos pensaran como yo, todos deberían estar en el lugar en que estoy yo, venir de donde yo vengo y haber conocido todo lo que yo he conocido.

—Durante mi vida yo también he sido testigo de muchas cosas terribles, y no por ello me he vuelto tan indiferente como tú.

—Indiferente es alguien al que le da igual todo. A mí no me da igual todo. Lo que pasa es que si tengo la certeza de que no voy a poder cambiar las cosas a mejor, sino quizá solo a peor, pues prefiero no hacer nada.

—Eso es casi peor que ser indiferente.

—Sí, es mucho peor, porque al indiferente no le duele no hacer nada, a mí sí.

—Pero aun así prefieres no hacerlo.

—Es que a veces no hacer nada duele, pero duele menos que intentar hacer algo.

—En el fondo eso es cobardía, y lo sabes perfectamente.

—No te lo niego. Pero seguro que si ese cirujano mata al capitán, y luego a él lo envían a una prisión soviética donde pierde los dedos de los pies por el frío y donde la sopa de la cena le viene endulzada con pis de rata, no tardará en arrepentirse de sus acciones.

—Así que tú no lo habrías matado por miedo a lo que te hubiera podido pasar después a ti, y tampoco lo habrías entregado porque no iban a juzgarlo con imparcialidad.

—Insisto en que cada uno es cada uno, y cada situación es diferente. En un mundo ideal es muy sencillo saber cómo hay que actuar en cada caso, pero el mundo está muy lejos de ser ideal. A lo mejor si yo hubiera sido ese cirujano y si realmente hubiera sentido la necesidad de ventilarme a ese capitán, habría sabido planear el asesinato de manera tan perfecta que ni mi amante ni nadie habría podido interponerse, y a lo mejor habría sabido hacerlo de manera que no pudieran acusarme nunca del crimen. Y entonces, ironías de la vida, yo viviría el resto de mis días siendo un asesino sin que nadie lo supiera, como era el capitán al que maté.

Continuamos enfrascados en la charla hasta que arribamos a Navasfrías, cerca ya de las diez de la mañana. El municipio estaba constituido por siete u ocho calles y medio centenar de viviendas de piedra o adobe, algunas con un pequeño patio y ninguna de más de una altura. Las

calles, por descontado, no estaban asfaltadas. Solo algunas del centro contaban con un empedrado irregular que malamente impedirían que se convirtieran en lodazales los días de lluvia.

Paramos en la plaza del ayuntamiento, que estaba todavía cerrado. Al lado había una tienda de ultramarinos, el único establecimiento comercial a la vista, y de hecho el único que habíamos visto desde que entráramos al pueblo. La dependienta, una mujer de mediana edad, afable y flaca como una caña, vestida con una bata azul de trabajo, nos informó de que a la finca se llegaba pasado el pueblo por un camino que salía a la derecha desde la carretera. No tenía pérdida, dijo, porque todavía se mantenían en pie los letreros en castellano y alemán que habían colocado al abrir la mina. Don Carlos —así se refirió a él— tenía al parecer un chalé en el recinto y era muy posible que estuviera allí. Últimamente se había dejado ver bastante por el pueblo.

Salimos de la tienda y montamos en el coche, al que unos mocosos se habían subido para jugar a indios y vaqueros, o a cualquier otro juego semejante. Los espantamos con unos manotazos al aire, como si fueran avispas. El desvío hacia la mina quedaba efectivamente a unos cuatro o cinco kilómetros del municipio, estaba bien señalado y nos llevó a un camino de tierra bien conservado, libre de pedruscos y maleza, que atravesaba el bosque ascendiendo levemente por la ladera de una montaña hasta una especie de llano extenso, en el que había desperdigados un par de barracones rectangulares y algunas casetas de madera con aspecto de almacenes o garajes. Las vigas, puertas y ventanas de los edificios estaban vencidas, desvencijadas y rotas; todo se veía abandonado y comido por el verdín y el óxido.

Desde el llano, que debía de haber sido algo así como la plaza o punto de encuentro de los empleados de la mina, partían dos caminos: uno seguía montaña arriba y otro se adentraba hacia la profundidad del bosque. Cada uno estaba marcado con un letrero: «minas», decía el primero, y «oficinas», el segundo. Tomamos por este último, que nos llevó hasta otro claro a solo unos cien metros del primero en cuyo centro había un edificio que, más que de oficina, tenía aspecto de cortijo. Las paredes eran blancas, tenía dos plantas, y al lado había otra construcción de menor tamaño, quizás un establo para animales o una casa para invitados. Frente al porche había aparcado un Land Rover verde que probablemente fuera necesario para llegar hasta aquel lugar en otras épocas del año.

Las puertas del edificio principal se abrieron antes de que detuviéramos el vehículo, y por ellas salieron dos sujetos de andares y maneras simiescas. Los dos eran jóvenes —de veinte a veinticinco años, no más—, altos, rubios, con los ojos verdes y la piel traslúcida. Si no eran hermanos, debían de haberlos elegido para que lo parecieran. Vestían de forma idéntica, con camisetas de *sport* de manga corta y color negro —convenientemente ajustadas en el torso y los brazos para marcar muchas horas de entrenamiento físico—, pantalones vaqueros y botas de montaña. Se me ocurrió que parecían maniquíes sacados de alguna revista de propaganda de la raza aria. Llegaron hasta nuestro coche y comenzaron a aullarnos en una lengua que, supuse, sería alemán, aunque bien podía ser una lengua de hombres de las cavernas. Mary se bajó y trató de tranquilizarlos.

—Quieren saber qué hacemos aquí —tradujo ella.

—Pregúntales si saben qué es esto —dije, apeándome del coche y mostrando mi placa. Con la otra mano me desabroché la americana para dejar a la vista la pistolera.

Si cualquiera de los dos hubiera respondido a mi bravata con un puñetazo, probablemente me habrían matado antes de tocar el suelo; como mínimo, debían de sacarme veinte kilos de ventaja cada uno de ellos, y no precisamente de grasa, sino de puro músculo. Pero la placa y la pistola

surtieron el efecto deseado y ambos moderaron el volumen de sus gritos. Mary intercambió con ellos algunas palabras más.

—¿Qué hace la policía aquí? —preguntó de pronto uno de ellos, que tal vez fuera también el más inteligente, o el único que hablaba español, aunque con evidente dificultad.

—Soy el inspector Ernesto Trevejo, y he venido a hablar con el señor Carlos Ramírez.

—Don Carlos está adentro, en la casa.

—Pues le avisáis de que estoy aquí.

—Don Carlos no habla con la policía.

—Conmigo va a hablar, quiera o no quiera, así que tirad para adentro y no me toquéis más los cojones.

Mary, por si acaso, tradujo mis palabras, aunque algo me decía que las habían entendido perfectamente. O por lo menos la última de ellas, y con eso bastaba.

Los dos nos acompañaron hasta la entrada. Uno de ellos pasó adentro y el otro con una mano nos hizo una señal para que esperáramos fuera, mientras él se quedaba montando guardia.

—Los has puesto en su sitio, Ernesto —me susurró Mary, no sé si más sorprendida que admirada; a fin de cuentas, era la primera vez que me veía comportarme de verdad como lo que yo era: un policía. Alguien que en España, en la mayoría de circunstancias, no tenía por qué dialogar ni pedir las cosas con educación para que le hicieran caso.

—¿Quiénes crees que son? —pregunté.

—Dicen que son vigilantes. Aunque yo creo más bien que son guardaespaldas.

—¿Son alemanes?

—Sí. El alto tiene acento de Berlín, de eso no hay duda. El otro no lo tengo claro. Quizá sea bávaro o austríaco.

—Son muy jóvenes para ser nazis. Muy jóvenes para haber tenido el carné del partido, me refiero. No pueden ser criminales de guerra.

—Cierto. Pero eso no significa que no trabajen para otros que sí lo sean. Alemania está llena de jóvenes radicalizados a los que en su día lavaron la cabeza en las Juventudes Hitlerianas o sus propias familias.

—Aun así, no me parece que ninguno de estos dos pueda ser el asesino que estamos buscando, y menos que lo sean los dos. No tienen pinta de ser muy listos, y la persona o personas a las que buscamos sí lo son. Estos puede que sean capaces de torturar y matar salvajemente a tres personas, no te lo discutiría, pero no creo que pudieran hacerlo sin dejar tras de sí ningún rastro.

—¿Los descartarías como sospechosos, entonces?

—Tanto como descartarlos, no. Pero no los pondría a la cabeza de la lista.

—¿A quién pondrías por ahora a la cabeza de la lista?

—Ese es el problema, que por ahora es una lista descabezada.

El vigilante que había entrado a la casa salió y con un gesto nos indicó que pasáramos. El interior de la vivienda era tan distinto al exterior que fue como dar un paso a través del espejo de Alicia. Las paredes, el techo y el suelo estaban forrados de maderas nobles o que al menos desprendían un aroma noble, a abeto y resina. Parecía el interior de una mansión nórdica de las que salían en las revistas de decoración. La sensación invernal se acentuaba con los trofeos de caza mayor colgados por todas partes: cabezas de ciervos y jabalíes, de un par de muflones, y hasta la de un oso con la boca abierta en la que exhibía una dentadura tan blanca que me hizo avergonzarme ligeramente de mis dientes amarillentos de fumador. A pesar de que la temperatura superaría ya los veinticinco grados, no hubiera desentonado que nos encontráramos

una chimenea funcionando a todo trapo y al dueño de la casa ataviado con un grueso jersey de lana.

—Buenos días, caballeros… Perdón, caballero y señora.

El hombre que acudió a saludarnos no llevaba un jersey de lana, aunque sí un albornoz de felpa blanco, igualmente impropio para el mes de septiembre, y pantuflas de lana a cuadros. Era más bien delgado y menudo, aunque se echaba a ver, por la anchura de su rostro, que hubo un tiempo en que debió de ser bastante corpulento. Tenía el pelo cano y un bigote negro que lindaba con una dentadura mucho más amarillenta que la mía —y, por supuesto, que la del oso— a la que le faltaban un par de piezas.

—¿Don Carlos Ramírez? —pregunté.

—El mismo. ¿Qué se les ofrece?

—Soy el inspector Ernesto Trevejo —dije, mostrando de nuevo la placa—. Vengo a verle por la muerte de su amigo Ramón Sabater.

El anciano nos tendió la mano a ambos y sin añadir una palabra más nos precedió hasta un salón con una enorme terraza acristalada que daba a un jardín con bancos de hierro y árboles frutales. Los árboles —higueras y manzanos— saltaba a la vista, habían sido trasplantados allí recientemente; eran árboles jóvenes, mucho menos robustos que los del bosque que los rodeaba. Pensé que quizá no sobrevivirían mucho tiempo en aquel paraje montañoso, pero mi conocimiento e interés en la botánica se reducía a los derivados de la cebada y el lúpulo, y puntualmente a los de la uva. Los sofás eran de cuero, aunque estaban cubiertos con fundas blancas que olían a lejía. En el centro había un televisor de gran tamaño que no podría servir más que para decoración, puesto que era improbable —por no decir imposible— que la señal de ningún repetidor llegase hasta allí.

Mary se sentó a mi lado en uno de los sofás, y Carlos Ramírez lo hizo en una butaca inglesa de terciopelo rojo semejante a un trono, que antes arrastró suavemente con la cadera hasta colocar a muy corta distancia frente a nosotros, como si tuviera problemas de oído y necesitara acercarse para escucharnos bien. Los vigilantes se retiraron a otra habitación después de que Ramírez les diera algunas indicaciones en su lengua.

—No parece sorprendido de que hayamos venido a verle —dije, sacando el paquete de Bonanza y ofreciendo. Tanto Carlos Ramírez como Mary rehusaron. A alguien del nivel económico de él, ofrecerle aquel tabaco barato debía de suponerle casi un insulto. Ella por su parte ya se había fumado cinco o seis cigarrillos de los suyos durante el viaje, posiblemente para calmar los nervios, y estaría ya saciada de humo por unas horas; yo, en cambio, no había fumado más que uno en toda la mañana, lo justo para quitarme el gusanillo sin arriesgarme a que el perfume de fresas de Mary se diluyera totalmente de mis pulmones.

—Desde que me enteré de la muerte de Ramón me imaginé que vendrían —afirmó Ramírez.

—¿Por qué lo imaginaba?

—Porque Ramón era mi amigo. Usted lo ha dicho antes.

—¿Cómo se enteró de la noticia?

—Mi hijo me envió un telegrama desde Barcelona el pasado domingo.

—¿En ese telegrama le explicó cómo ocurrió?

—No. Pero en estos días he pasado por el pueblo y he leído sobre el suceso en la prensa. Es horrible lo que hicieron con él.

—¿Ha hablado con su hijo después del domingo?

—No. En esta casa no hay teléfono. Cuando hay alguna emergencia me telegrafía a la

centralita del pueblo, y luego yo voy y le llamo desde allí.

—Entonces no sabría que llevamos desde ayer intentando localizarle…

—Pues no, la verdad.

El anciano no había apartado su vista de Mary desde que entráramos en la casa. Yo había obviado con toda la intención el presentarla formalmente, para ver si acaso Ramírez realizaba algún comentario al respecto que pudiera indicarnos si la había reconocido. Pero en vista de que no parecía que fuese a decir nada, indiqué:

—Esta es la señora Mary Clarke.

—Tanto gusto, señora Clarke —dijo Ramírez.

—*Ich freue mich, Sie kennenzulernen*.

—¡Vaya! ¡Es usted alemana!

Los dos cambiaron unas frases en alemán que por supuesto no entendí. Pero de algún modo pude interpretar que, tras unos saludos protocolarios, Mary le comentaba quién era y qué estaba haciendo allí. En cierto momento, mencionó el nombre de su difundo jefe, el profesor Jude Kochanski.

—Su amiga me asegura que Ramón ha podido ser víctima de un asesino que ya había matado antes —dijo Ramírez—. Y que ella es una persona cercana a la anterior víctima, y que le está ayudando a usted ejerciendo como traductora, ya que esa víctima, el profesor Kochanski, era de nacionalidad alemana y apenas hablaba una palabra de castellano. ¿Todo eso es cierto? Lo pregunto porque me dejan ustedes de piedra.

—Así es —respondí, sin pasar por alto que lo único que tenía de piedra era el rostro, puesto que no había mostrado en él una sola mueca de asombro mientras escuchaba a Mary—. ¿Había llegado a usted esa noticia, por cierto, la del asesinato del director del Instituto Goethe?

—Sí. La leí también en la prensa. Pero no le presté mucha atención. No sospechaba que hubiera podido tener alguna relación con la muerte de Ramón.

—Aún no hemos podido confirmar si la tiene o no. Es justamente lo que estamos intentando averiguar.

Llamaron a la puerta y uno de los vigilantes entró al salón con una bandeja en la que traía café, leche, azúcar y tres tazas.

—Siempre me tomo el primer cafetito del día a esta hora —dijo Ramírez—. Me acompañarán, supongo.

El vigilante dejó la bandeja sobre una mesita accesoria y se marchó. Ramírez se sirvió uno largo de leche. Mary uno solo y yo un cortado.

—¿Quiénes son ellos dos? —pregunté.

—¿Max y Felix? Son mis ahijados. Bueno, como si lo fueran. Son hijos de un buen amigo mío alemán. Querían pasar una temporada aquí, en España, y yo les propuse que vinieran a ayudarme a acondicionar la finca para el invierno. Ya sabe, hacer algunas reparaciones, despejar los caminos, abastecerme de leña… Todo lo que a mí me cuesta hacer por mi edad.

—¿Cuánto tiempo llevan con usted?

—Solo unos días. Se marcharán en un par de semanas, si todo va bien.

—Ya.

Carlos Ramírez no solo era un mentiroso, sino que era un mal mentiroso. O puede que ni siquiera se estuviera esforzando. Iba siendo hora de sacar la artillería.

—¿Sabía usted que su amigo Ramón Sabater acudió hace unos meses al Instituto Goethe para entregar un cuadro destinado a un museo de Zúrich?

El anciano acababa de dar un sorbo de café, que pareció atragantársele con mi pregunta. Tras aclararse un poco la garganta, respondió.

—No, no lo sabía.

—El cuadro estaba firmado por un tal Wolfgang Strauss, pero todo parece indicar que se trata de un seudónimo. ¿Le suena de algo ese nombre?

—No.

—¿Y qué me dice de Lamar Hafner? —Ramírez devolvió la taza de café a la bandeja y me miró a los ojos por primera vez en todo aquel rato—. ¿Conoce usted al doctor Lamar Hafner, señor Ramírez? —insistí.

—Sí, lo conozco.

—¿Qué relación tiene con él?

—Es un viejo amigo.

—¿Lo mismo que el padre Sabater?

—Más o menos.

—¿Estuvo con el doctor Hafner el pasado mes de abril, cuando viajó a Zúrich?

—¿Cómo saben que estuve en Zúrich?

—Responda, haga el favor.

—Coincidimos en una cena, sí.

—Y en esa cena, ¿hablaron ustedes de la exposición de pintura organizada por el doctor Hafner, adonde su amigo Ramón envió ese cuadro del que le hablo?

Carlos Ramírez se levantó de repente de su butaca y caminó por la estancia. Al ver su reflejo en la pantalla del televisor se volvió de pronto a nosotros.

—Discúlpenme —dijo—. Voy a salir un momento a vestirme como es debido. Enseguida seguimos hablando.

El anciano abandonó el salón y Mary me miró como preguntándome si acaso no estaría planeando fugarse. Yo me encogí de hombros. Si montaba con sus hombres en el Land Rover y salían disparados no estaríamos en disposición de atraparlos antes de que cruzaran la frontera portuguesa. Lo primero porque la frontera estaría a tiro de piedra, lo segundo porque nuestro Citroën no podía competir con un todoterreno en campo a través, y lo tercero porque ellos eran tres y posiblemente irían armados hasta las cejas. Si querían huir, allá ellos. Incluso puede que fuera lo mejor para todos. Pasados un par de minutos, Mary, inquieta por la espera, se levantó y salió al jardín. Yo la acompañé. Aunque todavía era temprano, y aunque estábamos en plena sierra, fuera comenzaba a notarse que el día iba a ser bastante más caluroso que los anteriores. A lo lejos, hacia el sur, se alzaba la cima de una montaña solitaria que debía de resultar majestuosa en invierno, coronada de nieve.

—¿Qué piensas? —preguntó, sin levantar la voz—. ¿Crees que ha podido tener algo que ver con la muerte de Jude?

—No lo sé. Pero está asustado. Y no por nosotros.

—Pero ¿cómo sabes que está asustado?

—Sus ojos, su voz… Llevo muchos años en esto para percatarme de esas cosas.

—¿Crees que sus guardaespaldas lo tienen retenido?

—No. Creo que están aquí precisamente para eso, para guardarle las espaldas.

Carlos Ramírez estuvo de regreso a los diez minutos. Al ver el salón vacío, se reunió con nosotros en el jardín. Se había puesto un pantalón marrón claro y una camisa blanca, aunque continuaba en pantuflas.

—¿Eso de ahí es la mina? —pregunté, señalando unas casetas y taludes de tierra en la ladera más cercana de la montaña, un poco más allá del bosque.

—Sí —respondió Ramírez—. En total, tres pozos y más de diez kilómetros de galerías subterráneas. En el momento de mayor actividad, allá por el año 42 o 43, llegó a haber casi un centenar de mineros trabajando.

Ramírez, como cualquier persona de cierta edad orgullosa de sus logros pasados, comenzó a hablarnos del funcionamiento de la mina, de cómo había traído unos años de riqueza y prosperidad a aquella comarca. La mina, dijo, había dejado de ser rentable a finales de los años cuarenta a causa del modelo de autarquía económica impuesto por el Gobierno español, que había encarecido la venta al exterior y había hecho inevitable su cierre hacía ocho años.

—Yo pensé que habría dejado de ser rentable cuando dejaron de suministrarle materiales al ejército de Hitler —comenté.

—No, no. Creo que no se han informado bien. La mina se creó con capital alemán, pero no estaba controlada por el Gobierno de ese país. Cuando dejamos de enviar minerales a Alemania, empezamos a enviarlos a otros destinos. Lo que nos ahogó fue la mala planificación económica del Gobierno de España. Nada más que eso. Porque la mina no está todavía agotada. Todavía se podría seguir extrayendo mineral de ella durante muchos años.

—Es curioso oír hablar así a alguien como usted.

—¿Alguien como yo?

—Habla usted como un capitalista.

—Vengo de una familia de empresarios. He sido empresario toda la vida.

—Sí, pero no es usted un capitalista.

—¿A qué se refiere?

—He oído que fue usted uno de los fundadores de Falange.

—Sí, lo fui, ¿qué tiene eso que ver con ser o no capitalista?

—Hasta donde yo sé, los fascistas no son capitalistas.

—En realidad, en el terreno económico no hay mucha diferencia. La economía en el fascismo está dirigida por el Estado hacia un fin concreto, que normalmente es la guerra, pero el sistema económico que se propone en el fondo es el mismo.

—También he oído que rompió usted con el partido cuando lo del Decreto de Unificación. ¿Dejó en ese momento de considerarse un fascista?

—Al revés, inspector. Me fui del partido porque seguía considerándome fascista. Porque no tenía sentido que los fascistas de corazón compartiéramos trinchera con católicos y monárquicos.

—¿Y lo sigue siendo aún? ¿Un fascista?

—Sí, por supuesto. Sigo siendo un fascista de la cabeza a los pies, y a mucha honra. Pero lo que no soy es un ingenuo.

—¿Dónde aprendió a hablar alemán, por cierto?

—En Alemania, ¿dónde si no? Viajé allí mucho cuando era joven, por los negocios de mi padre.

—¿Fue allí donde se hizo fascista?

—Sí. Me hice fascista antes incluso de que el movimiento llegara a España. Antes incluso de que Miguel Primo de Rivera dejara el Gobierno. Ya ve usted si no ha llovido desde entonces.

Ramírez se sentó en uno de los bancos y nos explicó que su primera visita a Alemania la había hecho a los doce años, en compañía de su padre y su abuelo. Había vuelto frecuentemente desde entonces, a veces pasando allí largas temporadas. Ya conocía a través de la prensa y los libros lo

que era el fascismo italiano, pero fue en Alemania a mediados de los años veinte donde se convenció de que el futuro de la vieja Europa pasaba por aquel movimiento. Allí había asistido a mítines de los principales líderes del Partido Nazi —incluido el mismísimo Hitler— y había trabado amistad con numerosos jóvenes como él, anhelantes de una ruptura con los viejos regímenes burgueses que no pasara por una revolución socialista. En España, había acudido a las reuniones fundacionales de la Falange en el sótano del café Lion en Madrid, donde había conocido e intimado con José Antonio, y donde había tratado sin éxito de imponer la visión alemana del fascismo, que pasaba por alejarse de la Iglesia Católica. Lo había seguido intentando hasta el año 1937, en que Franco decretó la unificación de los falangistas con las otras facciones políticas de su bando. En ese momento se había convencido ya sin ningún género de dudas de que en España nunca triunfaría un modelo fascista ateo, o como mínimo ajeno a la cuestión religiosa, y se había desvinculado de sus antiguos camaradas. De lo que no se desvinculó nunca fue de Alemania. Poco después de su ruptura con los falangistas, y todavía en plena Guerra Civil, desde ese país le propusieron que entrara a formar parte de un entramado empresarial que tenía sus miras en la explotación de yacimientos minerales en España. Él consiguió que le pusieran al frente de uno de los yacimientos, adquiriendo los terrenos y convirtiéndose en director de operaciones, cargo que había ostentado hasta la clausura de los pozos.

—Cuando la mina cerró, yo me centré en mi empresa de camiones —explicó—. La había creado unos años antes, justamente para el transporte de todo lo que sacábamos de aquí. Enviábamos el mineral por tierra hasta Barcelona, y desde allí en barco o en avión hasta donde hiciera falta. Pero pronto me harté y le cedí el negocio a mi hijo, que es quien lo lleva ahora.

De repente Mary lanzó un grito, interrumpiendo la narración del anciano, que de todos modos ya parecía estar cercana a su fin.

—Una serpiente —dijo, señalando al suelo, entre sus piernas—. Me ha rozado el pie y me he asustado, lo siento.

Era una culebra de agua de color turquesa y de tamaño considerable, casi un metro de longitud. Me dispuse a espantarla propinándole un puntapié, pero Mary se me adelantó. Colocándose en cuclillas, la agarró por la cola y la lanzó a la otra punta del jardín.

—Entremos —indicó Ramírez, súbitamente pálido—. Voy a contarles todo lo que sé. Será lo mejor.

18

Yo ocupé el mismo hueco del sofá que antes, y Ramírez regresó a su butaca. Mary, en cambio, se quedó de pie, apoyada de espaldas en una de las paredes.

—¿De qué conoce usted al doctor Lamar Hafner? —pregunté.

—Antes de nada quiero que me prometa una cosa, inspector.

—¿Qué cosa?

—Que todo lo que le cuente no saldrá de aquí.

—No puedo prometerle eso. Pero usted dele a la lengua y luego yo veré lo que hago.

Pude leer en su rostro que el hombre aún se debatía entre confesar lo que sabía o dar por finalizado aquel encuentro.

—Si no habla conmigo —lo animé—, no podré protegerlo. Porque es protección lo que necesita, ¿no es verdad? Tiene miedo de terminar como su amigo Ramón Sabater. Por eso están aquí con usted esos dos gorilas.

Ramírez asintió lentamente con la cabeza.

—Dígame, ¿qué es lo que ocurre? ¿Quién ha matado a su amigo?

—No lo sé, y eso es lo que más me aterra.

—De acuerdo. Vayamos al principio. A su reunión con el doctor Lamar Hafner. Háblame de eso. Háblame del doctor.

Ramírez todavía se resistió un poco, pero finalmente soltó un suspiro profundo y comenzó a explicarse. Dijo haber conocido a Lamar Hafner en Berlín allá por 1932, solo unas semanas antes de las primeras elecciones de ese año en Alemania. El doctor y él tenían varios conocidos comunes, y tras ser presentados en un acto del Partido Nazi al que ambos habían acudido no tardaron en intimar; el doctor, como el propio Ramírez, era todavía un hombre joven, pero ya se había hecho un nombre en el campo de la psiquiatría. Había visitado España en varias ocasiones y hablaba un castellano bastante aceptable, y ese fue el germen de su amistad. En los años siguientes, a pesar del estallido de la guerra en España y luego en el resto del mundo, habían conseguido mantener su amistad a través de correspondencia. El doctor Hafner, al igual que Ramírez, era un sujeto de ideales inquebrantables, un fascista irredento que, sin embargo, con el final de la Segunda Guerra Mundial había tenido que abandonar Alemania y moderar su discurso público para salvaguardar su carrera médica y política.

La relación, durante la posguerra, había ido enfriándose, las misivas entre ambos se habían ido espaciando cada vez más, pero nunca había llegado a romperse del todo. Se había mantenido

latente, pero viva, hasta que un buen día, en 1952, el doctor se había presentado por sorpresa en la casa de Ramírez en Barcelona, adonde este se había mudado tras el cierre de la mina para dedicarse a su empresa de transportes. Ambos hablaron durante horas, poniéndose al día de sus vidas, y solo al final de la velada el doctor le confesó el motivo de su visita.

—Había venido a verme porque estaba buscando la manera de sacar de Alemania a un amigo suyo. Me dijo que era algo que llevaba haciendo desde hacía años, lo de sacar a gente de Alemania, pero que en aquel caso concreto prefería no recurrir a sus contactos habituales y que por eso había pensado en mí. Me pedía que alojase en Barcelona a ese amigo suyo durante un tiempo, hasta que este consiguiera la documentación necesaria para viajar a América.

—Y usted aceptó.

—Claro, ¿por qué no iba a hacerlo, si era un viejo amigo quien me lo pedía?

—¿No se le ocurrió que la persona que iba a alojar en su casa podía ser un criminal de guerra, un asesino?

—Se me ocurrieron muchas cosas, sí. Pero Hafner no solo era mi amigo, sino mi camarada, y yo le debía lealtad. Mi honor se llama lealtad, ya saben.

El amigo de Hafner llegó a Barcelona solo unos días después, en un crucero procedente de Roma. Ramírez lo recibió y lo ocultó en su casa. El doctor le había advertido de que no debía hablar con él más que lo imprescindible durante su estancia en España.

—¿No llegó siquiera a saber su nombre?

—No. Dijo llamarse Robert, y creo que esa fue la frase más larga que le oí. Hablaba un alemán sin acento marcado, y no tenía ni idea de español. Aunque, como se iba a marchar a América, me ocupé de conseguirle algunos manuales y diccionarios de lengua española, para que fuera practicándola por su cuenta.

El doctor Lamar Hafner, de regreso en Suiza, había vuelto a ponerse en contacto con Carlos Ramírez el mismo día de la llegada de su amigo Robert a Barcelona, y le había facilitado el nombre y la dirección de una persona con la que debía hablar para tramitarle la documentación a su huésped. Esa persona resultó ser un sacerdote, el padre Ramón Sabater, de quien Ramírez había oído hablar en alguna ocasión, pero con quien jamás había cruzado una sola palabra.

—Ramón se ocupó de conseguirle un pasaporte de la Cruz Roja Internacional a través de unos colegas de la curia vaticana, y con ese pasaporte le consiguió a su vez un visado. Una vez tramitados los papeles, Robert embarcó en otro crucero con destino a Argentina, y Ramón y yo desde entonces continuamos tratándonos y hasta nos corrimos juntos algunas juergas, hasta el día en que él se jubiló y se marchó a Toledo, que fue más o menos cuando yo también me jubilé, cediéndole a mi hijo la gestión de la empresa de transportes y retirándome a vivir aquí.

—Tiene gracia —dije— que después de tantos quebraderos de cabeza por mantenerse fiel a sus ideales fascistas y anticatólicos terminara usted por hacerse amigo de un cura.

—Bueno, Ramón era un sacerdote de aquellos, ya sabe… Se había hecho sacerdote solo por imposición paterna. En realidad tenía tanto de religioso como yo de marxista. O sea, él se sabía los latines, daba sus misas y bendecía a sus feligreses, pero para él eso no era más que un trabajo. Lo mismo que el que va a la oficina a dar sus horas y luego se vuelve a casa. Por eso pude hacerme amigo suyo.

—Pero todo eso pasó hace mucho tiempo. Volvamos al presente. A abril de este año y a su viaje a Zúrich, que es donde empieza toda esta historia.

—No, inspector. Creo que esta historia empieza más bien en diciembre del año pasado… Pero ahora voy a eso. Le decía que en 1952 el doctor Hafner vino a verme a Barcelona para pedirme

que alojara a ese amigo suyo y esa visita sirvió además para que él y yo retomáramos nuestra vieja amistad. Animado por él, comencé a viajar a Suiza un par de veces o tres cada año. Aprovechaba esos viajes para verlo y para poner en orden las finanzas de mi empresa, ingresando dinero en una cuenta que me abrí en aquel país. Antes de la visita de este pasado mes de abril de la que usted habla, que es la más reciente, hubo otra en el mes de diciembre, y esa es la que más le puede interesar.

En ese viaje a Zúrich en diciembre de 1959 el doctor Hafner había vuelto a pedirle a Ramírez otro favor idéntico al de siete años antes: que volviera a acoger en España al mismo hombre al que había acogido en 1952, que volviera a ocultarlo mientras le preparaban la documentación para pasar de nuevo a América. Ese hombre, el tal Robert, había regresado a Alemania tras su primera huida, pero otra vez necesitaba salir de Europa. Ramírez, por supuesto, no vio razones para negarse a repetir el favor.

—Lo recibí en el aeropuerto de Barajas el día 1 de enero y me lo traje directo hasta aquí. Qué mejor sitio que esta casa para alojar a alguien que desee pasar desapercibido.

Le costó reconocerlo en la terminal, explicó. Poco quedaba del joven apuesto que conociera en Barcelona en 1952: Robert había perdido pelo, había ganado peso y su rostro parecía haber envejecido veinte años en lugar de ocho. Hasta que no se quitó las lentes oscuras con que cubría sus ojos —unos ojos negros y saltones, como los de un camaleón— no pudo identificar en aquella ingente mole de carne a su antiguo huésped. Robert, para su asombro, lo saludó en un castellano más que correcto, aunque con un fuerte acento sudamericano.

—Si la otra vez, en el año 52, casi no crucé con él una palabra —continuó Ramírez—, en esta todo fue muy diferente. Robert no me habló de su pasado, pero sí de su estancia en América, de sus gustos, de sus aficiones… Sobre todo, tenía dos que fueron con las que ocupó la mayor parte de su tiempo aquí: la música y la pintura. No hizo otra cosa que escuchar discos antiguos, pintar y pasear por la montaña. Yo agradecía su compañía. Era agradable tenerlo de invitado.

—¿Cuándo se marchó? —pregunté.

—Hace dos días.

—¿Justo después de las muertes del profesor Kochanski y el padre Sabater?

—Exacto.

Cinco meses atrás, en el mes de abril, Ramírez había vuelto a viajar a Zúrich para encontrarse con el doctor Hafner. Este había organizado una fiesta para celebrar la próxima inauguración de una exposición de pintura alemana en el Kunsthaus, museo de cuya junta directiva él formaba parte. La fiesta tenía el propósito de informar a los asistentes de la naturaleza de la exposición y animarlos a adquirir algunas de las piezas expuestas. Todos esos asistentes, incluido Carlos Ramírez, miembro fundador de Falange, pertenecían o habían pertenecido a distintas organizaciones afines al Partido Nazi, y se contaban entre ellos no solo grandes empresarios, sino doctores, banqueros o políticos de distintos países europeos.

—El doctor Hafner prácticamente consiguió que la colección se vendiera entera antes de la inauguración —aseguró Ramírez—. Cada uno de los presentes prometió comprar uno o dos cuadros. Aunque él se cuidó mucho de decirlo abiertamente, todos sabíamos adónde iría a parar el dinero que se recaudara.

Varios millones de francos suizos que servirían para auxiliar a antiguos camaradas nazis en Europa y América. Una operación de financiación imposible de rastrear gracias a la legislación del país helvético. Durante esa fiesta, Ramírez pudo además retirarse a un lugar discreto con Hafner para tratar el otro tema que se traían entre manos: el del hombre que Ramírez tenía

alojado en su finca desde el mes de enero. El doctor le informó de que aún no era seguro sacarlo de España: la situación se había complicado y posiblemente tendría que mantener oculto a Robert hasta el final del verano. Ramírez no puso ninguna pega, y le comentó la buena actitud que este estaba mostrando en su confinamiento. Le comentó también, al hilo de la razón de ser de aquella fiesta, que su huésped empleaba la mayor parte de su tiempo en pintar. Le había procurado utensilios para ello y apenas hacía otra cosa que embadurnar lienzos y cuadernos.

—No recuerdo si fue al doctor o a mí a quien se le ocurrió la idea de enviar uno de los cuadros de Robert a la exposición —señaló Ramírez—. Supongo que sería a él. En cualquier caso, quedamos en que en las semanas siguientes, si Robert aceptaba, yo me encargaría de hacerle llegar uno de sus cuadros desde España hasta Zúrich, para que lo expusieran y lo vendieran junto al resto. Total, todos los cuadros eran de artistas de medio pelo, ninguno tenía más valor que el propio lienzo donde estaban pintados, así que bien podía exponerse también uno suyo.

—¿Wolfgang Strauss? —pregunté, esforzándome por pronunciarlo tal y como se lo había oído pronunciar a Mary. Aunque no me salió igual que a ella, el anciano no se burló.

—Robert escogió un nombre cualquiera para firmar el cuadro. No tenía mayor importancia, porque el cuadro iba a venderse igual. Nuestra intención era enviarlo de inmediato, pero finalmente tuvimos que retrasar el envío un tiempo. Robert se empeñó en no usar uno de los que ya tenía y pintar uno nuevo para la ocasión. No había problemas porque la exposición no iba a inaugurarse hasta finales de mayo. A principios de ese mes, el cuadro estaba terminado, y yo personalmente me fui con él a Madrid para preparar el envío a través de una empresa de mensajería. Ya estaba todo listo para ello cuando, la misma mañana en que el cuadro iba a salir de Madrid, se conoció una noticia que me hizo echarme atrás en el último momento.

—¿Qué noticia?

—La detención de Adolf Eichmann en Buenos Aires.

—¿Eso que tenía que ver con el negocio del cuadro?

—En principio, nada. Pero yo me asusté: si un pez gordo del nazismo como Eichmann había sido secuestrado por los israelíes en un país como Argentina, ¿qué les impediría actuar en España, secuestrar o asesinar a otros fugitivos mucho menos importantes y a todos aquellos que estuvieran a su alrededor?

—Pensó que enviar ese cuadro podía ponerlo a usted en el punto de mira de quienes andaban siguiéndole la pista a su huésped.

—Talmente como usted lo dice. Ese hombre, Robert, ya había tenido que escapar de Alemania dos veces, era obvio que estaba siendo perseguido. A mí al principio eso no me había generado ninguna inquietud, porque tenía el convencimiento de que España era un santuario para las personas como él. Pero claro, el secuestro de Eichmann cambiaba las cosas: si Argentina no era un lugar seguro, entonces España tampoco podía serlo.

—Y en ese momento a usted se le ocurrió acudir al Instituto Goethe para tramitar el envío del cuadro…

—No, a mí no. Fue idea del doctor Hafner. Esa misma mañana hablé con él por teléfono y le comuniqué mis temores. Él me tranquilizó y, tras hacer algunas averiguaciones, me llamó al cabo de unas horas para informarme de la existencia del Instituto Goethe y de que él se encargaría de contactar con él a través del propio museo de arte para el envío del cuadro. Así se evitarían, dijo, todas las sospechas.

—¿Y por qué finalmente quien llevó el cuadro al Instituto Goethe fue su amigo, el padre Sabater, y no usted?

—Eso fue una maniobra de última hora. Yo sabía que Ramón estaba cerca, en Toledo, y había quedado para verme con él aprovechando mi paso por Madrid. Una comida para recordar los viejos tiempos, nuestras correrías allá en Barcelona. En esa comida le conté que el hombre al que él le había conseguido la documentación para pasar a América ocho años atrás volvía a alojarse conmigo, y también le conté el enredo que nos traíamos con el cuadro. Entonces Ramón me propuso ser él quien lo llevase al Instituto Goethe. De ese modo, me dijo, sería todavía más difícil que alguien pudiera averiguar su procedencia. No habría forma de vincular el cuadro conmigo ni con esta finca ni con la persona que lo había pintado.

—Pero alguien lo hizo. Alguien tiró del hilo desde la exposición de Zúrich hasta el Instituto Goethe, y de ahí hasta su amigo Ramón Sabater, dejando tres muertos por el camino.

—Sí. En cuanto fuimos conscientes de lo que estaba ocurriendo, que habían matado a mi amigo Ramón y al director del Instituto, supimos que la siguiente parada era esta casa, esta finca, donde Robert todavía estaba alojado. Hablé con el doctor Hafner este mismo lunes y él lo organizó todo. El martes, o sea, hace dos días, vinieron aquí varios hombres mandados desde Alemania por el doctor. Unos cuantos se llevaron a Robert no sé adónde, y otros dos se quedaron conmigo para protegerme.

—Sus «ahijados»…

—Sí. Están armados y tienen mucha presencia física, como buenos alemanes, pero seguro que usted ya se habrá percatado, como buen policía, de que en el fondo no son más que un par de mequetrefes sin entrenamiento y con pocas luces. El doctor Hafner me ha garantizado que con ellos aquí estoy protegido, pero yo sé que no es así. Que tarde o temprano la persona o personas que han matado a mi amigo Ramón y al profesor del Instituto Goethe van a venir a torturarme y matarme a mí también. Por eso se lo estoy contando todo, inspector. Necesito que usted me ayude. Me he metido en un aprieto del que no sé cómo salir.

—Veré qué puedo hacer. Pero hay una cosa que no comprendo… Si al enterarse de la detención de ese hombre, Eichmann, en Argentina, tuvo miedo de enviar el cuadro para no colocarse a usted mismo en una situación delicada al tener alojado en su casa a un criminal de guerra, ¿por qué lo envió de todos modos? Quiero decir, que aun hacerlo a través del Instituto Goethe o de su amigo Ramón Sabater suponía un riesgo que usted asumió. ¿Por qué no volvió con el cuadro a la finca y sanseacabó?

—Como le digo, el doctor Hafner me aseguró que no había mayor problema. De hecho casi se echó a reír cuando le comenté mis dudas. A fin de cuentas, solo estábamos enviando un cuadro firmado con nombre falso a un museo, nada más que eso. Además, aunque no quiso entrar en detalles, me dio a entender que el hombre que yo tenía en casa no era Adolf Eichmann, ni Josef Mengele, ni ninguno de esos fugitivos famosos que nombran en los periódicos de vez en cuando. Me hizo sentir un poco ridículo, la verdad, aunque me dijo que si no quería enviarlo, que no lo hiciera, que no había necesidad, que un cuadro más o menos en la exposición era indiferente. Yo todavía me estaba pensando qué hacer al respecto cuando Ramón me propuso encargarse él, y ya no vi razón para oponerme. Tampoco Ramón creía que aquello tuviera mayor trascendencia. Me vino a decir, al igual que el doctor Hafner, que estaba sacando las cosas de quicio, y al final fue él quien me convenció de enviarlo. Poco podía saber el desgraciado de Ramón que al hacerlo estaba firmando su propia sentencia de muerte, y tal vez también la mía.

19

Acabábamos de superar el mediodía y la temperatura en el interior de la casa era insoportable pese a que a través de la puerta del patio se colaba una brisa fresca de montaña. Yo me había despojado de la americana colocándola con cuidado en el respaldo del sofá, y aun así estaba sudando a chorros mi camisa, la cual, después de dos días de uso y de un viaje de varios cientos de kilómetros, estaba pidiendo a gritos que la ahogara en detergente. O que la arrojara directamente al fuego.

—Mi vida está en peligro, inspector —insistió Ramírez—. Necesito su ayuda.

Se acercó las manos a la cara y comenzó a sollozar. Mary resopló con fastidio y yo aproveché para ponerme a fumar. Ni se me pasó por la cabeza ofrecerle consuelo. En mi lista de prioridades, brindar mi hombro para el desahogo de un viejo falangista estaba justo por debajo de recibir una cornada de quince centímetros en la ingle.

—¿Dónde se alojaba exactamente el amigo del doctor, ese Robert o Wolfgang Strauss o como quiera que se llame? —pregunté.

—En el ático de la casa de invitados —respondió Ramírez, entre gemidos.

—Voy a echar una ojeada.

—Los que vinieron a llevárselo dos días atrás se llevaron casi todas sus pertenencias. No ha quedado nada que vaya a interesarle, solo algunos trastos sin valor que me ordenaron que quemara. Íbamos a hacerlo ayer, pero son demasiados bultos para quemarlos en la chimenea, y fuera tampoco pudimos: estuvo lloviznando todo el día, que aquí en la sierra ya se sabe que nunca se puede fiar uno del clima. Pero de esta mañana no iba a pasar.

—Aun así, tengo curiosidad.

Mary me acompañó, y también lo hizo uno de los guardaespaldas, que se unió a nosotros en el pasillo, donde había estado todo el rato. El guardaespaldas nos abrió la puerta del otro edificio y se quedó fuera, montando guardia. La casa de invitados estaba amueblada y decorada con bastante menos entusiasmo que la principal. De hecho, estaba prácticamente vacía a excepción de un par de camas, algunas mesas y sillas, unos cazos y un hornillo en la estancia que hacía las veces de cocina, la cual no contaba siquiera con fregadero o con agua corriente. Solo una de las habitaciones estaba repleta de muebles —escritorios, archivadores y estanterías—, pero a juzgar por la cantidad de polvo acumulada, hacía mucho tiempo que nadie ponía un pie en ella. Debía de ser la oficina desde la que Carlos Ramírez gestionaba la mina en su día.

—Ernesto, ven aquí.

Mary se me había adelantado, subiendo hasta el ático por unas escaleras de madera ubicadas al fondo de un pasillo. Como el resto de salas, también el ático estaba casi vacío, aunque en un rincón había amontonados diversos utensilios de pintura: caballetes, lienzos, cuadernos, pinceles, brochas, paletas y espátulas. Los listones de madera del suelo estaban salpicados de gotitas y manchurrones de colores. En otro de los rincones había un tocadiscos y varias fundas de vinilos ordenadas contra la pared.

—Este era su estudio —indicó Mary, que estaba inspeccionando detenidamente los objetos a la luz de una claraboya ubicada en el techo—. Mira, ahí lo tienes.

Me tendió uno de los lienzos, y a continuación me mostró varias páginas de uno de los cuadernos. En el lienzo, de gran tamaño, casi un metro de largo por uno de ancho, aparecía la misma escena, con el mismo personaje y el mismo fondo que se reproducía en el folleto de la exposición del Kunsthaus. En las páginas del cuaderno había bocetos a carboncillo con detalles de la obra. En uno de ellos se podía apreciar que, tal y como había dicho Mary, la pirámide a espaldas del soldado era efectivamente una pila de cuerpos macilentos.

—Fíjate.

Mary me señaló la esquina inferior derecha de la página, donde se recogía una fecha: «*November*, 1959». Todas las páginas del cuaderno estaban fechadas en el mismo año. También estaban fechadas las páginas de los otros cuadernos, así como los lienzos; estas eran todas las anotaciones que pudimos encontrar: no había ninguna otra palabra escrita en ninguna parte que no fueran meses y años; obviamente se habían cuidado mucho de no dejar atrás un solo documento con información relevante acerca del pasado o la identidad de aquel hombre, si es que había tenido alguno consigo. La fecha más remota, observé rápidamente, era de finales de 1958; la más actual, de febrero de aquel año —«*Februar*, 1960»—. Las páginas anotadas con esta fecha eran dibujos de la montaña que habíamos visto antes, la que dominaba las vistas desde la mina.

—Estaba planeando pintar el paisaje que tenía más a mano —aventuré—, cuando le llegó el encargo de pintar un cuadro para la exposición de Zúrich.

—Sí, y dejó de lado ese paisaje para pintar esta monstruosidad.

Mary sostenía en sus manos el lienzo que debía de haber sido un estudio o primera versión del *Hombre herido en el frente*. Habría hecho falta tener delante el original para percibir si había alguna diferencia entre ambos. En principio, yo no aprecié ninguna, pero claro, no había visto el original más que en la imagen reducida y en blanco y negro del folleto. En el cuadro que tenía delante el fondo era de un azul electrizante, y el soldado iba vestido con un uniforme pardo en el que destacaba una pincelada roja en mitad del pecho, a modo de herida. La pirámide era de color gris.

Mary dejó el lienzo en el suelo y se dirigió hasta el tocadiscos. Revisó uno a uno los vinilos, ocho en total.

—Todo música clásica alemana —constató.

Me fue pasando los vinilos. Eran antologías publicadas en España. Carlos Ramírez debía de habérselos comprado para ayudarle a pasar mejor el encierro, para que le sirvieran de inspiración mientras pintaba. La mayoría de los autores me eran conocidos —Beethoven, Haydn, Bach, Wagner…— aunque no hubiera sabido situarlos en su época o estilo.

—Wolfgang Amadeus Mozart y Johan Strauss —indicó Mary, exhibiendo dos de los vinilos —. De ahí sacó el seudónimo. No se rompió mucho la cabeza.

—¿Tenían algo en común estos dos?

—Más allá de ser austríacos, no mucho. Ni siquiera son del mismo siglo. Aunque no soy especialista en música clásica, diría que tampoco practicaban los mismos géneros.

No nos quedamos mucho más en el ático. No había allí una sola pista de quién era Wolfgang Strauss o dónde podían habérselo llevado.

Nada más llegar al vestíbulo de la casa de invitados oímos varias detonaciones provenientes del exterior. Fue como si hubieran comenzado a barrenar de nuevo en la mina. Pero no eran barrenos, sino disparos. Se estaba produciendo un tiroteo.

—¡Quédate aquí! —ordené a Mary, sin saber muy bien por qué. Lo sensato hubiera sido que nos atrincheráramos dentro o que tratáramos de huir por alguna ventana. Pero me pudo la llamada del deber, o la vanidad, o la estupidez. Desenfundé mi pistola y fui hasta la salida. Abrí la puerta unos centímetros para observar lo que ocurría.

El guardaespaldas que nos había acompañado yacía bocarriba en la tierra, sobre un pequeño charco de sangre, en el trecho que separaba aquel edificio del principal. Estaba a solo unos metros de la puerta, pero no tenía sentido intentar socorrerlo: en el mismo centro de la frente le habían abierto un orificio negro del tamaño de una canica. Le habían disparado a bocajarro, a muy poca distancia.

Sonaron más detonaciones en el interior de la vivienda principal, y también algún grito. Desde donde estaba no podía ver nada, así que cerré la puerta y me desplacé sigilosamente hasta la habitación de al lado, desde cuya ventana, al refugio de los postigos, conseguí un mejor ángulo de visión.

Permanecí allí unos instantes, y en cuanto estuve más o menos seguro de que no había nadie vigilando fuera abrí la ventana y salté por el hueco. Aunque, más que saltar, lo que hice fue reptar sobre el alfeizar como una lagartija y luego dejarme caer al otro lado con una media voltereta.

Seguían sonando tiros, pero cada vez más espaciados. La puerta del edificio principal estaba entreabierta y a tan solo unos veinte metros frente a mí. Dudaba entre correr hasta ella o entrar por atrás, por el jardín. Ignoraba por dónde habían accedido el asaltante o asaltantes y cuál sería la mejor opción para sorprenderlos. Como no tenía forma de averiguarlo, me levanté y permití que mis piernas decidieran por mí. Estas me llevaron directas hasta la puerta. Me coloqué junto a ella con la pistola en alto, lamentando no haberme acordado de reponer la bala que había disparado en el cuartucho de don Celestino y de paso haberle pegado un buen repaso al arma, ya que no me había ocupado de limpiarla o engrasarla puede que desde hacía un par de años, y corría un grave riesgo de que se me encasquillara en mitad de la refriega. Pero ya no quedaba otra que encomendarse a algún santo —de haber tenido tiempo para reflexionar, me hubiera encomendado a san José de Cupertino, patrón de los aviadores, los estudiantes, y los disminuidos mentales— y tirar con todo para adentro.

—¡Alto, policía! —grité, encañonando a un pasillo vacío.

Mi grito se perdió en el tiroteo que se desencadenó en ese mismo momento. Pude distinguir que los disparos se estaban produciendo en el salón, y que había dos bandos, uno tirando hacia afuera, en dirección al patio, y el otro tirando desde el patio hacia el interior de la estancia. Pero seguía sin saber a cuál de los dos me disponía a sorprender por la espalda.

Avancé, esta vez en silencio, hasta la puerta del salón, que estaba cerrada. Apoyé la cabeza sobre la madera para escuchar mejor. Al otro lado, no muy lejos, alguien respiraba ruidosamente, con dificultad. No podía saber de quién se trataba. Abrí lo justo para asomar la punta del cañón.

—¡Inspector! ¡Ayuda!

Carlos Ramírez estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el reverso del sofá y las dos manos en el vientre, intentando contener la sangre que le brotaba de una herida a la altura del ombligo. Un poco más allá, parapetado tras una estantería tumbada de lado, estaba el otro guardaespaldas, con una pistola en su mano derecha. Tenía el gesto desencajado y los ojos y mejillas enrojecidos por las lágrimas. Se diría que estaba a punto de tirar el arma y suplicar por su vida, o incluso a punto de descerrajarse un tiro a él mismo.

—¡Inspector, sáqueme de aquí! —gritó Ramírez.

Solo tenía que alargar el brazo un poco y arrastrar al anciano hasta mí. Lo intenté, pero al abrir la puerta un poco más una ráfaga de tiros sobrevoló mi cabeza. Sin mirar siquiera adónde o a quién, dirigí el cañón de mi pistola hacia el lugar de donde había provenido la ráfaga —la cristalera que conducía al jardín— y abrí fuego. Apreté el gatillo tres veces, y a continuación me lancé cuerpo a tierra.

A mi último tiro le siguió un breve grito, o más bien un gruñido. De pasada, mientras me recogía hasta cobijarme en el pasillo, volví la cabeza hacia el jardín y vi un bulto tendido justo en el hueco de la puerta. No sabía si había sido con el último tiro o con alguno de los dos anteriores, pero de pura casualidad había conseguido acertarle a alguien.

—¡Le ha dado a uno, inspector! —gritó Ramírez, asomándose al extremo del sofá.

Como respuesta al asaltante caído, uno de sus compañeros volvió a disparar, alcanzando de lleno al guardaespaldas, que también se había asomado por el borde de la estantería. El joven, sin proferir grito alguno, cayó primero de rodillas y después bocabajo. Le habían acertado exactamente en el corazón.

—¿Cuántos son? —pregunté a Ramírez.

—¡Creo que queda uno solo!

—¡Páseme esa pistola!

La pistola del que fuera su custodio —y que ya no era más que un cadáver de metro ochenta de largo embutido en una camiseta negra— había quedado a escasos centímetros de su mano.

—¡Cójala! —ordené.

El anciano obedeció con mucha más parsimonia de la que exigían las circunstancias. Sin llegar a levantarla del suelo, deslizó la pistola sobre los tablones de madera hasta la puerta, donde pude hacerme con ella. Era una pistola pesada, de calibre 38. No reconocí el modelo ni la marca: posiblemente fuera de fabricación soviética o anterior a la Segunda Guerra Mundial. En cualquier caso, no tuve oportunidad de dispararla. Al incorporarme para comprobar la situación exacta del otro tirador, noté el tacto metálico del cañón de un arma apoyándose en mi cogote. Mi rival había aprovechado para salir del jardín, rodear la casa, entrar por la misma puerta por la que lo había hecho yo, y encañonarme por detrás.

—*Beweg dich nicht.*

Me volví lentamente soltando las dos pistolas, que supuse que era lo que me estaba ordenando que hiciera. No sabía si aquellos iban a ser mis últimos segundos de vida, y si moría quería hacerlo mirando a los ojos de mi asesino.

Esos ojos resultaron ser los de una mujer.

20

Los ojos eran negros; el cabello, una media melena también negra, con un mechón blanco en la frente. Tendría aproximadamente mi edad, puede que algún año más, aunque su rostro severo y anguloso era el de alguien bastante más curtido en la vida que yo. No se parecía a ninguna mujer que hubiera visto antes, a pesar de que no poseía ningún rasgo que sobresaliera. Era una suma de una belleza serena y un aura de gravedad impenetrable. Era una mujer que se diría capaz de mirar a la cara a la muerte y suspirar de aburrimiento.

—*Wer bist du? Wo ist das Mädchen?*

—Quiere saber quién es usted y dónde está la mujer que le acompañaba —tradujo Carlos Ramírez.

—Dígale que soy policía, y que la mujer que venía conmigo ha escapado.

Ramírez tradujo mis palabras, y continuó traduciéndonos a ambos no sin cierta dificultad, a causa del dolor que le producía su herida.

—Quiere saber si vendrán más policías.

—Vendrán, más tarde o más temprano.

—¿Quién era esa mujer?

—Una amiga.

—¿Para qué han venido? ¿Qué es lo que buscan?

—Eso quisiera preguntarle yo.

—Le ordena que se tumbe bocabajo y que ponga las manos en la espalda.

Obedecí. La mujer me ató las muñecas una con la otra y a continuación hizo lo mismo con mis tobillos. Empleó para ello un alambre que se sacó de un bolsillo de su abrigo —un tres cuartos de color azul marino semejante a una gabardina pero más fino—. Llevaba también una falda negra, medias del mismo color, y botines de piel. Me llamó la atención que tenía toda la ropa arrugada y repleta de lamparones y salpicaduras de barro. También, claro, que me inmovilizara precisamente con un alambre, como habían hecho con el profesor Kochanski o con el padre Sabater.

—Le ordena que se dé la vuelta.

Rodé hasta ponerme bocarriba. La mujer se arrodilló junto a mí y me observó detenidamente. Se aproximó tanto que pude oler los restos de su perfume, una fragancia agradable pero un tanto amarga, como a naranjo —lo opuesto a la afrutada de Mary—, diluida, eso sí, por el olor a pólvora, a sudor, a hierba y a tierra. Era evidente que había pasado los últimos días echada al

monte junto a su compañero —entonces no sabía que el asaltante al que yo había matado era un hombre, aunque lo descubrí poco después—, puede que acechando en las inmediaciones de aquella finca, a la que quién sabía por qué medios habían viajado desde la casa de Ramón Sabater en Toledo. Por su desaliño, no parecía descabellado pensar incluso que hubieran cubierto el trayecto a pie.

—Quiere saber si los estaban siguiendo —tradujo Ramírez.

La mujer habló tan cerca de mi cara que hubiera podido besarla en los labios con solo inclinar la cabeza hacia adelante unos milímetros. Sin duda, me habría pegado un tiro por ello, pero me hubiera ido al otro barrio con un buen sabor de boca. O quizá no, porque a juzgar por su aspecto era poco probable que se hubiera preocupado de lavársela últimamente.

—No —respondí—. No estábamos siguiendo a nadie. Estamos investigando la muerte del sacerdote, y sabíamos que Carlos Ramírez era amigo íntimo suyo, por eso hemos venido a hablar con él. Eso es todo.

Ramírez me tradujo a la vez que la mujer me vaciaba los bolsillos. Se guardó para ella las pocas pesetas que llevaba en la cartera y examinó mi placa y mis credenciales.

—*Er-nes-to Tre-ve-jo* —leyó, pronunciando despacio, sílaba a sílaba. Luego se incorporó. Aún tenía su pistola en la mano, una variante de Beretta semiautomática. La mía y la del guardaespaldas las había apartado de una patada hasta el centro del salón.

—Dígale que siento mucho haber matado a quien venía con ella, pero que ellos dispararon primero.

Ramírez tradujo, aunque la mujer no pareció escuchar. De pronto, sin decir nada más, se marchó por la puerta del jardín.

—Creo que va a buscar a su amiga, inspector —indicó Ramírez.

—Ya lo supongo.

Intenté zafarme de las ataduras, pero con cada movimiento el alambre se me clavaba más en la piel.

—No gaste fuerzas. Esa mujer sabe lo que se hace, es una experta. No va a conseguir soltarse.

A pesar de la advertencia de Ramírez, seguí agitándome hasta que comencé a sangrar. Pero en efecto fue inútil. Los nudos estaban bien hechos, y el alambre, precisamente porque no era muy grueso, en lugar de romperse lo que hacía era hundírseme en la carne.

La mujer tardó bastante en regresar. La búsqueda tuvo que ser exhaustiva, pero no había escuchado ningún grito ni tampoco ningún disparo. Con suerte, Mary habría escapado a través de la montaña y a esas alturas estaría ya a punto de llegar al pueblo, donde podría pedir ayuda.

Nuestra captora saltó por encima de mí y arrimó una silla para sentarse frente al anciano. Los dos conversaron en alemán durante un buen rato. No pude entender más que algunos nombres propios: «Kochanski», «Goethe», «Zúrich», «Hafner» y «Sabater».

Tras la conversación, ella se levantó y se dirigió hasta la puerta del patio. Desde mi posición, pude ver cómo se arrodillaba junto al cuerpo y murmuraba algo parecido a una oración.

—Le está recitando el *kadish* —indicó Ramírez—. Es la canción de los muertos del judaísmo. Son israelíes.

—¿De qué han hablado usted y ella hace un momento?

—Quería saber dónde estaba el hombre que estaba escondido en esta finca, el que pintó el cuadro que mandamos a Zúrich desde el Instituto Goethe. Le he dicho la verdad: que solo sé que se hacía llamar Robert, que se lo llevaron de aquí hace dos días y que no sé adónde.

—¿Le ha dicho ella quién es ese hombre o por qué lo buscan?

—No.

La mujer terminó de recitar la plegaria, tras lo cual yo albergaba la secreta esperanza de que fuera a marcharse, dejándonos allí tirados. Pero regresó, volvió a sentarse en la silla frente a Ramírez, y reanudaron la conversación. Al cabo de unos instantes, ella, sin levantarse del todo del asiento, le cruzó la cara de un bofetón.

—¡Zorra! —gritó él.

No sé si la mujer comprendió lo que le había dicho, pero comenzó a patearlo como si lo hubiera hecho. Ramírez suplicaba que se detuviera, en alemán y en español, pero ella continuó pateándolo por todo el cuerpo hasta que le faltó el resuello. Entonces le apuntó a la cara con la pistola.

—No sé dónde está, de verdad que no lo sé —musitó Ramírez; tenía la boca desecha por los golpes y balbucía palabras en ambas lenguas—. Inspector, ayúdeme. Ayúdeme, por favor.

—Dígale que necesito hablar con ella.

Ramírez me tradujo y la mujer se volvió hacia mí. Ni qué decir tiene que no pretendía razonar con ella para salvarle la vida a él, sino para salvar la mía. A Ramírez lo estaba torturando porque pretendía sacarle el paradero del hombre al que había tenido alojado en su casa, pero a mí ni siquiera iba a torturarme. A mí iba a meterme sin más una bala en la cabeza. Eso me parecía tan claro como que Puskás volvería a ganar el Pichichi aquella temporada.

La mujer colocó sus piernas una a cada lado de mi pecho, de tal modo que pude verle todo el largo del interior de las medias, desde los tobillos hasta la entrepierna. Pero no estaba con ánimo para disfrutar de las vistas.

—Pregúntele para quién trabaja —dije, y Ramírez tradujo.

Ella respondió que no trabajaba para nadie, que estaba allí por voluntad propia, que no tenía nada que hablar con la policía española y que yo no debía haberme entrometido. Con eso último no podía estar más de acuerdo. Sin embargo, por su tono de voz y la mueca de su rostro, intuí que en el fondo tenía ciertas dudas sobre qué hacer conmigo. Era un clavo ardiendo al que tocaba agarrarse.

Le pregunté entonces quién era el hombre al que habían venido a buscar y por qué le seguían el rastro. Ella respondió que tenían sus razones, pero que no tenía por qué explicármelas. A mí menos que a nadie, habiendo matado a su compañero. Me disculpé de nuevo: él había disparado primero, y yo era un agente de policía y estaba obligado a intervenir en una situación como esa, con unos pistoleros que asaltaban la vivienda de una persona. Añadí que solo había ido hasta allí para hacer mi trabajo, que era interrogar a Carlos Ramírez por la muerte de su amigo Ramón Sabater, pero que yo no guardaba ninguna relación personal con ninguno de los dos. Ella indicó que habían estado vigilando la casa desde la noche anterior, a la espera del mejor momento para el asalto, y que mi aparición les había hecho adelantarlo por miedo a que fuera uno de sus cómplices y hubiera venido a llevarme conmigo al anciano. No se les había pasado por la cabeza que yo pudiera ser policía.

—Quiere que le diga usted cuánto sabe la policía española de lo que está pasando —tradujo Ramírez.

—La policía no sabe casi nada —dije—. Sabíamos que el padre Sabater era amigo de Carlos Ramírez y que estuvieron juntos no hace mucho en Madrid, por eso he venido, para preguntarle por ese encuentro. Por lo demás, todo lo que hemos averiguado es totalmente irrelevante.

—Le pregunta si guardará silencio sobre lo sucedido aquí hoy.

—Tampoco va a creerme nadie cuando lo cuente.

La mujer se retiró de encima de mí y caminó unos pasos por el salón.

—Creo que no sabe qué hacer —me susurró el anciano, al límite ya de sus fuerzas—. No sabe si matarnos o no. O por lo menos no sabe si matarle a usted.

—¿Está seguro de que es israelí?

—No solo le ha cantado el *kadish* a su compañero, sino que además al hablar se le cuelan sonidos y palabras del yidis. Es la lengua que hablan los judíos del norte de Europa. Está claro que es su lengua materna.

—Pero una cosa es que sea judía, y otra que sea israelí. O que la haya enviado el Gobierno de Israel.

—¿Quién si no iba a haberlos enviado? No sea ingenuo, inspector. Son sionistas, y los sionistas siempre se comportan así, sin miramientos, sin piedad. Tienen la cabeza llena de odio.

—No sabría decirle. Nunca antes había conocido a ningún sionista.

De hecho, como a cualquier español, el término «sionista» me sonaba muy lejano. Vagamente recordaba haber leído sobre el tema en alguna parte, y haber escuchado a algún político español, puede que al mismo Franco, referirse al sionismo en algún discurso vinculándolo a la supuesta conspiración judeo-masónica-comunista que pretendía dominar el mundo y a la que solo el Caudillo hacía frente en su papel de centinela de Occidente. Pero el fenómeno sionista, en sentido estricto e histórico, o sea, cuáles eran sus orígenes o ramificaciones, se me escapaba por mucho. Tanto, que no tenía opinión formada acerca del mismo. Sabía que España no mantenía relaciones diplomáticas con Israel, ni había reconocido la legitimidad de ese Estado a pesar de que sí lo habían hecho buena parte de las naciones de Europa y del mundo. Pero claro, una de las que no lo había hecho era el Vaticano, y en asuntos que concernían más a la religión que a la política España no podía diferir abiertamente de la postura de la Santa Sede.

La mujer salió al patio, supuse que a despejar la cabeza para tomar una decisión sobre nosotros. No creía que tuviera pensado permanecer en aquel lugar mucho más tiempo, ya que este corría en su contra, aunque contaba con dos automóviles para darse a la fuga —el Land Rover de Ramírez y el Citroën con el que habíamos venido de Madrid—, y la frontera portuguesa quedaba muy cerca. Ella y su compañero habían sido capaces de moverse por España durante días dejando tras de sí un reguero de muertos sin que nadie los hubiera identificado o detenido; no eran unos aficionados, y por tanto cabía imaginarse que tendrían previsto un plan de fuga que ahora ella debía decidir si desechar o ejecutar en solitario.

Enseguida regresó al salón. Era obvio, por la firmeza de sus pisadas y aún más la de su mirada, que venía determinada a terminar con aquella situación. Volvió a colocarse encima de mí y me habló. Como antes, Carlos Ramírez fue traduciéndonos a ambos.

—Dice que su compañero se llamaba Noam Westheim. —La mujer deletreó el nombre; Ramírez hizo lo propio—. Que tenía nacionalidad israelí, pero que su país no reclamará el cuerpo. Quiere que se asegure usted de que no lo enterrarán en un cementerio cristiano, y de que alguien colocará en su tumba una placa con su nombre y una estrella de David.

—¿Por qué iba a hacer yo eso?

—Dice que es responsabilidad suya, por haberlo matado.

—Ellos han matado a cinco personas en estos últimos días, las dos últimas esta misma mañana. ¿Acaso se va a preocupar ella del entierro de alguna de ellas?

—Dice que es diferente, porque su compañero y ella actuaban fuera de la ley. Ellos son criminales, pero usted es policía.

—Soy policía, no enterrador… No, no traduzca eso. Pregúntele si su compañero tenía familia.

—La tuvo, pero ya no.

—¿Qué significa eso de que son criminales? ¿Acaso no están en España siguiendo las órdenes de su Gobierno?

—No. Dice que actúan por su cuenta.

—Pregúntele cuál es su nombre. El de ella. Quiero saberlo.

Ramírez tradujo la pregunta y la mujer se lo pensó un momento. Por primera vez la vi sonreír, aunque fue una sonrisa fugaz, que pasó por sus labios como un relámpago.

—Cora —respondió, y no hubo necesidad de traducción.

Todavía iba a hacerle algunas preguntas más, pero ella no lo permitió. De repente se volvió hacia Ramírez y, agarrándolo de las axilas, lo levantó a pulso hasta ponerlo en pie, exhibiendo una fuerza extraordinaria. Pensé que tal vez se disponía a golpearlo otra vez para sonsacarle el paradero del hombre que estaba buscando o que, por hacerme un favor y ahorrarme el espectáculo, se disponía a conducirlo al exterior para ejecutarlo fuera de mi vista.

Pero no hizo ni una cosa ni la otra. Sosteniéndolo por los codos, ayudó al anciano a pasar sobre mí para llevarlo hasta la salida. Ramírez parecía demasiado débil por el disparo en la tripa y por las patadas como para ofrecer ninguna resistencia. Estaba convencido de que en cualquier momento escucharía el disparo que terminaría con él, pero en lugar de eso lo que escuché fue el estruendo de la puerta de uno de los coches al cerrarse. Luego Cora regresó a la casa y, tras recoger las pistolas del suelo, se colocó en cuclillas junto a mí

—*Shalom*, Er-nes-to —dijo.

Yo me preparé para recibir un golpe en la cabeza que me dejara sin consciencia. Lo que recibí fue un beso maternal en la frente.

21

Aquella era la primera vez que me besaba una asesina, al menos que yo tuviera constancia. No me resultó desagradable, como sí lo fue, en cambio, la espera hasta que vinieron a socorrerme. No tenía forma de calcular cuánto tiempo estuve atado y tirado en el suelo, pero no debió de pasar menos de una hora hasta que se presentó en la finca un pelotón completo de la Guardia Civil al mando de un sargento de nombre Ismael. El mismo sargento, empleando unos alicates, me liberó de las ataduras después de que sus hombres hubieran inspeccionado la vivienda.

—¿El inspector Ernesto Trevejo? —me preguntó; era un hombre joven, de no más de treinta y cinco años, rechoncho y con cara de espabilado. Yo tenía los miembros entumecidos y al ponerme en pie sentí un hormigueo por todo el cuerpo que me hizo estremecer.

—Ahí está mi documentación —dije, señalando mi placa y mi Documento Nacional de Identidad, que Cora había dejado en el suelo.

El sargento se agachó y me los devolvió sin mirarlos.

—Menuda escabechina —dijo—. Viene una ambulancia de camino, siéntese hasta que llegue.

—Estoy perfectamente —repuse.

—¿Dónde está su arma, inspector?

—Se la han llevado.

—Bueno, bastante es que lo hayan dejado vivo… ¿Quiénes son los muertos?

—Ese de ahí —respondí, señalando el cuerpo del guardaespaldas—, y el otro que está fuera, eran vigilantes de la finca. El que está en el jardín era uno de los dos asaltantes.

—¿A ese quién lo ha matado?

—Lo maté yo de pura chiripa, antes de que me desarmaran.

—Pues le dio de lleno en el rostro. Lo ha dejado como un Picasso.

Fuimos hasta el cuerpo del tal Noam Westheim. Efectivamente, le había acertado entre el ojo izquierdo y la nariz. En realidad, no era para tanto el estropicio, pero la sangre le había cubierto toda la cara y al secarse le había formado algo así como una máscara mortuoria de color negro. O un antifaz de personaje de cómic. Era un hombre alto y corpulento, de alrededor de cincuenta años, con el cabello gris. Llevaba una camisa de manga corta de color verde, pantalón negro y botas de montaña.

—¿Han comprobado si lleva encima alguna identificación? —pregunté.

—No le hemos tocado un pelo.

—¿Le importa?

—Adelante.

Los bolsillos estaban vacíos. Debía de habérselos vaciado su compañera antes de irse.

—¿Tiene alguna idea de quién es? —preguntó el sargento.

—Es complicado, y confidencial —respondí.

—Descríbame por lo menos al otro asaltante. Tengo que dar el aviso por radio para que lo busquen.

—Es una mujer de unos cuarenta años, con el pelo negro hasta los hombros y alrededor de un metro setenta de altura. Viste una chaqueta de color azul marino y falda negra.

—¿Le ha desarmado una mujer?

—Sí. Y se ha dado a la fuga llevándose consigo al propietario de la finca.

—¿A don Carlos Ramírez?

—Sí, don Carlos lleva una herida de bala en la tripa, así que no creo que vaya a durar mucho. Seguramente a estas horas ya esté muerto.

Rodeamos el edificio hasta la entrada, donde había una furgoneta y un par de jeeps de la Guardia Civil junto al Citroën en que habíamos venido Mary y yo. Faltaba el Land Rover. Se lo comuniqué al sargento, que procedió a radiar la información.

—La mujer que les ha dado el aviso, ¿ha venido con ustedes? —pregunté.

—No. Hemos venido directos desde el cuartel, sin pasar por el pueblo —respondió el sargento, quien me explicó a continuación que esa mujer había llamado por teléfono desde la centralita de Navasfrías hacía algo más de una hora, y que ellos no habían podido llegar antes porque, en vista de la gravedad de la situación que ella les había narrado, habían necesitado algún tiempo para reunir y armar a un número suficiente de agentes. A mí me extrañó que se hubieran tomado tan en serio una llamada así. Que hubieran desplegado a tantos efectivos sin comprobar si podía tratarse de una broma. Así se lo hice saber.

—La mujer que llamó dio el nombre de usted —explicó el sargento—, y dijo que si teníamos dudas de lo que nos estaba contando contactáramos con la policía de Madrid para que nos confirmaran su identidad. Yo personalmente hablé hace un rato con su comisario, el señor Gabriel Rejas, quien me informó de que usted no había aparecido por su comisaría en toda la mañana y me insistió en que actuara sin tardanza. Aunque no supo decirme qué puñetas estaba haciendo aquí.

—Yo mismo todavía no lo sé muy bien.

—¿Quién es ella, la mujer que nos llamó? No nos dijo su nombre.

—Es una amiga que ha venido conmigo desde Madrid, y que pudo escapar de aquí en el último momento.

—Pues se libró de una buena, su amiga.

El sargento y yo montamos en uno de los jeeps y salimos de la finca. Entramos en el pueblo y nos dirigimos a la centralita de teléfonos desde donde Mary había hecho la llamada. La empleada nos indicó que la señora a la que buscábamos había pasado media hora en una de las cabinas del establecimiento —que no era más que un despacho diminuto en el bajo de una casita cercana a la plaza—, y que luego se había marchado sin dar explicaciones.

—¿Quiere que mande a buscarla? —preguntó el sargento.

—No, no hace falta —dije—. Ya aparecerá.

El sargento se encogió de hombros. Yo traté de mostrarme también impasible. Lo lógico era pensar que Mary había hablado con John o con alguien de su agencia y habrían venido a buscarla o le habrían dado instrucciones para desaparecer. También podía ser que la tal Cora la hubiera

localizado. Pero preferí no planteármelo siquiera.

Salimos del pueblo y, después de una breve parada en el puesto de la Guardia Civil desde donde había salido el pelotón, el sargento y yo continuamos camino hasta Ciudad Rodrigo. El sargento se despidió de mí y me dejó en manos de otro sargento que me llevó en coche hasta la comandancia de Salamanca. Durante las casi dos horas de trayecto, narré a este sargento todo lo sucedido, y una vez arribamos a Salamanca hube de repetir la historia de nuevo, punto por punto, ante un teniente coronel entrado en años y con un sorprendente parecido a Miguel de Unamuno, barba, gafas y mala leche incluidas. El teniente coronel se llamaba Salvador Reina, y no me permitió siquiera una pausa para comer pese a que ya eran más de las cuatro y desde la noche anterior yo no me había metido en el cuerpo otra cosa que el café del desayuno. Tampoco permitió que me comunicara con mi comisario o que tuviera conocimiento de cómo se estaba desarrollando la operación para capturar a la asesina.

—Conque asegura que el hombre al que mató usted es un agente de Israel…

El teniente coronel, como para redondear su caracterización unamuniana, fumaba en una pipa de cedro. Estábamos los dos en su despacho, junto con un número que se limitaba a tomar notas sin levantar la vista de su mesa. Las ventanas estaban abiertas a causa del calor, y no se escuchaba un alma pasar por la plaza frente a la comandancia, pese a que estábamos en pleno centro de la ciudad, a solo unos cientos de metros de la catedral, cuya cúpula —gallonada, por supuesto— podía admirarse sobre los tejados del casco viejo, a nuestra izquierda. A la derecha, anexo a la comandancia, había un palacio con un torreón octogonal repleto de garitas.

—No sé si era un agente de Israel —insistí: el teniente coronel solo parecía escuchar la mitad de lo que le decía, como si tuviera algún problema de oído o de entendederas, o ambos—. Pero era israelí. No es lo mismo una cosa que la otra. No sé si había sido enviado por su Gobierno.

—Y le acompañaba una mujer… ¿También ella era israelí?

—Sí, también.

El teniente coronel me miraba como a un paciente recién salido de un psiquiátrico. De hecho, por mi aspecto, no debía de parecer otra cosa. Y eso que al menos me habían traído unas tiritas para cubrirme los cortes en las muñecas y los tobillos y había podido lavármelos un poco antes de la reunión.

—Oiga —dije—, a mí todo esto me suena tan absurdo como a usted. Pero lo que le estoy contando es cierto.

Lo único que me había guardado para mí, obviamente, era la participación de los servicios secretos americanos en el fregado, además de que conocía los nombres de los asaltantes.

—Todavía sigo sin entender la razón de que acudiera a esa finca —afirmó el teniente coronel —, y menos que lo hiciera con una mujer que, según usted, es una testigo de su investigación…

Le había explicado que la señora Mary Clarke, a quien había conocido efectivamente en el transcurso de aquella investigación, me estaba echando una mano ejerciendo de traductora, ya que buena parte de las averiguaciones acerca del entorno del profesor Kochanski provenían de documentos o testigos alemanes —lo cual no era cierto, pero no resultaba descabellado—, aunque si la había llevado conmigo hasta allí no era en calidad de traductora, sino porque mantenía con ella una relación sentimental y había visto la oportunidad de pegarme una escapada romántica con la excusa de viajar a la provincia de Salamanca a interrogar a Carlos Ramírez. Tampoco era verdad, pero, bien pensado, no me hubiera importado que lo fuera. Supongo que por eso soné bastante convincente.

—No creí que ni ella ni yo corriéramos ningún peligro —insistí, manteniendo el tipo y la

dignidad como buenamente pude—. Íbamos a volvernos para Madrid hoy mismo, en cuanto yo hubiera terminado de interrogar al señor Carlos Ramírez. Fue un error por mi parte. Ella no ha tenido nada que ver con lo sucedido. Aunque si no la hubiera traído conmigo, yo no estaría aquí ahora mismo, rindiendo cuentas ante usted. Estaría todavía atado de pies y manos dentro de esa casa, donde posiblemente me encontrarían tieso al cabo de unos días.

Ya estaba medio tieso en ese momento a causa del hambre, pensé, y mi estómago se ocupaba de recordármelo con un latigazo cada pocos segundos.

—Y dice que vino a ver a don Carlos Ramírez solo porque se enteró de su amistad con ese otro hombre, el sacerdote asesinado en Toledo… —volvió a la carga el teniente coronel, insensible a mis necesidades nutricionales; no sabía si tendría capacidad para soportar seguir repitiéndome en mis explicaciones mucho más tiempo—. Un asesinato, este, que usted ni siquiera estaba investigando.

—Precisamente, como ya le he dicho, quería hablar con don Carlos Ramírez para descartar de una vez por todas que el asesinato de su amigo Ramón Sabater tuviera que ver con mi investigación, una posibilidad que barajamos hasta hace muy poco. A veces uno simplemente se deja llevar por su olfato policial. Y viendo cómo ha terminado mi visita a la finca, creo que mi olfato no me falló al llevarme hasta allí. Otra cuestión es que actuara con negligencia al no informar a mi comisario de mis intenciones, y por supuesto al pedir a la señora Clarke que me acompañara. El olfato me señaló en la dirección correcta, pero no me advirtió de lo que se me vendría encima.

—Creo que no me ha dicho si conocía la identidad de los otros dos fallecidos, o su nacionalidad al menos.

Lógicamente sí que se lo había dicho, pero respondí sin alterarme lo más mínimo.

—Yo diría que eran alemanes. Sus nombres eran algo así como Max y Felix, si no recuerdo mal.

—¿Max y Felix? ¿Qué eran, un dúo de humoristas, como el Gordo y el Flaco?

—Más o menos, pero sin pizca de gracia.

Al salir del despacho, cerca ya de las cinco y media, ni siquiera me entretuve en llamar al comisario, como le había prometido al teniente coronel que haría: necesitaba comer algo, pegarme una ducha y cambiarme de ropa. En la misma comandancia —me había asegurado el teniente coronel— me darían de comer y me proporcionarían un cuarto para alojarme, puesto que muy probablemente me tocaría quedarme unos días en Salamanca, hasta que todo se hubiera aclarado.

22

Después de una comida poco glamurosa a base de trucha recalentada con patatas a medio hacer y vino blanco peleón en el comedor comunal, sin más compañía que una cucaracha solitaria que me corría por los zapatos —y que posiblemente no se hubiera atrevido a probar un bocado de aquel menú—, subí al cuarto que me asignaron, el cual no contaba con ducha pero sí al menos con lavabo propio. Me aseé un poco para estar mínimamente presentable en mi excursión a las tiendas a por algún modelito nuevo, porque no era cuestión de moverme por ahí hecho un fantoche. Tuve suerte de que Cora decidiera no llevarse también con ella el dinero que traía conmigo; con él no me alcanzaría para un traje de calidad, pero sí para uno modesto y para pagarme luego unas copas, y con eso me bastaba —antes de emprender el viaje desde Madrid, había tenido la precaución de asaltar la hucha para imprevistos que guardaba en un cajón de mi escritorio de Jefatura, que solo utilizaba justamente cuando me tocaba salir de la ciudad a toda prisa, sin oportunidad de pasar por casa o por el banco—. Un conserje me recomendó acudir a los almacenes de Siro Gay en la plaza Mayor, a apenas quinientos metros de la comandancia. Antes de entrar me detuve unos instantes a admirar la plaza, llena de vida y de tráfico a pesar de que el calor apretaba con ganas. Aquella era mi segunda visita a Salamanca. La primera había sido hacía más de diez años, y no había pasado en ella más que unas horas, ya que había sido solo una parada más de una ruta turística de tres días por Castilla la Vieja que hice con una medio novia que tenía por entonces.

En los almacenes Gay me hice con una camisa de color violeta pálido, un traje marrón y una muda de ropa interior, llevándomelo todo puesto. Les dejé las prendas antiguas para que ellos mismos se deshicieran de ellas; no iba a andar de un lado a otro llevando conmigo aquel manojo de trapos. De todas formas, las salpicaduras de sangre —mi sangre, por los cortes en manos y pies, y la de Carlos Ramírez, que me había saltado encima cuando Cora lo había pateado en el suelo— no iban a desaparecer ni con una ni con cien sesiones de lavandería. También les dejé allí, por cierto, el sueldo de medio mes; de momento, la ocurrencia de acompañar a Mary no me estaba saliendo barata, en ningún sentido.

—¡Caballero, un momento! —Acababa de salir a la plaza y quien me llamaba era una de las dependientas de los almacenes—. Tenía usted esto en el bolsillo de su chaqueta vieja.

La mujer me tendió un habano que llevaba sujeto entre el pulgar y el índice, como la varita de un mago. Era el que me había regalado el doctor Rozas en el despacho del difundo profesor Kochanski la mañana en que había comenzado todo. Había sobrevivido sin deshacerse a todo el

trajín de los últimos días.

—Gracias —respondí, guardándomelo en el bolsillo interior de la nueva chaqueta. Quise entregarle un duro por la molestia, pero la dependienta lo rechazó.

—Solo faltaría —dijo, guiñándome un ojo y regresando a la tienda.

Ya iba siendo perentorio que llamara a mi comisario para contarle lo ocurrido, o más bien para confirmarle o desmentirle la información que le hubieran hecho llegar por otras vías. Pero la tarde estaba espléndida, y después de haber mantenido un tiroteo con dos asesinos profesionales y haber matado a uno de ellos, sentí que me merecía un respiro.

Por ello, entré a una cafetería bastante maja que había visto subiendo a la plaza desde la comandancia, la del Grand Hotel, donde me tomé sin prisas un carajillo a base de brandy y me fumé dos cigarrillos de un paquete de Ducados negro que compré allí mismo —los Bonanza se me habían acabado durante el interrogatorio a Carlos Ramírez— mientras observaba el ajetreo de viandantes a través de las ventanas. A mi vez yo era observado por la efigie de Orson Welles, según parecía cliente eventual del establecimiento y quien presidía el salón de la cafetería. La fotografía era reciente: Welles aparecía sentado junto a la barra, con un puro en la boca y una copa en la mano, en compañía del personal del hotel, aunque su orondo corpachón apenas si dejaba espacio para nadie más. La última película suya que había visto era *La dama de Shanghái*, aunque no recordaba de qué iba. Solo recordaba las escenas de Rita Hayworth en bañador y el tiroteo final en la habitación de los espejos.

Una vez recuperada la presencia de espíritu —gracias en parte a haber rescatado del fondo de la memoria la visión de la señora Hayworth ligera de ropa—, me decidí a hacer la llamada pendiente. Por deferencia a mi placa, me invitaron a usar el teléfono de la propia cafetería en lugar de uno de los de pago.

—¿Trevejo? ¿Dónde coño está? ¿En qué anda metido? Cuéntemelo todo, y despacito, que yo me entere bien.

Para mi sorpresa, el comisario parecía más excitado que cabreado, aunque yo sabía que el cabreo terminaría por llegar a su debido momento. Era solo que primero quería conocer exactamente la magnitud de mi metedura de pata.

Procedí a describirle cada uno de mis movimientos desde la tarde anterior: la visita a Tomás Arismendi en la Secretaría General del movimiento, el viaje con Mary hasta Ciudad Rodrigo, el interrogatorio a Carlos Ramírez y el asalto de la pareja israelí a la finca. Tan solo omití de nuevo la participación de los servicios secretos de Norteamérica y, lo mismo que al teniente coronel, le justifiqué la presencia de Mary en la finca como una repentina e improcedente aventura amorosa que me había salido rana. A él, claro, no tenía sentido mentirle diciéndole que también la llevaba de traductora, porque él estaba al corriente de los detalles de la investigación y sabía que no era así.

—Lo oigo y no doy crédito, Trevejo. ¿Me está diciendo que ha sido capaz de comprometer de ese modo la investigación y la seguridad de una testigo, para más inri una ciudadana de los Estados Unidos? ¿Tantas ganas tenía de llevársela al huerto que no pudo esperarse a que todo esto se resolviera?

—Fue un impulso.

—Ya. Pues para otra vez a ver si aprende a guardársela en los pantalones. Dígame, ¿dónde está ahora ella, la americana?

—Se volvió para Madrid ayer.

—Necesitaremos interrogarla.

—No habrá problema. Pero yo la dejaría en paz unos días, que se recupere del susto.

El comisario todavía me reprendió un buen rato más y, antes de colgar, ya un poco más calmado, me previno de que el secretario del ministro Castiella, nuestro querido Jesús Turégano, pensaba salir esa misma tarde para Salamanca, y que entre él y yo tendríamos que confeccionar una historia plausible con la que aplacar las iras del ministro y satisfacer la curiosidad de la prensa. Dado que no había trascendido aún que los tres fallecidos de esa mañana eran de nacionalidad extranjera, poseíamos cierto margen de maniobra. Pero estábamos caminando, yo más que nadie, me advirtió, por el filo de la navaja.

La llamada duró casi una hora, y como compensación al camarero que amablemente me había permitido usar el teléfono, me pedí una copa del mismo brandy que me había echado en el café; brandy Majestad, que se había puesto de moda de un tiempo a esa parte por patrocinar un equipo ciclista en la vuelta a España. Con la copa entre los dedos, me senté a la misma mesa de antes, dispuesto a quedarme allí hasta el anochecer. No se me ocurría una forma mejor de preparar mi encuentro con Turégano. Gracias también al vino de la comida, calculé que no me llevaría mucho tiempo ponerme a tono.

Reparé en ella tras el primer sorbo, al mirar por la ventana. Se había cambiado de ropa, aunque no con la que llevara en su equipaje: ese se había quedado en el maletero del Citroën aparcado en la casa de Carlos Ramírez. Debía de haber ido de tiendas también, ya que lucía un vestido azul cielo recatado pero informal, con lacitos y bastante holgado, y unos zapatos negros sin tacón.

Me levanté de un salto, dejando la bebida y la chaqueta en la mesa para que no sospecharan que estaba yéndome sin pagar, y corrí tras ella. Entró en la plaza y yo entré detrás. La agarré del brazo y soltó un grito al volverse hacia mí.

—Soy yo —dije.

Mary se apartó de mí dándome un manotazo en el pecho.

—Burro, me has asustado.

—Ha sido sin querer. ¿Dónde estabas?

—¿A ti qué te importa? Me abandonaste a mi suerte, Ernesto.

—Sí, no anduve muy fino. Te pido perdón.

—Te tenías que haber quedado conmigo, pero te metiste de cabeza en la refriega, olvidándote de mí.

—Visto en perspectiva, es exactamente lo que tenía que haber hecho. Huir contigo.

De pronto me abrazó. Fue un abrazo largo. Al separarnos se le habían humedecido los ojos.

—Creí que te habían matado… Mientras corría hasta el pueblo no dejaba de escuchar tiros y más tiros.

—¿Corriste hasta el pueblo en sandalias?

—Tuve que quitármelas a medio camino y correr descalza. Tengo los pies en carne viva.

—Llamaste a tus colegas de la agencia desde la centralita del pueblo, ¿no?

—Sí. Me ordenaron que avisara a la Guardia Civil y que luego los esperara en algún lugar discreto en las afueras. Vinieron a buscarme al cabo de un par de horas.

—¿Solo un par de horas?

—Había algunos agentes aquí, en Salamanca, esperando noticias mías, por si acaso tenían que actuar con urgencia.

—¿También John está aquí?

—Él ha salido de Madrid hace un rato. Tiene que estar a punto de llegar. He quedado con él a las ocho en la plaza Mayor.

—¿Y por qué ese interés en venir a Salamanca?

—Se han enterado por vías extraoficiales de lo ocurrido, saben que Carlos Ramírez está secuestrado y que lo estáis buscando a él y a su secuestrador por toda la provincia.

—A estas alturas, lo más seguro es que él esté muerto y que ella se encuentre muy lejos de aquí.

—¿Ella?

—Sí, ella. Vamos, acompáñame dentro.

Ya en la cafetería, Mary me explicó que sus compañeros la habían traído hasta Salamanca y la habían alojado en una pensión modesta lejos del centro, donde podría pasar desapercibida. Hasta había tenido tiempo de salir a darse una vuelta y comprar algo de ropa, como pude comprobar. En total, dijo, había una docena de agentes americanos desplegados por la ciudad esperando órdenes para iniciar el rastreo de los asaltantes de la finca. Yo le expliqué quiénes eran esos asaltantes y qué era lo que había ocurrido. Mary escuchó sin hacer ninguna pregunta.

—«Noam Westheim» es un nombre judío, de eso no hay duda —indicó.

—¿Y «Cora»?

—No. «Cora» viene del griego, de las *korai*, un tipo de escultura de la Grecia antigua. Fuera de España es un nombre muy común.

Mary se enfrascó entonces en un monólogo sobre escultura griega, no sé qué de cariátides y atlantes. A ella, estaba claro, le daba por hablar para liberar tensiones. A mí me dio por beber. Me terminé mi copa y todavía me endiñé otra más mientras miraba cómo sus labios se unían y se separaban, desvelando la inverosímil blancura de sus dientes y la virguería de su lengua hispano-alemana.

A las ocho en punto nos levantamos y caminamos los pocos metros que nos separaban de la plaza. Todavía no había oscurecido, pero el ambiente era muy distinto al de hacía apenas una hora. Muchos comercios habían cerrado y, por el contrario, los bares y restaurantes estaban hasta los topes.

John esperaba bajo el reloj del ayuntamiento. Al parecer, según Mary, era el lugar tradicional de reunión de la ciudad. Estaba solo, con los brazos en jarras, como un vaquero a punto de desenfundar. Llevaba el mismo traje gris de la otra vez, pero le había dado un toque de color colocándose un pañuelo amarillo con lunares en la solapa.

—Bonita ciudad —dijo, abrazando a Mary como a una hermana—. Me alegro mucho de que estéis los dos bien.

A mí me estrechó la mano y me palmeó en el hombro como a un viejo amigo, y a continuación nos guio hasta el bar más cercano, el Novelty, del cual yo no había oído hablar nunca pero que, según explicó Mary —y según se echaba a ver por las numerosas fotografías y recortes de periódicos de las paredes—, era un establecimiento emblemático, un punto de encuentro de la cultura salmantina. Algo así como el equivalente al café Gijón de Madrid. Allí, al parecer, al comienzo de la guerra, Agustín de Foxá había escrito su novela *Madrid, de Corte a checa*. Y también allí, en esa misma época, Millán Astray, por entonces jefe de la Oficina de Prensa y Propaganda del bando nacional, había fundado Radio Nacional de España.

—También Unamuno organizaba aquí su tertulia —afirmó Mary.

Esta continuó divagando sobre la historia de la cafetería y de la ciudad un poco más, lo que tardó el camarero en llegar con nuestras bebidas: un café solo para John, una cerveza para Mary, y otro brandy para mí. El local estaba atestado de gente, casi toda con apariencia de autóctonos y entrada en años. No había ni rastro de jóvenes universitarios. Estos debían de tener sus propios

locales para andar de parranda.

—Bueno, ya está bien de tonterías —dijo John, después de tragarse el café de un solo golpe, interrumpiendo abruptamente la explicación de Mary sobre los medallones con personajes históricos que adornaban los arcos de la plaza, en los que yo no había reparado nunca y entre los que había reyes, conquistadores, escritores, y hasta uno de Francisco Franco colocado en plena Guerra Civil; de buena gana le hubiera propinado a John un puñetazo en el estómago por su descortesía—. Ernesto, necesito que me cuentes con pelos y señales qué ha ocurrido hoy en esa finca.

Pasé por alto el tuteo y cumplí con lo que me pedía. No sabía cuántas veces lo había contado ya, y probablemente tendría que hacerlo una vez más antes de que terminara el día, en mi encuentro con Jesús Turégano.

—¿Israelíes? —preguntó John, cuando llegué a esa parte de la historia—. ¿Estás seguro?

—No les pedí el pasaporte, pero eso parece. Andaban siguiéndole el rastro a un individuo que estuvo oculto hasta hace dos días en la finca de Carlos Ramírez. Mataron al profesor Kochanski para averiguar quién había enviado el cuadro a la exposición de Zúrich, y este les puso tras la pista del padre Sabater, quien a su vez les reveló que él había tramitado el envío del cuadro para hacerle un favor a su amigo Carlos Ramírez. Pero el hombre al que buscaban voló de la finca después de la muerte del profesor, al olerse lo que estaba ocurriendo.

—Una operación tan chapucera no parece propia del Gobierno israelí. Eso por no hablar de que los israelíes nos pedirían permiso antes de organizar algo así en España. Saben que está bajo nuestro control.

—Ella, Cora, dijo que estaban actuando por libre, que no seguían órdenes de su Gobierno.

—Eso lo diría tanto si actuara siguiendo órdenes de su Gobierno como si no.

Terminé mi narración y me dispuse a marcharme. John intentó retenerme un poco más, pero no lo logró: eran casi las diez y yo tenía que volver a la comandancia. Se me había hecho tarde y no quería que Turégano me cogiera aún más ojeriza.

—Estaremos en contacto, Ernesto —afirmó John, con otro apretón de manos.

—Eso me temo —repuse.

Mary se despidió de mí lanzándome un beso al aire, y yo no pude evitar recordar el otro beso que había recibido aquel día, el de Cora, igual de inesperado que aquel, pero mucho más excitante.

23

Tuve una suerte loca. Como suponía, Jesús Turégano estaba ya en Salamanca, pero tras pasarse por la comandancia se había retirado a dormir a su hotel, dejando recado de que debía estar listo para reunirme con él a primera hora de la mañana. Valoré la posibilidad de volverme al Novelty a ver si Mary seguía allí, pero la descarté. Por más ganas que tuviera de volver a pasar una noche con ella, consideré que ya había pecado de primo lo suficiente acompañándola en el viaje desde Madrid. Esa noche tocaba descansar. Llevaba una semana robándole horas al sueño y mi cuerpo casi cuarentón no estaba ya para tanto tute.

La cena en la comandancia consistió en croquetas de jamón serrano y más vino, aunque supe moderarme y no fui más allá del segundo vaso. Antes de las once estaba ya en mi cuarto, que compartí con un joven número de nombre Emilio con el que apenas charlé unos minutos antes de quedarme dormido.

Esa noche soñé como hacía años que no soñaba. Tal vez como no había soñado en toda mi vida. Claro que era mi primera noche después de haber matado a otro ser humano. Habían pasado tantas cosas en las últimas horas que mi mente consciente había conseguido aislar o reprimir ese pensamiento para poder seguir funcionando con normalidad. Pero una vez liberadas las barreras de la consciencia, durante el sueño el pensamiento me atrapó por fin.

Así, soñé con el rostro del hombre que había matado. Su rostro cubierto por una costra de sangre reseca. Soñé que me hablaba en una lengua extraña, como lo había hecho su compañera —alemán, yidis, hebreo, quién podía saberlo—, pero nadie me traducía sus palabras, y yo solo podía escucharlo en silencio, mirándole a los ojos, unos ojos negros y paradójicamente vivos, que me transmitían a la vez calma, temor e ira. No sé si me estaba maldiciendo o perdonando, si recordaba su niñez, si lamentaba sus pecados, si rezaba por la salvación de su alma, o por la mía, o por la de ambos.

Esa fue solo la primera parte del sueño. La siguiente fue más imprecisa, pero no menos terrible. Soñé con la guerra, con las bombas de mi adolescencia en Madrid, con ruinas humeantes y con algunos vecinos a los que conocí y vi por última vez despiezados en plena calle. Luego soñé con guerras que no había vivido, con pilas de cadáveres desnudos, con soldados hundiéndose en el fango, con portaaviones en llamas navegando por océanos de hielo, con hongos nucleares elevándose sobre ciudades de hierro y de cristal. Soñé también con una Judith desfigurada decapitando a un Holofernes con cuerpo de sátiro que no oponía resistencia a su martirio. Con un Cary Grant envejecido acariciando el pelo de una Deborah Kerr de piel verde y

escamosa como la de un sapo.

Desperté poco antes del amanecer, bañado en sudor pero tiritando de frío. Pasé por la ducha comunal, todavía vacía a esas horas, y estuve largo rato bajo el chorro de agua tibia. Luego me vestí y en lugar de esperar a que sirvieran el desayuno salí a pasear un poco. El paseo duró casi una hora, y en él recorrí los alrededores de la catedral y la universidad y bajé hasta el Tormes. Junto al puente romano había un verraco de piedra que, según rezaba una inscripción, fue el famoso toro con el que el ciego había despertado a Lázaro de su inocencia al golpearle la cabeza contra él al comienzo del libro. Pensé que no me vendría mal que alguien me hiciera ese favor. Que me golpeara la cabeza y me despabilara antes de mi reunión con Jesús Turégano.

Para el desayuno me decidí por el Grand Hotel, principalmente porque quedaba al lado de la comandancia y porque no quería ni imaginarme la clase de desayuno que me ofrecerían en aquella. Pedí un café y un par de tostadas con mantequilla y leí la prensa con más atención que de costumbre. No se mencionaban los sucesos de la vivienda de Carlos Ramírez, ni siquiera en los diarios locales. Las noticias de mayor calado eran la visita del Generalísimo a la catedral de Santiago de Compostela, las elecciones a la Diputación Provincial en Guinea, y la visita del presidente de Liberia a Barcelona.

Estuve de vuelta en la comandancia unos minutos antes de las nueve. El teniente coronel Reina me indicó que esperara a Turégano en su despacho. Él no estaría presente en la reunión: iba a viajar hasta el cuartel de Ciudad Rodrigo para ponerse al frente de la investigación de lo que denominó la «matanza» en la finca de Carlos Ramírez. De todos modos, dijo, ya había hablado por teléfono con Turégano y ya habían decidido la línea oficial a seguir. Turégano me informaría enseguida de los detalles.

Este no llegó hasta cerca de las diez, así que tuve tiempo de bajarme al comedor y tomarme otro café para amenizar la espera. Excusó la tardanza alegando que estaba todavía exhausto por el viaje y por el trajín del día anterior. Sus ojeras lo atestiguaban. Había tirado de armario y cambiado su traje de color claro por uno gris con corbata negra, más acorde a la gravedad del caso que nos ocupaba.

—Bien, Trevejo —dijo, sentándose en la silla del teniente coronel—. Le toca explicarse.

Lo hice lo mejor que pude, omitiendo o pasando de puntillas por todo aquello que me pareció oportuno.

—¿Cómo averiguó que Carlos Ramírez estaba relacionado con los crímenes?

Acababa de decírselo, pero imaginaba que, o no me había prestado atención, o quería apretarme un poco las tuercas. Demostrarme que era él quien estaba al mando de la situación.

—Los compañeros de la policía de Barcelona me facilitaron un listado con las amistades de Ramón Sabater donde aparecía Carlos Ramírez —respondí, resignado.

—He visto ese listado. No solo aparece el nombre de Carlos Ramírez, sino los de muchos otros sujetos. ¿Por qué se interesó por él en concreto?

—Una corazonada.

—¿Una corazonada?

—También porque era el único apellido que no era catalán.

—Y, ¿cómo pudo localizarlo sin que el juez emitiera una orden de búsqueda?

—Carlos Ramírez había sido un camisa vieja, uno de los primeros miembros del partido, y se me ocurrió preguntar por él en la sede central de la Falange.

—¿Y allí le dieron la dirección de su finca?

—Me dijeron que Ramírez tenía una empresa por esta zona. A partir de ahí, fue pan comido.

—No lo dudo.

Era evidente que Turégano se olía que yo contaba con una fuente de información que no estaba dispuesto a compartir con él. Lo que no podía olerse —esperaba— era que esa fuente fueran los servicios secretos de los Estados Unidos.

—Dígame, Trevejo, ¿por qué salió escopetado de Madrid para interrogar a ese hombre? Carlos Ramírez era amigo de una de las víctimas, nada más. ¿A qué tanta urgencia?

—El comisario me dio un plazo de dos días para conseguir algún avance en la investigación y decidí jugármelo todo a una carta. Además, ya se lo he dicho, el interrogatorio a Carlos Ramírez solo era una excusa para salir de Madrid con esa mujer.

—Ah, sí. La señora Mary Clarke… Se marcharon juntos e hicieron noche en un hotelito, y luego se plantaron en la casa de Carlos Ramírez y se armó la de San Quintín… Tengo que decirle que no termino de creerle, Trevejo.

—No es mi problema.

Di una calada del cigarrillo que hacía rato que me había encendido y apenas había probado.

—He venido a Salamanca con la idea de echar el cierre a la investigación —indicó Turégano —. Así lo hablé ayer con el teniente coronel Reina, con su comisario, con el juez García Amaro, y también con el ministro Castiella. El asaltante abatido por usted será quien acarree con todas las responsabilidades. La del asesinato del director del Instituto Goethe, el de Carlos Ramírez, si es que como intuimos está ya muerto, y los de los dos desconocidos que estaban con él. En cuanto al asesinato de Ramón Sabater, este ya está en vías de resolverse sin necesidad de nuestra colaboración. La Guardia Civil de Toledo lo tiene bien encarrilado. Nuestra historia será bastante simple: un individuo aún por identificar asesinó al profesor Kochanski buscando robar en el Instituto Goethe. Tras varios días de huida, y al verse acorralado por las autoridades mientras se dirigía a pie hacia la frontera portuguesa, decidió asaltar una finca al azar, pongamos que la del señor Carlos Ramírez, quien, desafortunadamente, en el día de ayer se encontraba en compañía de dos amigos suyos, también por ahora sin identificar.

—Es una buena historia —dije—, pero llena de fisuras.

—Tiene razón. La identidad del asesino podríamos dejarla en blanco, suponer que se trataba de alguno de los muchos criminales en busca y captura que hay en el país. O incluso podríamos elevarlo a la Interpol y culpar de los crímenes a algún delincuente internacional. Bastaría con buscar un candidato adecuado. Habiendo muerto el sospechoso, podríamos arreglarlo todo como mejor nos pareciera. Con respecto a las identidades de los otros dos fallecidos, los amigos o guardianes de Carlos Ramírez, si nadie reclama los cuerpos también podríamos dejarlas en blanco. Ni Alemania ni ningún otro país va a pedirnos explicaciones por la muerte de dos presuntos mercenarios que se hacían llamar Max y Felix. Y menos si, como usted ha dicho hace un instante, eran dos jóvenes integrantes de alguna organización neonazi clandestina… Aunque es verdad que en esta historia hay muchas fisuras. Usted mismo es una de ellas. ¿Qué narices hacía un policía de Madrid en esa finca? ¿Por qué le acompañaba una profesora estadounidense? Etcétera, etcétera. Su presencia echa por tierra cualquier esfuerzo por nuestra parte de darle un sentido a todo esto.

—Ya, sí. Estoy más que acostumbrado a ser un estorbo.

—Pero es usted un estorbo con cabeza, y con tendencia a caer de pie, así que no me preocuparía demasiado por esa cuestión, al menos de momento. De lo que me preocuparía es de guardarnos celosamente para nosotros todo lo que me acaba de contar. Lo del cuadro, el museo de Zúrich, los asesinos israelíes… Todas sus ocurrencias, vaya.

—¿Mis ocurrencias?

—Bueno, llámelas como quiera.

—Yo las llamaría «la verdad». Es lo que son.

—Sean la verdad o no, lo mejor es que se olvide de ello. Lo que vamos a hacer es lo siguiente: usted va a cambiar su declaración de ayer y va a decir que fue a la finca de Carlos Ramírez porque recibió un aviso de la Guardia Civil de Salamanca alertándole de que el autor de la muerte del profesor Kochanski, a quien le estaba siguiendo la pista de cerca, había sido visto por esa zona. Usted vino en persona a hacer las comprobaciones pertinentes. Y lo hizo solo, sin compañía de ninguna mujer, por supuesto. Al llegar al pueblo, un vecino le comunicó que había visto a alguien sospechoso merodeando en las inmediaciones de la finca del señor Carlos Ramírez, y por eso fue usted para allá. Mientras charlaba amigablemente con el empresario y sus invitados, se produjo el asalto. Usted no pudo hacer nada por evitar la muerte de ninguno de los tres, pero por fortuna logró abatir al asaltante. Para que cuele habrá que pulir un poco los atestados, pero contando con la aprobación del ministro será coser y cantar. Solo queda esperar a que aparezca el señor Ramírez y que tengamos la suerte de que realmente esté muerto, y una vez que lo haga se comunicará que su cuerpo fue hallado en los alrededores de la finca. Caso cerrado. ¿Qué le parece?

—No suena mal del todo… Y si sacamos adelante esa versión, ella no tendrá que declarar, supongo.

—¿Ella? ¿La señora Clarke? No, claro que no. De hecho, nos convendría que guardara silencio. Incluso que saliese de España algún tiempo.

—Pero ¿qué pasa con la asesina que aún anda suelta?

—El teniente coronel Reina ha ordenado que dejen de buscarla. Por lo que a nosotros respecta, esa mujer ya no existe.

—Su compañero y ella llevan ya cinco muertos a sus espaldas. Seis, si, como usted dice, tenemos la suerte de que a Carlos Ramírez también se lo haya cargado. ¿Acaso piensa que a estas alturas va a detenerse?

—Mire, Trevejo, la lógica nos dice que de los dos el más peligroso debía de ser él, el hombre al que usted mató. Esa mujer, quienquiera que sea, y por más pistolas que lleve consigo, está sola. No creo que vaya a suponer una amenaza para nadie.

24

Salí de la reunión con Jesús Turégano como flotando en una nube. No sabía si sentirme cabreado por cómo pensaban —o pensábamos— pegarle carpetazo al asunto, o liberado por que fueran a hacerlo. Al final, como le había dicho a John en su momento, todo aquello me sobrepasaba. Agentes secretos, asesinos internacionales, organizaciones clandestinas… Yo jugaba en otra categoría. Era como si de pronto metieran al Real Oviedo a jugar la Copa de Europa. O como si el peso pluma español Luis Romero tuviera que ponerse a pelear contra el campeón de los pesados Floyd Patterson. Mis investigaciones siempre se habían restringido al ámbito nacional. Los móviles de los crímenes casi siempre eran económicos o pasionales —o séase, mundanos, castizos, de andar por casa—. Uno no podía adentrarse como si tal cosa en el tablero de la geopolítica y el espionaje, y menos aún sin otra fuente de conocimientos que la prensa española, controlada desde el poder central y tan sesgada como poco fiable. Yo no tenía ni idea de qué servicios secretos operaban en nuestro país, ni había puesto nunca un pie en Suiza, en Alemania o en los Estados Unidos. No tenía ningún sentido que me empeñara en ir más allá. Mis jefes me ofrecían una salida digna al atolladero, y estaba decidido a tomarla. Eso es lo que pensaba decirle a Mary y a John en cuanto los tuviera delante. Que me desentendía del tema. Que se buscaran a otro majadero al que usar como títere.

El resto de la mañana estuve ocupado en rehacer y transcribir mi declaración ajustándome a la nueva versión de los hechos que había acordado con Turégano. Mientras, el cadáver de Carlos Ramírez fue descubierto a unos veinte kilómetros de su finca, en una localidad ubicada en la provincia de Cáceres, a solo unos centenares de metros de la frontera con Portugal. Turégano me anunció la buena nueva —esas fueron sus palabras exactas— a primera hora de la tarde. Todavía tardarían unas horas en enviar al juez y al forense para el levantamiento, pero los agentes de la Guardia Civil que acudieron al lugar —por el aviso de unos vecinos que habían hallado el cuerpo al borde de una pista forestal, en plena montaña— aseguraban que, a juzgar por su estado, parecía obvio que debía de llevar allí abandonado bastante tiempo, como mínimo toda la noche.

—Tal y como usted dijo, el cadáver presenta un tiro en la tripa y contusiones por todo el cuerpo —me explicó Turégano—. Pero parece que murió asfixiado. Tenía un alambre enrollado al cuello y la cabeza amoratada e hinchada como un zepelín, según los agentes.

Cora lo había llevado directo hasta allí en el Land Rover nada más escapar de la casa, lo había torturado a placer durante las horas siguientes —tal y como su compañero y ella habían hecho con Kochanski y con Sabater—, y seguramente habría conseguido burlar el posterior cerco

policial montado en torno a ella pasándose al otro lado de la frontera. La Guardia Civil no podía rastrearla en territorio portugués, y aunque las autoridades portuguesas tal vez estuvieran dispuestas a colaborar en la búsqueda, para eso habría que remitirles una comunicación oficial desde España, algo que obviamente no iba a suceder.

A lo largo de esa tarde, el cadáver de Carlos Ramírez se reuniría en la cámara frigorífica del Instituto Forense de Salamanca con el de sus dos guardaespaldas y el del asaltante que yo había abatido. Ante este hecho ningún ministerio podría evitar que la noticia de su muerte fuera publicada en los medios al día siguiente. Por ello, Turégano volvió a convocarme a última hora de la mañana, y entre ambos, y con la venia del ministro Castiella, elaboramos una nota de prensa con que salir del paso, adelantándonos a las elucubraciones de los reporteros.

La nota que redactamos fue la siguiente: «El empresario don Carlos Ramírez Collado fue asesinado en la tarde del jueves 1 de septiembre en su finca del municipio de Navasfrías. El asesino, cuya identidad aún se desconoce, acabó a tiros con la vida del empresario y con dos amigos suyos, resultando él mismo muerto por la intervención de un valeroso agente de la policía desplazado a la finca tras ser alertado de la presencia de un sujeto sospechoso por algunos vecinos de la zona».

Con eso bastaría por ahora, según Turégano. Más adelante habría que atar los cabos sueltos, relacionando la muerte de Ramírez con la del profesor Kochanski y proporcionando tal vez la identidad del «valeroso agente de la policía» —un servidor—. Pero con esa nota nos bastaría para salvar la cara.

Comí en el comedor de la comandancia —guisantes con patatas y más vino peleón— y por la tarde atendí los requerimientos de ciertos oficiales de la Benemérita y algunos políticos provinciales que deseaban que les informara sobre lo sucedido, cosa que hice ciñéndome punto por punto a mi declaración.

A la hora de la cena sentí que necesitaba salir de aquel edificio, airearme un poco. Un guardia me recomendó un restaurante barato pero elegante cerca de la Gran Vía, a solo cinco minutos de la comandancia.

Al contrario que la de Madrid, abierta desde comienzos de siglo, la Gran Vía de Salamanca estaba todavía en construcción: apenas si había establecimientos comerciales, y las fachadas de los edificios estaban todavía tomadas por los andamios y las grúas, abundando los solares en desuso. Solo las sedes de los organismos oficiales allí instaladas —Correos, el Gobierno Civil y el Palacio de Justicia— le otorgaban algo de vida. Sin embargo, en pocos años suponía que aquello estaría totalmente cambiado. Que una vez que la avenida estuviera en pleno funcionamiento la ciudad crecería a partir de ella, y que lo que había más allá, hacia las afueras, por entonces unas pocas viviendas modestas y algunas parroquias semejantes a las de una aldea, se convertiría casi de la noche a la mañana en un barrio densamente poblado y urbanizado. Había visto cómo el fenómeno se repetía en distintas zonas de Madrid en los últimos tiempos como para hacerme una idea muy precisa.

El restaurante era pequeño pero hospitalario, con las paredes empapeladas de color malva y un televisor de gran tamaño aullando en un rincón del comedor, que por ser noche de viernes y además aún de verano, estaba hasta los topes. Tras consultar la carta, pedí un pato a la naranja, Dios sabrá por qué. También una botella de cualquier vino que maridara bien con los cítricos.

—Parece que te has olvidado de mí.

Ni siquiera me volví para mirarla. En la tele estaban dando el *Adivine su vida*, y los concursantes iban ya por la última pregunta sin averiguar que el personaje secreto era Lola

Flores. Era tan obvio que los comensales asistíamos indignados al espectáculo, comentándolo a gritos.

—Qué más quisiera yo —respondí.

Mary rodeó la mesa y se sentó en la silla vacía frente a mí. Yo continué mirando al televisor por encima de su hombro.

—No podía volverme a Madrid sin saber en qué quedaba todo —afirmó ella.

—¿Cómo sabías dónde estaba? —pregunté.

—Estaba esperando a que salieras del cuartel, y te he seguido.

—¿Tú me has seguido?

—Sí, yo. ¿No me ves capaz?

—Te veo capaz de cualquier cosa.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada.

—¿A qué viene ese cambio de tono conmigo, Ernesto?

—No sé qué estás diciendo. ¿Dónde está John, por cierto?

—No lo sé. Por ahí andará. ¿Qué importa?

—Han encontrado el cuerpo de Carlos Ramírez tirado en el bosque, no muy lejos de la finca.

—Solo era cuestión de tiempo.

—Con eso, la investigación se dará por cerrada.

Le expliqué por encima en qué consistía la estrategia a seguir por nuestra parte: obviar la existencia de Cora y la presencia de ella misma en la finca, y culpar de todo al individuo que yo me había cargado.

—Tú nunca estuviste allí —insistí—. Tú y yo no viajamos juntos la otra noche. Nunca compartimos habitación.

—¿Lo dices en serio?

—Es lo mejor. Que tú y yo empecemos de cero. Si te apetece, claro.

—¿A estas alturas?

—Esto se ha terminado. Por lo menos para mí.

—No, no se ha terminado. Esa mujer, esa asesina, Cora, todavía sigue libre.

—¿A quién le importa?

—A mí. ¿Te has olvidado de Jude?

—Yo nunca lo conocí.

—No te entiendo, Ernesto. De verdad que no. ¿Por qué te comportas así? ¿Qué ha cambiado de ayer a hoy?

—Soy yo quien no te entiende a ti. A vosotros. Estoy harto de ir a remolque. Sé que pensáis que soy un vulgar inspector de policía. Y lo soy, a mucha honra. Pero lo que no soy es imbécil. Sé que John y tú sabéis mucho más de lo que me habéis contado hasta ahora. No voy a seguiros el juego ni un minuto más, lo siento.

—¿Eso qué significa?

—Significa que te vas a levantar ahora mismo y le vas a decir a John, ya que me imagino que no estará muy lejos de aquí, que se una a nosotros. Vamos a hablar los tres tranquilamente mientras cenamos.

Mary suspiró, más apenada que enfadada. Llevaba puesto el mismo vestido del día anterior, aunque se había recogido el pelo y maquillado ligeramente la cara. Lo justo para que alguien como yo pudiera apreciarlo.

—¿De verdad quieres eso? —preguntó.

Apareció el camarero con el pato a la naranja y la botella de vino —un Ribera del Duero tempranillo que no estaba nada mal—, y en lugar de responder a Mary, me puse a comer. Ella se levantó y salió del restaurante. Regresó a los cinco minutos acompañada de John.

—Vaya, vaya —dijo este, sentándose en el lugar que había ocupado Mary hasta hacía unos instantes—. Me dice Mary que estás un poco disgustado, Ernesto.

Mary se sentó también, pero volvió su silla de lado, dándome la espalda, y comenzó a fumar.

—Disgustado, no —repliqué—. Yo diría más bien despejado. Es el efecto que tienen ocho horas de sueño después de que casi te vuelen la cabeza de un tiro. Que uno termina por hacer examen de conciencia y verlo todo con más claridad.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que estoy hasta las pelotas, hablando en plata.

Procedí a explicar de nuevo cómo había sido el hallazgo del cuerpo de Carlos Ramírez y cuál era la versión oficial que planeábamos ofrecer del suceso.

—Bien —indicó John—. Eso no cambia nada. No veo por qué habría de hacerlo. Pensáis cerrar la investigación: me parece perfecto. Es lo mejor para todos. Pero nuestra alianza sigue adelante.

—¿Qué alianza?

—Te conté todo lo que sabíamos del caso con la esperanza de que tú nos ayudaras a resolverlo, ¿se te ha olvidado?

—Yo he cumplido con creces. Hay tres desgraciados a punto de ser serrados por los forenses que pueden dar cuenta de ello. Pero no tengo tan claro que vosotros hayáis cumplido vuestra parte. Me habéis tenido en la inopia y me habéis utilizado a vuestro antojo.

—Hemos cumplido hasta donde podíamos cumplir. Pero de todas maneras aún no hemos terminado. Esa mujer sigue ahí fuera, libre como un pajarillo. Quién sabe cuántos crímenes más podrá cometer.

—Por mí, como si le mete una bala en la cabeza al Santo Padre. O a la abuela del Santo Padre. O a la mía propia. No pienso mover un dedo. Me he cansado de ser la marioneta de todo el mundo.

John levantó la mano y pidió al camarero otro pato a la naranja y una copa vacía para acompañarme con el vino. Mary dijo no tener apetito, pero pidió un whisky doble.

—No hay que ponerse así, Ernesto —indicó John—. Sí, es cierto que ayer la cosa se complicó…

—Fue una encerrona —repuse—. Sabíais o suponíais lo que podía pasar en esa finca, y aun así nos enviasteis allí, como dos reses al matadero.

—No es así del todo…

—Cuando os pasé la lista con las amistades de Ramón Sabater, no tardasteis en averiguar que el siguiente objetivo era Carlos Ramírez. Sabíais que los asesinos de Kochanski y Sabater se dirigían hacia la finca. O que incluso podían haber llegado ya. De ahí la urgencia del viaje.

—No te lo niego. Pero no te olvides que fuiste tú quien aceptó acompañar a Mary en el viaje. Nadie te obligó a hacerlo.

Observé a Mary de reojo, y ella ni siquiera pestañeó. El camarero llegó con su whisky. Se volcó medio vaso en la garganta y lo tragó también sin pestañear.

—Lo pasado, pasado está —dijo John—. ¿Qué quieres saber exactamente?

—Todo.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de nada. Yo me bajo en esta estación. Estoy harto de toda esta farsa. Ni soy James Bond ni estoy al servicio de su majestad. Soy Ernesto Trevejo y estoy al servicio del Generalísimo, que suena bastante peor, pero es lo que hay.

John rio mi comentario y se sirvió una copa de vino, dando un trago largo. El camarero llegó con su pato. Lo probó y se encogió de hombros.

—No está mal —dijo—. Aunque huele mejor de lo que sabe. Bien, volvamos a la casilla de salida, Ernesto. Antes de nada quiero que sepas dos cosas: la primera es que todo lo que te expliqué la otra noche es cierto. Me reservé alguna cosa, por supuesto, pero no te mentí en nada. La segunda es que ella —señaló a Mary con la cabeza— tampoco está al corriente de todo. Ella está un pasito por delante de ti, pero solo eso, un pasito. Como te puedes imaginar, Mary jamás habría aceptado viajar hasta esa finca si hubiera sabido que existía un peligro real, inminente. Yo sabía que existía ese peligro, pero no lo valoré en su justa medida: no pensé que los asesinos que andaban sueltos se atreverían a tocaros un pelo a vosotros, y menos a asaltar la finca a pleno día, aunque pudieran estar acechándola, como tú bien dices. De hecho, lo que buscaba, además de obtener información de Carlos Ramírez sin recurrir a la fuerza, gracias a tu don de gentes, era que tu presencia y la de Mary los pusiera a ellos en alerta. Que si de verdad estaban por allí, al veros se pusieran nerviosos y cometieran algún fallo.

—Y se pusieron nerviosos, y cometieron un fallo. Pero ese fallo fue que intentaron llevársenos por delante a todos.

—Por eso digo que no valoré el peligro en su justa medida. Los tipos habían cometido varios asesinatos de manera cruel, pero sutil. ¿Quién se podía imaginar que de buenas a primeras iban a liarse a tiros como si esto fuera O. K. Corral?

—Pues no me hubiera venido mal contar con Burt Lancaster y Kirk Douglas, la verdad. Porque cerca anduve de que me quitaran el traje. Me salvé por pura potra.

—Ahora ella está enfadada conmigo, y tú también. Probablemente me lo merezco. Pero este es nuestro oficio, a esto nos dedicamos. No hay por qué tomárselo como algo personal.

—Ayer casi me vuelan la tapa de los sesos. Si eso no es para tomárselo como algo personal…

—Al final no pasó nada. Eso es lo que importa.

—De acuerdo, ve al grano. Cuéntame lo que sea que vayas a contarme, y luego yo decidiré si os mando a paseo de una vez por todas.

John masticó con parsimonia el bocado de pato que tenía en la boca, como concediéndose unos segundos para seleccionar bien las palabras.

—Parece ser que ese hombre —dijo—, el que Carlos Ramírez acogió en su casa, el autor del cuadro enviado a Zúrich, era hasta hace unos meses, hasta diciembre del año pasado, un sargento de la Stasi de Berlín Este llamado Robert Klett.

—¿La Stasi?

—Es la policía secreta de la República Democrática Alemana. Es, por así decirlo, una versión comunista de la Gestapo, solo que peor, más sanguinaria, y además concentrada en un territorio muy reducido: la mitad oriental de Berlín.

—Entiendo. Sigue.

Lo que John contó a continuación, mientras devoraba su plato, y dándole también con ganas al vino, me resultó tan increíble que, de no ser por quién era él y lo que representaba, y por los seis muertos que teníamos ya sobre la mesa, me hubiera levantado a mitad de la narración.

Según John, el sargento Robert Klett —del cual no tenían más datos, ni su nombre real ni

tampoco su hoja de servicios— había sido marcado a finales del año pasado como un objetivo prioritario por parte de los servicios secretos de Israel. Sin embargo, a este sujeto no pretendían capturarlo y juzgarlo públicamente, como a Adolf Eichmann, sino simplemente eliminarlo. Para esta operación, Israel escogió a dos de sus agentes de campo destinados en Alemania: Noam Westheim y Cora Szekeres.

—Tu querida pareja de asesinos —indicó John—. ¿Quieres que te resuma su currículo profesional? Lo he estado estudiando durante todo el día de hoy, y es realmente impresionante.

Noam Westheim había nacido en el seno de una familia judía de Múnich y había trabajado algunos años en la AEG, la Compañía General de Electricidad de Alemania, hasta que allá por el año 34 emigró a Palestina, anticipándose solo unos meses a la aprobación de las leyes raciales de Núremberg y sorteando por los pelos el ser recluido en un campo de concentración. El resto de su familia no había tenido tanta suerte: toda ella fue exterminada por los nazis. Durante la guerra, Westheim sirvió en la Brigada Judía, una unidad formada por el Ejército Británico con voluntarios judíos de Oriente Medio, y luchó contra los fascistas en Grecia e Italia, lo que le hizo ser condecorado con una Medalla Militar por su valentía.

—O sea —dije—, que ayer no solo maté a un hombre que había quedado huérfano por el Holocausto, sino que además era un héroe de guerra que había peleado contra el fascismo. Esta noche dormiré mucho más tranquilo.

—No sufras —repuso John—. Resulta que ese hombre era muchas más cosas. Entre ellas un asesino sin escrúpulos.

A partir del año 45, Noam Westheim había ingresado en el Irgun, una organización paramilitar sionista que actuaba contra los intereses del Protectorado Británico en Palestina. No estaba clara su participación en la acción más sanguinaria y espectacular de su grupo, el atentado del hotel Rey David en Jerusalén en el año 46 —que había dejado noventa muertos, entre ellos numerosos oficiales del ejército británico—, aunque sus acciones en esa etapa no fueron menos deshonrosas: Noam Westheim, con el apoyo o el permiso de su organización, había tomado parte en los años de posguerra en la oleada de ejecuciones clandestinas de antiguos miembros del Partido Nazi llevada a cabo por los llamados «vengadores judíos», comandos dedicados a rastrear y eliminar a criminales de guerra nazis ocultos bajo nuevas identidades.

En el año 1948, Noam Westheim abandonó estas actividades para regresar a Israel a combatir en su Guerra de Independencia contra los árabes. Durante esta, el Irgun fue desmantelado, y la mayoría de sus miembros integrados dentro del ejército regular del Estado de Israel. Westheim pasó a incorporarse al servicio militar para luego ser derivado a los servicios secretos de Israel y devuelto a Europa en calidad de agente de campo.

—¿Alguna vez has escuchado el término «cazador de nazis»? —preguntó John.

Negué con la cabeza. Entonces me explicó que existían personas que llevaban años dedicadas a identificar y llevar ante la justicia a criminales de guerra que no habían sido juzgados en Núremberg o Dachau. Esas personas, los «cazadores de nazis», básicamente ejercían un trabajo a medio camino entre el periodismo y la abogacía, sin recibir normalmente el respaldo oficial de ningún gobierno.

Uno de los «cazadores de nazis» más conocidos era un judío polaco llamado Fred Tuvih, superviviente de un campo de concentración y que hacia el final de la guerra se había hecho un nombre en las milicias comunistas de Polonia por su sed de venganza contra los nazis, a no pocos de los cuales había pasado a cuchillo en el entorno de la ciudad de Danzig. Más adelante había moderado sus métodos, pero había continuado su persecución abriendo una Oficina de

Documentación en la ciudad de Viena con el patrocinio secreto de la Haganá, el antecedente del actual ejército israelí.

Entre los años 46 y 48, Fred Tuvih había sido el líder en la sombra de un grupo de «vengadores judíos», de modo que, aunque de cara a la galería el propósito de su Oficina era localizar y entregar criminales de guerra a la justicia, en muchos casos estos terminaban siendo ejecutados en la clandestinidad por sus compañeros. Del año 48 en adelante, con la instauración del Estado de Israel y sus servicios secretos, Fred Tuvih había camuflado aún más sus acciones fuera de la legalidad, pero nunca le faltaron socios que llevaran a cabo el trabajo sucio, como el mismo Noam Westheim, ya por entonces agente del servicio secreto israelí.

—¿Cómo y cuándo habéis averiguado todo esto? —pregunté, interrumpiendo a John, que igualmente se había detenido para excavar entre los huesecillos de las alas del pato.

—Anoche contactamos con nuestros colegas de Israel.

—¿Los propios israelíes os han pasado toda esta información?

—Desde que supimos del asesinato de Jude Kochanski nos pusimos al habla con ellos para saber si se trataba de alguna operación que se les hubiera ido de las manos: los indicios apuntaban en esa dirección. Pero nos lo negaron rotundamente. Sin embargo, como consecuencia de lo ocurrido ayer, han cambiado de actitud. Nuestras oficinas en Madrid llevan veinticuatro horas en comunicación continua con Tel Aviv. Ellos han admitido que la pareja con la que te enfrentaste en la finca son dos agentes suyos, pero niegan que estuvieran actuando bajo órdenes de su Gobierno. Aun así, saben que este asunto puede estallarles en los morros y que, justamente ahora que su país está en boca de todos por el secuestro de Adolf Eichmann, lo último que les conviene es que se descubra que han tenido algo que ver con todos estos crímenes en España. Por eso han accedido a colaborar con nosotros.

—Has dicho que los indicios apuntaban a ellos, a los israelíes, ¿por qué?

—Muy sencillo: Jude Kochanski siempre ha sido considerado un bicho raro en los círculos de poder judíos, por su oposición al sionismo y su defensa de los valores germánicos. Kochanski estaba lejos de las posturas del nazismo, pero para muchos judíos era poco menos que un colaboracionista por exhibir públicamente su indiferencia y hasta su rechazo a la creación del Estado de Israel. Eso, claro, podía convertirlo en un objetivo para cualquier sionista fanático.

—¿Como esos judíos vengadores de los que hablabas antes?

—Por ejemplo, sí. Luego está la muerte del sacerdote, Ramón Sabater… Nosotros, como te dije, sabíamos que ese hombre era quien había tramitado el envío del cuadro a la exposición de Zúrich, y sabíamos que no podía ser casualidad que lo asesinaran solo un día después y de un modo tan parecido al de Kochanski. Sabíamos que ambos hechos estaban conectados, y contábamos con dos teorías al respecto: la primera era la que compartí contigo la otra noche, la de que tras esos crímenes pudieran estar los propios promotores de la exposición de pintura, el doctor Lamar Hafner o alguno de sus aliados. Es decir, que con esas muertes estuvieran intentando borrar las huellas que pudieran conducirnos hasta algunos miembros de ODESSA. La segunda teoría me la guardé para mí. Esta era que los responsables de los crímenes, por algún motivo, estuvieran intentando desandar el camino seguido por el cuadro para llegar hasta su autor, que ahora sabemos que era un sargento de la Stasi supuestamente llamado Robert Klett. En este último escenario, los israelíes eran necesariamente los principales sospechosos.

—Pero ellos lo negaron.

—Sí. Con haber capturado a Eichmann tenían suficiente por el momento, vinieron a decirnos. No podían permitirse abrir otro conflicto diplomático en España. Nosotros no sabíamos qué

pensar, estábamos totalmente desorientados. Fue entonces cuando apareciste tú haciendo preguntas, y yo me dije: en verdad este hombre ha venido traído por las estrellas. ¿Te acuerdas, Ernesto, de la estrella fugaz sobre tu cabeza?

No respondí nada. ¿Qué iba a responder a semejante idiotez? John continuó con su explicación. Pasó a hablar de ella, de la asesina, Cora Szekeres.

Cora había nacido en una familia de orígenes judeo-alemanes en algún lugar de lo que actualmente era la República de Hungría, un territorio que Alemania había invadido en el 44. Por entonces era apenas una muchacha que, por su condición de judía, fue enviada desde el gueto de Budapest hasta un campo de concentración en Austria. Solo el avance del Ejército Rojo evitó que de ahí pasara a uno de exterminio. Una vez libre, con la ayuda de algunos familiares, consiguió pasar a Israel, donde al poco tiempo se enamoró y contrajo matrimonio con un antiguo miembro del Irgun reconvertido en agente de los servicios secretos de aquel país.

—¿Se casó con su compañero Noam Westheim? —pregunté.

—Casi. Se casó con el hermano mayor de este, Jacob Westheim. Jacob había seguido una trayectoria paralela a la de Noam. Había emigrado a Palestina junto a él en el año 33 y se había alistado también en la Brigada Judía, recibiendo por ello, como su hermano, la Medalla Militar del ejército británico. Más tarde había ingresado en el Irgun, y quién sabe cuántos asesinatos clandestinos perpetrarían los dos hermanos en Europa antes de regresar a Israel para combatir en la Guerra de Independencia del 48. Durante esa guerra Jacob Westheim conoció a la que poco después iba a convertirse en su esposa: Cora Szekeres.

—Esto va pareciéndose cada vez más a un serial de radio. *Asesinos enamorados*, cada tarde en Radio Madrid después del *Ama Rosa*.

—Haces bien en burlarte. Yo también estaría de buen humor de haber sobrevivido a un encuentro con dos miembros del trío compuesto por Cora y los hermanos Westheim.

Ese trío, continúo John, había sido captado por los servicios secretos de Israel en ese mismo año 48 y tras cumplir con su adiestramiento los tres volvieron a Europa, más concretamente a Alemania. Una vez allí, fueron cumpliendo todas las misiones que les encomendaron desde el cuartel general de Tel Aviv a la vez que, mediando el silencio o la complicidad de sus jefes, se pusieron a las órdenes del cazador de nazis Fred Tuvih, para el que los dos hermanos ya habían trabajado con anterioridad.

—Fred Tuvih, desde su Oficina de Documentación en Viena —indicó John—, marcaba los objetivos que Cora y los hermanos, junto con otros de sus seguidores, se ocupaban de rastrear y eliminar. Por supuesto, los israelíes jamás admitirán oficialmente que esto sucedió así. Nunca reconocerán que algunos de sus agentes se comportaban como vulgares matones. Pero en vista de la gravedad de lo que tenemos entre manos, han preferido no ser rácanos con la información.

—Al contrario que tú conmigo el otro día.

—No seas rencoroso, Ernesto.

—No lo soy. Aunque tengo memoria. Y sentimientos. Pero sigue hablando, que no sé por qué me da que ahora viene una parte entretenida.

—Bien, como te decía, Cora y los hermanos colaboraron con ese hombre, Fred Tuvih, hasta la inesperada muerte de Jacob Westheim durante una incursión fallida en territorio polaco allá por el año 52. A partir de esa fecha, tanto la viuda como el hermano restante dejaron de lado sus actividades clandestinas para dedicarse en exclusiva a su labor como agentes del Mosad, y su conducta durante los últimos ocho años, a decir de sus superiores, fue ejemplar.

—Dejaron de matar a expensas de un tercero y se centraron en matar a expensas de quien les

pagaba el sueldo. ¿Es eso? Se pasaron del sector privado al público.

—Yo no sabría decirlo mejor. La cuestión es que hace un par de días los israelíes negaban que ellos tuvieran nada que ver con lo que estaba ocurriendo en España, pero ayer nos reconocieron que ya entonces tenían sospechas de que los autores de los crímenes eran agentes suyos. Lo intuían, sin embargo no tenían la certeza de que así fuera. Y sobre todo, como digo, no tenían ni la más remota idea de por qué habían venido aquí. Por qué dos de sus agentes podían haberse embarcado en un sangriento *tour* por tierras españolas. Eso, no es necesario que lo diga, es algo que nos sienta fatal a las agencias de inteligencia. Perder el control de la situación.

—Pero ahora ya han averiguado el motivo que trajo a España a esos dos pájaros, ¿verdad?

—En parte sí. Y ha sido gracias a ti, Ernesto. Tú mencionaste ayer que Carlos Ramírez había acogido a un presunto fugitivo alemán que se hacía llamar Robert exactamente el día 1 de enero… Pues bien, cuando le pasé ese dato a los israelíes, ellos vieron la luz, ya que justamente el 30 de diciembre, o sea, dos días antes, el cadáver de un sargento de la Stasi llamado Robert Klett había aparecido flotando en las aguas del río Spree. Y ese hallazgo había supuesto nada menos que el fin de una operación que sus agentes Noam Westheim y Cora Szekeres estaban llevando a cabo en Berlín. Los dos habían sido enviados allí poco tiempo antes justamente para eliminar a ese sargento. Pero alguien se les adelantó. O eso creían.

El sargento Robert Klett al parecer había irrumpido en el convulso ambiente de Berlín Este allá por el año 58. Nadie tenía claro de dónde venía ni por qué los mandos de la Stasi lo habían colocado en ese cargo, pero pronto las dudas sobre su pasado quedaron diluidas por su propia conducta, ya que Klett se desmarcó enseguida como uno de los elementos más eficientes, y por tanto más crueles, de aquel cuerpo. Sin ir más lejos, solo unos meses atrás, el pasado noviembre, el sargento había arrestado por casualidad a un par de agentes secretos de Israel a los que decidió ejecutar sin mediar juicio o interrogatorio oficial en los sótanos de su comisaría. El Gobierno israelí, en represalia, tomó la decisión de deshacerse discretamente del sargento, empleando para ello a dos de sus agentes con más experiencia en ese tipo de operaciones encubiertas. Cora Szekeres y Noam Westheim arribaron a Berlín a finales del mes de diciembre, pero antes de que pudieran cumplir su misión, el sargento Klett había aparecido muerto.

—En realidad, lo que apareció en el río no era tanto un cadáver como un trozo de carne hinchado y putrefacto —matizó John—. Lo reconocieron porque llevaba encima el uniforme y las credenciales, pero le habían amputado manos y piernas y desfigurado el rostro a golpes hasta hacerlo irreconocible. En los diarios de Berlín Este se publicó la noticia de que el sargento había sido asesinado por un grupo de jóvenes opositores en represalia por una redada, siendo esta la versión oficial de los hechos defendida por las autoridades berlinesas. Pero ahora parece evidente que todo era una maniobra de distracción para que Robert Klett burlara a sus perseguidores, o sea, a los israelíes, a Cora y a Noam. Y que no eran sus restos los que aparecieron en el río, sino los de algún desgraciado que tuviera una complexión física semejante.

—Y el sargento, tras fingir su muerte, se vino a España, a esconderse nada menos que en la finca de Carlos Ramírez.

—La finca donde, pasado un tiempo, consiguieron localizarlo los dos agentes a los que había dado esquinazo en Berlín.

—¿Cómo averiguaron que el sargento les había engañado, y que estaba allí escondido?

—Los israelíes lo ignoran. O dicen ignorarlo, al menos. Aunque esta vez tengo la impresión de que dicen la verdad.

John se había terminado el pato y el camarero acudió a retirarnos los platos y preguntarnos si

deseábamos postre. John se pidió una tarta de queso y un café. Mary otro whisky doble. Yo, lo mismo que ella. La botella de vino se había acabado hacía rato, y de todos modos el vino se me hacía poca cosa para acompañar aquella conversación.

—Pero si los israelíes querían muerto a ese sargento —dije—, y sus dos agentes fracasaron en su misión de matarlo en Berlín, ¿por qué montar todo este embrollo? Me refiero a que si esos agentes averiguaron, del modo que fuera, que el sargento les había toreado y había huido a España, ¿por qué no lo comunicaron a sus superiores en lugar de venirse hasta aquí para matarlo ellos, actuando por libre? ¿Por qué tanto empeño en resarcirse de ese fracaso?

—Esa es la pregunta del millón de dólares, como decimos en mi país —respondió John—. Aunque hay otra pregunta por la que quizás habría que pagar incluso más de un millón: por qué unos nostálgicos del nazismo como el doctor Lamar Hafner, el sacerdote Ramón Sabater o Carlos Ramírez, y puede que en general toda la estructura de ODESSA, está protegiendo a un oficial de un cuerpo de policía de Alemania Oriental, o sea, a un oficial soviético.

—Tal vez porque no saben que es un oficial soviético. O tal vez porque saben que es algo más que eso. Porque no hay que olvidar que esta no es la primera vez que los nazis se encargan de buscarle a ese hombre una fuga desde Alemania a España. Ya lo hicieron ocho años atrás, cuando Carlos Ramírez lo alojó en su casa de Barcelona durante unos días, antes de que continuara su camino hasta América. Ese sargento tiene que tener algo especial.

—Eso es evidente, y eso es lo que aún falta por averiguar: quién es realmente el sargento Robert Klett, por qué esos dos agentes israelíes lo buscan con tanto ahínco, y por qué los nazis están empeñados en protegerlo.

—Yo lo que me pregunto es por qué todo este embolado no ha podido caerle en suerte a otro desgraciado y no a mí.

—Tienes razón en lamentarte, Ernesto. Todo esto es un jodido pandemónium.

El camarero llegó con la tarta y las bebidas. El whisky era escocés, Dixon. No era gran cosa, pero cumpliría con su función: aletargarme los sentidos de modo que pudiera conciliar el sueño esa noche. Después de estar todo el día ocupado en intentar adecuar lo ocurrido en la finca al relato de los hechos elaborado por Turégano, y después de todo el rollo que John acababa de soltarme, sentía que mi cerebro estaba a punto de estallar. Era demasiado para una sola jornada.

—¿Qué vais a hacer ahora? —pregunté.

—No lo sabemos —respondió John—. Tenemos mucha más información que antes, pero no tenemos ni idea de cuál será el siguiente movimiento de esa mujer, Cora, ni de dónde pueden haberse llevado al sargento Robert Klett los esbirros del doctor Hafner. Así que estamos a verlas venir. Nuestra esperanza está en que ella se dé por vencida, que Carlos Ramírez no haya podido decirle a dónde dirigirse para encontrar al hombre que busca, y que ella decida borrarse del mapa para siempre.

Era más de medianoche cuando salimos del restaurante.

—Mañana por la mañana… O mejor dicho, hoy, dentro de un rato, me volveré para Madrid —anunció John, ya en la calle—. Te avisaré si ocurre alguna novedad.

John me tendió la mano y se la estreché rápidamente. Luego se despidió de Mary con un beso en la mejilla y se encaminó hacia la parada de taxis de la otra acera.

—¿Tú también piensas tomar un taxi hasta tu pensión, o quieres que te acompañe caminando? —le pregunté a ella.

Mary se encogió de hombros. Según había avanzado la velada, su gesto se había ido suavizando, sin duda a causa de los dos whiskies que se había tomado. Aunque no había abierto

la boca en toda la noche. Se había mantenido firme en su silencio.

—Venga, paseemos —dije—. Te vendrá bien despejarte.

La agarré del brazo y ella no opuso resistencia. Nos encaminamos hacia el río. Su pensión, según me había dicho, quedaba cerca de allí, en la ribera opuesta. Al llegar al puente —no el del toro de piedra, sino otro más moderno, con barandas y arcos de acero— ella se zafó de mí con un arreón. Fue como si el frescor del Tormes la hubiera hecho volver en sí.

—¿Qué te he hecho yo? —preguntó, a voz en grito. Por suerte, no había nadie en los alrededores, solo me faltaba terminar aquel día dando explicaciones en una comisaría por armar escándalo en la calle.

—¿Tú? Nada —respondí—. ¿Por qué preguntas eso?

—¿Entonces por qué me tratas así?

—¿Así cómo?

—Con desprecio. Ayer casi nos matan a los dos. Pasé toda la tarde llorando por ti, pensando que habías muerto. Anoche me despedí de ti lanzándote un beso. Dime, ¿sabes cuánto tiempo hacía que no le lanzaba un beso a un hombre? Yo te lo diré: desde la muerte de mi esposo.

—Cálmate —rogué—. Pareces una niña pequeña. ¿A santo de qué viene este numerito?

—Estoy calmada, Ernesto —repuso, sin bajar el volumen—. Muy calmada. Sé que piensas que todos nos hemos burlado de ti. Y no es cierto. Yo no tengo nada que ver con ese majadero de John. Yo no tengo nada en común con todo este mundo de espías. Ni siquiera he disparado un arma en mi vida. En su día, me metí en esto porque me pagaban bien y porque estaban interesados en mis conocimientos sobre el arte, nada más. Nunca me dijeron que iba a poner en riesgo a nadie cercano a mí. Yo solo soy una vulgar profesora.

—Te creo, pero tranquilízate.

—Me da igual. No necesito que me creas. No necesito nada de ti. Necesitaba a Jude. A él sí lo necesitaba. Era mi jefe, mi amigo y mi confidente. Y por mi culpa está muerto. Para John esto es un juego, ya lo has oído. Y para ti también. Antes de la cena me lo has dejado bien claro: tú no lo conociste. Para ti, Jude es solo el nombre de un muerto. Pero yo sí lo conocí. Llevo cinco días conteniendo el llanto a cada momento, pensando en él y en su familia allá en Alemania, en su esposa viuda y en su hija huérfana. Tú crees que esto es un problema que te ha caído del cielo, que no pintas nada en este asunto, pero no es cierto. Estás aquí por ser quien eres, por ser policía. Estás cumpliendo con tu deber, investigando un crimen, y cuando lo resuelvas podrás olvidarte de él y también de mí, como si nunca hubiera ocurrido. Pero yo no. Yo me pasaré el resto de mi vida preguntándome si Jude seguiría vivo de no ser por mí. Si yo he sido de algún modo la responsable de su muerte. Soy yo quien está donde no debe, Ernesto. Quien está fuera de lugar, en el centro de un remolino.

No había lágrimas en sus ojos, ni la voz se le había quebrado una sola vez. Estaría borracha, pero no me dio la impresión de que el alcohol hablara por ella. Aquel arrebato no era espontáneo, se estaba cociendo como mínimo desde el inicio de la noche. Quizá debí haberlo visto venir, pero no hubiera sido sencillo prever una reacción como esa en alguien con un carácter aparentemente tan sereno, tan alemán, como el suyo. Me dije si no sería precisamente eso. Que por un instante al menos, ella estaba dando rienda suelta a su porción de sangre española, la cual normalmente, y por motivos obvios, prefería mantener a raya.

—Vamos a tu pensión —dije—, allí estaremos más tranquilos.

—No. Me voy yo sola. No quiero tenerte cerca ni un minuto más. Es lo que querías, ¿no? Escaquearte. Librarte de nosotros. De mí. Pues bien: enhorabuena, Ernesto. Lo has conseguido.

25

La vi alejarse hacia la otra orilla, y naturalmente mi primer impulso fue seguirla. Pero me detuve a los pocos pasos. ¿Para qué? ¿Qué sentido tenía tratar de arreglar las cosas entre nosotros? Ella lo había dicho bien claro: yo pretendía escaquearme, y aquella era mi oportunidad. ¿Por qué continuar comportándome como un pánfilo, corriendo tras ella como un perrito faldero? Si quería que la dejara en paz de una vez por todas, y yo quería comenzar a olvidarme de ella y de John y de todo aquel asunto, qué mejor manera de hacerlo que así, con un tajo rápido y profundo, como cuando se amputa una extremidad.

En cuanto la perdí de vista caminé de regreso a la comandancia, donde tuve algún problema con el número que guardaba la entrada, quien al verme de paisano y algo achispado me impidió el paso. Como solo había salido a cenar y sin intención de regresar tan tarde no había llevado conmigo mi placa de policía. El agente tuvo que despertar a un oficial para que este me permitiera el acceso al recinto.

Una vez en la cama, y a pesar de que había bebido bastante para intentar evitarlo, mi cabeza no paró de darle vueltas a todo lo sucedido durante el día. La última vez que miré el reloj eran cerca de las tres. A las siete en punto me despertó el toque de diana.

Esta vez desayuné en la misma comandancia —un café acuoso y una magdalena revenida— porque a las ocho había quedado de nuevo con Jesús Turégano y el teniente coronel Reina para terminar de perfilar nuestra estrategia. Esta vez Turégano se presentó a la hora, con un manojo de periódicos en el regazo que me instó a hojear antes de ponernos con la tarea.

En los nacionales, la noticia de la muerte de Carlos Ramírez apenas ocupaba unas líneas en páginas interiores; en los locales se extendían un poco más, pero sin desviarse del contenido de nuestra nota. Habían hinchado la noticia añadiendo información sobre los negocios de Carlos Ramírez en la provincia, haciendo hincapié en la mina que había dirigido durante casi una década, pero eso era todo.

Turégano nos comunicó que el ministro Castiella había llamado hacía unos minutos y le había transmitido su satisfacción por cómo lo habíamos resuelto todo. El bandido había muerto: ¿a quién podía importarle que no fuéramos capaces de ponerle nombre? Eso era secundario. Lo principal era que habíamos logrado ensamblar un relato sólido, contundente, que podíamos vender como un triunfo de cara al extranjero. Además, con el culpable muerto, la ley española vetaba la posibilidad de celebrar un juicio en el que hubieran podido ponerse de manifiesto las irregularidades y contradicciones de ese relato. Todo aquel caso, por tanto, moriría en los

despachos. Nuestros atestados pasarían a ser palabra divina, sin que ningún testigo tuviera oportunidad de desmentirlos y sin que ningún tribunal patrio o foráneo pudiera dudar de su veracidad. Esto, teniendo en cuenta que una de las víctimas, Carlos Ramírez, contaba con un heredero de estatus pudiente, no era una cuestión menor: de celebrarse un juicio, el hijo podría presionar para conocer la verdad sobre lo ocurrido en la finca de su padre, y nos hubiera puesto a todos en un brete.

Eran un poco más de las doce cuando dimos la reunión por concluida. Jesús Turégano regresaría a Madrid enseguida para informar personalmente al ministro de los últimos detalles tratados esa mañana.

—No me extrañaría que le propusieran para una medalla, Trevejo —me dijo al despedirse.

Ya me habían concedido una hacía diez años, una Medalla de Plata al Mérito Policial. Mi mérito había sido permitir que me endiñaran un tiro en el vientre en el transcurso de una redada. Esta segunda, si me la otorgaban, sería por haberme cargado a un maleante de pura potra. No quería imaginarme qué tendría que hacer para obtener una tercera.

Hubiera podido volverme a Madrid con Turégano, pero no me apetecía compartir con él el reducido espacio de un automóvil durante las más de tres horas que duraría el trayecto. Opté por llamar a la estación de trenes y reservar un billete para el rápido de las cinco. Salvo sorpresa, estaría en casa a eso de las once. Eso me daba un margen para comer sin prisas y pegarme otro buen paseo por la ciudad.

Salí de la comandancia y caminé en dirección al río. Era un sábado soleado de septiembre y había bastante bullicio, sobre todo de turistas españoles y extranjeros que admiraban el patrimonio arquitectónico pese al tórrido calor castellano que desprendía el empedrado por el que transitaban.

Sin pretenderlo, llegué hasta el lugar exacto donde me había despedido de Mary y me asomé a la baranda a contemplar las aguas tranquilas del Tormes discurrir bajo el puente mientras me fumaba un cigarrillo. Todavía estaba algo chafado por el vino y el whisky de la cena y por cómo habíamos cerrado la investigación, y observar aquel paisaje castizo e idílico tuvo el efecto de elevarme el espíritu. Por desgracia, el respiro me duró poco.

—¡Ernesto!

Escupí el cigarrillo al río y me volví hasta el coche que había frenado en seco a mi espalda. Era uno de los Buick color negro de la embajada estadounidense. John estaba asomado a una ventanilla trasera, y me indicó con un gesto que entrara. Por la cara que traía, estaba claro que no había venido a despedirse.

Me senté a su lado y el conductor, uno de los agentes de los que me habían asaltado en el portal de mi edificio, aceleró y enfiló la avenida al otro lado del río, en dirección a las afueras. Detuvo el vehículo junto a un almacén con pinta de llevar abandonado muchos años, a un par de kilómetros de la ciudad. John, que había cambiado el traje gris por uno de color negro con camisa blanca, sin corbata, y que al parecer no había tenido tiempo de afeitarse desde el día anterior —lucía una sombra de barba que le otorgaba un aire bohemio; yo mismo tampoco me había afeitado desde hacía dos días, aunque en mi caso, según tenía entendido, la barba no me daba un aire bohemio, sino de vagabundo—, se apeó y me instó a seguirlo al interior del edificio, donde los americanos habían montado algo así como una base de operaciones. El otro Buick estaba aparcado en un rincón. Al lado, entre escombros y materiales de obra, había unas fiambreras con restos de comida y unos colchones.

—Alquilamos el sitio hace un par de días —explicó John, deteniéndose en mitad de la nave:

no había ningún asiento ni tampoco ningún despacho o estancia en la que pudiéramos hablar más recogidos—. No sabíamos cuánto podía demorarse la vigilancia en torno a la finca de Carlos Ramírez, y siempre intentamos estar preparados para lo que pueda suceder.

Un poco más allá de las fiambreras y los colchones había un par de arcones con ruedas que identifiqué como propios para el transporte de armamento de guerra. Dado que aparentemente no había ningún agente montando guardia en el almacén, supuse que estarían vacíos, y que por tanto la ciudad entera debía de estar tomada por yanquis pertrechados con metralletas o fusiles automáticos.

—Esta mañana a primera hora alguien ha llamado a nuestra embajada en Madrid —anunció John— y ha dictado un mensaje muy específico dirigido a nosotros, a nuestra agencia. Según el empleado que atendió la llamada, era una mujer que hablaba un inglés bastante tosco y con un fuerte acento alemán. No dio su nombre en ningún momento, aunque no hay muchas dudas de quién era. Este es el mensaje completo, traducido al español.

John se sacó un papel del bolsillo. Estaba escrito a bolígrafo, con letra grande y líneas torcidas, como si lo hubieran copiado o traducido a toda prisa. De hecho, era una traducción bastante mejorable que, supuse, habría realizado él mismo hacía solo unos minutos.

La señora Mary Clarke está conmigo desde anoche. Está a salvo. Si quieren que no le ocurra nada malo tienen que decirme dónde está el hombre al que busco. Ustedes pueden saberlo. Esta noche llamaré otra vez a esta embajada y les diré un lugar para una cita cerca de Salamanca. Ustedes tendrán la información. La traerá consigo el policía que mató a mi amigo, el señor Ernesto Trevejo. Los dos vendrán conmigo, el policía y la mujer. Si me preparan una trampa, los mataré a los dos. Si el hombre que busco no está donde ustedes me dicen que está, o el lugar está vigilado, los mataré a los dos. Si el policía no viene a la cita o ustedes deciden no cooperar, obtendré de ella toda la información que pueda sobre ustedes, luego la mataré en un lugar público, y hablaré con periódicos de toda Europa para decir quién era ella.

—Esto es una broma, ¿verdad? —pregunté, tras leer el texto un par de veces.

—No, no lo es.

—¿Dónde está Mary?

—No llegó anoche a su pensión. Hemos preguntado allí, y también en los alrededores. Nadie la ha visto esta mañana.

—Puede que esté ahora mismo camino de Madrid.

—No lo creo. Tenía que reunirse conmigo esta mañana. No se ha presentado.

—Esto es una treta, John. Tiene que serlo.

—Ojalá lo fuera, pero me temo que es real. Tú te quedaste con ella cuando yo me despedí de vosotros en la puerta del restaurante…

John dejó la pregunta flotando en el ambiente porque le faltó valor para formularla o porque no lo consideró necesario. La pregunta era si acaso yo no la había acompañado hasta la misma pensión, o más exactamente —si lo que decía la nota era cierto— por qué no lo había hecho. Por qué había permitido que Mary caminara sola en plena noche, siquiera unos pocos centenares de metros, con una asesina por ahí suelta cuyas intenciones desconocíamos. Hubiera podido excusarme alegando que lo había hecho por una mezcla de hartazgo e inconsciencia, haberle narrado la escena que me había montado Mary en mitad del puente y decirle que, al igual que él no había valorado correctamente el riesgo de que acudiéramos a la finca de Carlos Ramírez, yo había infravalorado a nuestra adversaria. Lo peor era que yo mismo le había recriminado a Turégano veinticuatro horas antes que hiciera justamente eso. Turégano había afirmado que una

mujer sola, armada o no, no iba a suponer una amenaza para nadie, y yo inconscientemente debía de haberme dejado llevar por un pensamiento parecido. Mi cerebro simplemente no había concebido la idea de que Cora, sabiéndose perseguida, no hubiera puesto tierra de por medio y nos estuviera acechando allí mismo, en plena ciudad. ¿Acaso habría actuado igual si el superviviente del asalto hubiera sido su compañero y no ella? ¿Habría dejado sola a Mary si el asesino que escapó de la finca hubiera sido un hombre y no una mujer? No podía estar seguro. Pero en cualquier caso la responsabilidad de aquel desastre era mía.

—Entonces hay que avisar a todo el mundo —dije—. En menos de una hora podemos tener controles de la Guardia Civil en un radio de doscientos kilómetros. Mary es una ciudadana de los Estados Unidos, ninguno de mis jefes va a oponerse a ello.

—No podemos hacer eso —repuso John.

—¿Por qué no?

—Dice que la matará en un lugar público, y que hablará con la prensa… No podemos arriesgarnos.

—¿Qué propones?

—Transigir con lo que pide. Negociar.

—¿Desde cuándo los Estados Unidos negocian con terroristas?

—Nosotros no somos el Gobierno de los Estados Unidos. Somos un servicio de inteligencia. Y esa mujer no es una terrorista, es una exagente de los servicios secretos israelíes.

—Sigue siendo un chantaje.

—Sí, y uno muy bueno.

Leí la nota una tercera vez. Estuve a punto de echarme a reír. Aquello no podía estar pasando.

—Esto no puede ser —dije—. Estas cosas no suceden aquí. Esto es España.

—Adolf Eichmann fue capturado en Argentina —indicó John—. No en Alemania ni en los Estados Unidos, sino en Argentina. En una guerra como esta que estamos librando actualmente, no hay fronteras que valgan.

—¿Qué guerra? La guerra terminó hace años.

—La guerra por la libertad. Por definir cómo será el mundo en las próximas décadas. Es una guerra silenciosa, pero tan violenta y global como la anterior.

—¡Déjate de hostias y dime qué hacemos!

—Lo primero es tomárselo con calma. Todavía tenemos unas horas para reflexionar.

—No digas tonterías. Ahora mismo me voy a informar de esto a todo cristo, y si se tiene que armar la marimorena, que se arme.

Me encaminé a la salida del almacén, pero John me retuvo agarrándome del hombro.

—Piensa un poco, Ernesto. Usa la cabeza. ¿Tú crees que alguien como Cora Szekeres va a dejarse atrapar en un control de carretera, o que la Guardia Civil va a dar con ella preguntando por la calle? No, claro que no. Ahora mismo debe de tener a Mary en un lugar seguro, un almacén parecido a este, una choza en mitad de un prado, un agujero en la tierra, quién sabe. No vamos a encontrarlas antes de esta noche, eso por descontado. Y llegada la hora, la matará, tal y como asegura. Cora y su difunto compañero han matado ya a seis personas, a tres de ellas torturándolas antes. O sea, que podemos dar por sentado que no va de farol. Involucrar a las autoridades españolas sería tanto como condenar a muerte a Mary.

—¿Y qué vamos a hacer? Aunque quisiéramos colaborar con ella, en este mensaje dice que antes de esta noche tendríamos que averiguar dónde está ese hombre, el que se ocultaba en la finca de Carlos Ramírez. ¿Acaso hay algún modo de hacerlo?

John se rascó la frente, como si no tuviera claro si contestar, o qué contestar.

—Podemos intentarlo —dijo finalmente—. Nuestros agentes en Suiza podrían entrevistarse personalmente con el doctor Lamar Hafner. Si le ponemos al corriente de la situación y le aseguramos que aparcaremos la investigación sobre la exposición de pintura del Kunsthaus y que no estamos siguiéndole la pista a su amigo, el sargento Robert Klett, sino a la persona que lo está persiguiendo para matarlo, es posible que se avenga a colaborar.

—¿Lo dices en serio?

—El doctor, a fin de cuentas, es un hombre de ciencia, y además un político; la suya es una mente racional. Si le ofrecemos un acuerdo que le beneficie, puede que nos dé la información que necesitamos.

—¿Crees que aceptará?

—Estoy casi convencido de que lo hará, aun a regañadientes. Es su mejor opción si quiere garantizarse la seguridad de su operación de lavado de capitales y, ya puestos, la supervivencia de su amigo. Porque esa mujer, Cora, no va a darse por vencida. Si no consigue lo que quiere hoy, a través de nosotros, buscará cómo hacerlo más adelante. Puede que vaya a buscarlo a él, al mismo doctor Hafner. Que él sea su siguiente objetivo. Si se lo exponemos todo así de claro, no tendrá más remedio que cooperar.

—¿Y si aun así no lo hace? ¿Y si prefiere arriesgarse a todo antes que darnos el paradero de ese hombre? No sabemos por qué esa asesina lo está persiguiendo, pero tampoco por qué el doctor y sus colegas nazis lo protegen. Puede que sus razones sean más poderosas que cualquiera de tus argumentos.

—Pues entonces estaríamos bien jodidos. Mejor no pensarlo.

—¿Qué se supone que haremos una vez que conozcamos el paradero de ese hombre? Cora dice que si le tendemos una trampa, matará a Mary.

—Eso lo decidiremos sobre la marcha.

—Y, ¿por qué crees que pide que sea yo quien le lleve la información?

—Se me ocurren dos opciones: o le caíste bien el otro día, cosa que yo no descartaría, o quiere de rehén a un policía español. Sabe que eso le daría mucho más poder para negociar tanto con nosotros como con las autoridades españolas.

—También puede ser que me la tenga jurada por haberme cepillado a su compañero, ¿no te parece? Y que si voy y le digo dónde encontrar al hombre que busca, acto seguido me meta un tiro en el pecho.

—No sabemos sus motivos, esa es la verdad. Pero en el fondo es una buena noticia que haya pensado en ti. Mary nunca estará en posición de enfrentarse a una mujer como Cora, pero tú sí. Tú eres policía, estás entrenado para estas situaciones. Bastará con que cometa un descuido para que caigas sobre ella y la reduzcas.

—La última vez que me enfrenté a ella, yo terminé en el suelo, desarmado y atado de pies y manos.

—Lo comprendo, Ernesto. Me pongo en tú lugar, de verdad que sí. Sé que es mucho lo que te estoy pidiendo.

—Me estás pidiendo que me lance desde un puente con los ojos cerrados y rece para que el río lleve agua. Que me deje secuestrar por una asesina sin escrúpulos que no vacilará un segundo en colocarme un alambre al cuello y asfixiarme.

—Lo que te estoy pidiendo es que hagas lo posible por salvar la vida de Mary, eso es lo que te estoy pidiendo. Pero no tienes que tomar una decisión ahora. Como te he dicho, contamos con

unas horas para meditar. Yo por mi parte voy a informar a mis compañeros en Suiza y a pedirles que contacten con el doctor Lamar Hafner, para ver si podemos obtener el paradero de ese hombre esta misma tarde.

—Se me está ocurriendo algo… ¿Por qué no recurrimos a Skorzeny? Él podría servirnos de mediador con el doctor Hafner.

—¿Skorzeny?

—El otro día me dijiste que no era agente vuestro. Que no lo teníais reclutado. Pero eso no es cierto del todo. No puede serlo. Aunque no lo tengáis a sueldo, alguien como él no podría estar en España sin vuestro consentimiento. Además, Skorzeny está al tanto de casi todo. Estoy convencido. Es imposible que alguien tan conectado como él no conozca a personas de su cuerda como Carlos Ramírez o el doctor Hafner. Cuando me entrevisté con él, me dio la sensación de que sabía mucho más de lo que parecía.

—Aunque fuera así, aunque Skorzeny mantuviera buenas relaciones con nosotros y estuviera más o menos al tanto de lo que ocurre, no veo por qué iba a aceptar mediar en este conflicto.

—Por dinero, lo primero de todo. Skorzeny es ahora un empresario, ¿no es eso? Pues vais con la pasta por delante y le pedís el favor muy educadamente. Seguro que no le importará que los americanos estén en deuda con él.

—Skorzeny es un tipejo impredecible, Ernesto.

—También es la única persona con autoridad suficiente como para garantizarnos que el doctor Hafner nos diga lo que necesitamos saber, ¿no crees?

—No lo sé. Es posible. Pero sería como pactar con el mismo diablo.

—Pues si hay que hacerlo, se hace. Para eso está el diablo, para recurrir a él cuando Dios no está mirando.

26

Regresamos a la ciudad. John dijo haber reservado una habitación precisamente en el Grand Hotel para tener acceso a un teléfono y estar al corriente de lo que fuera a suceder en Madrid con Otto Skorzeny y en Zúrich con el doctor Lamar Hafner. Dijo que podía quedarme con él a esperar noticias, pero rehusé la invitación.

Comí yo solo en la comandancia. Por ser sábado, el menú, a base de huevos fritos y filetes empanados, no estuvo mal. Luego me fui al cuarto a echar la siesta, que era lo que mi cabeza y mi cuerpo necesitaban. Me había abstenido de probar una gota de vino en la comida para estar en plenas facultades y tomar una decisión sobre qué hacer esa noche, puesto que aún no lo tenía nada claro y así se lo había dicho a John antes de despedirnos. No llegué a dormirme, pero alcancé un estado de duermevela en el que pude valorarlo todo con relativa lucidez. Allí, tumbado sobre las sábanas de aquel catre tan duro como el pan que acababan de ponerme en el menú, con unas pesadas cortinas color verde corridas sobre la ventana para que no entraran ni la luz ni el calor del sol, realicé un exhaustivo examen de conciencia acerca de mí mismo, de quién era yo y quién aspiraba a ser. La persona que yo era ya había tomado la decisión hace rato, y la decisión era la de desentenderme. Eso era sin lugar a dudas lo que haría Ernesto Trevejo. Por otro lado, la persona que aspiraba a ser, aun sin tenerlas todas consigo, estaba más o menos dispuesta a sacrificarse, no por Mary en particular, sino por cualquiera. Ernesto Trevejo tenía un punto de cobarde, uno de aprovechado, uno de huraño y uno de cínico, pero la persona que aspiraba a ser era muy diferente. Claro que Ernesto Trevejo llevaba toda la vida aspirando a convertirse en esa persona y nunca había dado un solo paso para conseguirlo. ¿Por qué iba a hacerlo? No le había ido mal siendo quien era. Tampoco le había ido bien, eso era cierto, pero habida cuenta de las circunstancias por las que había pasado siendo más joven, el balance era positivo: había logrado cavarse una cómoda madriguera en la que cobijarse, no tenía hondas preocupaciones vitales ni terribles traumas que lo atormentaran en las noches solitarias, que desde hacía tiempo eran mayoría. Era tan honesto y tan virtuoso como se lo permitía su condición de policía, lo que a veces no era demasiado. Pero eso era más de lo que podían decir muchos. No le movían grandes valores, no era un idealista. Jamás había pretendido cambiar el mundo ni se hubiera dejado matar por un credo. Y no aspiraba a ello. A lo que aspiraba era a ese pellizco de humanidad que sentía que le faltaba a menudo. Acallar esa voz en su interior que de tanto en tanto le recordaba que llevaba toda su vida caminando por el precipicio. Que, si no lo remediaba, tarde o temprano terminaría cayendo. No estaba seguro de si lo que buscaba era una

redención o una expiación, dado que no sentía que cargara con culpa alguna a sus espaldas. Pero tampoco era un inocente, y ahí estaba la clave, en esa zona gris. No era inocente ni era culpable, ni héroe ni villano, sino un tipo corriente, con algo de astucia y no poca suerte. Era alguien que había sabido medir siempre sus fuerzas, calcular cuánto debía exponerse en cada situación, lo mismo en sus encuentros con criminales que en sus relaciones profesionales, personales y amorosas. Estaba envuelto en un caparazón y solo se permitía asomar la cabeza y las extremidades unos instantes antes de retraerlos de nuevo. Pero lo que se le pedía en ese momento no era asomarse desde su caparazón, sino desprenderse de él. La persona a la que aspiraba a ser Ernesto Trevejo era él mismo liberado del caparazón que llevaba a todas partes, y que se le había ido endureciendo con el paso de los años.

Me levanté cuando algún campanario en alguna parte tañó seis veces. Ya había perdido por una hora el tren para Madrid, así que de alguna manera, me dije, la decisión estaba tomada.

Salí de la comandancia y me dirigí al Grand Hotel. Pregunté por John en la recepción, pero naturalmente no había ningún huésped registrado con ese nombre. Aunque si a quien buscaba era al caballero norteamericano, me dijeron, podría encontrarlo en la cafetería.

John estaba sentado justo bajo la fotografía de su compatriota Orson Welles. Sobre su mesa tenía un cenicero cargado de colillas y una taza de café. Me senté frente a él y me pedí otro para mí.

—¿Alguna novedad? —pregunté, y por el tono de mi pregunta, además de por mi mera presencia allí, creí innecesario manifestarle cuál había sido mi decisión.

—Alguna, sí —respondió John—. Como propusiste, nos pusimos en contacto con Otto Skorzeny y se avino a colaborar y contactar él mismo con el doctor Lamar Hafner, según él un viejo amigo suyo, para ayudarnos a sonsacarle dónde tienen escondido a ese hombre, el sargento Robert Klett. Estabas en lo cierto: Skorzeny tenía cierta idea de lo que estaba pasando, aunque lógicamente desconocía los detalles. No hemos querido facilitárselos todos, pero nos vimos obligados a informarle de algunas cosas para convencerlo.

—Por ejemplo…

—Por ejemplo, que eras tú quien habías pensado en él. Bueno, al parecer fue Skorzeny quien sacó tu nombre a colación. Quería saber si trabajabas para nosotros. Se lo hemos negado, naturalmente. Pero creo que te ha echado el ojo. Debiste causarle buena impresión la noche que cenasteis juntos.

—Después de las morenas de caderas anchas, los héroes de guerra nazi son mi debilidad. Siempre me los llevo de calle.

—De eso no hay duda. Los hombres que han estado hablando con él esta mañana creen que ha aceptado ayudarnos solo porque sabía que tú estabas detrás de la propuesta. Porque te aseguro que Skorzeny no hubiera tenido mayor inconveniente en mandarnos a freír monas aunque le hubiéramos puesto, como hicimos, una maleta con billetes sobre la mesa. Ni aunque le hubiéramos puesto una pistola, como hacemos en otras ocasiones. Con una persona así no valen nuestros habituales métodos de persuasión. Y ya te dije antes que nunca puedes estar seguro de cómo va a reaccionar alguien como Skorzeny.

—Pero ha reaccionado como queríamos, y eso es lo que cuenta. ¿Cuándo sabremos si el doctor Hafner también lo hace?

—En cualquier momento. Skorzeny debe de estar a la espera de que nuestra oficina de Zúrich le proporcione una vía telefónica directa y segura con el doctor, o puede que ambos estén ya hablando de sus cosas. Ya sabes, contándose sus batallitas, como dos antiguos camaradas.

Para matar el tiempo, charlamos un poco de cine, supongo que merced a la omnipresencia de Welles en la sala, aunque no lo mentamos en ningún momento. Mentamos en cambio a Hitchcock y sus películas *Con la muerte en los talones* y *Los 39 escalones*, de las que ya habíamos hablado la otra noche, por su relación con el espionaje. John mencionó otras que yo no había visto, aunque conocía de oídas: *El agente secreto*, *Enviado especial* y *El hombre que sabía demasiado*, también las tres de Hitchcock. De esta última había dirigido incluso dos versiones. En la versión original, del año 1934, una bella joven era secuestrada por un grupo de criminales internacionales liderado por el malvado Peter Lorre y que planea cometer un magnicidio. «La realidad siempre supera a la ficción», afirmó John, aunque no tuve claro si se refería a nuestra actual situación o si estaba pensando en otras que él había vivido por su oficio a lo largo de los años.

Un poco más allá de las ocho, tras la tercera ronda de cafés y la décimo y tanta de cigarrillos, el camarero nos anunció por fin que preguntaban por el señor William Wallace en el teléfono —¿acaso era este su verdadero nombre? No podía saberlo, ni tenía intención de preguntárselo—. John se levantó del asiento de un brinco y corrió a atender la llamada en el mismo vestíbulo. Regresó a la mesa a los veinte minutos, con una sonrisa en la cara.

—Tenemos la ubicación de esa sabandija, el sargento Klett —dijo John—. Skorzeny ha conseguido hacer hablar al doctor Hafner, por lo que me dicen sin demasiada dificultad. Solo hay un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que no está en España, sino en Portugal. Concretamente en Lisboa. Lo tienen allí en espera de conseguirle una nueva documentación para enviarlo otra vez hasta América.

—¿Y por qué no lo enviaron allí desde un principio, en lugar de esconderlo en un rincón tan apartado como la finca de Carlos Ramírez?

—Lisboa no es una ciudad segura para esconder a nadie, como tampoco lo es Madrid. Las dos capitales peninsulares son dos de los centros mundiales del espionaje incluso desde antes de la Segunda Guerra Mundial. En ellas no solo operamos nosotros, sino agencias de prácticamente todas las potencias del globo. Si pretendían tener a ese hombre oculto una temporada antes de enviarlo a América, para hacerlo con mayor seguridad y discreción es lógico que optaran por un rincón apartado. Ahora que la cosa se ha desmadrado, pues me figuro que intentarán enviarlo cuanto antes, de la manera que sea.

Me dictó la dirección exacta y me la apunté en mi libreta.

—El doctor ha informado a Skorzeny de que lo tienen custodiado por hombres armados —añadió John—. Por lo que Skorzeny nos ha dado a entender, lo que pretende Hafner es que nosotros le mandemos a Cora hacia allá para que sus hombres se ocupen de ella. La estarán esperando.

—Te recuerdo que cuando dices «nosotros», te refieres a mí. Soy yo quien tendrá que llevarla derecho a la emboscada. Y ya que estamos, te comento que no me hace ni pizca de gracia ese plan que se han sacado de la manga entre Skorzeny y el doctor, por lo que parece con vuestro visto bueno. En Portugal no podré contar con que mis compañeros vengan a sacarme del apuro. Aquí soy policía, allí no soy nada.

—Por eso lo ideal es que no lleguéis a poner un pie en ese país. Intentaremos neutralizar a Cora y rescataros a Mary y a ti aquí, en España.

Volvimos a sentarnos a esperar una nueva llamada, la de la embajada norteamericana en Madrid con el lugar elegido por Cora para nuestro encuentro. Varios agentes de John entraron y

salieron de la cafetería en ese rato, y aquel les fue dando las instrucciones correspondientes en su lengua materna.

La llamada se produjo a las nueve y media. Esta vez me levanté para acompañar a John al teléfono, aunque no entendí una palabra de lo que dijeron.

—La cita es a las once —indicó este, colgando el auricular—. Aquí mismo, en la plaza Mayor. Cora es muy lista: sabe que hoy es sábado y que a esa hora, siendo todavía verano, la plaza estará hasta los topes. No podremos capturarla o matarla sin armar revuelo.

—Y además allí —dije—, llegado el caso, podría ejecutar a Mary a la vista de todos, tal y como ha amenazado.

—Es muy lista —insistió John, que a continuación pidió al conserje un mapa turístico del centro y se lo llevó consigo a la mesa.

Estudiamos el mapa con detenimiento hasta sabernos de memoria todas las entradas a la plaza y el trazado de las calles contiguas. John contaba con personal suficiente, afirmó, para organizar un amplio perímetro de vigilancia. Y para hacer saltar por los aires la ciudad entera, se jactó, no supe si en broma o no. Con lo que no contaba era con ningún plan concreto. Sus hombres simplemente estarían atentos para seguirnos o para intervenir en el momento oportuno.

—¿Y cuál será el momento oportuno? —pregunté.

—Eso nunca se sabe a ciencia cierta —respondió John—. Pero en todo caso, deberías ser tú quien lo decidiera. En realidad tú eres nuestra mejor baza. Nosotros estaremos pendientes de ti. Esta va a ser tu fiesta, Ernesto. Bailaremos al ritmo que tú nos marques.

—Siento decirte que nunca tuve sentido del ritmo.

A eso de las once menos cuarto me despedí de John en la puerta del hotel. Por supuesto, ni él me ofreció una pistola ni yo se la pedí —en aquellos días en la comandancia nadie me había ofrecido un reemplazo a la que yo había perdido en la finca de Ramírez—. A mí menos que a nadie me convenía iniciar un tiroteo en plena calle con una asesina mejor armada y más experimentada que yo.

—Buena suerte —me dijo mientras yo me alejaba—. Te hará falta.

Caminé entre la multitud sabiéndome perseguido por al menos una docena de ojos. Algunos de los agentes de John cometían deslices de novato y pude descubrirlos sin siquiera esforzarme. Supuse que debían de ser justamente eso: novatos. Que los Estados Unidos mandaban a España a agentes jóvenes e inexpertos a aprender lo que necesitaran para moverse luego en entornos normalmente más peligrosos. Solo así podía explicarse tanta incompetencia. Uno de ellos hasta se me cruzó por delante y me devolvió el saludo irónico que le dediqué. De haber contado con una pistola, puede que lo hubiera dejado seco allí mismo. Por lo menos, me consolé, habían tenido la precaución de no pasearse con las metralletas y fusiles colgados del hombro. Aunque para el caso, casi daba igual. Los tipos, rubios, altísimos y pálidos como espectros, que parecían moverse a paso marcial, rígidos como postes de la luz, daban el cante hasta tal punto de que había que ser ciego o imbécil para no reparar en ellos. Y me constaba que la mujer que me había citado no era ni lo uno ni lo otro.

Cora no había concretado en qué lugar de la plaza Mayor iba a producirse el encuentro, así que caminé sin rumbo hasta que dieron las once en punto. Entonces me dirigí al reloj del ayuntamiento, que para eso, según había dicho Mary la otra tarde, era el lugar habitual de reunirse en aquella ciudad. Las terrazas estaban llenas y había tráfico denso, sobre todo de autobuses y taxis que circulaban lentamente rodeando la cuadrícula central. Aguardé unos diez minutos, fumando constantemente para apaciguar los nervios —había tenido la precaución de

comprar otro paquete de Ducados en la cafetería—, y estaba listo para darme otra vuelta por la plaza cuando alguien me palmeó en un hombro. No era Cora, sino un hombre de mediana edad, con denso bigote negro y un uniforme azul marino.

—¿El señor Ernesto Trevejo? —preguntó.

Me costó unos segundos percatarme de que no se trataba de un guardia urbano, sino de un taxista. Tenía su coche aparcado solo unos metros detrás de él, orillado de tal manera que no interrumpiera la circulación.

—Sí, ¿qué ocurre?

—Me mandan a buscarlo.

—¿Quién le manda?

—Vengo directo de la centralita. Me han dicho que recoja aquí a un hombre así como usted, delgado, moreno y no mal parecido, llamado Ernesto Trevejo. Si es usted, pues apañado.

—Ya. ¿Y adónde le han dicho que me tiene que llevar?

—No lo sé. Pensaba que usted lo sabría. Aunque tome esto, igual ahí lo dice. Lo dejaron en la centralita para que se lo trajera.

El taxista me entregó un sobre cerrado en el que estaba escrito mi nombre.

—¿Y quién lo ha entregado en la centralita?

—Yo qué sé. Oiga, ¿va a montar o no?, que ahí no puedo tener el taxi aparcado toda la santa noche.

Caminamos hasta el vehículo, y mientras abrí el sobre. Dentro había una sola hoja de papel doblada a la mitad. En uno de los lados había escrita una palabra: «Vitigudino». En el otro, una línea: «Si le siguen, la mato».

—¿Ya sabe adónde tiene que ir, caballero? —preguntó el taxista, una vez que estuvimos dentro.

—A Vitigudino —respondí.

—La osa, ¿sabe usted dónde queda eso?

—¿No lo sabe usted?

—Yo sí, pero se lo decía porque está lejos.

—¿Es un barrio de las afueras?

—Es un pueblo. Está a una hora larga de Salamanca.

—Pues no sé si llevo encima para pagarle la carrera.

—Por eso no se preocupe. Me dijeron en la centralita que ya estaba pagada.

Arrancó y al poco de salir de la plaza le pedí que parara un momento. Me bajé y enseguida acudieron hasta el taxi dos agentes de John.

—Decidle a vuestro jefe que vamos a Vitigudino —indiqué—. Cuidado con dejaros ver si nos seguís.

Los agentes asintieron sin responder nada, y no me quedó claro si me habían entendido. Posiblemente no hablaran siquiera castellano.

—Unos amigos de los que me había olvidado de despedirme —me disculpé con el taxista, y a continuación le pregunté si sería posible pasar por su centralita antes de salir de la ciudad, porque quería preguntar quién había encargado que me recogieran. Me respondió que podríamos pasarnos, claro, pero que la oficina quedaba en la otra punta de la ciudad, en dirección opuesta a la carretera hacia Vitigudino, y que lo más fácil sería que llamara por teléfono. Siendo así, le pedí que volviera a parar junto a la primera cabina que encontrara. Lo hizo y llamé.

Una secretaria de la compañía de taxis me explicó que, según había oído comentar a su

encargado, a eso de las ocho de la tarde una mujer extranjera se había acercado a la centralita y, valiéndose de una nota con instrucciones muy precisas, ya que al parecer no hablaba castellano, había encargado que recogieran a una persona con mi nombre y mi descripción a las once en la plaza Mayor y le entregaran un sobre cerrado que traía también consigo. Había dejado pagado el servicio, a pesar de que no había indicado adónde debían llevarme. El depósito de dinero que había realizado al parecer era suficiente no para una carrera a Vitigudino, sino hasta prácticamente cualquier otro punto de España.

La secretaria, naturalmente, quiso saber si la compañía había cometido algún error, y se disculpó de antemano explicando que aquella era la primera vez que recibían un encargo de ese tipo. La tranquilicé diciéndole que todo estaba en orden y colgué deseándole buena noche.

—Entonces, ¿vamos para Vitigudino o no, caballero? —preguntó mi chófer.

—Sí, vamos.

—¿Le importa que ponga la radio? Es que el viaje va a ser largo, y así no nos dormimos.

—Yo no me voy a dormir, eso ya se lo digo yo. Pero de todos modos póngala.

—Sí, hombre. Así nos enteramos a ver cómo se presenta el partido de mañana en el Bernabéu. ¿Le gusta a usted el fútbol?

—Como a cualquiera. Pero ¿qué partido hay mañana, si todavía no ha empezado la Liga?

—La vuelta de la Intercontinental, la sandez esa que se han sacado este año de la manga.

—Ah, sí, es verdad. Contra los uruguayos. Llevo unos días dando tumbos de acá para allá y se me había olvidado por completo.

—Va a ser pan comido. Di Stefano les va a meter dos y Puskás otros dos. Se van a volver a casa calentitos.

—A ver si es verdad.

—¿También es usted madridista?

—Solo cuando ganan.

—Pues entonces este año le toca serlo. La temporada pasada los catalanes nos birlaron la Liga, con el conteo ese de los goles. Ya ve usted, dos goles de diferencia, y el campeonato para ellos, aun teniendo los mismos puntos. Un robo como una catedral. Tenían que haberse dividido el título.

—El reglamento es el reglamento.

—Y la ley es la ley, y aquí en este país se la salta todo el mundo a la torera cuando le parece. Empezando por la misma policía, ¿no le parece?

—Ahí le doy la razón.

27

Perdí la cuenta de los pueblos que atravesamos en la noche, en algunos de los cuales, para mi sorpresa, había bastante animación, bien porque estuvieran de fiestas patronales o porque los vecinos anduvieran apurando el último sábado de vacaciones antes de regresar a la ciudad. A nuestro paso, claro, levantábamos gran expectación. Qué puñetas hacía un taxi de la capital circulando a esas horas por aquellos andurriales, inquirían sus miradas, y yo procuraba devolver la atención saludando cortésmente con la cabeza, como para obligarles a conjeturar si acaso se trataba de algún político o celebridad de camino a una finca de caza de las muchas que habría por la región.

—Oiga, ¿no fue por aquí cerca donde se reunieron los generales para la proclamación de Franco como jefe de los ejércitos? —pregunté al taxista. Llevábamos aproximadamente una hora de viaje y a pesar de haberme jactado de que no iba a dormirme, comenzaban a pesarme los párpados.

—No, no. Eso fue en la base aérea de San Fernando, en un sitio que lo llaman el Campo del Hospicio. Pero queda más al sur, de camino a Ciudad Rodrigo.

—Ah, pues entonces tuve que pasar al lado el otro día. Pero no me pareció ver ninguna base aérea.

—Bueno, ya no queda base ni queda nada. Ahora hay una ermita chiquitita en mitad de un encinar.

—¿Cuánto nos queda para llegar a Vitigudino?

—Pues, si no ando muy despistado, yo diría que unos diez minutos.

Exactamente diez minutos después cruzamos el letrero de entrada a Vitigudino, donde, a pesar de que parecía una población de tamaño algo mayor que las anteriores, no había nadie en las calles.

—¿Dónde le dejo?

—No lo sé. En la plaza, mismamente.

Era fácil imaginarse que Cora ya sabría que habíamos llegado. Podía haberse apostado en alguna callejuela a la entrada del pueblo, o en la misma carretera, y desde allí vigilar si el taxi venía solo o si lo seguía otro vehículo. Estaba seguro de que no se dejaría ver hasta estar segura de que no me acompañaba nadie. Y efectivamente yo no había visto ningunos faros tras nosotros que indicaran que los americanos nos estaban siguiendo, y hubiera sido imposible no atisbarlos a lo lejos en alguna de las larguísimas rectas por las que habíamos transitado. Podía ser que John y

sus hombres hubieran pensado eso mismo, que no podían seguirnos hasta un lugar tan lejano de la ciudad sin descubrirse, y hubieran optado por dejarme en la estacada. También podía ser, por supuesto, que no hubieran estado preparados para una persecución así. Que hubieran previsto que Cora acudiría a pie o que si lo hacía en coche lo haría conduciendo ella misma, de modo que hubieran podido salirle al paso y enfrentarse a ella cuando les hubiera parecido mejor. Tanto daba. La cuestión era que estaba completamente solo ante el peligro.

El taxista me dejó en la plaza, junto a una iglesia, y se marchó, no sin antes preguntarme un par de veces si estaba seguro de que no quería que me llevara de vuelta a Salamanca. Naturalmente, yo no le había explicado el motivo de aquel viaje, y ni siquiera me había molestado en inventarme nada para justificarlo. Le había dado largas, y el hombre no había insistido mucho, en vista de mi resistencia.

Pasaban treinta minutos de la medianoche y la americana resultaba bastante escasa para el frío de la madrugada. Me estaba calentando los pulmones a base de cigarrillos, aunque lo que realmente necesitaba era entrar a un bar y tomarme un lingotazo. Ni qué decir tiene, no había un solo bar abierto en la plaza, aunque se escuchaban voces procedentes quizá de algún grupillo de jóvenes pasados de alcohol en la otra punta del pueblo.

Tras media hora de espera, en la que me entretuve caminando de una punta a otra de la plaza para entrar en calor y combatir la modorra, estaba ya convencido de que habría surgido algún imprevisto. Que Cora habría sido arrestada por casualidad. Que Mary habría logrado escapar. Que yo iba a pasarme toda la noche esperando en aquella plaza como un idiota. Cosa que por otra parte me estaba bien merecida, y que bien pensado no se me antojaba una alternativa tan angustiosa como seguir adelante con toda aquella locura.

Pero me equivocaba. En cuanto el reloj de la iglesia anunció la una, advertí una sombra moverse entre los soportales, a lo lejos. No dudé ni un segundo de que era ella, Cora. Caminó hacia mí con la misma gracia con que podía haberlo hecho en la plaza de alguna vieja capital europea, haciendo resonar el taconeo de sus botines sobre el empedrado a un compás hipnótico. Tan hipnótico, que no me percaté de que sujetaba una pistola en su mano derecha, disimulada con la manga de su abrigo —el mismo abrigo azul que llevaba cuando el tiroteo en la finca— hasta que la tuve a mi lado.

—Buenas noches, Ernesto —me saludó, aunque con una pronunciación tan mala que me costó comprender que no me estaba hablando en alemán—. Ven conmigo.

Hasta ahí, supuse, llegaba su dominio del castellano, que ya era más de lo que yo dominaba su lengua. No se molestó en cachearme: debía de tener una confianza total en que por más que yo fuera armado, ella sería más rápida que yo si se me ocurría intentar cualquier cosa. Además, me hizo caminar a mí delante, conduciéndome prácticamente a empujones hasta una de las últimas calles del pueblo, en la cual había aparcado un vehículo que resultó no ser el Land Rover que se había llevado de la casa de Carlos Ramírez, sino una camioneta Ford de color negro. Mediante gestos, me indicó que montara en el asiento del copiloto, y una vez que los dos estuvimos dentro, entonces sí, me cacheó a conciencia.

Dudé de si aquella sería la oportunidad a la que se había referido John para caer sobre ella y reducirla, ya que, aunque no dejó de apuntarme en ningún momento con la pistola, tenía su cabeza tan cerca de mi pecho que estaba seguro de que, con algo de suerte, hubiera podido dejarla fuera de combate de un solo golpe. Sin embargo, le permití que completara su inspección sin molestarla. Aún no sabía dónde tenía cautiva a Mary, y bastaba que mi maniobra fracasara para condenarnos tanto a ella como a mí.

A continuación, también con gestos, Cora me indicó que extendiera las manos, colocando las muñecas una sobre otra. Obedecí, y en pocos segundos estuve de nuevo maniatado con alambre. Aquello empezaba a convertirse en costumbre. Me lo anudó empleando únicamente su mano izquierda, y yo me pregunté cómo de grueso sería el rollo que aquella mujer y su compañero habían traído consigo para irlo gastando con tanta prodigalidad. No se me pasó que en el asiento a mi espalda había una especie de maleta o bolsa de viaje, donde puede que llevara no solo el rollo de alambre, sino quién sabía qué otros accesorios de tortura propios de su oficio.

Cora arrancó el motor y se alejó del pueblo por un camino de tierra que nacía justo donde nos encontrábamos, sin encender los faros. No los encendió hasta que las luces del pueblo se extinguieron a nuestra espalda. El camino discurría en línea recta entre pastos y encinas, y al cabo de unos pocos minutos emergimos a una carretera asfaltada, aunque en condiciones no mucho mejores que el camino.

Por la carretera circulamos apenas unos minutos hasta llegar a lo que parecía —y enseguida comprobé que era— una antigua caseta de peón caminero. Estaba situada al borde de la calzada, a nuestra derecha, coincidiendo con un fuerte recodo al lado opuesto. Tenía las ventanas cegadas con ladrillos, lo mismo que la puerta principal. Cora aminoró la marcha y aparcó la camioneta en la parte trasera, aprovechándose de la caseta y del propio recodo para que quedara fuera de la vista. Aunque no me parecía muy probable que ningún automóvil fuera a pasar por allí hasta la mañana.

Detrás había otra puerta, también cegada, pero esta no con ladrillos, sino con unos listones de madera que cedieron en cuanto Cora se bajó de la camioneta y tiró de ellos, alumbrándose con los faros. Ella misma debía de haberlos arrancado horas antes y haberlos vuelto a colocar en su sitio. Había sabido buscarse un buen escondrijo. Aunque, si había estado aquella tarde en Salamanca organizando mi viaje en taxi, y si antes había estado ocupada en agenciarse de algún modo aquella camioneta, tampoco debía de haber pasado en él mucho tiempo.

Una vez que el hueco de la puerta estuvo abierto, regresó a la camioneta, apagó los faros y el motor, cogió la bolsa de viaje, y me indicó que la siguiera al interior.

La oscuridad era total, y el lugar olía a musgo y a suciedad. Pero también pude percibir la humedad propia del aliento y el sudor de un ser humano. Estaba claro que había alguien más allí dentro.

—¿Mary?

Cora encendió una linterna eléctrica que sacó de su bolsa. Mary estaba sentada con la espalda pegada a una de las paredes, amordazada con un trapo y atada de pies y manos. Estas las tenía a su espalda y sujetas además a unos tableros de madera apilados a su lado. Me acerqué y, con mis manos también amarradas una a la otra, le retiré la mordaza de la boca. Tenía los ojos hinchados por el cansancio, pero aparte de eso no advertí ninguna señal de maltrato, ningún corte o hematoma, salvo los que el alambre le había producido en las muñecas y tobillos.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué has venido? Ahora nos tiene a los dos, has sido un estúpido.

No era el recibimiento que esperaba, pero igualmente me alegré de encontrarla viva y aparentemente en buenas condiciones. Cora se acercó hasta nosotros y me apartó de Mary de un empujón. Sacó de su bolsa una cantimplora de cuero y le dio de beber.

—*Wo ist das?* —me preguntó.

—Quiere saber dónde está él —tradujo Mary, en cuanto Cora le apartó la cantimplora de la boca.

—En Lisboa —respondí—. En el número 29 de una calle llamada Beco do Loreiro.

Mary tradujo al alemán y Cora asintió complacida. A continuación, se incorporó y sacó de la bolsa un mapa de carreteras de la Península Ibérica. Lo desplegó y lo examinó a la luz de la linterna.

Yo volví a acercarme a Mary, quien atropelladamente me explicó que Cora la había raptado en la misma puerta de su pensión solo unos minutos después de separarnos en el puente —pude haberme disculpado en ese momento por haberla dejado ir sola, pero no lo hice porque a esas alturas las disculpas estaban de más—. La había encañonado y la había reducido con un paño humedecido con cloroformo u otra sustancia similar. No había llegado a perder el sentido, pero no había podido gritar ni forcejear con ella mientras la inmovilizaba y la introducía en la camioneta. Luego la había llevado hasta aquella caseta y la había interrogado hasta la mañana, aunque sin violencia. Mary dijo ser consciente de lo que le esperaba si se resistía, y por ello no había dudado en responderle a todo. Le había hablado de John y de su agencia, y también de la exposición de Zúrich y de la investigación policial que yo estaba llevando a cabo.

Antes de dejarla sola, Cora la había obligado a escribir la nota que luego ella había entregado en la centralita de la compañía de taxis. No le había desvelado su plan, pero gracias a la nota Mary había podido adivinar qué era lo que pretendía su secuestradora. Esta nos mandó callar un par de veces —en alemán, pero se la entendía perfectamente—, aunque, eso sí, sin demasiado ímpetu: seguía concentrada en el mapa, planeando su siguiente movimiento.

—No tenías que haber aceptado venir —dijo Mary—. Ahora puede hacer con nosotros lo que le apetezca.

—Hasta que compruebe si el hombre que busca está o no en esa dirección de Lisboa, estaremos a salvo —repuse—. Si está allí y ella consigue acabar con él, no tendría sentido que nos matara.

—No estés tan seguro. Ella quería que vinieras en persona a traerle la información porque tú eres la única persona que le ha visto la cara, y que podría declarar contra ella si la arrestaran en España. Quitándote a ti de en medio, ella no tiene nada que temer de las autoridades españolas.

Y menos aún, pensé —aunque no lo dije en voz alta para no parecer aún más idiota—, si teníamos en cuenta que la investigación por sus crímenes estaba prácticamente cerrada. Si me liquidaba, Cora podría vagar a sus anchas por todo el territorio español sin miedo a que nadie pudiera relacionarla con ninguno de los crímenes que había cometido.

—Esta es su vida, este es su oficio —concluyó Mary, justo cuando Cora perdía la calma y nos mandaba callar de nuevo, esta vez a gritos—. Has sido un irresponsable permitiéndole que te lleve a su terreno.

Cora se volvió entonces hacia nosotros. Dijo algo y señaló al exterior de la caseta con la mano.

—Dice que me ayudes a entrar en la camioneta —tradujo Mary.

Aun con las manos atadas, no me fue muy difícil lograr que se pusiera en pie. Acompañarla hasta afuera fue ya otro cantar. Ella tenía los tobillos todavía amarrados y tuvo que ir dando saltitos apoyándose en mí.

—Pregúntale dónde quiere que te ponga —dije.

Mary tradujo y Cora respondió que la sentara en el asiento de atrás. Lo hice, no con poco esfuerzo.

—Pregúntale si piensa llevarnos con ella hasta Lisboa.

Mary tradujo mi pregunta, pero esta vez Cora no respondió. Había recogido su bolsa de viaje y estaba ocupada en devolver las maderas al hueco de la puerta. Cuando terminó, vino hasta mí y

me desanudó las muñecas, y a continuación dio una orden.

—Dice que te pongas al volante —tradujo Mary.

Obedecí. Cora se sentó en el asiento trasero, junto a Mary. En ningún momento había soltado la pistola, aunque la había ido cambiando de mano con soltura para manejarse con la linterna, el mapa y la bolsa. Me entregó las llaves de la camioneta y a través de Mary me pidió que arrancara y me incorporara a la carretera, en sentido izquierdo. Era la primera vez que conducía un vehículo tan pesado, y aunque era un modelo nuevo y marchaba como la seda me costó cogerle el tranquillo. El motor se me caló un par de veces en los primeros metros.

—Dile que no pasaremos la frontera sin pasaportes —indiqué, una vez que estábamos ya en marcha.

Mary tradujo y Cora no respondió nada, aunque no pareció preocupada por ese detalle. Continuó guiándome en todos los cruces sin volver a mirar el mapa, demostrando que había sido capaz de memorizar la ruta en aquellos minutos. A causa de la oscuridad y el precario estado de la calzada no podía acelerar demasiado, pero la frontera no podía estar muy lejos.

—Dile que lo he intentado —dije de pronto—, pero que no he podido hacer nada por que entierren a su compañero en un cementerio no cristiano.

Mary tradujo mis palabras. Cora respondió.

—Dice que ya lo suponía —tradujo Mary—, pero que igualmente te lo agradece, si de verdad lo has intentado.

No lo había intentado, pero sí que había hecho averiguaciones sobre la suerte que correría el cuerpo. Al parecer, sería un juez quien determinaría si habría de ser enterrado en una fosa sin nombre de un cementerio —cristiano, por supuesto— o si sería donado a la facultad de medicina de la universidad.

—¿Le has explicado que John nos puso al corriente de quién es ella y quién era su compañero?

—Sí.

—Pues pregúntale por qué está haciendo esto. Por qué está actuando de este modo. Por qué está avergonzando así a su pueblo y a su patria. Por qué está manchando el nombre de los israelíes viniendo a España a matar gente.

—¿De verdad quieres que le pregunte eso?

—Sí. Quiero picarla un poco, a ver por dónde salta.

—Tú verás lo que haces, pero igual te pega un guantazo. O un par de tiros.

—Tú pregúntaselo.

Mary tradujo con cierta inquietud, y Cora y ella intercambiaron algunas frases.

—Dice que tú no eres quién para juzgarla a ella ni a su pueblo —indicó Mary, que continuó traduciéndonos a ambos casi a la vez que hablábamos.

—Y ella, sin embargo, sí es quién para juzgar quién debe morir y quién no…

—Dice que te calles, que tú no entiendes nada.

—Puede explicármelo si quiere. Tenemos tiempo hasta llegar a Lisboa.

—No te va a explicar nada. Dice que es su *bashert*. No sé muy bien qué quiere decir. Creo que es una palabra del yidis. Su destino, creo que significa. Ella no puede hacer nada para huir de él.

—Pregúntale que si el destino de su compañero era venir a España a que yo le endiñara un tiro en la frente.

—Ernesto…

—Tú pregúntaselo.

Mary tradujo y Cora escuchó y respondió sin alterarse lo más mínimo.

—Dice que sí, que ese era su destino. Que eso era lo que Yahveh le tenía reservado.

—Pregúntale qué es lo que ella nos tiene reservado a nosotros. Si piensa matarnos.

—No si puede evitarlo, pero no está en su mano.

—¿Está en las de Yahveh?

—Dice que está en la de las personas que te han enviado aquí. Si el hombre al que ella busca está donde tú dices que está, viviremos.

Eran las cuatro en punto de la mañana cuando, tras cruzar un pueblo formado por apenas un par de calles y sin alumbrado público, un cartel nos avisó de que estábamos a solo un kilómetro de la frontera con Portugal. Cora dijo algo.

—Te ordena que detengas la camioneta —tradujo Mary.

Así lo hice, aparcándola sobre el arcén. Cora encendió su linterna y trasteó en su bolsa de viaje. De ella sacó tres pasaportes. Uno me lo entregó a mí, y ella se quedó los otros dos. No eran alemanes, sino canadienses. En el mío aparecía la fotografía del hombre al que yo había matado un par de días atrás —Noam Westheim—, solo que no era una fotografía reciente. Su rostro aparentaba ser unos años más joven que el que yo había intuido bajo la costra de sangre. No se parecía demasiado a mí, pero tampoco sería imposible que diera el pego ante un agente de aduanas un poco despistado. El nombre que constaba en el documento era «James Cockney».

—Dice que no abras la boca y la dejes hablar a ella. Y que si se nos ocurre pedir ayuda, nos mata.

Cora se cambió al asiento del copiloto, escondió la pistola en un pliegue de su vestido y se guardó la bolsa entre los pies. Me ordenó que arrancara de nuevo. Un minuto después llegamos a la frontera, protegida con una barrera levadiza en el lado español, justo en el extremo de un estrecho puente de piedra de unos pocos metros de longitud sobre un río o arroyo que, supuse, servía de frontera natural y administrativa entre ambas naciones. Junto a la barrera había una oficina de aduanas no mucho mayor que la caseta donde había estado retenida Mary; en el portugués, no había más que una pequeña garita redonda de ladrillo visto.

Al aproximarnos con la camioneta, se encendió una luz en la oficina, y al momento salió de ella un guardiacivil joven y rollizo, desprovisto de guerrera, con más cara de sueño que de curiosidad.

—Buenas noches —saludó, llevándose la mano a la frente con pesadez.

Sin decir una palabra, Cora se inclinó sobre mí para entregarle los tres pasaportes. Pude ver que el que supuestamente pertenecía a Mary —Cora la había señalado a ella al entregárselo— estaba expedido a nombre de una tal «Jessica Lovehart», y el de Cora a una «Sarah Cockney». Ella y yo debíamos de estar haciéndonos pasar por una pareja de hermanos. O de esposos.

—De Canadá nada menos… —comentó el guardiacivil, soltando un largo silbido; el chico tenía un leve acento del sur, andaluz o extremeño—. Anda que no se han venido lejos ni nada… Y, ¿qué hacen tres canadienses por estas tierras, a estas horas de la noche, si puede saberse?

Cora respondió algo, pero dirigiéndose a Mary, no al guardiacivil. Era obvio que le daba instrucciones sobre qué debía decir. Me pareció intuir que lo hacía en inglés y no en alemán.

—Somos turistas —indicó Mary—. Estamos haciendo una ruta por España y Portugal. Hemos salido de Madrid hace unos días y ahora nos dirigimos a Lisboa.

—Ya —repuso el agente, observando atentamente los documentos—. Pero estos pasaportes no están sellados en España.

Cora, que no pareció entender lo que decía el agente, abrió la guantera y sacó una cartulina

que también le entregó. Era una libreta de viajes de la empresa Hertz, que demostraba que la camioneta había sido alquilada legalmente. Posiblemente, pensé, la habría alquilado la tarde anterior en Salamanca. Del borde de la libreta creí advertir que sobresalían las puntas de varios billetes de cien pesetas.

—Esperen un momento —dijo el agente, súbitamente despejado por la visión del dinero—, tengo que hacer unas comprobaciones. Pueden apagar el motor.

Mary tradujo sus palabras, no sé si al inglés o al alemán, mientras el agente regresaba a la aduana con la documentación en la mano.

—El muchacho no es tonto —dije, y Mary me tradujo a mí también—. Aunque le hubieras metido un millón de pesetas dentro de la libreta, somos tres extranjeros intentando pasar de España a Portugal en mitad de la noche, por una carretera remota. Sabe que algo huele a chamusquina. Habría que marcharse ahora mismo, antes de que llame por teléfono a su cuartel y le ordenen arrestarnos.

Cora resopló al escuchar aquello. Mi intención había sido convencerla de que nos diéramos la vuelta en el acto y saliéramos de allí echando leches. Por nada del mundo quería poner un pie fuera de España. Cora, sin embargo, sacó las llaves del contacto y, llevándoselas consigo, se bajó del coche y caminó hacia el edificio mientras extraía la pistola del pliegue de su vestido. La detonación del disparo —a quemarropa, en plena nuca— se extinguió tan rápidamente como si solo hubiera ocurrido en nuestra imaginación. Al guardiacivil, que no había tenido siquiera oportunidad de volverse, lo vimos caer de frente al suelo, en el mismo rectángulo de luz de la puerta. Cora saltó por encima de él y acto seguido sonaron otras dos detonaciones, dirigidas probablemente a un compañero del agente abatido. Antes de que la última hubiera dejado de retumbar en las paredes de la aduana, Cora ya había salido y, sorteando la barrera, estaba cruzando el puente hacia el lado portugués.

Todo sucedió tan deprisa que ni siquiera se me pasó por la cabeza saltar del coche y tratar de hacerme con el arma de alguno de los guardiaciviles muertos; aunque creo que ni siquiera me habría dado tiempo. En la garita portuguesa se había encendido una luz y de ella había salido un guarda con uniforme gris que portaba un fusil en las manos con el mismo brío que si portara un palo de fregona. Era muy joven, apenas un crío, y desde la mitad del puente Cora le disparó dos veces, acertándole las dos en la cabeza. El guarda se desplomó probablemente sin llegar a saber que le habían disparado.

Cora regresó entonces hasta donde estábamos. Recogió la documentación que había quedado tirada en la entrada de la aduana al disparar al primer agente y a continuación levantó la barrera.

28

Durante el siguiente par de horas circulamos en silencio a través de carreteras sinuosas, estrechas y mal asfaltadas, imaginaba que porque Cora prefería eludir las vías principales, en las que era más probable que nos topáramos con algún control policial fortuito. Muchos de los pueblos que dejamos atrás ni siquiera contaban con alumbrado, de tal modo que de repente nos los encontrábamos a la vuelta de una curva y tenía que reducir bruscamente la velocidad para no empotrarnos contra las casas. Intenté retener el nombre de algunos para poder reconstruir más adelante nuestro itinerario, pero me di por vencido al poco tiempo: estaba demasiado cansado. A duras penas era capaz de mantenerme despierto tras el volante. Por una parte, me venía bien. Tener que dedicar toda mi atención a no dormirme mientras conducía me evitaba evocar el episodio que habíamos presenciado en la frontera.

Cora continuó indicándome hacia dónde debía dirigirme en cada cruce. Pronto no hizo falta que Mary la fuera traduciendo, porque enseguida aprendí que *links* significaba izquierda; *rechts*, derecha; y *geradeaus*, todo recto. Gracias a eso, Mary pudo dormir un poco, o al menos cerrar los ojos y descansar durante buena parte del viaje.

No nos detuvimos hasta que, rayando las primeras luces del día, lo hicimos para repostar en una estación de servicio a la entrada de Coímbra, que vagamente me sonaba por su universidad y por el agua de colonia —aunque esta última no estaba seguro de que tuviera nada que ver con la ciudad—. Después de repostar, Cora me permitió ir al baño de la estación, quedándose ella con Mary. No hizo falta que me dijera que si intentaba fugarme la mataría: los tres lo dimos por sentado. Tampoco, por descontado, me hubiera permitido ausentarme el tiempo suficiente como para hacer una llamada de teléfono, aun en el caso de que hubiera tenido claro a quién llamar o de que hubiera encontrado un teléfono que usar sin que ella me viera. De no haber conducido toda la noche y haber tenido el cerebro fresco, no sé si se me habría ocurrido cómo salir del atolladero durante aquella parada. Puede que hubiera intentado dejar un mensaje al empleado que nos atendió o algo por el estilo, pero estaba seguro de que cualquier cosa que pudiera ocurrírseme a mí ya se le habría ocurrido antes a Cora, y sobre todo de que ella podría leer en mi cara que yo tramaba algo. Y no voy a negar que también me pesó, y no poco, el miedo. Después de ver cómo aquella mujer liquidaba a varios agentes sin despeinarse, casi como si hubiera supuesto un mero trámite o formalidad que cumplir en su camino a Lisboa, me faltaba valor para arriesgarme a nada.

Cuando estuve de vuelta, ella le desató los tobillos a Mary y le permitió ir al baño. Tuvimos

que acompañarla entre los dos hasta la puerta porque la pobre apenas se tenía en pie: llevaba más de veinticuatro horas con los pies atados. Por lo temprano de la hora, la estación de servicio estaba prácticamente vacía, y aunque nos hubiera visto alguien posiblemente habría pensado que se trataba de un mareo o una borrachera. Porque en qué cabeza normal podía caber que se trataba de un secuestro. Ni siquiera un agente de policía habría sospechado lo más mínimo de haber sido testigo de la escena.

Al volver a la camioneta, Cora volvió a atarla con alambre. Una vez que estuvimos de nuevo en movimiento, desayunamos unas galletas caseras que Cora había comprado en la misma estación y que había pagado, por cierto, con escudos portugueses, lo mismo que la gasolina. Era evidente que desde el principio su compañero y ella se habían planteado la posibilidad de pasarse a Portugal si su excursión por España se torcía, y que se habían preparado para ello.

—Pregúntale que a cuánta gente más está dispuesta a matar para llegar hasta ese hombre —dije de pronto, para impedir que volviera a instalarse el silencio en la camioneta, entre otras razones porque, a pesar de que el día ya clareaba, corría el riesgo real de dormirme y salirme de la carretera.

Mary, por su parte, había vuelto a cerrar los ojos, y tradujo mi pregunta y la respuesta de Cora sin despegar los párpados.

—A toda la que haga falta.

—No tenía por qué haber matado al guardia portugués. No era más que un chiquillo.

—Si lleva uniforme y escopeta, ya no es un chiquillo.

—También ha matado a personas que no llevaban uniformes y que no iban armadas.

—Dice que todas las personas a las que ha matado y que no iban armadas eran culpables de algo.

—¿También el padre Sabater, y el profesor Kochanski?

—Dice que el sacerdote era un amigo de los nazis. Había ayudado a introducir a criminales de guerra en España para que luego continuaran su camino hasta América. No era inocente.

Cora continuó hablando, y Mary de pronto abrió los ojos y se volvió hacia ella, sorprendida por algo que esta acababa de decir. Las dos hablaron, o más bien discutieron, durante largo rato. Mencionaron una docena de veces el nombre de Jude Kochanski, que debía de ser el objeto de la disputa.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Ninguna de las dos me hizo caso. Siguieron con la conversación hasta que finalmente Cora la zanjó levantando la voz y haciendo un gesto con la mano.

—Dice que Jude también era un amigo de los nazis —explicó Mary—. Que después de la guerra colaboró con la Organización Gehlen…

—Me suena el nombre —dije—. Creo que he leído algo en la prensa alguna vez. Son los espías de Alemania Occidental, ¿no?

—Los antecesores del BND, sí. La Organización Gehlen fue creada por los americanos con los restos de los servicios de inteligencia nazis, para combatir a sus nuevos enemigos soviéticos. Fue una organización repleta de oficiales nazis reconvertidos en aliados de Norteamérica. Ella asegura que el mismo general Reinhard Gehlen es uno de los pilares de ODESSA en Alemania Occidental. Que lo sabe bien porque ella y sus compañeros han pasado años vigilando de cerca a todos los miembros de la organización. Que por eso el doctor Lamar Hafner ordenó que realizaran el envío del cuadro a través del Instituto Goethe de Madrid: lo hizo porque Jude era uno de los antiguos colaboradores de Gehlen. Lo que está diciendo es que Jude y el doctor

Hafner eran socios, que se conocían desde los años en que Jude trabajó para esa organización. Asegura que desde el final de la guerra Jude se convirtió en un protector de los nazis que permanecían ocultos en Alemania. Que por eso regresó allí tras la victoria aliada, porque los servicios secretos americanos querían que sirviera de enlace entre América y los antiguos nazis que recelaban de confiar en las fuerzas aliadas.

—Pero Jude era judío, ¿por qué iba a comportarse así?

—Eso le he preguntado yo, y ella dice que Jude se sentía mucho más alemán que judío, y que los americanos le convencieron de que la mejor forma de asegurar el futuro de su patria era evitar que cayera en manos del bolchevismo. Dice que Jude fue uno de los principales apoyos de la Organización Gethlen en esos años, que reclutó y protegió a muchos antiguos oficiales de inteligencia nazis, garantizándoles la inmunidad de Occidente y ayudándoles a borrar el rastro de sus crímenes, y que abandonó la organización cuando esta pasó a ser controlada directamente por el Gobierno alemán en el año 1956. O sea, con la creación de los servicios de inteligencia de Alemania Occidental, el BND. Entonces el Gobierno premió sus esfuerzos con el cargo de director del Instituto Goethe en Madrid, que se fundó exactamente en ese año.

Mary había comenzado su explicación con un tono de incredulidad que había mutado poco a poco en otro de decepción. Como si ella misma se hubiera percatado de que aquello que decía tenía bastante sentido: la elección de Jude Kochanski por parte del Gobierno alemán para la dirección del Instituto Goethe; el que este, aun siendo judío, hubiera regresado y se hubiera instalado en Alemania tras la guerra; y el que Carlos Ramírez y Ramón Sabater hubieran acudido al Instituto Goethe de Madrid para gestionar el envío del cuadro.

A mí también me parecía que aquello tenía bastante sentido. De hecho, tenía todo el sentido del mundo, ya que explicaba por qué en la cena con Otto Skorzeny este se había referido al profesor Kochanski de un modo relativamente amable —«pobre diablo», lo había llamado, en un tono casi paternalista, si no recordaba mal—. Skorzeny debía de saber que Jude Kochanski, a pesar de ser judío, no era un enemigo de exoficiales nazis como él, y que de hecho había ayudado a algunos de ellos a reintegrarse en la sociedad alemana; puede que hasta hubieran trabajado juntos en secreto en alguna acción de ese tipo. También esto explicaba o reforzaba la hipótesis que había barajado John desde el principio, que apuntaba a que al profesor Kochanski hubiera podido matarlo algún comando de vengadores judíos o israelíes, para quienes este debía de ser no ya un colaboracionista, sino un verdadero Judas. Por último, estaba el hecho de que Skorzeny hubiera logrado obtener del doctor Lamar Hafner el paradero del sargento Robert Klett mediante una simple llamada: si Skorzeny y Hafner eran amigos entre sí, y a su vez ambos eran amigos o socios de Jude Kochanski, era lógico que el doctor quisiera averiguar quién lo había matado tanto a él como a Carlos Ramírez y hacérselo pagar, aun arriesgándose a dar para ello la localización del sargento. A fin de cuentas, todos ellos estaban relacionados entre sí, y a todos convenía que aquello terminara cuanto antes, de un modo o de otro.

—También ha dicho que Israel ofreció a Jude muchas veces que colaborara con ellos —añadió Mary—, pero que Jude siempre se negó. No creía en el Estado de Israel.

—Pero creía en Alemania —repuse, sin mucho ánimo—. No deseaba que su patria pasara de estar controlada por el fascismo a estar controlada por el comunismo. Tú lo conocías bien, dices que era una buena persona. Tal vez él sabía que lo que hacía estaba mal, pero miraba por un bien superior.

—Ningún bien superior justifica traicionar a tu pueblo colaborando con aquellos que han intentado exterminarlo. Además, las mayores atrocidades siempre se comenten en nombre de un

bien superior.

—Pregúntale cómo lo mataron.

Cora reflexionó unos segundos antes de contestar. Al final lo hizo, aunque con aparente indiferencia, puede que más con el propósito de distraerse y mantenerse despierta ella misma que para satisfacer mi curiosidad.

—En cuanto tuvieron la certeza de que Jude se había quedado solo en el instituto —tradujo Mary—, llamaron a la puerta. Él les abrió: no tenía motivos para sospechar que fuera a pasarle nada por atender a unas personas que podían ser futuros alumnos en busca de información de los cursos de idiomas o algo parecido. Entonces ellos lo encañonaron y lo condujeron a la fuerza a su despacho. Allí lo interrogaron. Se resistió mucho más de lo que esperaban, ya fuera por orgullo o por el deseo de proteger a sus amigos. Sin embargo, murió antes de tiempo, mientras lo interrogaban, y no pudieron obtener de él tanto como hubieran necesitado. Solo pudieron arrancarle el nombre del sacerdote Ramón Sabater, al que no les costó localizar en el pueblo de Toledo contactando con la misma diócesis.

—Y a Sabater le aplicaron el mismo procedimiento.

—Ramón Sabater se resistió menos que Jude, pero no sabía demasiado. Lo único que les dijo era que se había ofrecido a hacerle un favor a su amigo Carlos Ramírez tramitando el envío de un cuadro a través del Instituto Goethe. También les proporcionó la ubicación de su finca.

—¿Por qué mataron a la querida del sacerdote?

—No iban a matarla. La habían amordazado y encerrado en una despensa. Pero de algún modo se liberó y en lugar de escapar trató de ayudarlo a él. Subió hasta la habitación donde tenían a Sabater y se abalanzó sobre ellos. Su compañero la golpeó en la cabeza y la mató sin querer. Afirma que esa mujer es la única de sus víctimas de estos días de cuya muerte se arrepiente. Ella sí que era inocente. La única de todos.

—¿Qué va a pasar después de esto? Me refiero a que qué hará si consigue llegar hasta el hombre que busca. Supongo que lo matará, pero ¿qué hará entonces?

—No lo sabe aún. No quiere pensarlo.

—No podrá volver a Israel.

—Dice que hace muchos años que no viaja allí. Ella se crio en un clima frío y nunca pudo acostumbrarse a vivir en el desierto.

—¿Alguna vez ha vuelto a su patria, a Hungría?

—Dice que para ella esa patria dejó de existir el día en que la encerraron en un campo de concentración junto a su familia. Sus antiguos vecinos, convertidos en carceleros, los maltrataban y les decían que eran *untermensch*, gente inferior, medio humanos. No volverá jamás a Hungría.

—O sea, que ahora mismo tiene una patria de la que reniega y otra en la que prefiere no vivir.

—Dice que es judía, que está acostumbrada a no tener una patria. Pero que aun así daría su vida por Israel.

—Pero el Gobierno de Israel no aprueba esta operación que su compañero y ella han emprendido.

—No. Pero está convencida de que la suya es una causa justa.

Traté de alargar la conversación un poco más, pero mis últimas preguntas parecieron agotar las ganas de hablar de Cora, que nos mandó callar.

Solo hicimos una parada más antes de Lisboa, en una gasolinera en mitad de ninguna parte, pasado el mediodía. Esta vez Cora no nos permitió apearnos ni para estirar las piernas, aunque la

temperatura tampoco invitaba a muchos paseos. Del mismo asfalto de la carretera subía una flama que se nos colaba en los pulmones y casi nos impedía respirar. No sabía si esa temperatura era la habitual en Portugal en esas fechas o si nuestra aventura había coincidido con uno de los últimos coletazos de calor extremo del verano. No había una sola nube en el horizonte, todo lo más una leve calima que podía ser producto de la contaminación de la cercana urbe. Según el último letrero que habíamos dejado atrás, Lisboa estaba solo a treinta kilómetros. Por lógica, eso significaba que estábamos cerca del Atlántico, aunque aún no se apreciaba el aroma a salitre. A nuestro alrededor todo eran campos de pasto y dehesa, salpicados de pequeños pueblos de color blanco.

Cora me hizo conducir durante media hora más. Cada vez las poblaciones estaban más cerca unas de otras: era obvio que nos estábamos adentrando en la periferia de una gran ciudad. Pero no había mucho movimiento. Estábamos en las horas centrales del día y los conductores se habían retirado a comer y a descansar a las áreas de servicio. Algunas de ellas tenían ya ese aire tan típico de los establecimientos de zonas costeras, con sus palmeras de plástico, sus fachadas de colores vivos —verdes, azules, rosas, amarillos— y sus carteles de menús del día, cócteles y helados. De no ser porque todo estaba escrito en portugués, el paisaje no se hubiera diferenciado mucho del de cualquier carretera de costa española. Sonreí pensando que aquello era lo más cerca que iba a estar de unas vacaciones ese verano. Casi podía hacerme la ilusión de que estaba viajando a la playa en compañía de dos mujeres hermosas, para colmo extranjeras. No eran suecas ni veinteañeras, pero superaban con mucho las aspiraciones de un donnadie como yo.

De pronto, Cora hizo un gesto con la mano y dio una instrucción.

—Te dice que salgas de la carretera y aparques en un lugar apartado —tradujo Mary.

Salí por el primer desvío y conduje hasta las afueras de un pueblo de casas blancas y calles empedradas, adornadas con naranjos y encinas y cuyo nombre traducido al castellano debía de significar algo así como «San Julián». Detuve la camioneta al cobijo de un talud cercano a un camino de tierra que llevaba a un montecillo de poca altura. No parecía un lugar muy transitado: no había huellas de vehículos ni de personas, ni tampoco chozas, cercas o campos de cultivos en las proximidades.

—Dice que te sientes atrás, donde está ella.

Me bajé de la camioneta y la rodeé hasta la puerta trasera. Cora se bajó a su vez y me indicó que colocara las manos en la espalda. Lo hice, y en unos segundos las tenía atadas otra vez con el dichoso alambre. A continuación hizo lo mismo con mis piernas, mientras comentaba algo.

—Dice que no estará de vuelta hasta la noche —tradujo Mary—. Que si todo sale bien, volverá para liberarnos. Y si ocurre algún problema, lo hará para matarnos.

—Dile que es muy considerada.

Mary no tuvo opción a traducirme: Cora ya la había amordazado con un trapo largo, una especie de toalla de mano o un trozo de retal que sacó de la bolsa de viaje, lo mismo que el alambre. Después de amordazarme a mí también, procedió a bajar unos centímetros cada una de las ventanillas traseras. Tras ello, sacó también de la bolsa un pequeño frasco de cristal oscuro y un pañuelo de tela, vertió unas gotas sobre el pañuelo y nos lo restregó por la cara a cada uno. Luego, mientras nos vencía el sopor, vimos cómo comprobaba que sus armas estuvieran cargadas —dos pistolas, una de ellas la mía, que por suerte no había sido la que había utilizado en la frontera—, cómo salía de la camioneta, asegurándose de que esta quedaba cerrada, y cómo se alejaba caminando en dirección al pueblo.

29

Decir que las horas que siguieron fueron aterradoras sería faltar a la verdad. Fueron mucho más que eso. Fueron agónicas, monstruosas. El cloroformo —o cualquiera que fuera el mejunje con que nos había frotado el rostro— nos tuvo fuera de combate hasta el anochecer. Yo no llegué a perder la consciencia, y creo que Mary tampoco, porque tenía los ojillos abiertos y de vez en cuando intentaba murmurar algo a través de la mordaza, aunque no lograba entenderla. Sudábamos como en el interior de una sauna; nos estábamos cociendo a fuego lento. Habríamos terminado muriendo los dos de un golpe de calor de no ser porque el talud de tierra junto al que estaba aparcada la camioneta proyectó su sombra sobre nosotros a partir de cierto momento de la tarde. En cuanto recuperé un poco la capacidad de movimiento traté de abrir las puertas, con la esperanza de que si conseguía reptar unos metros por el suelo algún vecino del cercano pueblo repararía en mí. Pero mis manos, sujetas con el alambre a mi espalda, se habían convertido en muñones. Probé incluso a propinarle un par de cabezazos a la ventanilla, aprovechando que aún estaba medio sedado y apenas podía sentir dolor. Fue inútil: hubiera necesitado tomar muchos metros de carrerilla para romperla con la cabeza, y me hubiera costado al menos una conmoción cerebral.

Con la caída de la noche y de la temperatura, y al disiparse definitivamente los efectos del narcótico, recuperamos las fuerzas y el ánimo y nos afanamos en intentar desatarnos el uno al otro situándonos espalda contra espalda. Muy poco a poco, con el paso de las horas, hicimos algún avance, y de haber contado con algo más de tiempo puede que hasta lo hubiéramos conseguido.

Sería ya cerca de la medianoche —aunque no podía estar seguro de la hora exacta— cuando los faros de un vehículo despejaron la penumbra total en que nos encontrábamos. Este se detuvo a solo unos metros de la camioneta, y de él se apearon dos sujetos. Apenas pude distinguir el contorno de sus sombras a contraluz. Una de esas sombras abrió la puerta de mi lado y me sacó de la camioneta de un tirón, arrojándome al suelo. La otra hizo lo mismo con Mary. Nos acarrearon a ambos como dos sacos de tierra hasta el cajón de la furgoneta en que habían venido. Eran dos hombres jóvenes y fornidos, vestidos con ropa oscura. Uno de ellos arrancó el motor de la furgoneta y la puso en marcha. El otro no montó: supuse que se ocuparía de llevarse la camioneta donde habíamos estado retenidos a un lugar más seguro, no fuera a ser que algún vecino sospechara de ella por tener matrícula española y pusiera sobre alerta a las autoridades portuguesas, que debían de estar ocupadas en investigar la muerte del guardia en la frontera.

El viaje duró unos veinte minutos, puede que algo más. Aunque no había ventanillas en el cajón, desde el suelo, a través del parabrisas, podía observar que había cada vez más luz a nuestro alrededor, no solo de farolas, sino también de semáforos y escaparates. Estábamos entrando en Lisboa.

En cierto momento, la furgoneta dejó de transitar por lo que debían de ser avenidas amplias de varios carriles para internarse por unos callejones empedrados y en cuesta por los que avanzábamos muy despacio. Más tarde descubrí que estábamos accediendo al corazón de la Alfama, el pintoresco barrio de marineros que en su día fuera el centro de la ciudad, y que con el paso del tiempo había quedado reducido a un laberinto de calles estrechas y edificios decadentes —o directamente en ruinas— habitados por delincuentes y marginados. La policía portuguesa al parecer no tenía medios ni tampoco interés de imponer la ley en aquel lugar, de tal modo que era un rincón más que apropiado para que cualquier canalla —o cualquier sargento soviético perseguido por agentes israelíes— pudiera pasar desapercibido.

La furgoneta se detuvo, y el conductor y otro individuo que estaba esperándonos abrieron el cajón y nos llevaron en volandas por unas escaleras de piedra hasta una casa de tres plantas que tenía una fachada cochambrosa y llena de grietas, en la que apenas se intuían los restos del violeta original en que la pintaran en su día. La puerta era gruesa, de madera, con una mirilla de reja negra. También las ventanas, dos por cada planta, estaban enrejadas, lo que daba al edificio aspecto de convento o cárcel medieval.

Nuestro traslado desde la furgoneta a la casa solo les llevó unos segundos, de manera que si había algún vecino observando puede que ni siquiera se percatara de que los bultos que portaban aquellos hombres éramos dos seres humanos. También contribuiría a ello la oscuridad: todas las farolas de la calle estaban hechas añicos a excepción de una, y aun esta no ofrecía más que una luminosidad tibia, no mucho mayor que la de un farol de gas del siglo pasado.

Por puro agotamiento, o por los residuos del mejunje que habíamos aspirado horas antes, ni Mary ni yo opusimos ninguna resistencia al ser descargados. No nos retorcimos ni pataleamos, simplemente nos dejamos llevar, primero por las escaleras de la calle y luego por las del edificio, hasta la segunda planta. El interior era aún más ruinoso que el exterior. El suelo estaba cubierto por un parqué carcomido y desgastado por el paso de muchos años, puede que de muchas décadas, y las paredes forradas de un papel verde de flores, repleto de humedades y desconchones. El mobiliario, escaso e impersonal —no había adornos ni fotografías, solo algunas lámparas, cómodas y mesitas— se veía tan viejo que daba la impresión de ser incluso anterior a la propia casa, la cual para colmo hedía a orín de gato.

En la segunda planta nos introdujeron en lo que quizá fuera el salón principal de la casa, un espacio diáfano, con un sofá de cuero rojo de tres plazas parcheado y remendado pegado a una pared y una pequeña ventana que daba a la calle. Uno de los individuos, con barba de varios días y tan pálido y flaco que parecía un vampiro de película —o más bien la víctima de uno— nos quitó las mordazas de la boca y también las ataduras de manos y pies. Mientras lo hacía, Mary y yo no apartamos la vista del bulto que había sobre el entarimado, en el centro de la estancia. Era un cuerpo encogido sobre sí mismo, en posición fetal. La sangre a su alrededor se había esparcido formando una circunferencia casi perfecta de un par de metros de diámetro, de tal modo que parecía que flotara sobre un foso o sobre las aguas negras y brillantes de una laguna, unas aguas que reflejaban la luz de una bombilla solitaria y desnuda ubicada justo encima. Pudimos reconocerla por el cabello y por la ropa. Era ella, Cora.

Antes de marcharse junto con su compañero, cerrando la puerta con llave tras ellos, el sicario

enclenque dijo algo en su lengua, posiblemente el alemán, aunque no fue necesario que Mary lo tradujera, porque el tipo se llevó el índice a la boca para indicarnos silencio y luego señaló el cuerpo de Cora, como para que comprendiéramos las consecuencias de no comportarnos como era debido. Lo que no comprendí muy bien era el porqué de tanta amabilidad. Por qué razón nos habían liberado de las ataduras y nos dejaban allí a nuestro aire.

—¿Crees que está…? —preguntó Mary, que tuvo que sentarse en el sofá porque le fallaron las piernas, ya fuera por todo el tiempo que hacía que no podía moverlas o por la visión del cuerpo.

Me arrimé hasta Cora intentando no salpicarme demasiado con la sangre. Poniéndome de cuclillas, la agarré de un hombro para colocarla bocarriba.

—Está desmayada pero viva —indiqué, colocándole dos dedos en el cuello: el corazón todavía bombeaba sangre y la piel estaba caliente.

Como si la hubiera despertado de un sueño profundo con el roce de mis dedos, Cora abrió de repente los ojos y profirió un grito semejante al de un gato al que le pisan el rabo. Mary gritó a su vez por el susto y yo, no menos asustado, me sostuve a duras penas con las manos para no caer de culo al suelo.

Cora susurró algo, y Mary la tradujo.

—Dice que tiene dos disparos en el vientre, que solo es cuestión de tiempo.

Sus ojos me miraban como si yo fuera una aparición, y la impresión era mutua. Poco quedaba en aquel rostro de la autoridad de quien nos había secuestrado y había acribillado a tres personas a sangre fría hacía menos de veinticuatro horas. El que tenía delante era un rostro lívido y desencajado, el de una mujer dispuesta a soltarse en cuanto fuera posible del fino hilo de vida al que su cuerpo seguía aferrándose sin su permiso.

Le aparté las manos del vientre y le abrí el abrigo, que naturalmente estaba perdido de sangre, lo mismo que la blusa que llevaba debajo, que le levanté hasta el inicio del pecho. Además de algunos cardenales en los que casi podía adivinarse el número de pie de quien le había propinado las patadas, tenía dos heridas de bala, una a un centímetro del ombligo, a su izquierda, y otra un poco más arriba, cerca del costado, sin orificios de salida. Por experiencia propia sabía que ese tipo de balazos no tenían por qué resultar mortales, pero ella había recibido no uno, sino dos, y posiblemente hacía varias horas que se desangraba en aquella sala. Puede que aún hubiera tiempo de salvarla, pero habría que evacuarla cuanto antes, lo que no iba a suceder. Por eso no me molesté en consolarla con alguna mentira. Le tomé una mano entre las mías y me senté junto a ella, sobre el charco de sangre, dando por perdidos los pantalones que había comprado solo dos días atrás en Salamanca.

—Pregúntale qué ha pasado.

Aunque cada pocos segundos tenía que detenerse para toser o aclararse la garganta, Cora habló empleando en ello sus últimas fuerzas.

Nos explicó que había tomado un taxi hasta Lisboa en el mismo pueblo en el que nos había abandonado a nosotros, que había llegado hasta aquella calle a media tarde y que había vigilado el lugar durante unas horas, sin observar nada fuera de lugar. Al oscurecer, había probado a acercarse hasta la puerta, que encontró abierta, o más probablemente que habían dejado abierta para ella. Se coló adentro pistola en la mano y recorrió el edificio de arriba abajo sin hallar a nadie. Cuando se disponía a salir, la atacaron de repente por la espalda. Alguien que había permanecido oculto en algún agujero de la casa —un armario, un sótano o una buhardilla— la había desarmado en un instante y tiroteado con una de sus propias pistolas. Ella no había tenido oportunidad de defenderse: su atacante era tan experto como ella, pero más fuerte. Yo me

pregunté cómo podía ser que se hubieran producido dos disparos sin que acudiera la policía, aunque más tarde, cuando conocí las características del barrio en que nos encontrábamos, lo entendí.

—Dice que ha sido él quien la ha herido —indicó Mary, desde el sofá: se había inclinado hacia adelante para escuchar y traducir mejor, pero no se había levantado—. El hombre al que había venido a buscar. Dice que luego se han unido los otros, que la han torturado y les ha contado cómo ha averiguado esta dirección, quiénes éramos nosotros y dónde podían encontrarnos. Nos pide perdón por ello.

—No importa —dije—. Dile que quiero saber quién es él, el sargento Robert Klett. Sin van a matarnos de todos modos, prefiero no irme al más allá con esa duda.

Cora tomó aire e hizo una mueca con los labios. Incluso en la situación que estaba, no parecía cómoda con la idea de desvelarnos la identidad de ese hombre. Por primera vez, creí intuir la razón por la que se resistía a hacerlo. No era por lealtad a su agencia, a su patria o a su raza, ni tampoco por orgullo u obcecación, sino por vergüenza. Simple y llana vergüenza.

—Le ruega a Yahvé que sepa perdonarla —tradujo Mary, quien tuvo que pedirle a Cora que le repitiera lo que acababa de decir, porque no parecía dar crédito—. Dice que ese hombre, al que ha venido a buscar hasta Lisboa, el que le ha disparado, se llama Jacob Westheim. Y es su esposo.

La historia que Cora nos contó a continuación, trastabillándose o atragantándose cada pocas frases, saltando de una escena a otra de forma casi aleatoria, sin someterse a una línea temporal nítida —seguramente porque la pérdida de sangre comenzaba a afectar sus facultades mentales —, fue más o menos la que sigue. Las lagunas o incongruencias que ella no pudo o no supo explicar he podido completarlas o corregirlas yo mismo posteriormente, con no poco esfuerzo por mi parte.

Hacia el año 46, Cora había emigrado desde Hungría hasta Palestina por mediación de unos familiares, y durante la guerra del año 48 de los judíos contra los árabes ella había combatido al lado de los hermanos Jacob y Noam Westheim, quienes en años anteriores habían vagado por Europa dedicados, junto con otros camaradas judíos, a la búsqueda y la ejecución en la clandestinidad de criminales de guerra, siguiendo las directrices del Centro de Documentación liderado por el célebre Fred Tuvih.

Cora y Jacob se enamoraron locamente y contrajeron matrimonio al poco de conocerse, justo antes de que los hermanos fueran integrados oficialmente en las filas del ejército israelí y derivados a los servicios de inteligencia. Cora había recibido cierto entrenamiento militar durante la guerra del 48, y su esposo convenció a sus superiores de que también ella podía serles de utilidad. En el fondo, claro, lo que él deseaba era no separarse de ella, y se salió con la suya: Cora y los dos hermanos fueron enviados a Europa. Allí, además de las correspondientes labores de espionaje que les fueron encomendando desde el cuartel general de su agencia en Tel Aviv, los tres continuaron colaborando puntualmente con el Centro de Documentación de Fred Tuvih.

Uno de los sujetos que investigaron entonces fue un famoso psiquiatra suizo llamado Lamar Hafner. El doctor Hafner no podía ser entregado a la justicia —no se le atribuía ningún delito en ningún lugar del mundo— ni tampoco raptado o ejecutado, ya que se trataba de una figura política y científica de primer orden en su país. Era alguien intocable, pese a que el Centro de Documentación poseía pruebas evidentes de que había pertenecido al Partido Nazi y de que había apoyado la causa del nazismo antes, durante y después de la guerra.

El doctor fue objeto de vigilancia entre los años 1951 y 1952, a raíz de la cual pudieron

identificar a varios oficiales nazis que fueron convenientemente eliminados o entregados a la justicia. Precisamente uno de esos oficiales amigos de Hafner, al ser interrogado, les facilitó una información aparentemente disparatada pero de un valor incalculable en el caso de ser cierta: la de que Adolf Eichmann, considerado el arquitecto del Holocausto judío, el máximo responsable de la puesta en práctica de la Solución Final, se hallaba escondido en la ciudad polaca de Lublin.

Naturalmente, las posibilidades de que Eichmann se hubiera refugiado en territorio soviético eran exiguas, y más aún que lo hubiera hecho en un sitio como Lublin, en cuyas inmediaciones se encontraba el campo de exterminio de Majdanek y en el que, por lógica, todavía debían de habitar numerosas personas —antiguos carceleros y prisioneros del campo, así como vecinos del municipio— que recordarían haberlo visto por allí en alguna visita oficial durante la guerra. Sin embargo, Fred Tuvih llevaba tantos años obsesionado con su captura que no dudó en enviar a Cora junto a los hermanos Westheim y otros dos de sus acólitos a comprobar la veracidad de la información, la cual apuntaba a que Eichmann, bajo una identidad falsa, vivía solo y sin ninguna escolta en una granja de las afueras de la ciudad.

Los cinco se presentaron en Lublin, y durante algunas horas acecharon la granja, hasta que finalmente vieron entrar en ella a un hombre físicamente parecido a Eichmann. Dado que se trataba de una operación clandestina, no sancionada por ningún gobierno, no tenía caso andarse con miramientos ni esperar a cerciorarse de que aquel hombre fuera efectivamente Eichmann, por lo que decidieron actuar.

Por supuesto, no era Eichmann. En realidad no era más que un señuelo. La granja estaba abarrotada de pistoleros soviéticos y en cuanto los judíos iniciaron el asalto se desató un tiroteo en el que varios de ellos fueron abatidos, y en el que ella misma, Cora, y su cuñado Noam resultaron apresados. Toda aquella operación había sido una farsa, una emboscada. Y eran dos las personas que estaban detrás de ella, las que lo habían organizado: el doctor Lamar Hafner, quien se había encargado de difundir entre sus amigos la información sobre el paradero de Eichmann para conducirlos hasta allí, y su propio esposo, Jacob Westheim.

Las discusiones entre Jacob y Cora se remontaban al inicio de su matrimonio. El suyo había sido un amor pasional, casi irracional, y sus desencuentros y reencuentros, tan volátiles como frecuentes, habían traído de cabeza a sus superiores en la agencia desde un primer momento. Sin embargo, la pareja, o el trío, mejor dicho —porque ellos dos nunca se separaban de Noam—, demostraba su eficacia con cada nueva misión que les era asignada. Pese a ello, era evidente para cualquiera, sobre todo para los cónyuges, que su situación era insostenible en el largo plazo.

Un buen día, semanas antes de la fallida operación en Lublin, había ocurrido lo que tarde o temprano tenía que ocurrir: que el matrimonio entre Jacob y Cora se rompió. Lo que nadie hubiera podido adivinar era la forma dramática en que lo hizo. Ese día, como tantos otros, la pareja había discutido y Cora se había marchado del piso que compartía con su esposo en la ciudad en la que entonces estaban destinados, Stuttgart, para alojarse en el de su cuñado Noam, algo que al parecer sucedía con frecuencia. La relación entre los cuñados siempre había sido afectuosa, pero nada les había hecho presagiar que aquel día traspasaría los límites del afecto. Los dos se dejaron llevar por la tentación de lo prohibido, y aquello fue para Cora como un despertar. De pronto se dio cuenta de que todo aquel tiempo había estado enamorada del hermano equivocado. Era con Noam con quien podía aspirar a un futuro.

Ella misma comunicó a Jacob lo sucedido, poniendo fin al matrimonio. No les hubiera sido fácil obtener un divorcio en Israel, pero no hubo necesidad de ello, ya que en la documentación con la que se movían normalmente por Alemania no constaban que estuvieran casados.

Jacob pareció asumir la nueva situación con resignación y los tres continuaron adelante con su trabajo para la agencia y para el Centro de Documentación de Fred Tuvih, hasta el momento en que este les instó a viajar a Lublin para investigar el soplo que habían recibido sobre Eichmann.

Cora ignoraba cómo y cuándo había acudido Jacob al doctor Lamar Hafner. Puede que viajara a Zúrich para entrevistarse con él en persona, o que contactara con él a través de terceros. Cora ignoraba también si la idea de extender entre los amigos del doctor el rumor de que Adolf Eichmann se escondía en Lublin había partido del propio doctor o de Jacob.

Ignoraba quién de los dos había ideado la emboscada del mismo modo que ignoraba que el despecho de su esposo pudiera llegar a tanto como para echarse en brazos de sus enemigos en busca de venganza, y más aún que el doctor Hafner, pese a su reconocida afección por el fascismo, mantuviera relaciones con los servicios secretos de la Unión Soviética, que eran los que habían ejecutado la encerrona de Lublin.

Los soviéticos tenían bastantes motivos para haber aceptado participar. Los justicieros judíos de Fred Tuvih habían actuado numerosas veces en su territorio, siempre de manera irregular, y en aquel año 1952 los gobiernos de Israel y la URSS se hallaban totalmente distanciados. Además, colaborar en esa operación suponía ganarse el favor de un agente de los servicios secretos israelíes como Jacob Westheim, y eso no era baladí: Jacob les garantizaba acceso a información privilegiada sobre el funcionamiento de su agencia y sus operativos en Europa. Si todo lo que este les pedía a cambio era que eliminaran a algunos de sus colegas, el trato les salía a cuenta.

Sin embargo, durante la emboscada al grupo de judíos hubo un error: debían haber muerto todos, pero dos fueron capturados con vida, precisamente aquellos que Jacob tenía mayor interés en que murieran: su esposa y su hermano.

Se produjo entonces un enfrentamiento entre Jacob y los pistoleros soviéticos: este quería eliminar sin más a Cora y a Noam para seguir adelante con el plan previsto, que pasaba por que Jacob se reincorporara a su agencia fingiendo haber sobrevivido al asalto y desde el interior de esta trabajar como agente doble para Moscú. Pero los soviéticos preferían mantenerlos vivos. Esto molestó mucho a Jacob, obcecado en consumar su venganza.

Mientras ese enfrentamiento iba subiendo de tono, Cora y Noam aprovecharon para hacerse con un arma y escapar, hiriendo a varios de sus captores. Durante el trayecto de vuelta a Alemania, debatieron sobre qué hacer, ¿debían informar a su agencia de lo sucedido o era mejor callar para no poner en peligro su propia situación? Finalmente optaron por lo segundo. Si contaban que Jacob era un traidor, ellos mismos serían retirados del servicio por la sospecha de que también pudieran serlo. Tenían claro que después de aquello Jacob desaparecería para siempre y la única manera de encontrarlo sería a través de su agencia. Porque pensaban encontrarlo. Fue un compromiso que adquirieron el uno con el otro, y luego ambos con Yahvé. Costara lo que costase, encontrarían a Jacob y le harían pagar por haberlos traicionado.

Jacob efectivamente desapareció. Ellos no podían saberlo, pero su nuevo socio, el doctor Lamar Hafner, le había buscado cobijo en España, en la casa de Carlos Ramírez en Barcelona, desde donde, gracias a la documentación que le consiguiera el padre Ramón Sabater, pudo pasar hasta América. El doctor prefirió recurrir a Carlos Ramírez en lugar de a sus contactos habituales por el hecho de que Jacob no era un antiguo oficial nazi, sino un desertor israelí.

Eso fue en el año 1952, pero mucho tiempo después, cuando Cora y Noam habían asumido ya que jamás volverían a saber de Jacob, este reapareció en Berlín en 1958, fecha en la que el sargento Robert Klett fue incorporado a la policía secreta de Berlín Este, la Stasi.

La verdadera identidad del sargento era un secreto para casi todos, incluidos muchos de sus superiores. Alguien desde muy arriba había decidido que el lugar donde más partido podía sacársele a un exagente israelí con años de experiencia en Europa no era un recóndito país de Sudamérica, sino en la capital —histórica y económica, aunque no oficial— de Alemania. Desde aquel puesto privilegiado, Jacob Westheim podía mantener un ojo en los movimientos de sus antiguos camaradas judíos. La jugada, en ese sentido, se antojaba magistral.

Todo se torció a finales de 1959, cuando Jacob —convertido en el sargento Robert Klett— dirigió una operación contra ciertos elementos de la disidencia berlinesa entre los que fueron arrestados por azar dos agentes israelíes a los que él reconoció. Los agentes fueron ejecutados de inmediato, pues Jacob temía que alguno de ellos hubiera podido reconocerlo a su vez a él, poniendo en riesgo su nueva posición. En cuanto la noticia de las ejecuciones llegó a Israel, los israelíes enviaron a Berlín a otros dos agentes con la única misión de ajustar cuentas con el sargento.

Esos dos agentes eran ellos, Cora y Noam, dos especialistas en aquel tipo de trabajos. Jacob, por supuesto, había mudado su aspecto tanto como le había sido posible, pero no fue suficiente para engañarlos. Lo reconocieron al instante. Aunque, en realidad, eso no cambiaba su misión. Estaban en Berlín para vengar la muerte de dos compañeros. Que el hombre que iba a morir por ello fuera además el hombre al que ellos habían jurado matar años antes era un regalo del destino. Un guiño del mismísimo Yahvé.

Pero solo unos días antes de la fecha que habían escogido para eliminarlo, Jacob desapareció. Ellos adivinaron enseguida que él los había descubierto y había huido tras urdir la artimaña de dejar tras de sí unos restos humanos con la ropa y la documentación del sargento Robert Klett en la ribera del Spree. Sin embargo no fue eso lo que comunicaron a su cuartel general. Lo que transmitieron a Tel Aviv fue que la misión estaba cumplida, que el cadáver del sargento era con toda seguridad el que había aparecido en el río. De nuevo, se reservaron para ellos la satisfacción de su captura y ejecución si volvía a presentarse esa oportunidad.

Y la oportunidad llegó apenas unos meses después, y lo hizo de la manera más insospechada.

Justo tras la recuperación de los restos del supuesto sargento Robert Klett, y antes de abandonar Berlín, Cora y Noam cumplieron con el trámite de inspeccionar el apartamento de aquel. En él no encontraron objetos personales o de valor, o sea, ningún documento o fotografía, pero el lugar no había sido vaciado ni limpiado a conciencia, lo cual era lógico habida cuenta de la precipitación con que el sargento había desaparecido. Así, descubrieron que una de las habitaciones había sido utilizada como estudio de pintura, y todavía en ella, además de los instrumentos habituales del oficio, hallaron docenas de lienzos y cuadernos que al principio no supieron si habían quedado allí por descuido o porque Jacob quiso dejarlos tras de sí a modo de guiño u obsequio malicioso.

Jacob había sido un pintor aficionado toda su vida. La pintura —junto con la música— era una pasión que había compartido desde siempre con su hermano Noam. No podían saber cuándo había retomado Jacob su afición, si durante su estancia en Sudamérica o ya de vuelta en Alemania, convertido en el sargento Robert Klett, pero estaba claro, a juzgar por el número y la variedad de las obras del apartamento, que la había retomado con ganas. No tuvieron tiempo de revisar todos los lienzos y cuadernos detenidamente, ni tampoco fueron tan imprudentes como para llevarse nada, aunque repararon en que muchas de las pinturas reflejaban una ira contenida, latente. Llegaron a la conclusión de que probablemente esa era la razón por la que Jacob había decidido dejar allí todo aquello. Que esos lienzos y cuadernos eran una suerte de mensaje oculto

destinado a ellos, para mostrarles cómo se sentía. Para mostrarles que aún seguía sintiendo el mismo odio hacia ellos que le había movido a intentar matarlos aliándose con el doctor Hafner y los soviéticos.

Pasado un tiempo, cuando el recuerdo de lo sucedido en Berlín estaba aún fresco en su memoria, en la primavera del año siguiente, un descubrimiento fortuito les volvió a poner sobre la pista de Jacob. Una comunicación rutinaria que les enviaron desde el cuartel general de Tel Aviv hablaba de una exposición de pintura alemana que acababa de inaugurarse en el Kunsthaus de Zúrich, la cual estaba siendo objeto de investigación por parte de los servicios secretos de varias naciones occidentales. Se sospechaba que tras ella podía esconderse algún tipo de operación de financiación secreta a organizaciones de naturaleza neonazi. Ellos dos solo debían estar alerta sobre cualquier información referente a la misma que pudieran hallar en sus análisis de documentos, sus escuchas o sus interrogatorios. Pero en cuanto Cora y Noam vieron una serie de dosieres sobre los autores y con fotografías de los cuadros expuestos, supieron que una de las obras, titulada *Hombre herido en el frente* y pintada por un sujeto llamado Wolfgang Strauss —de quien no se aportaba dato alguno— ya la habían visto antes en otra parte. O al menos una copia o versión muy parecida. Había sido en Berlín, en el apartamento del sargento Robert Klett.

Aquel cuadro, no les cupo ninguna duda —y menos aún cuando averiguaron que el promotor de la exposición no era otro que el doctor Lamar Hafner—, lo había pintado Jacob Westheim. Si querían encontrarlo, no tenían más que averiguar quién lo había enviado a Zúrich, y desde dónde.

—Cora cree que Jacob quiso enviar ese cuadro al museo porque sabía que ellos dos habían visto una copia de él en su apartamento de Berlín —indicó Mary—. Quería provocarles, desafiarles. Conformar algo así como un rastro de migas de pan que solo ellos dos pudieran reconocer. Cree que por eso también dejó tras de sí algunos lienzos en la finca de Carlos Ramírez, por si acaso ellos llegaban hasta allí. Cora cree que a pesar de todo Jacob no pretendía huir de ellos para siempre. Que en el fondo deseaba ser encontrado. Deseaba enfrentarse a ellos.

30

Eran las dos de la madrugada y por los resquicios de la ventana se colaba una brisa marina y húmeda que se nos introducía por debajo de la ropa y hasta el mismísimo tuétano de los huesos. Cora había terminado su relato entre balbuceos, sin fuerzas ni para tomar aliento. Mary tampoco se encontraba mucho mejor: había ido traduciendo de manera automática, sin que las palabras pasaran por el filtro de su cerebro; un cerebro que, por la falta de descanso, de alimento y a causa del cloroformo, parecía inconcebible que pudiera seguir trasladando una sola palabra del alemán al castellano.

—Dice que viajaron a Zúrich desde Alemania, y que durante varios días intentaron aproximarse al doctor Lamar Hafner —concluyó Mary, traduciendo las últimas frases de Cora—, pero les fue imposible. Siempre estaba acompañado, y su mansión en las afueras era una pequeña fortaleza. Además, podía ser que el doctor alertara a Jacob de que estaban otra vez sobre su pista. Por ello acudieron al director del Kunsthaus para pedirle información sobre el cuadro, haciéndose pasar por galeristas de arte. El director no supo o no quiso decirles apenas nada. Solo que el cuadro había llegado desde Madrid, desde el Instituto Goethe. Con eso bastó: ellos conocían quién estaba al frente del Instituto. Sabían del pasado de Jude Kochanski como colaborador de la Organización Gehtlen. Al día siguiente, o sea, el viernes de la semana pasada, volaron a Madrid para interrogarlo.

Lo que había venido después ya lo sabíamos —los asesinatos de Jude Kochanski y Ramón Sabater y el asalto a la finca de Carlos Ramírez—, y por eso invité a Cora a callar con un gesto. De todos modos, como digo, ella no nos había contado tanto una historia como una sucesión de episodios inconexos, que solo más adelante yo pude engarzar y completar con otras informaciones para convertirlos en una narración coherente. Su mano estaba helada, como si la sangre hubiera dejado de correr ya por sus venas. Se resistía sin embargo a cerrar los ojos, cada vez más hundidos en sus cuencas, que continuaban moviéndose inquietos, atentos a todo a lo que había a su alrededor.

—¿Qué vamos a hacer, Ernesto? —preguntó Mary.

Deposité la mano de Cora cuidadosamente sobre su pecho y me puse en pie. Tenía las piernas doloridas y caminé un poco por el cuarto para desentumecerlas.

—No lo sé —respondí.

—Igual podríamos saltar por la ventana…

Me acerqué hasta la ventana. La reja que protegía el hueco era de hierro macizo, aunque no era

imposible que el cemento con el que estaba unida a la pared cediera si Mary y yo probábamos a tirar de ella. Pero sería un esfuerzo inútil. Era demasiada altura para lanzarnos al vacío. En la fachada había unas tuberías y cables de electricidad por los que, de hallarnos en mejores condiciones —o si hubiéramos contado con quince o veinte años menos cada uno— quizá podríamos descolgarnos.

—No —repuse simplemente.

—¿Y si gritamos para pedir ayuda a los vecinos?

Ni siquiera me molesté en contestar. Gritar para pedir ayuda era tanto como pedir a nuestros captores que, por favor, acudieran a pegarnos unos tiros. Ella lo sabía tan bien como yo.

—¿Por qué crees que no nos han matado ya? —preguntó Mary—. ¿Por qué nos tienen aquí encerrados, sin ataduras?

—Supongo que están esperando instrucciones —dije—. No deben de tener claro si matarnos, torturarnos, soltarnos o invitarnos a una copa.

—¿Instrucciones de quién?

—Ya lo averiguaremos.

Solo unos minutos después escuchamos un rumor de pasos en las escaleras. Eran por lo menos tres las personas que subían ordenadamente, intercambiando palabras rápidas en alemán. Ya me había habituado a los sonidos del idioma y creía poder identificarlo.

El primero que entró en la sala era el mismo individuo que nos había desatado, el guarda flaco y barbudo. Llevaba un revólver negro en la mano con el que nos encañonó para indicarnos que nos quedáramos donde estábamos: yo, de pie junto a la ventana; Mary, en el sofá.

Detrás de él venían otros dos. Uno era completamente calvo —o rapado a conciencia—, y tan grande e imponente como un oso pardo. Tendría unos cincuenta años —tal vez menos, ya que la panza y el rapado lo envejecían—, y vestía una camisa negra arremangada hasta los codos con pantalón del mismo color.

El otro era bastante mayor —puede que superara los setenta años— y de constitución robusta, aunque de proporciones más equilibradas que su acompañante. En su cabello gris, peinado hacia atrás con fijador, aún había reminiscencias de su tono rubio original. Su barba picuda, bien recortada, me recordó a un busto de piedra de algún pensador antiguo. También a las representaciones del demonio en la pintura y el cine. Llevaba unas gafas redondas y gruesas, un traje blanco con camisa azul sin corbata, y en las manos un panamá que tendió al primero de los hombres para que se lo sostuviera mientras conversábamos.

—Buenas noches —saludó el anciano, en un castellano suave, como esforzándose por ocultar cualquier rastro de la fuerte sonoridad de su alemán materno, aunque sin lograrlo del todo—. Soy el doctor Lamar Hafner.

El esbirro que lo había precedido se situó en una esquina de la sala y se cruzó de brazos, con el cañón del revólver sobresaliéndole por debajo de un codo y el sombrero de su jefe del otro. El gigantón de la camisa negra se acercó a Cora y se acuclilló junto a ella.

—*Sie lebt noch* —dijo, colocándole dos dedos en su cuello. No me hizo falta traducción para saber que se mostraba sorprendido de que siguiera viva.

—Hablemos en español, Robert, si no te importa —rogó el doctor a su acompañante, el que se había arrimado a Cora.

—Lo que usted diga, doctor —respondió el tal Robert, quien por su parte hablaba con tanta o más fluidez que el doctor, aunque con acento de Sudamérica, no sabría decir de dónde. Puede que fuera una mezcla de varios acentos.

Lo miré detenidamente, tratando de encontrar algún parecido con el hombre al que yo había matado unos días antes —su hermano, Noam Westheim—, pero no advertí ninguno. Tampoco advertí en él ningún rasgo típicamente judío, si bien era cierto que yo no tenía constancia de haberme cruzado nunca a ningún judío —exceptuando a Jude Kochanski, pero claro, a él lo había conocido después de muerto—. Aquel hombre, además del cráneo mondo, tenía una nariz diminuta, así que no se ajustaba en absoluto al estereotipo. Tenía también una descuidada barba de varios días y unos ojos negros bordeados por párpados grises, como si se los hubiera maquillado. Su boca era exageradamente ancha, de batracio, con dientes amarillentos y muy pequeños, como de leche.

El doctor se aproximó a mí con su mano tendida y yo se la estreché con menos energía que estupefacción. Había oído hablar tanto de él en la última semana —ocho días exactos habían pasado desde que me convocaron al Instituto Goethe por la muerte del profesor Kochanski; tenía la sensación de que habían sido más de ocho meses— que sentí que le estaba estrechando la mano a una celebridad. O más bien a un personaje fantástico. Todo en él parecía irreal. Yo había esperado que el doctor Hafner fuera algo así como un trasunto de Freud —el único psiquiatra al que ponía cara—, un tipo adusto, espigado y macilento, con traje marrón, pajarita y reloj de cadena. El hombre que estaba frente a mí, en cambio, con su traje blanco de esclavista sureño, tenía tanta pinta de psiquiatra como yo de esquimal.

—Conque usted es el famoso inspector Ernesto Trevejo —dijo, y yo sonreí pensando que esa frase tenía que haberla pronunciado yo refiriéndome a él, el único famoso en aquella sala. No tenía sentido preguntarle quién le había hablado de mí: evidentemente había tenido que ser Otto Skorzeny en la conversación telefónica que mantuvieron el día anterior. Lo que verdaderamente me preocupaba era qué le habría aconsejado Skorzeny que debía hacer conmigo en el caso de que cayera en sus garras. John ya me había advertido de que Skorzeny era impredecible, y cabía la posibilidad de que hubiera llegado a la conclusión de que lo más conveniente para todos ellos era que me quitaran de en medio por ser una de las pocas personas, o quizá la única junto con Mary, que a esas alturas tenía una idea aproximada de lo que estaba sucediendo.

—¿Este es el hombrecillo que ha matado a mi hermano? —preguntó Robert de pronto, irguiéndose y encarándose conmigo—. Esperaba otra cosa. Un policía rudo, español, con un par de cojones. No este maricón.

—Maricón lo será tu padre, gilipollas —repliqué.

Robert amagó con abalanzarse sobre mí, pero el doctor Hafner lo detuvo colocándole una mano en el pecho. Fue una suerte para él, porque seguramente se habría roto el codo o los nudillos al darme de hostias. Entre él y yo mediaban cincuenta kilos de diferencia y seguramente muchos años de entrenamiento en lucha cuerpo a cuerpo.

—Haya paz —rogó el doctor. Robert masculló una retahíla de lo que, supuse, eran los peores insultos de su lengua—. Aunque no lo parezca, ahora mismo estamos todos en el mismo bando. Tenemos intereses comunes.

El doctor apartó a Robert y tendió su mano a Mary. Esta, sin levantarse, se la estrechó aún con menos entusiasmo que yo.

—Y usted debe de ser la señora Mary Clarke —dijo—. No me la imaginaba tan hermosa.

—No diga estupideces —repuso Mary—. Seguro que ya me había visto en docenas de fotografías. Sus amigos neonazis me tienen identificada hace tiempo.

—No lo niego. Lleva muchas semanas investigando mi exposición de pintura. Por supuesto, no iba a pasarnos inadvertida. Pero los retratos que había visto de usted no están a la altura de su

persona, se lo aseguro. —El doctor se volvió por fin hacia el cuerpo tirado en medio de la estancia, que había rodeado con tanta indiferencia como si se tratara de un mueble—. Y esta mujer de aquí es nuestra querida Cora. Siento decirte, Robert, que ha envejecido bastante mejor que tú.

—Pues ya no va a envejecer más —repuso este—. De eso ya me he encargado.

—No está bien que hables así de tu esposa.

—Eso de ahí ya no es mi esposa. Es la perra de mi hermano. Y como él ya no vive para cuidarla, he tenido que sacrificarla.

—Ya que hablamos de ella —añadió el doctor, indiferente al comentario de Robert, dirigiéndose a Mary y a mí—, me gustaría saber qué es lo que ha pasado exactamente en estas últimas horas. Ayer por la noche, después de hablar con mi colega Otto Skorzeny, tomé un avión a París, desde París otro a Barcelona, y de ahí uno hace solo un par de horas hasta Lisboa… Quería asegurarme personalmente de que Robert estaba a salvo, y de que mañana mismo partía para América sin ningún contratiempo. Ha sido una auténtica odisea llegar hasta aquí, casi como correr a contrarreloj. Antes de tomar el último avión telefoneé y me informaron de que Cora estaba aquí, de que la habíamos capturado. Pero creo que todavía no termino de comprender lo que ha pasado: el tiroteo en la casa de mi amigo Carlos Ramírez, su secuestro… ¿Les importaría explicármelo?

Me dispuse a hacerlo, pero Mary se me adelantó, pasándose al alemán, no creo que para dejarme al margen sino para que el doctor Hafner pudiera comunicarse con más soltura. Este dominaba el castellano sin problemas, como acababa de demostrar, pero lo hablaba excesivamente despacio, como si a cada momento tuviera que esforzarse por buscar las palabras adecuadas.

Imaginé que Mary le habló de su secuestro y de nuestro viaje nocturno desde Salamanca, aunque también mencionó en un par de ocasiones los nombres de Jude Kochanski y de Carlos Ramírez, y los de Noam y Jacob Westheim y Cora Szekeres. Robert intervino también en la conversación, aunque solo puntualmente para pronunciar algunas frases que a mí me sonaron a amenazas, aunque tal vez no lo fueran.

En algún momento yo desconecté. Estaba harto del alemán, y harto de todo aquello. Caminé de nuevo por el salón, seguido atentamente por la mirada del tercer hombre, el guardaespaldas, que continuaba cruzado de brazos con el revólver bien sujeto en su mano derecha. Me acerqué hasta él y le hice el gesto de llevarme un cigarrillo a la boca. El paquete de Ducados que había comprado en el Grand Hotel de Salamanca me lo había terminado durante el viaje hasta Lisboa y Cora no me había permitido comprar en las gasolineras más que agua y galletas. Llevaba casi doce horas sin fumar, y entre el síndrome de abstinencia y el hedor a sangre seca comenzaba a sentirme mareado. También, claro, podía ser consecuencia del hambre: llevaba casi tantas horas sin comer en condiciones como sin fumar.

Pensé que aquel matón me mandaría a tomar viento en una lengua o en otra, pero valía la pena probar. Para mi sorpresa, se descruzó de brazos y, con su mano izquierda, tras depositar en el suelo con cuidado el panamá del doctor, se sacó de un bolsillo del pantalón un paquete de tabaco y un encendedor, que me tendió después de tomar un cigarrillo con los labios para sí. Yo tomé uno para mí y encendí ambos. Era un tabaco portugués con filtro, marca Estoril. El nombre me hizo sonreír. Me pregunté a cuánta distancia de allí estaría el famoso hotel-casino donde la realeza europea celebraba sus banquetes, y a cuánta la famosa mansión Villa Giralda, en la que residía su frustrada majestad, el duque de Barcelona, y en la que cuatro años atrás su hijo

pequeño, el infante Alfonso, se había pegado un tiro en la cara accidentalmente mientras jugaba con una pistola en presencia de su hermano mayor, Juan Carlos, el heredero a la corona española.

Los síntomas del mareo se me pasaron tras un par de caladas. El humo pareció colarse en mi sistema nervioso y mis neuronas, aportándome clarividencia. Estaba en el salón de un edificio destartalado en el centro de Lisboa, secuestrado por un grupo de mercenarios nazis a las órdenes de un psiquiatra también nazi —aunque secretamente, o no, colaborara con los soviéticos—, y en compañía además de dos espías israelíes, uno de ellos con dos tiros en la tripa y otro reconvertido en un sargento de la policía secreta de Berlín Este. Sentada en el sofá estaba Mary, una ciudadana norteamericana de orígenes hispano-alemanes que trabajaba como analista para los servicios secretos de su país, viuda de un soldado muerto en una batalla del Pacífico. Definitivamente, me dije, yo estaba fuera de mi elemento. Era un pez fuera del agua. Aunque, pensé, un pez fuera del agua todavía puede morderte y llevársete un dedo. Eso era lo que pensaba hacer.

El gorila —o más bien chimpancé, por su complexión menuda— que me había pasado el cigarrillo estaba distraído fumando y escuchando la discusión de los otros tres. Tenía el revólver —un modelo que yo desconocía, pero de calibre alto— todavía fuertemente agarrado en su mano derecha, con el índice fuera del gatillo, como mandaba el sentido común y cualquier protocolo de uso de armas. Nadie, ni yo mismo unos segundos atrás, hubiera predicho la maniobra que realicé a continuación. Fue totalmente improvisada. Seguramente, por eso mismo funcionó.

Lo que hice fue apretar el puño derecho y estampárselo en mitad de la cara a aquel desgraciado, que mal pago recibió así por su amabilidad conmigo. Antes de que nadie pudiera reaccionar —él menos que nadie—, agarré el revólver e introduje mi dedo corazón en el arco, impidiéndole así accionar el gatillo. El forcejeo fue breve: él era un fideo, y con mi mano izquierda le asesté varios golpes más en la cabeza, todos con el canto y dirigidos a su oído, hasta que noté que los dedos con los que este rodeaba la empuñadura del arma aflojaban la presión. Entonces se la arranqué de un tirón. Todo sucedió tan rápido que, para cuando el doctor Hafner interrumpió la frase que estaba pronunciando en ese momento y se volvió hacia nosotros, el revólver estaba ya en mi poder y el matón de rodillas, tratando de contener como buenamente podía la hemorragia de su nariz, que le había partido casi a la altura del entrecejo.

—Pero ¿qué está haciendo? —acertó a preguntar Hafner después de unos segundos, los necesarios para que su lengua regresara del alemán al español.

—Mi trabajo —respondí.

—¿Su trabajo?

—Mi trabajo esta noche es evitar que me maten, y eso es lo que estoy haciendo. Tú —señalé a Robert con el cañón—, túmbate en el suelo ahora mismo. Mary, mira a ver si lleva algún arma escondida.

Mary se dispuso a cumplir mi orden, pero Robert, tras hacer un amago de tumbarse, se revolvió y, con una llave de artes marciales —o al menos eso me pareció: solo había visto llaves así en el cine—, la inmovilizó colocándole un brazo a la espalda y situándola frente a él, a modo de escudo. Su maniobra fue aún más veloz que la mía, y yo no pude hacer nada porque, de haber abierto fuego, hubiera podido alcanzarla a ella, o incluso a los dos, ya que a la distancia a la que estaban aquel revólver debía de tener potencia suficiente para atravesarlos a ambos como dos postres de gelatina.

Robert se llevó una mano a la cintura y de allí sacó una pistola. De hecho, sacó mi pistola, mi Llama III Especial, que le habría arrebatado a Cora unas horas antes.

—Conque quieres que juguemos a indios y vaqueros —dijo, encañonando a Mary en la sien —. Pues vamos allá.

Yo, instintivamente, me había puesto a espaldas del doctor Hafner. No lo tenía sujeto, pero el doctor no se movió de donde estaba. De todos los presentes, parecía el más sorprendido con aquel giro de los acontecimientos, estaba como hipnotizado. El otro secuaz estaba todavía de rodillas en el suelo, demasiado ocupado tratando de no ahogarse con su propia sangre como para intervenir.

—Inspector, está cometiendo un grave error —afirmó el doctor—. Esto no tenía que suceder así.

—¿Y cómo tenía que suceder? —pregunté—. ¿Creía que cuando termináramos íbamos a salir todos de la mano a bailar a una taberna del puerto?

—Nadie iba a hacerle a usted ningún daño. Su vida no corría peligro.

—Mire, doctor, es usted un político y un loquero, y tanto unos como otros me han parecido siempre unos embusteros. Eso por no hablar de que es usted un nazi que trabaja para la Unión Soviética. Me disculpará por no fiarme de su palabra.

—No sabe lo que dice. Usted no me conoce.

—Ni malditas las ganas que tengo de conocerle. Estese quieto.

Robert tenía bien aferrada a Mary, que, aun en el límite de sus fuerzas, intentaba zafarse de él. Pero era un cervatillo intentando escapar del abrazo de una boa. Su aspecto daba buena fe de lo que había sufrido en los dos últimos días. Tenía el pelo enmarañado, el maquillaje corrido, la piel de las muñecas y tobillos desgarrada por las ataduras y el vestido azul cielo lleno de arañazos y suciedad. Por lo menos, me consolé, llevaba zapatos y no las sandalias de costumbre.

—Esto no tiene razón de ser, inspector —insistió el doctor—. El plan era dejarlos marchar esta misma noche. Por eso, antes de montar en el avión para Lisboa, ordené que fueran a buscarlos y que no los tuvieran atados ni amordazados, para que supieran que nadie pensaba hacerles daño. Ayer hablé con Skorzeny y con sus amigos americanos y llegamos a un pacto. O mejor dicho, a una tregua.

—Lo imagino, pero yo no tengo nada que ver con Skorzeny ni con los americanos. Ellos me inspiran tanta confianza como usted. O menos.

—Yo solo quiero que mi amigo Robert pueda pasar a América, eso es todo. Lo único que he pretendido en todo este tiempo ha sido protegerlo a él. No tengo nada contra usted ni contra la señora Clarke. Ayer prometí que les dejaría libres.

—¡Pero yo sí que tengo algo contra ti! —gritó Mary—. ¡Contra todos vosotros, sucios nazis del demonio!

—El hombre que la está agarrando podrá ser muchas cosas, querida —repuso el doctor—, pero de nazi no tiene ni pizca. Ya lo hemos hablado antes.

—Él es peor que un nazi. Es un traidor a su pueblo, a su patria y a su esposa, que está ahí muerta en el suelo.

—Su esposa y su hermano lo traicionaron antes a él. También lo hemos hablado ya. Pero ella no está muerta todavía.

Cora, en efecto, continuaba moviendo los ojos de un lado a otro y murmurando palabras que ninguno llegábamos a escuchar, posiblemente plegarias a Dios. No parecía que entendiera lo que ocurría en torno a ella. Estaba ya más fuera que dentro de este mundo.

—Sí, está muerta —indicó Robert, que de pronto dirigió la pistola a ella y le descerrajó un tiro en la cabeza—. *Du sollst mit der Frau deines Bruders nicht Umgang haben; denn damit*

schändest du deinen Bruder.

31

El grito que sonó a la vez que el disparo no fue de Cora, sino de Mary. Robert había apretado el gatillo a pocos centímetros de su cabeza, y posiblemente le reventara algún tímpano. Yo aproveché el desconcierto para agarrar del cuello al doctor con mi mano libre y conducirlo hasta un rincón. Aquel disparo iba a atraer a los hombres que montaban guardia fuera del cuarto, y era mejor tener la espalda cubierta por la pared.

—¿Qué va a hacer ahora, inspector? —preguntó el doctor, no en un tono desafiante, sino preocupado.

Por la escalera retumbaban ya los pasos de los otros ascendiendo a toda velocidad.

—¡Yo qué coño sé!

—¿De verdad está dispuesto a dejarse matar así? No hay necesidad de ello.

Los matones irrumpieron en el salón. Eran dos hombres jóvenes vestidos con ropa oscura y armados con fusiles de asalto Mauser. Tardaron un instante en percatarse de la situación y dirigir sus cañones hacia mí.

—Ordéneles que salgan —dije, tratando de mantenerme fuera de su ángulo de tiro tras el contorno del doctor—. Que esperen fuera.

El doctor dio la orden en alemán y los dos matones salieron marcha atrás muy despacio, sin dejar de apuntarme. Su compañero, al que yo había golpeado, se levantó del suelo y, tras dedicarme un sonoro insulto —también en alemán pero que no necesitaba traducción—, salió con ellos.

—¿Qué es lo que pretende, inspector? —preguntó el doctor.

—Que ella y yo salgamos de aquí de una pieza. Nada más que eso.

—Ya le he dicho que sus vidas no corren peligro.

—Y yo le he dicho que no me fio de usted.

—No tendrá otro remedio que fiarse. Es eso o dejar que mis hombres los maten a tiros. Usted elige.

Yo era el primero que me daba cuenta de que me estaba comportando de manera irracional, y tuve que esforzarme por hallar una respuesta a mi conducta. Esa respuesta estaba en los ojos del hombre que sujetaba a Mary. Eran los ojos de alguien acostumbrado a matar. Por placer, por obligación, por ambas cosas. Unos ojos homicidas que, sin que yo lo supiera, me habían movido a actuar así. A ella, a Cora, su esposa, la había rematado de un tiro sin inmutarse, como si hubiera chafado un mosquito con la palma de su mano. Estaba convencido de que el doctor

Hafner deseaba resolver aquello por las buenas, de que realmente pretendía dejarnos marchar a Mary y a mí. Pero hacía rato que mis ojos habían captado las señales que irradiaban aquellos otros ojos, los de Robert. Él no iba a dejarnos ir. Cora nos había revelado su identidad, y Mary lo habría puesto de manifiesto mientras charlaban minutos antes. Robert no iba permitir que saliéramos vivos de allí si existía la menor posibilidad de que pudiéramos hacerlo conociendo quién era. Como había dicho Mary, aquel hombre había traicionado a su pueblo, a su raza y a su nación, había fingido su propia muerte, se había exiliado al otro lado del globo, había intentado asesinar a su hermano y había matado su esposa. Durante aquel rato, mi subconsciente había procesado todo ese caudal de información para alcanzar la conclusión de que, incluso contra la voluntad del doctor, y pese al pacto al que este hubiera llegado con los americanos, Robert iba a matarnos a Mary y a mí.

—Por mí, los americanos se pueden ir a la mierda —dije—. Y ya de paso también los soviéticos, los israelíes, los alemanes, los suizos y los portugueses. A la mierda todos ellos y a la mierda ustedes y sus mamoneos de espías. Yo no soy un pulpo en una lonja. Quien quiera negociar con mi vida, tendrá que hacerlo conmigo.

—¿Cómo podríamos solucionar esto por las buenas, inspector? —preguntó el doctor.

—Muy sencillo —respondí—. Ese de ahí deja la pistola en el suelo y la suelta a ella. Luego Mary, usted y yo salimos a la calle juntitos, sin que yo le quite el revólver de los riñones, nos montamos en un taxi y a usted lo dejamos en cualquier parte para que vayan a buscarlo. ¿Qué le parece?

—Me parece muy bien.

—Pues entonces, dígale que tire el arma.

El doctor Hafner asintió con la cabeza, indicándole a Robert que obedeciera. Este se negó. El doctor intentó razonar con él en alemán. También Mary comentó algo, pero Robert la hizo callar retorciéndole el brazo contra la espalda.

—No quiere soltarla —indicó el doctor con un suspiro, como si por fin cayera en la cuenta de cuál era la gravedad de la situación.

—Su amigo no tiene tan buenas intenciones como usted —dije—. Es más, me da que ahora mismo está valorando si le merece la pena intentar salvarlo a usted en lugar de liarse a tiros con todo quisqui.

Robert sonrió. Era una sonrisa ladina y maliciosa. La de un criminal o un perturbado. Recordé de pronto el cuadro que había iniciado todo aquello, que en ese momento todavía debía de colgar de las paredes del Kunsthaus de Zúrich y que yo solo había visto en el folleto. Mary había insistido en que el autor era alguien que se lamentaba de la derrota alemana en la guerra, alguien que había perdido la esperanza, que se sabía perdedor. Había errado el análisis por mucho. Pero claro, ella, desde su concepción racional de la realidad y del arte, no poseía herramientas para entender el funcionamiento de una mente criminal o enferma. Eso era tarea para un psiquiatra. Teníamos uno allí con nosotros, pero dudaba de que el doctor Hafner hubiera conseguido sentar a Robert en el diván.

—A nadie le conviene que yo muera —aseguró el doctor—. A nadie.

—A usted menos que a nadie —repuse—. Así que intente lo que esté en su mano para convencer a su amigo de que no haga tonterías.

El doctor volvió a dirigirse a Robert en alemán. Este volvió a negar con la cabeza, sin responder nada.

—Parece que está usted en un aprieto, doctor —dije—. Si su amigo no nos deja marcharnos,

yo no voy a dejarle marchar a usted.

Durante los siguientes minutos nadie dijo nada. Robert continuaba estrujando a Mary contra él, sin apartarle la pistola de la sien. No me cabía duda de que estaba calculando su siguiente movimiento. Si era mejor para él intentar dispararme a mí o a ella. Si me disparaba a mí y erraba el tiro, Mary se revolvería y yo quizá podría dispararle a él a placer. Si le disparaba a ella antes para que no lo molestara, del mismo modo yo respondería disparándole. Y en cualquiera de los supuestos, el doctor estaba en el medio y podría recibir un tiro de ambas partes, lo que posiblemente significara que ni nosotros saldríamos vivos de allí ni Robert podría embarcarse para América.

Sin embargo, él sabría que sus posibilidades de salir airoso de aquello eran mucho mayores que las mías, ya que, por más que yo fuera policía, él necesariamente debía de ser un tirador más experto que yo; él tenía una larga formación militar y de espía, además de mucha más experiencia en combate. Mis posibilidades, en cambio, pasaban por la improvisación. Por añadir factores que pudieran alterar el resultado a mi favor. Por ello, sin soltar el cuello del doctor, me fui aproximando lenta y discretamente a la puerta, como si me estuviera planteando abrirla y escapar por ella. Aunque mi interés no estaba en la puerta, sino en lo que había junto a ella. El interruptor de la luz quedaba a una palma de distancia del marco, a un metro y medio del suelo, y a unos pocos centímetros de mi mano izquierda. Solo tenía que soltar un instante el cuello del doctor para pulsarlo y cortar la corriente de la bombilla que pendía del techo. Al tiempo que lo hacía, debía abalanzarme sobre el doctor para apartarlo de la línea de tiro de Robert y luego abrir fuego con la esperanza de alcanzar a mi rival. Esa era, decidí, mi mejor opción. Únicamente había dos inconvenientes: uno era que Mary quedaría dentro de mi propia línea de tiro, y otro que la pistola de Robert continuaba dirigida a la sien de ella. Pero no vi ninguna forma de solucionarlos. La vida de ella, por tanto, no estaba en mis manos, sino en la de la suerte. Por mi parte no quedaba otra que volcar el cubilete.

Acaricié el interruptor durante un instante antes de pulsarlo, mientras tomaba una bocanada de aire y me preparaba mentalmente para lo que fuera a suceder. Lo pulsé musitando un juramento a la vez que con mi otra mano, la del revólver, empujaba al doctor a un lado, hacia el que yo mismo me lancé a continuación quedando a cuatro patas en el suelo. Desde allí, disparé levantando el cañón muy por encima de las cabezas de Robert y Mary. El destello, como el *flash* de una cámara fotográfica, permitió que mis ojos vislumbraran lo que ocurría. Lo que vislumbré fue a Robert de espaldas a mí, a apenas un metro de distancia. De algún modo, Mary había conseguido que ambos girasen sobre sí mismos, como si hubieran ejecutado un paso de baile. Aquella era mi oportunidad. Sin pensarlo más, apunte en dirección al bulto y abrí fuego otra vez. Justo entonces los centinelas abrieron la puerta. El doctor Hafner, que estaba de pie a mi lado, se situó ante los fusiles de sus hombres para evitar que me disparasen mientras yo me incorporaba. Alguien pulsó de nuevo el interruptor de la luz.

Había tres cuerpos tirados en la sala: el de Cora, el de Robert y el de Mary, los dos últimos junto a la pared del fondo, a poca distancia de la ventana. La camisa negra de Robert estaba agujereada y manchada de sangre. Mi disparo le había acertado en el centro de la espalda, a la altura aproximada del corazón.

Mary se quitó de encima el cuerpo de Robert haciéndolo rodar hasta dejarlo bocarriba. Me aproximé a ella para ayudarla a levantarse, pero negó con la cabeza llevándose una mano al lado derecho de su cadera. El vestido estaba desgarrado, y a través del hueco se podía apreciar la herida, todavía una fisura negra, sin una pizca de sangre. Mi bala se había alojado en ella después

de atravesar limpiamente el torso del hombre.

—No es nada —dije, sin tener mucha idea de lo que decía. Era cierto que no parecía una herida mortal, pero no podía estar seguro—. Tranquila, ya pasó todo.

Mary me miró como reprimiéndose las ganas de soltarme alguna barbaridad.

—¿Por qué no te ha disparado él? —pregunté.

—Lo ha hecho —respondió Mary, a la que le costó unos instantes recuperar el habla—. Ha apretado el gatillo junto a mi cabeza, lo he oído perfectamente. Ha sido entonces cuando he intentado soltarme, empujando como una loca hacia todas partes.

La pistola con la que Robert había tenido amenazada a Mary —o sea, mi pistola— estaba todavía en su mano. La tomé y la inspeccioné. La corredera había retrocedido y había un cartucho alojado en la recámara. Por tanto, era cierto que Robert había apretado el gatillo.

—Se le ha encasquillado —dije, retirándole el cargador.

De las nueve balas que podía contener, solo quedaban dos. Del resto, cuatro las había disparado yo en los últimos días —una en la covacha de don Celestino y tres en la finca de Carlos Ramírez—, dos estaban en el cadáver de Cora, y la última era la que asomaba por el hueco de la corredera. Tras años de negligencia en su mantenimiento, la pistola no había dado más de sí. Seis tiros había sido el límite.

—Se le ha encasquillado en el peor momento —insistí, sin poder contener la risa.

Mary, sin embargo, no rio. De no ser por el estado en que se hallaba, posiblemente me hubiera cruzado la cara de un guantazo.

32

El doctor Hafner ordenó a sus hombres que nos llevaran en furgoneta al hospital, aunque solo después de que le prometiéramos que no lo involucraríamos en la subsecuente investigación policial por parte de las autoridades portuguesas. El hospital de Santa María no estaba cerca del barrio de la Alfama, pero, según el doctor, que parecía conocer la ciudad como la palma de su mano, no tenía sentido llevar a Mary a ningún otro sitio, ya que terminarían derivándola allí por ser el hospital de referencia de Lisboa.

Exactamente a las cinco de la mañana Mary y yo nos bajamos de la furgoneta en la puerta de urgencias. El doctor Hafner prometió que se reuniría conmigo en unas horas, en cuanto hubiera pasado la tormenta, y que entonces hablaríamos tranquilamente. Me entregó una tarjeta en la que había anotado un número de teléfono —sin ninguna otra indicación— al que podía llamar en cualquier momento para contactar con él.

Antes de que entrar en el quirófano, Mary —que en ningún momento perdió ni la consciencia ni la sangre fría; que la hemorragia no fuera demasiado importante debió de contribuir a ello— explicó al personal sanitario, en una curiosa mezcla de inglés y español, que era una ciudadana de los Estados Unidos, y que había sido tiroteada por un atracador mientras se dirigía de vuelta a su hotel. El atracador le había arrebatado su bolso con su documentación, pero en la embajada podrían corroborar su identidad. A mí me hicieron algunas preguntas también, pero me hice el longuis asegurando que solo era un turista español que la había recogido por la calle, y que no guardaba ninguna relación con ella.

Mis respuestas sirvieron para que me dejaran tranquilo un rato que aproveché para intentar tomarme un desayuno en la recién abierta cafetería del hospital; sin embargo, no me permitieron pagar con pesetas. En cuanto se presentó la policía, la cosa se complicó. Yo tampoco tenía encima mi documentación, y entre mis limitaciones para expresarme en la lengua de Pessoa y la manera en que cojeaba mi relato de los hechos, terminaron por conducirme a una comisaría.

Allí, al menos, me dieron un café y un panecillo para desayunar. El café era acuoso y recalentado, y además torrefacto —ya era mala suerte que mi primer contacto con el afamado café portugués tuviera que producirse en esas circunstancias—. Me permitieron asearme un poco en espera de que llegara el oficial que habría de tomarme declaración, un comisario de edad avanzada el cual, al igual que sus subordinados, no vestía uniforme sino ropa de paisano —en su caso un traje azul marino con corbata roja a rayas—. Era cheposo, bizqueaba del ojo izquierdo, y su labio superior quedaba oculto por un grueso bigote del mismo tono ceniza que su cabello.

El interrogatorio tuvo lugar en una sala de reuniones vacía salvo por una larga mesa rectangular, varias sillas, una bandera portuguesa y un retrato de Salazar.

El comisario, que hablaba un español tosco pero más que aceptable, dijo llamarse José Carvalho y me tendió una mano con poca complicidad y aún menos interés. Me preguntó mi nombre, se lo di —el mío real—, y a continuación procedí a explicarle más o menos la misma historia que había contado antes a sus subordinados: que era un turista español y que, un par de horas antes, mientras paseaba por la ciudad, me había encontrado a una mujer tirada en el suelo, con una herida de bala en el vientre, y que la había acompañado hasta el hospital.

El comisario asintió en silencio. Se me ocurrieron al menos un centenar de preguntas que podía o debía haberme hecho —o que yo habría hecho en su lugar, que era donde acostumbraba a encontrarme—, pero Carvalho no estaba por la labor de alargar más aquello. Al terminar ni narración, se levantó y sin más se marchó del despacho, dejándome solo.

Aproximadamente una hora después, cuando ya me estaba planteando seriamente la posibilidad de escapar por una de las ventanas, por las que se colaba una deliciosa brisa procedente del Atlántico —a pesar de estar en la segunda planta—, apareció otro hombre también trajeado de azul marino, más anciano que el comisario y con la cabeza despoblada salvo en las sienes y la coronilla. Chato y de mentón ancho, era el suyo un rostro burocrático, no falto de inteligencia, aunque medio oculto tras unas gafas gruesas y redondas de color marrón.

—¿El inspector Ernesto Trevejo? —preguntó en un español recto, casi relamido, propio de alguien dedicado desde hace tiempo a la vida pública.

—El mismo —respondí, levantándome de la silla—. ¿Y usted es…?

El sujeto me tendió la mano manteniendo una distancia que se me antojó menos física que jerárquica.

—José Ibáñez Martín, ¿sabe quién soy?

Tuve ganas de responder que sí, que era el señor José Ibáñez Martín. Pero no creí que al señor embajador fuera a hacerle la misma gracia que a mí.

—Sí, lo sé, señor Ibáñez —respondí, en cambio—. No le había reconocido, lo siento.

José Ibáñez Martín había sido, entre otras muchas cosas —ya que la suya era una carrera política con tantos títulos que se quedaría uno sin aire si los recitaba de corrido—, ministro de Educación Nacional y presidente del Consejo de Estado. Desde hacía un par de años era público y notorio —ya que su nombre continuaba apareciendo habitualmente en los medios— que ocupaba el cargo de embajador de España en Portugal. Estaba casado con una aristócrata y era uno de los representantes del área católica más dura del régimen franquista. Se rumoreaba que se le había alejado de Madrid por ciertas intrigas políticas, pero que, debido a su influencia, no habían podido mandarlo más que a Lisboa, una ciudad en la que podía despachar casi a diario con otras figuras de peso en la sociedad española, como la mismísima Familia Real en el exilio.

—Sígame —ordenó, y yo, súbitamente avergonzado por el aspecto que debía de presentar, con mi ropa salpicada de sangre, mi barba sin afeitar y mi pelo enmarañado, obedecí sin chistar.

Nadie nos salió al paso de camino a la calle, donde nos aguardaba un Mercedes negro con un par de banderitas españolas sobre los faros. Para no manchar la tapicería, el chófer y yo colocamos sobre mi asiento unas hojas de periódico que pedimos en la propia comisaría.

—¿Tuvo usted algo que ver en la muerte de los guardiaciviles la otra noche en la frontera? —me preguntó el señor Ibáñez, a bocajarro, una vez que estuvimos en marcha.

—Estuve presente cuando los mataron, sí —respondí.

Brevemente, porque la explicación completa me hubiera ocupado bastante más de lo que duró

el trayecto, le conté que dos días atrás, mientras paseaba por la ciudad de Salamanca, había sido secuestrado por la mujer responsable del incidente en la finca del señor Carlos Ramírez —un incidente del que, por supuesto, el embajador estaba ya enterado—. Esa mujer me había hecho su rehén y me había arrastrado hasta Portugal, tiroteando a su paso a tres agentes de aduanas, dos españoles y uno portugués. Se trataba, dije, de un suceso vinculado con una investigación liderada por el Ministerio de Asuntos Exteriores de la que yo formaba parte y que, obviaba comentarlo, se había complicado hasta límites insospechados. Mi secuestradora había muerto, y había otras partes implicadas en el incidente, pero al menos las autoridades portuguesas estaban en la inopia. El embajador no quiso saber ningún detalle más concreto, posiblemente porque intuyó que era un asunto altamente confidencial del que ya tendría tiempo de enterarse a su debido momento. Solo me comentó que hacía unas horas el propio Ministerio de Asuntos Exteriores le había alertado de mi desaparición, y de que era muy posible que yo me hallara en Portugal y que hubiera estado involucrado de algún modo en la matanza fronteriza.

Yo había supuesto que nos dirigíamos a la embajada, pero no: el embajador prefirió llevarme a su residencia particular, quizá porque allí sería más fácil que mi presencia pasara desapercibida. Se trataba de un edificio monumental de una sola planta al que se accedía a través del jardín por un arco de granito. El jardín era de estilo neoclásico, con setos en líneas paralelas y perpendiculares y fuentes de iconografía mitológica. En el interior, los corredores y vestíbulos estaban lujosamente decorados con alfombras, tapices, cuadros, jarrones y estatuas, abundando los granates, el verde y el dorado, como si se quisiera honrar los colores de la bandera del país de acogida. Con un punto de orgullo —aunque seguramente más por la debida diplomacia que cabía suponérsele a un embajador—, mi anfitrión me explicó que nos hallábamos en el palacio de Palhavã, y que todas aquellas obras de arte, así como los muebles, lámparas, azulejos, relojes, espejos y en general todos los objetos del palacio poseían un valor histórico incalculable y serían dignos de estar expuestos en cualquier gran museo de Europa.

Me sentí demasiado agotado para prestar más atención que la exigida por el decoro. Por fortuna, el embajador se hizo cargo de mi estado y no prolongó su cháchara. Me indicó cómo llegar hasta uno de los dormitorios de invitados en la primera planta, donde podría descansar un poco mientras él se encargaba de comunicar a Madrid la noticia de mi aparición. Tendría también un baño a mi disposición, y enseguida acudiría un empleado con una muda limpia.

Media hora después, el empleado de la embajada me encontró dormido bocabajo en la cama, una cama de matrimonio con dosel que ocupaba solo una porción insignificante del gigantesco dormitorio, el cual contaba además con un crucifijo de casi un metro de alto sobre un altarcillo del mismo tamaño y una terraza que daba al jardín, cuyas puertas ni siquiera me molesté en cerrar antes de arrojarme sobre el lecho. Tras la interrupción, intenté dormirme de nuevo, pero no pasé de un duermevela ligero. Al cabo de otra media hora me levanté, me desvestí y me di un largo baño de agua caliente.

El empleado acudió de nuevo para decirme que el embajador quería verme. Yo había salido del baño y me estaba vistiendo. Quienquiera que hubiera escogido la ropa había acertado con la talla —incluso la de la ropa interior—, aunque no con mis gustos: un traje negro con corbata también negra y camisa blanca, una combinación que no recordaba haber usado en toda mi vida; era, me suponía, un uniforme de guardaespaldas. Hacía demasiado calor para la corbata, pero me la puse igualmente para no hacer el feo, y también me hubiera puesto unas gafas de sol si me las hubieran traído. Me habrían venido bien para camuflar las ojeras que me había descubierto en el espejo, y que la media hora escasa de sueño había contribuido más a empeorar que a remediar.

En el último momento, antes de abandonar la habitación, me acordé de recuperar el puro del doctor Rozas de la chaqueta anterior. No me habría perdonado perderlo. Ya casi lo sentía como un amuleto de la suerte. Aunque no tenía claro si de la buena o de la mala.

El embajador me esperaba en una salita anexa a la biblioteca del palacio, que tuve que atravesar para llegar a él y que así a ojo calculé que no contendría menos de cinco o diez mil volúmenes, todos con lomos de piel, y entre los que había esparcidos diversos artilugios de naturaleza ignota para mí y que vagamente reconocí como instrumentos de navegación: compases, sextantes, astrolabios, etcétera. También había mapas antiguos, un globo terráqueo tallado en madera del diámetro aproximado de una rueda de camión y una maqueta no menos pequeña de un barco que, según la placa que la acompañaba, era una réplica exacta de la carraca San Gabriel, comandada por Vasco da Gama en su viaje a las Indias.

En la salita había un par de sofás y una mesita en la que, además de un teléfono, habían dispuesto una bandeja con café y unos churros típicamente españoles. Unas puertas acristaladas daban al jardín, al que comenzaban a asomarse los primeros rayos del sol de aquella mañana de martes, 6 de septiembre. Según mi reloj, eran las siete y media; en Madrid debía de haber amanecido hacía mucho rato. Pero claro, el sol llegaba a Lisboa con algo de retraso.

El embajador me hizo preguntas a las que fui respondiendo mientras daba cuenta de mi desayuno con el recato justo para no mancharme la ropa recién estrenada. Tenía tanta hambre que aun de buena mañana me habría entrado un cocido completo, con su tocino y su morcilla. Las preguntas no fueron demasiado incisivas, puesto que el embajador solo deseaba asegurarse de que mi presencia en Lisboa no iba a ocasionar ningún tipo de incidente diplomático. Le aseguré que no. La policía portuguesa no podía saber que yo había estado involucrado en las muertes ocurridas en la frontera, salvo que se produjera un chivatazo desde España. Y me constaba que eso no iba a ocurrir.

—¿Quién es la mujer, la que llevó usted al hospital? —preguntó el embajador cuando ya no quedaban de los churros más que las migajas—. ¿Es verdad que es una ciudadana de los Estados Unidos?

—Sí, pero puede estar tranquilo —respondí—. Desde la embajada americana tampoco van a airear el asunto.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé.

—¿También ella entró en Portugal como rehén de la otra mujer?

—Sí.

—¿Ella está a salvo ahora, o debemos temer que alguien pueda atentar contra su vida mientras está en el hospital?

—Está a salvo.

En general, el embajador Ibáñez Martín me pareció un individuo mucho más siniestro que el ministro José María Castiella. Ambos, Ibáñez y Castiella, tenían en común el ostentar o haber ostentado cargos de entidad semejante, además de su catolicismo acérrimo. Pero así como Castiella aparentaba ser lo que vulgarmente se conocía como un «ciudadano del mundo» —un liberal con alma de diplomático—, Ibáñez, que debía de ser solo unos años mayor, se me antojaba en cambio un viejo lobo, un superviviente, una reminiscencia de otra época que poco a poco había ido quedando atrás. Castiella no había tenido responsabilidad —que yo supiera— en la aplicación de las medidas de represión política durante los primeros años del régimen, ya que había tardado en acceder a puestos de poder. Ibáñez, por su parte, había sido ministro de

Educación Nacional desde el final de la guerra y hasta una década después, y por tanto era el máximo responsable de la purga de profesores afectos a la izquierda que se había producido en los institutos y universidades españoles. Para colmo, tenía entendido que durante la Segunda Guerra Mundial se había situado sin tapujos dentro del sector germanófilo del Consejo de Ministros, incluso cuando la derrota de la Alemania nazi era ya un hecho consumado.

El teléfono sonó cuando estábamos terminando la conversación. El embajador respondió y, tras un breve intercambio en portugués —supuse que con la telefonista—, me entregó el auricular. Me llegó la voz del comisario Gabriel Rejas tan nítida como si me estuviera hablando desde la habitación de al lado.

—Trevejo, ¿está usted bien? ¿Qué ha pasado?

—De todo, señor comisario. Aquí ha pasado de todo.

Le expliqué la versión de la historia que había ido perfilando en mi cabeza en las últimas horas, que de nuevo obviaba la intervención de los norteamericanos y también la del doctor Lamar Hafner. Lo que vine a decirle fue que Mary y yo habíamos sido abducidos a punta de pistola en Salamanca hacía dos noches —cada uno por separado, maticé—, y que nuestra secuestradora, la compañera del hombre al que yo había matado en la finca de Carlos Ramírez, lo que pretendía era usarnos como moneda de cambio con la policía si acaso se veía acorralada.

—¿Y por qué cuernos les ha llevado hasta Lisboa? —preguntó el comisario: de nuevo, tuve la certeza de que él sabía que yo le estaba ocultando información, pero esta vez no quiso presionarme, quizá porque era consciente de que me encontraba en presencia del embajador.

—Creo que Carlos Ramírez le confesó que el tipo al que ella buscaba, el autor del cuadro, estaba escondido aquí.

—¿Y lo estaba?

—Sí, lo estaba.

—¿Qué ha pasado con él?

—Está muerto, lo mismo que ella, la secuestradora.

—¿Los mató usted?

—No sabría decírselo. Nos llevaron hasta una casa del centro. Había más hombres allí, colegas o guardaespaldas de ese individuo, y se produjo un tiroteo en el que yo me hice con un arma y pegué varios tiros a ciegas. A duras penas conseguí escapar llevándome conmigo a la señora Mary Clarke. Ella resultó herida, así que nos fuimos derechos al hospital.

—¿Quién era él, el tipo al que esa asesina había ido a buscar?

—No lo sé. Lo poco que hablaron en mi presencia, lo hicieron en alemán.

—¿La policía portuguesa ha detenido a alguien por ese tiroteo?

—No, que yo sepa.

Mi historia hacía aguas por todas partes, y no hubiera pasado el escrutinio de cualquiera que no estuviera predispuesto a dejarse convencer. Pero el comisario estaba más que predispuesto. Posiblemente llevara desde la tarde anterior persignándose a cada momento, rogándole a Dios o al diablo que velara por mi seguridad y, sobre todo, por que nada saliera a la luz. Quién sabía cuántas llamadas habría recibido del Ministerio de Asuntos Exteriores aquella noche —que, según me comentó, había pasado entera en Jefatura—. Puede que hasta lo hubieran contactado desde Gobernación o Presidencia. No era para menos, con un inspector de policía desaparecido y dos guardiasciviles acribillados en la frontera.

—Bueno, está usted vivo, y eso es lo importante. Y que los portugueses no estén al corriente de nada. Eso también es importante. Aunque todo se puede ir al garete si a su amiga

norteamericana le pasa algo. ¿Sabe cómo se encuentra?

—Pensaba llamar al hospital ahora, con el permiso del señor embajador.

—Hágalo. Solucione todo lo que tenga que solucionar por allí, pero asegúrese de que no queda un solo cabo suelto. Una vez que esté en Madrid nos ocuparemos de ponerlo todo en orden. Lo que nos va a costar un cojón de pato. Porque menudo pandemónium ha organizado usted.

—¿Un pandemónium, dice?

—Sí, un embrollo, vaya.

—Ya, sí. Ya le había entendido. Es que me ha llamado la atención que use esa palabra. Justamente alguien la usó el otro día para referirse a todo esto que está pasando. Me ha hecho gracia que usted lo haga también.

33

La posterior conversación con Jesús Turégano fue bastante menos amable que la que mantuve con el comisario, pese a que a grandes rasgos le conté la misma historia. Llegó un momento en que me vi obligado a rogar al señor embajador que abandonara la salita para poder hablar con libertad.

—¿Cómo se pudo dejar secuestrar por una mujer? —gritaba Turégano al otro lado de la línea, desde su despacho en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Esa mujer era una profesional con años de adiestramiento —respondí, sin levantar la voz—. Ya se lo advertí el otro día. Que no iba a detenerse por más que nosotros diéramos por cerrada la investigación. Es responsabilidad nuestra que hayan muerto dos guardiaciviles. De usted, del teniente coronel Reina, y mía. Debíamos haber alertado de que esa mujer continuaba por la zona, de que estaba armada y era peligrosa.

—¿Está totalmente seguro de que nadie podrá relacionar el tiroteo en la frontera con nosotros?

—Sí. Salvo que alguien lo filtre desde su ministerio o desde algún otro organismo oficial.

—Eso no va a suceder, se lo garantizo. Por aquí estamos todos con los huevos de corbata. Estamos hablando de un conflicto que podría implicar al Gobierno alemán, al israelí, al portugués y al norteamericano. —Se olvidaba del Gobierno suizo, pensé, pero no lo dije—. Si no se muere su novieta americana —continuó Turégano—, todavía podremos salvar los muebles. Pero tenemos que asegurarnos de que sabrá mantener la boca cerrada.

—¿Está hablando de amenazarla?

—No me joda, Trevejo. Convencerla por las buenas. Usted, con su encanto, y si no nosotros, con la billetera.

—Ella no va a hablar, por eso no hay que preocuparse. ¿Qué va a pasar con el tiroteo en la frontera? ¿Cómo se va a resolver?

—El Gobierno de España mandará a las familias una carta de consolación firmada por algún ministro, o hasta por el mismo Franco, y se les asignará una pensión de por vida. Con eso van que arden.

—¿No va a investigarse?

—Dígamelo usted. ¿Debería investigarse?

—No. Supongo que no.

—Pues eso. La Guardia Civil hará algunos interrogatorios y poco más, lo justo para cubrir el expediente. Si deciden detener a alguien, será por cuenta suya. Por nuestra parte, silencio.

—Ya.

—Dígame algo, Trevejo, ¿tengo su palabra de que esto se acabó?

—¿El qué?

—Todo esto, las torturas, los secuestros, los asesinatos… Que podemos empezar a recoger los escombros de la casa sin que se nos caiga una viga en la cabeza.

—Tiene mi palabra, si es que vale de algo.

Terminada la llamada, el embajador Ibáñez me indicó que él mismo había llamado al hospital por otra línea y que le habían informado de que la señora Mary Clarke había salido del quirófano. Tendría que permanecer ingresada algún tiempo, pero se recuperaría sin problemas.

—Me han dicho que se han presentado en el hospital unos empleados de la embajada de los Estados Unidos —añadió—. ¿De verdad cree que los americanos no van a airear el incidente?

—Sí, por eso no hay que preocuparse.

El embajador me hizo entrega de un salvoconducto que acreditaba que pertenecía a la misión diplomática española, y con el que podría moverme a mis anchas por territorio portugués. Lo del salvoconducto había sido idea de Turégano, no fuera a ser que en el trayecto hasta Madrid me cruzara con algún control policial, me arrestaran, y nuestros intentos de silenciar lo sucedido se fueran al traste. Esa noche a las diez tomaría el Lusitania Expreso —desde la embajada ya me habían reservado el billete— en la estación de Santa Apolonia, y a primera hora de la mañana del día siguiente llegaría a Atocha. Contaba, por tanto, con un margen de unas doce horas para resolver los flecos que quedaran pendientes, y que preferí no compartir con el embajador. Esos flecos eran básicamente tres: cerciorarme de que Mary estaba realmente fuera de peligro, informar a John de lo ocurrido a través de la embajada norteamericana —aunque si se habían presentado funcionarios de la embajada en el hospital, posiblemente John ya tendría una idea aproximada de cómo se había resuelto todo—, y reunirme con el doctor Lamar Hafner. Esto último era secundario, a mi parecer. Pero de madrugada, mientras nos acompañaba hasta el hospital, este había insistido en que era vital que nos viéramos, y no vi motivos para negarme.

Además del salvoconducto, el embajador me entregó varios cientos de escudos de los que podía disponer libremente, siempre y cuando reservara dinero suficiente para pagarme el billete de tren. Me despedí de él con un tibio apretón de manos y salí de la residencia. Había una parada de taxis a solo unos metros, pero preferí caminar. El hospital estaba a apenas un kilómetro y, según me indicaron, no tenía pérdida.

A pesar de haberme aseado y mudado de ropa, algunas secretarias y enfermeras del mostrador me reconocieron y con mucha amabilidad y paciencia me explicaron —en un portugués para niños o idiotas— lo que ya sabía gracias al embajador: que la mujer a la que había acompañado esa mañana había sido operada con éxito, que estaba en observación, y que podría verla en el horario de visitas, a partir de las dos de la tarde. Las tres, según mi reloj.

Me dirigí entonces a una cabina de teléfonos en el vestíbulo, metí unas monedas —me sorprendió que en una nación republicana las monedas tuvieran grabada la imagen de un infante: don Enrique el Navegante— y pedí a la operadora, que entendía el castellano, que me pasara con la embajada de los Estados Unidos.

Allí me costó bastante más hacerme entender, pero finalmente me pasaron con un empleado que chapurreaba mi lengua y al que le di mi nombre y le pedí que le pasaran un mensaje a un sujeto llamado John, de la embajada en España. El mensaje era que todo estaba resuelto, que Mary había sido herida y estaba hospitalizada, pero que no había que temer por su vida, y que yo estaría de vuelta en Madrid al día siguiente por la mañana, donde podríamos vernos y charlar con

tranquilidad.

Después llamé al número que me había dado el doctor Hafner. Como me había imaginado, resultó ser el de un hotel. La empleada que me atendió no hablaba castellano, pero me leyó, pronunciando con dificultad, una nota que el doctor había dejado en esa lengua dirigida a mí. Según la nota, el doctor estaría a las doce, hora local, en un restaurante llamado Martinho da Arcada. La empleada me dictó la dirección. Al parecer se ubicaba en la mismísima plaza del Comercio, la principal de Lisboa, según averigüé poco después. Lo primero que hice al salir del hospital, mientras me dirigía de camino al centro, fue entrar en una librería y agenciarme una guía turística. No las había en castellano, pero con una en portugués pude apañármelas para —en las más de dos horas que aún quedaban hasta las doce— visitar algunos de los lugares más emblemáticos de la ciudad. No llegué a subir al Castillo de San Jorge, pero sí que lo contemplé desde un par de miradores del Barrio Alto, que fue por el que me moví todo el rato, puesto que la propia guía desaconsejaba adentrarse al barrio de la Alfama —«un exótico barrio de marineros y gentes de mal vivir»— salvo para la visita a la catedral. De todos modos, no me parecía conveniente dejarme ver en las inmediaciones del inmueble donde Mary y yo habíamos estado retenidos, no fuera a ser que la policía —al amparo de la luz del día— se hubiera acercado hasta allí para investigar el tiroteo.

La plaza del Comercio fue con toda lógica el enclave que más me impresionó. El día estaba despejado, y las aguas del Tajo refulgían fundiéndose desde la distancia con el empedrado blanco del suelo. Casi podía uno imaginarse un antiguo barco de vela —una carraca como la maqueta que había visto en la residencia del embajador— amarrado a las dos columnas de piedra hincadas en el embarcadero, aunque —según la guía— el estado actual de la plaza poco tenía que ver con cómo era en su momento, unos siglos atrás. Con gusto me hubiera descalzado para remojarme un poco los pies en el río: los tenía cocidos por el paseo y por el calor —estaríamos por encima de los treinta grados; hacía rato que me había desprendido de la corbata y la chaqueta y las llevaba colgadas del brazo—. Sin embargo, eran casi las doce, así que volví sobre mis pasos hasta el extremo donde se ubicaba el Martinho da Arcada, que también aparecía en la guía. Decía que era el restaurante más antiguo de la ciudad y, a juzgar por los precios de la carta —que hojeé mientras esperaba al doctor Hafner— también debía de ser el más caro: el equivalente en pesetas del precio de un menú corriente hubiera bastado para pagarme las facturas de mi apartamento durante un trimestre. Con el dinero que me había dado el embajador apenas me alcanzaría para unos entremeses y un par de cervezas, así que me abstuve de pedir nada mientras esperaba, no fuera que el doctor me diera plantón.

Exactamente a las doce, con puntualidad suiza, como no podía ser menos, Hafner apareció en el local. Llevaba puesto el mismo traje blanco de la noche anterior, que milagrosamente se había salvado de toda salpicadura de sangre y que visto de día y en aquel entorno marinero no me pareció tan fuera de lugar como horas antes. Esta vez llevaba el panamá en la cabeza, y se había adornado la solapa con una rosa roja, casi del mismo tono que sus mejillas, que delataban que, lo mismo que yo, había pasado la mañana paseando al sol.

—Hacía muchos años que no pisaba esta ciudad —dijo—. Con la edad me he dado cuenta de que disfruto mucho más revisitando todo aquello que ya conocía que descubriendo sitios nuevos. Aunque yo soy un privilegiado: he viajado mucho, y tengo mucho mundo que revisitar. Usted no conocía Lisboa, ¿verdad, inspector?

—No.

—Para mí es la ciudad más hermosa al sur de los Pirineos. Y una de las capitales más

hermosas del mundo. No está al nivel de París o Roma, pero definitivamente la escogería antes que a Londres o Berlín. Y hasta antes que mi querida Zúrich.

—Ya, sí. Seguro que Zúrich es preciosa. Pero dígame, doctor, ¿para qué estamos aquí? ¿Por qué quería reunirse conmigo?

—Para comer, por lo pronto.

El doctor Hafner tenía reservada una mesa. Pasamos al comedor, que era más grande y menos distinguido de lo que había supuesto —aunque distaba mucho de ser una tasca cualquiera para turistas—. De repente, me invadió una sensación de *déjà vu*. Era la segunda vez que me sentaba a la mesa de un restaurante de lujo con un jerarca nazi en apenas una semana. Además, enseguida comprobé que también el doctor era un fumador empedernido, como Otto Skorzeny. Al igual que había hecho yo, el doctor había comprado tabaco portugués esa mañana, solo que él se había decantado por el rubio y yo por el negro.

—¿Qué le apetece, inspector? —preguntó, consultando la carta.

—No lo sé. Está todo escrito en portugués y no entiendo qué pone.

—¿Quiere que le traduzca?

—No. Tengo ganas de jugar. Pediré al azar.

El doctor pidió de primero un *caldo verde* y de segundo una *espetada de lulas com camarão* —un caldo de col y unas brochetas de calamares y camarones, como descubrí enseguida—; yo, un *paio de porco preto* y un *polvo à lagareiro* —una longaniza de cerdo y un pulpo a la plancha en aceite; me arrepentí más tarde de no haber pedido bacalao—. El vino lo eligió él: un *Alvarinho* portugués.

—¿Qué tal está su amiga? —preguntó el doctor por fin, después de que el camarero se llevara las cartas.

—Vivirá para contarlo —respondí—, no como su amigo. ¿Qué han hecho con su cuerpo y con el de Cora?

—¿De verdad quiere que se lo cuente?

—No. Bien pensado, no. Creo que perdería el apetito.

—Fue todo culpa mía. Debí haber previsto que algo así podía ocurrir. Fui un ingenuo. —Hafner calló unos segundos, como sopesando lo que acababa de decir—. Todo es culpa mía —insistió, liquidando el primer cigarrillo de la tarde—. Esa es la verdad. Todo ha salido mal y yo soy el único responsable. Soy yo quien tomó las decisiones equivocadas. No he podido gestionar peor toda esta situación. No supe calcular los riesgos.

—Habla usted como si se refiriera a un negocio que le ha salido rana. Y si no me fallan las cuentas, en los últimos diez días han muerto doce personas a causa del dichoso cuadro.

No me fallaban las cuentas, porque naturalmente llevaba dándole vueltas al caso toda la mañana, intentando todavía encontrarle algún sentido. Jude Kochanski había sido la primera víctima. Luego habían muerto el padre Ramón Sabater y su amante. Después Carlos Ramírez y sus dos guardaespaldas, junto con uno de los asesinos, Noam Westheim. A continuación los tres guardias de la frontera, los dos españoles y el portugués. Y por último ella, Cora, y su esposo, Jacob. En total, doce cadáveres. A más de uno por día.

—Sí, tiene razón —reconoció el doctor—. No era mi intención frivolizar. Todas y cada una de esas muertes me han dolido en el alma. Puede creerme.

—No tengo motivos para no creerle —dije—. O sí. En realidad sí que tengo alguno. Por ejemplo, que sea usted un líder nazi en la sombra y a la vez un espía soviético. Eso, y que como le dije anoche es usted un psiquiatra y un político, dos profesiones que me inspiran más bien

poca confianza.

El doctor frunció el ceño.

—Y yo le dije anoche que usted se equivocaba conmigo. Por eso estamos aquí. Desde siempre he sentido la absurda necesidad de quedar bien con todo el mundo. Ganarme amigos y no enemigos en mi paso por la vida.

Y mucho mejor si esos amigos eran policías que estuvieran al frente de una investigación en la que podía terminar involucrado, pensé, aunque me curé de decirlo. No deseaba llevar la conversación a aquel terreno, porque sin pretenderlo podía terminar por confesarle que ni en el escenario más inverosímil él iba a ser procesado o siquiera requerido como sospechoso o testigo por la policía española. El doctor quizá lo intuyera, pero no podía saberlo, y no se me escapaba que posiblemente era eso lo que pretendía con aquella reunión: asegurarse de que yo no tenía planeado implicarlo en un proceso judicial en España. En el peor de los supuestos, las autoridades suizas lo protegerían e impedirían su extradición, pero igualmente debía de incomodarle la perspectiva de que su nombre y su fotografía pudieran aparecer en la prensa española o europea relacionados con aquella ola de asesinatos.

El camarero nos trajo los primeros platos, y yo me lancé a por la longaniza sin más ceremonia. Los churros que había desayunado en la embajada los había quemado de sobra durante el paseo, y todavía tenía mucha hambre acumulada del último día y medio. El doctor, mientras, fue sorbiendo con calma su sopa, paladeando cada cucharada como si aquel mejunje verdiblanco por el que le iban a cobrar un ojo de la cara fuera néctar de dioses y no un simple caldo de verduras.

—¿Es usted aficionado al arte, inspector?

El doctor había terminado la sopa y se había encendido el siguiente cigarrillo. Yo hacía rato que me estaba concentrando en el vino.

—Depende de lo que usted considere arte —respondí—. Si el arte para usted son obras en un museo, entonces le diría que no demasiado. Aunque alguna vez he ido al Prado por el gusto de ir, y podría reconocer algunas pinturas de, yo qué sé, Velázquez o Goya. Ahora bien, si considera arte un golazo de falta por la escuadra en el Bernabéu, una faena de dos orejas y rabo en las Ventas, o las piernas bien prietas de una mujer en minifalda, entonces sí, soy un aficionado.

—Ya veo. Es usted de esas personas que admira el arte que hay en la vida.

—Y en la muerte también. Saber morirse es un arte. O saber matar. Artistas de esos he conocido unos cuantos los últimos días. Su amigo Robert era uno de ellos.

—Sí, Robert era lo que se dice un artista poliédrico. Dígame, ¿ha podido ver su cuadro?

—Solo en el folleto de la exposición. Y también en una versión anterior que dejó atrás, en la finca de su otro amigo, Carlos Ramírez. Que en paz esté.

—Ah, sí. Carlos. Una verdadera desgracia. Lo tenía en mucha estima. Era un buen hombre. Algo simple en sus ideas, pero leal y honesto. Su muerte ha sido la que más me ha dolido de todas… Pero le preguntaba por el cuadro. ¿No ha llegado a tenerlo delante?

—Zúrich me queda un poco lejos, la verdad.

—Tenga, échele un ojo.

El doctor sacó de un bolsillo de la chaqueta —que no se había quitado a pesar del calor— una fotografía en color del tamaño de su mano. Era la fotografía de mejor calidad que había visto nunca. Debían de haberla tomado con una cámara de último modelo que probablemente no estuviera aún disponible en el mercado español. La pintura ocupaba todo el encuadre. La gama de colores era prácticamente la misma que en la versión del cuadro que yo había visto en la finca, aunque el original era algo más luminoso. El paisaje gris del fondo era igual de desangelado,

pero el soldado, pese a la vaguedad de sus rasgos, por fin tenía apariencia de ser humano. Hasta inspiraba cierta piedad.

—La señora Clarke pensaba que este cuadro representaba la derrota de Alemania —dije—. Estaba convencida de que lo había pintado un nazi deprimido por la caída del Tercer Reich.

—Pues ya ve que no podía estar más equivocada.

—¿Qué representa el cuadro?

—Nada. No representa nada. El arte, lo mismo que los sueños, no tiene por qué tener una correlación directa con nada. No tiene por qué tener significado.

—Ahí aparece un soldado alemán a punto de derrumbarse al recibir un disparo. Eso tiene que significar algo.

—¿Cómo sabe que el soldado es alemán?

—El uniforme es de color pardo.

—Muchas unidades del bando aliado llevaban uniformes de ese color. ¿Acaso puede observar algún distintivo que lo identifique como alemán?

—No, pero el cuadro lo pintó un alemán. Y está colgado en una exposición de pintura alemana.

—¿Y no será más bien eso lo que le ha llevado a pensar que se trata de un soldado alemán? Porque, ahora que usted sabe que lo pintó un alemán, pero de origen judío y además nacionalizado israelí, la cosa cambia, ¿no le parece?

—También está la pila de cadáveres judíos.

—¿De verdad piensa que esos cadáveres son judíos, y que la escena ocurre en un campo de exterminio? Vuelva a mirar la fotografía. Mírela bien. Sí, en algunos de esos rostros parecen intuirse rasgos judíos. Pero dígame, ¿pensaría usted que esos cadáveres son judíos si no supiera que el autor es alemán? Mírelos atentamente y sea sincero.

—No. No lo sé.

—No. El ojo ve lo que la mente le dicta que vea. Porque si yo le recuerdo que el autor, Robert, perdió a sus padres en el Holocausto, usted verá el cuadro de forma totalmente distinta, ¿no cree?

—Es posible.

—Ese soldado puede ser de cualquier nacionalidad. Puede haber muerto en cualquier guerra de los últimos cien, doscientos años. Esos cuerpos del fondo pueden ser judíos, pero también de cualquier otra raza. Ni siquiera están coloreados, son cuerpos grises, rostros anónimos, prácticamente máscaras. ¿No se convence? Escuche: ¿ha visto usted alguna vez el *Guernica* de Picasso?

—En fotografía alguna vez, sí.

—Yo estuve en Nueva York hace un par de años y estuve observándolo durante horas. Es una pintura fascinante. Sabe usted lo que representa, ¿no?

—Alguna vez leí que era una pintura marxista…

—¿Usted lo cree?

—No. Creo que es un cuadro que representa el dolor de la guerra. Solo eso.

—¿Qué guerra?

—La nuestra. La mía, quiero decir. La Guerra Civil española.

—¿Por qué piensa eso?

—Por el título del cuadro. El bombardeo. Guernica.

—Ya, pero el título en una obra de arte siempre es accesorio, a veces incluso azaroso o malintencionado. Si el cuadro se llamara de cualquier otra forma, o si no se llamara de ninguna,

si desconociera que el autor es español y que el cuadro fue encargado por el Gobierno de la República española, ¿acaso sabría qué guerra representa?

—Supongo que no.

—Es más, ¿está usted seguro de que el cuadro representa una guerra? No sé si lo tiene fresco en su memoria, pero le aseguro que la única arma que puede verse es una espada rota, empuñada en el suelo por un brazo amputado. De no ser por la bombilla que está en la parte superior, el cuadro podría estar ambientado perfectamente en la Edad Media. No hay armas modernas, no aparecen tanques ni aviones. Hay un caballo y un buey, alguien ardiendo, una mujer que sostiene en brazos el cadáver de un bebé… ¿Sería usted capaz de dotar de significado a todos estos elementos? ¿Se trata de una guerra o de simples estampas de dolor y de muerte? Ese buey, o ese toro, que no está claro lo que es, ¿acaso simboliza España? ¿La espada rota simboliza la derrota republicana? ¿La flor que aparece junto a la espada simboliza la esperanza en el futuro? Quién sabe. Habría que psicoanalizar a Picasso para averiguarlo. Y ni aun así la respuesta sería definitiva. Créame, sé de lo que le hablo.

—¿Ha psicoanalizado a muchos artistas durante su carrera?

—No a muchos, pero sí a algunos. Y puedo garantizarle que las mentes de los artistas funcionan como la de cualquier otra persona. Los traumas que pueden padecer son exactamente los mismos, y las maneras de lidiar con ellos: la negación, el desplazamiento, la regresión, etcétera, son también idénticas a las del resto. La única diferencia es que un artista posee una facultad creativa más desarrollada, pero es un error pensar que el arte sirve para expresar esos traumas o mucho menos para librarse de ellos o superarlos. El arte, en el fondo, no sirve para nada. Esa es la única verdad. Por eso es tan sublime.

—¿Alguna vez psicoanalizó a su amigo Robert?

—No se hubiera dejado. Y de todas formas cuando lo conocí, en el año 52, yo hacía mucho que había dejado de ejercer. De hecho, dejé de creer en el psicoanálisis hace más de una década.

—¿Dejó de creer? ¿Como quien pierde la fe?

—En el fondo el psicoanálisis es eso justamente. Una fe, una religión. Pero no me he expresado bien. No es que haya dejado de creer en el psicoanálisis. Sigo creyendo que esa ciencia, en cualquiera de sus variantes, es el mejor acercamiento que nunca se ha hecho para comprender la mente humana. En lo que he dejado de creer es en el beneficio de su práctica. Con el tiempo, llegaremos a entender algunos de los mecanismos que rigen nuestra mente, pero al cabo la mente humana y el funcionamiento particular de la mente de cada individuo resultará siempre incognoscible, inabarcable. Lo mismo que un cuadro como ese —señaló con la cabeza la fotografía—. O el *Guernica*. El mismo Freud, a quien yo traté mucho en su momento, no fue capaz de predecir ni de prevenir la llegada del nazismo a su patria, ni se atrevió jamás a teorizar sobre los mecanismos mentales que lo facilitaron. Y no lo hizo porque eso le hubiera supuesto ponerse a sí mismo ante un espejo. Él era judío, y también austríaco. ¿Cómo analizar una mente colectiva de la que uno mismo forma parte? ¿Cómo analizar la mente de otro, de cualquiera, sin que a su vez te veas obligado a analizar la tuya? Es imposible. El observador, su percepción, su mente, siempre intervienen sobre aquello que se observa. ¿Hubiera podido Freud psicoanalizar a todo un país? ¿Hubiera podido psicoanalizar a su propio pueblo, a su patria? Pero claro, ¿cuál era su pueblo, el judío o el alemán? ¿Y su patria? ¿Alemania, Austria o el judaísmo? Freud se inhibió porque no quiso ahondar en estas cuestiones que le atañían personalmente.

El camarero acudió a retirarnos los platos vacíos.

—Ni siquiera un hombre tan brillante como Freud pudo alcanzar a comprender el nazismo —

continuó el doctor—. Se desentendió del tema, creyó que la política no iba con él, y su error de cálculo le costó tener que salir de su país a escondidas, por la puerta de atrás. Él era como un Dios por aquel entonces, pero también lo eran otros muchos grandes hombres de la ciencia y de las artes a los que el régimen nazi no tuvo ningún pudor en silenciar, vilipendiar y condenar.

—De nuevo, habla de todo ello como si la cosa no fuera con usted.

—Sí, claro que la cosa va conmigo. Yo entré en el año 25 en la Asociación Psicoanalítica Internacional fundada por el propio Freud. La Asociación tenía ya una sede en Zúrich, y yo por entonces era un recién licenciado con ganas de adentrarme en aquella nueva rama del conocimiento en la que Freud ejercía de sumo sacerdote. Yo era muy joven, estaba buscando mi lugar, barajando las posibilidades que me ofrecía la psiquiatría como campo de trabajo. Con la idea de sacar el máximo partido a mi ascendencia alemana, me mudé a Berlín al cabo de un par de años. Berlín era por aquel entonces, finales de los años veinte, la capital no solo de Alemania, sino de Europa y hasta del mundo. Eran los Años Dorados de la ciudad, y un joven ambicioso como lo era yo no podía soñar con estar en otra parte.

»Al poco de mi llegada ingresé en la Asociación Psicoanalítica Berlinesa y comencé a ejercer. La Asociación estaba dirigida por el doctor Max Eitingon, un judío que, lógicamente, no acogió de buen grado el ascenso al poder del Partido Nazi. Yo por mi parte me adapté bien al cambio. Por lo menos al principio. Como digo, mis raíces son totalmente germánicas: nací y me crie en Suiza de manera casi accidental solo porque mi padre, también médico de profesión, se refugió allí durante la Guerra Franco-Prusiana pero a pesar de ello nunca dejó de sentirse un ciudadano alemán. Ese sentimiento pasó de padre a hijo, y a comienzos de los años treinta yo acepté sin ningún reparo que el destino de la raza alemana, mi raza, pasaba por el nazismo. Incluso llegué a escribir algunos artículos en revistas científicas berlinesas que me convirtieron en una pequeña celebridad, pero de los que hoy me avergüenzo. En ellos tomaba como punto de partida un concepto acuñado para la psiquiatría por uno de mis mentores, el doctor Eugen Bleuler, que yo retorcí hasta encajarlo dentro de la ideología nazi. Este concepto era ni más ni menos que el de la eugenesia. Supongo que sabe de qué le hablo.

El camarero llegó con los segundos. El doctor Hafner depositó su colilla en un cenicero de cristal que había en su lado de la mesa y probó el primer calamar hincado en la brocheta. Se encogió de hombros, dando a entender que no eran nada del otro mundo. Mi pulpo, en cambio, me pareció exquisito.

—Eugenesia significa esterilizar a aquella parte de la población que no se desea que se reproduzca, ¿no es eso? —pregunté.

—Sí, es eso exactamente —afirmó el doctor—. Yo, en los artículos que le digo, lo que hacía era modular el concepto para dar cabida a las tesis raciales alemanas. Proponía que, desde una perspectiva social y hasta moral, la nación alemana estaba en su derecho de defenderse de la degeneración de la raza aria desincentivando que los alemanes tuvieran descendencia con individuos de otras razas. Nunca llegué a proponer la esterilización forzosa de personas sanas, o mucho menos la eliminación de comunidades enteras de individuos, como terminaría por suceder. Siempre me atuve a ciertos límites éticos, por así decirlo. Pero precisamente mi moderación fue lo que hizo ganarme el favor de muchos de mis colegas, que alabaron la manera sosegada, objetiva y distante que yo tenía de encarar aquel debate que entonces estaba en boga entre los nuestros.

—Se refiere a otros psiquiatras o médicos cercanos al nazismo.

—Sí, por supuesto. Yo tendría por entonces unos treinta años, todavía me faltaba madurez

para entender la magnitud de lo que estaba pasando a mi alrededor. Yo creía que estaba contribuyendo sinceramente a la defensa de mi patria y de sus valores. Pero esa idea se fue desmoronando desde el año 1933, cuando Hitler accedió a la Cancillería. Yo había ingresado meses antes en el Partido Nacionalsocialista, y lo había hecho con gran entusiasmo. Pero según el nuevo Gobierno comenzó a aplicar sus medidas de represión, mi entusiasmo fue tornándose primero en vergüenza, luego en rechazo, y finalmente en horror. Esas medidas afectaban a personas de mi entorno cercano, personas por las yo sentía cariño y respeto. Una cosa era teorizar sobre el papel ensalzando la patria y la raza aria, y otra comprobar en primera persona cómo se martirizaba a gente válida con la que yo llevaba trabajando muchos años.

—Se cayó usted del caballo, como san Pablo.

—Algo así. Mi revelación no fue de un día para otro, pero en espacio de unas pocas semanas o meses fui plenamente consciente del error que había cometido al apoyar aquella locura, nunca mejor dicho. Solo que ya era tarde. Yo no estaba en disposición de enfrentarme a ellos. Hubiera sido mi perdición. Estaba totalmente integrado en el Partido y en la sociedad berlinesa, y además, por mi ascendencia, contaba con la ciudadanía alemana. La única salida que veía a mi situación era dejarlo todo, echar por tierra mi carrera y volverme a Suiza con el rabo entre las piernas, como dicen ustedes en castellano, para ejercer mi profesión discretamente, sin volver a alzar la voz más de lo debido, a sabiendas de que mi pasado nazi me perseguiría siempre a todas partes. Y eso es lo hubiera terminado por hacer, de no ser porque por entonces inicié una breve pero intensa relación amorosa con una de mis compañeras de la Asociación: Edith Jacobson, una judía, como Freud y como buena parte de los psicoanalistas más eminentes del globo. Yo ya había abjurado secretamente del nazismo al comienzo de esa relación, y Edith me convenció de que lo que debía hacer no era marcharme, porque eso era tanto como lavarme las manos, desentenderme de mi culpa, sino que era necesario que diera un paso al frente y me comprometiera en la lucha contra el nazismo.

—Pare ahí un segundo: ¿me está diciendo que no solo no es usted un nazi, sino que es un antifascista que formó parte de la resistencia alemana?

—Así es. Y como se puede suponer, hablar de resistencia al fascismo en aquellos años, en Alemania y en toda Europa, es hablar de ellos…

—De los comunistas.

—Exactamente. Mi querida Edith colaboraba con ellos en secreto, lo mismo que lo había hecho nuestro director, Max Eitingon, y lo mismo que lo hacían muchos otros de mis colegas del gremio, como el famoso y ya difunto Wilhelm Reich, aunque este nunca llevó su marxismo en secreto, sino que incluso fue más allá y trató de aplicarlo al psicoanálisis… La cuestión es que no me costó demasiado conseguir reunirme con algunos de los líderes del Partido Comunista Alemán, por entonces diezmado por los nazis y empujado a la clandestinidad. Esos líderes me hicieron ver que la mejor estrategia que podía seguir si quería luchar contra el fascismo era mantenerme donde estaba, continuar siendo uno de los referentes del Partido Nazi en la psiquiatría y hacer mi guerra desde dentro, siguiendo en secreto sus instrucciones.

—Se convirtió usted en un infiltrado, un espía.

—La palabra «espía» me viene un poco grande, pero sí, así fue. Nunca llegué a ingresar en el Partido Comunista, por supuesto. Habría sido una imprudencia, y además yo no soy ningún comunista, se lo aseguro. Mi relación con ellos ha sido siempre aséptica desde el punto de vista ideológico, de mutuo interés para ambas partes, como si dijéramos. Lo que hacía era pasarles la información que me solicitaban de la forma en que considerábamos conveniente. A eso me

dediqué hasta que la guerra estuvo bien avanzada, que fue cuando regresé a Suiza. Aunque no por ello rompí mis vínculos con mis camaradas nazis…

—Al terminar la guerra usted ayudó a algunos de esos camaradas a escapar de la justicia… ¿También eso lo hizo siguiendo las instrucciones de los comunistas?

—Sí, claro. Con su ayuda, monté mi propia ruta de escape. Yo pensaba que desde Moscú tratarían de aprovechar la oportunidad para capturar o liquidar a algunos de esos fugitivos, pero no. Los dejaron huir a todos. Supongo que la idea era simplemente identificarlos y mantenerlos controlados para captarlos más adelante, cuando el polvo de la guerra se asentara.

—Debió de ser por entonces cuando conoció al profesor Kochanski…

—No recuerdo la fecha exacta, pero sí, tuvo que ser hacia el año 46 o 47. Él había vuelto a Alemania para colaborar con los Estados Unidos en la Organización Gehtlen, los espías de la nueva República Federal. Jude no era militar, sino un catedrático de lingüística alemana, alguien con un bagaje académico envidiable, todavía con muchos contactos en la universidad alemana, y además judío. Digamos que era una figura que inspiraba confianza a ambos bandos, tanto a los americanos como a los antiguos miembros de los servicios de inteligencia nazi, que los americanos pretendían alistar en Gehlen. Jude Kochanski fue algo así como una suerte de árbitro, un mediador entre unos y otros. Algunos de los fugitivos a los que ayudé a salir de Alemania me hablaron de él, y yo mismo lo conocí más adelante y entablamos una amistad sincera. Su único propósito siempre fue garantizar la supervivencia de la nación alemana, de su cultura y sus tradiciones, que, según él, tras el nazismo se enfrentaba a una nueva amenaza aún más grave: el comunismo. Jude concebía el judaísmo como una parte más del legado germánico, era un idealista, un soñador. Por eso fue capaz de tragarse sus escrúpulos y tratar con hombres que tenían las manos manchadas de sangre judía. A muchos de ellos los captó para Gehtlen, haciendo que los americanos borraran el rastro de sus crímenes. A otros incluso, me imagino que por humanidad, por misericordia, los derivó a alguna de las rutas de escape hacia el extranjero. Entre ellas la ruta que yo había organizado a través de Zúrich.

—Eso quiere decir que Jude Kochanski era miembro de ODESSA.

—No, por la simple razón de que no se puede ser miembro de algo que no existe. ODESSA es un nombre que se ha puesto de moda hace poco para referirse genéricamente a todas las redes y rutas de escape para criminales de guerra alemanes, nada más que eso. Ignoro quién ha podido inventarse el nombre, pero no existe ninguna organización de ese tipo.

—Sea como sea, usted acudió al profesor Kochanski hace unos meses para que gestionara el envío del cuadro desde Madrid hasta Zúrich.

—Sí. Cuando Carlos Ramírez me comunicó su temor a exponerse demasiado enviándome el cuadro, teniendo en cuenta que la captura de Adolf Eichmann había ocurrido solo unos días antes, pensé que lo mejor sería hacerlo a través de un organismo externo, como el Instituto Goethe, al frente del cual estaba nada menos que él, Jude. Pero Carlos pensó que no era suficiente, y se empeñó en usar otro intermediario más…

—El padre Ramón Sabater.

—Sí, el sacerdote que ya nos había echado una mano años atrás, la primera vez que tuvimos que sacar a Robert de Alemania en el año 52, después de nuestra fallida emboscada para eliminar a su grupo de justicieros judíos. Aunque por entonces todavía no había adoptado esa identidad, la del sargento de la Stasi Robert Klett… Por entonces él era todavía Jacob Westheim, un desertor israelí, un judío asesino de nazis que había aceptado ponerse en mis manos y las de los soviéticos para ajustar las cuentas con su hermano y con su esposa adúltera.

—¿Cómo lo conoció?

—Fue algo de lo más natural: una tarde se presentó en mi residencia de Zúrich y me confesó que sus compañeros judíos y él llevaban espiándome desde hacía meses, siguiendo las órdenes de un tal Fred Tuvih, que por entonces dirigía una oficina de investigación en Viena y que todavía hoy es uno de los cazadores de nazis más afamados del mundo. Jacob me explicó que su grupo y él estaban al corriente de mi amistad con antiguos oficiales nazis a quienes ellos seguían la pista, y que lo que él deseaba era entregar a sus compañeros, o sea, traicionarlos, que fueran eliminados. Podía haberlo hecho él mismo, por supuesto, pero sus colegas de los servicios secretos israelíes se lo habrían hecho pagar poco después. Vino a mí porque no vio otro modo de deshacerse de ellos. Sus motivos eran puramente personales.

—Se sentía despechado.

—Sí. Apuñalado por la espalda por su esposa y su hermano. Y extendía su ira mucho más allá. Se sentía traicionado por su pueblo, su raza, su patria… Solo quería que ardiera todo, hacerlos pagar a todos por su dolor.

—Pero él no sabía que usted trabajaba en secreto para los soviéticos, ¿o sí?

—No, no lo sabía. Pero cuando se lo conté, en el siguiente encuentro que mantuvimos, no le importó lo más mínimo. Estuvo de acuerdo en colaborar con ellos, en seguir el plan que nos marcaron desde Moscú y entregar las cabezas de sus compañeros en bandeja de plata. Yo hice circular el rumor de que Adolf Eichmann se escondía en esa ciudad remota de Polonia, Lublin, y los judíos, claro, mordieron el anzuelo.

—No será usted un nazi, pero no parece que le preocupara mucho que sus socios rusos fueran a cargarse a un puñado de judíos.

—Esos judíos eran un grupo de asesinos, no lo olvide. Yo no digo que sus acciones no estuvieran justificadas moralmente, pero a ojos de la ley y del sentido común eran eso: unos asesinos. Por eso no tuve reparos a la hora de participar en la operación para acabar con ellos. Además, sabiendo que me tenían vigilado, era obvio que tarde o temprano iban a venir a por mí. Y no creía que fueran a tragarse fácilmente que yo era un opositor al nazismo en la sombra. Me hubieran ejecutado a mí también sin darme oportunidad de explicarme.

—Pero la operación en Lublin salió mal…

—Terriblemente mal. La esposa y el hermano de Jacob escaparon, y los soviéticos me encargaron buscarle a este una vía de escape hacia América. Solo que al no tratarse de un fugitivo alemán, de un criminal de guerra nazi, sino de un agente israelí, no estaba en mi mano acudir a mis contactos habituales. Por eso tuve que valerme de mi vieja amistad con Carlos Ramírez para evacuarlo.

—A través de Barcelona, y con la ayuda de Ramón Sabater.

—Correcto. Más adelante, unos años después, los soviéticos decidieron que no tenía sentido mantener a Jacob escondido en América. Era un desertor israelí que había operado siempre en Alemania, y fuera de su territorio era un activo sin ningún valor. Por eso lo enviaron de vuelta a Europa y le buscaron una nueva identidad con la que pudiera mantenerse al tanto de los movimientos de sus antiguos compañeros de agencia, la de un tal Robert Klett, sargento de la Stasi en Berlín. Era una maniobra arriesgada, colocarlo en un lugar tan visible, y al final la pagaron cara cuando, a finales del año pasado, la captura y ejecución de dos agentes israelíes lo pusieron en el disparadero y los israelíes enviaron a otros dos agentes a investigar lo sucedido. Esos agentes, cómo no, tenían que ser ellos, su hermano y su esposa. El destino es siempre así de caprichoso. Sin embargo, Robert fue capaz de detectarlos a ellos antes de que pudieran caer

sobre él y, con la ayuda de los soviéticos, volvió a escapar.

—Con la ayuda de los soviéticos y con la suya.

—Sí, con la mía también. Ellos se encargaron de arrojar un cadáver desfigurado y desmembrado con las credenciales del sargento al río Spree para que le perdieran el rastro, y yo me encargué de buscarle la manera de salir de Alemania.

—Volviendo a recurrir a su amigo Carlos Ramírez.

—Él me dijo que no le importaría lo más mínimo. Me aseguró que contaba con una casa apartada en la montaña donde podría alojarlo cuanto tiempo quisiera.

—¿A quién se le ocurrió la idea de enviar un cuadro pintado por Robert a la exposición de Zúrich?

—A mí. Unos meses después de enviar a Robert a España, Carlos y yo nos vimos en Zúrich en una cena de gala a la que yo mismo le invité para informarle de que todavía estábamos gestionando la manera de trasladar a Robert a América de forma segura, y que la cosa podía alargarse unos meses más. En algún momento le hablé de la exposición de pintura que estaba organizando en el Kunsthaus, y él me comentó que Robert no hacía otra cosa que pintar cuadros allá en su finca. A mí se me ocurrió que, dado que la mayoría de los autores de la exposición eran desconocidos y firmaban con seudónimo, no habría inconveniente en contar también con un cuadro suyo.

—Total, los cuadros solo eran un medio para obtener fondos con que ayudar a criminales de guerra ocultos de la justicia, ¿no es así? Vender cuadros como quien vende trastos viejos en una rifa benéfica.

—El procedimiento es bastante más complejo que el de una rifa benéfica, pero resumiéndolo mucho digamos que sí, que no importaba que los cuadros fueran de buena calidad o no. Andábamos escasos de obras, y no supe calibrar el peligro que podía suponer el envío de ese cuadro. ¿Cómo imaginar que alguien se tomaría la molestia de rastrear el origen del cuadro con la intención de asesinar a su autor? Todavía hoy, ahora que todo ha pasado, me sigue resultando increíble.

—La realidad siempre supera a la ficción, ¿no es eso lo que dicen? Aunque tengo la sensación de que no fue del todo fortuito que esos dos rastrearan el origen del cuadro. Creo que su amigo Robert aprovechó la ocasión que le brindaron poco menos que para tender una trampa a su esposa y su hermano.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, puede que la palabra «trampa» no sea la más apropiada… Digamos que tengo motivos para creer que Robert envió a Zúrich un cuadro que sabía que podía llamar la atención de ellos dos y quizá atraerlos hasta él. Debía de suponer que, al ser una exposición organizada por usted, los servicios secretos de Israel estarían al tanto de ella, y que cabía la posibilidad de que su esposa y su hermano vieran el cuadro y supieran que lo había pintado él, ya que había dejado uno similar en su apartamento de Berlín.

El doctor reflexionó un instante, como valorando mi teoría.

—Ahora que lo dice, cuando Carlos Ramírez le propuso a Robert participar en la exposición de pintura, este al parecer se mostró entusiasmado con la idea. Ese fue uno de los motivos por los que, pese a las dudas de Carlos a la hora de enviar el cuadro a Zúrich, ya sabe, por lo de la detención de Adolf Eichmann en Argentina, al final terminara enviándolo. No quería decepcionar a Robert. A mí me resultó extraño ese interés en exponer un cuadro suyo con un nombre inventado, y del que por tanto jamás iba a obtener ningún crédito…

—Puede que no pretendiera tanto como que ellos le siguieran el rastro hasta la finca, sino simplemente restregarles el cuadro por las narices. Restregarles que no solo seguía vivo, cosa que ya sabrían, sino que hasta podía permitirse pintar cuadros que eran exhibidos en museos de renombre.

Los dos nos habíamos terminado los segundos platos. El doctor fumaba de nuevo. Iba por su tercer cigarrillo, y yo por mi tercera copa de vino.

—En fin, inspector. Ahora que ya conoce toda la historia, que sabe qué papel hemos jugado en ella cada uno de nosotros, dígame, ¿qué es lo que piensa hacer?

Antes de responder, esperé a que el camarero nos retirara los platos y nos tomara nota de los postres: el doctor pidió dos *baba de camelo*: algo parecido a un helado a base de huevo y leche condensada.

—No lo sé —dije—. Usted mismo ha confesado ser el responsable último de todas las muertes de estos días. Podría intentar que la Interpol emitiera una orden de busca y captura contra usted. O podría entregarlo directamente a la policía portuguesa. O llevarlo a rastras hasta la frontera española y arrestarlo allí. Pero si hiciera eso sus amigos neonazis se enfadarían. Y sus amigos soviéticos puede que me hicieran desaparecer. Dígame, doctor, ¿qué haría usted en mi lugar?

El doctor Hafner se quitó el cigarrillo de la boca y meditó unos instantes.

—Yo lo que haría en su lugar es poner un precio a mi silencio —respondió—. Un precio alto.

—Me parece que tiene razón.

—Bien, inspector, diga: ¿cuál es su precio?

—Que pague usted esta comida.

—¿Eso es todo?

—Bueno, la comida y el whiskazo añejo que me pienso meter entre pecho y espalda dentro de un momento, en cuanto termine con el postre y el café. Con eso y con no volver a verle la cara a usted en toda mi vida, me daré por bien pagado.

34

Crucé las puertas del hospital todavía con el saborcillo del Glen Grant de doce años en la garganta. Eran cerca de las seis —las siete según mi reloj— y suponía que Mary ya estaría totalmente despejada de la anestesia. Pero al asomarme a su habitación la encontré dormida, o al menos con los ojos cerrados, y preferí dejarla descansar un rato más. Así tendría tiempo de descansar un poco yo también. Se me había ido la mano con el alcohol en la comida y estaba somnoliento, aunque no me arrepentía de nada. Excepto quizá de no haber obligado al doctor a pagarme la botella entera de whisky y llevármela conmigo a Madrid.

Me recosté en un banco del pasillo frente a la puerta de la habitación e intenté dormir. Aún quedaban algunas horas por delante para la salida del tren, y por experiencia sabía que cualquier banco de madera de un hospital sería más cómodo que el asiento del vagón donde habría de pasar la noche. Cuanto más llevara dormido de antemano, mejor.

Cada cierto tiempo, las pisadas de alguna enfermera o paciente sobre los azulejos del pasillo me hacían incorporarme, abrir levemente los ojos y responder a algún saludo, por lo que no llegué a dormirme del todo en ningún momento. Me instalé en una especie de limbo etílico-soporífero del que me costó emerger cuando una sombra se detuvo frente a mí y me habló.

—Ernesto, ¿estás dormido?

Reconocí la voz aun antes de que mis ojos se alzaran más allá de sus zapatos.

—No, pero estaba soñando —respondí.

—¿Y con qué soñabas, si puede saberse?

—Soñaba con que estaba en un lugar muy tranquilo en el que no aparecía nadie para tocarme los cojones.

John rio mi comentario y apoyó la espalda en la pared de enfrente. Llevaba puesta una camisa de manga corta color verde hierba que compensaba en parte, por su frescura, el rostro ojeroso y amarillento que traía. También él debía de acumular dos noches en vela consecutivas.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Eso te lo tendría que preguntar yo a ti. ¿Qué hago aquí? ¿Qué ha pasado en los dos últimos días?

—Vamos a por un café y te lo cuento.

El de la cafetería del hospital no era ni de lejos tan bueno como el que me habían servido en el Martinho da Arcada, pero sirvió para que los dos nos despejáramos las telarañas de la cabeza. No estaba claro quién lo necesitaba más. Aproveché el arreón de cafeína para explicar lo sucedido,

por primera vez sin omitir ningún detalle. John me hizo repetirle un par de veces cómo había tenido lugar el tiroteo —la segunda vez me ayudé de las tazas vacías de café para indicarle la posición en que nos encontrábamos Robert y yo durante el mismo—. También le expliqué lo que había hablado con el doctor Hafner durante la comida. Si acaso John no estaba al tanto de que el doctor colaboraba con los soviéticos, fue capaz de reprimir su sorpresa al enterarse.

—A estas alturas el doctor debe de haber hecho que sus esbirros borren todo el rastro de nuestro paso por esa casa —concluí—. Incluidos los cadáveres.

—Caso cerrado, entonces —indicó John.

—Sí, caso cerrado.

Al cabo de doce muertos y sin haber llegado a efectuar un solo arresto, pensé. Pero cerrado estaba, de eso no cabía duda. Por ello me decidí a encenderme por fin el puro que había llevado conmigo de un lado a otro hasta entonces, el que me había regalado el doctor Rozas en el despacho del profesor Kochanski. No recordaba cuánto tiempo hacía que no fumaba un puro cubano original, pero aquel iba a recordarlo toda mi vida. Era el sabor del puro, pero también el del deber cumplido. O el de haber salido vivo de aquello, que no era poco.

—Sabía que tenías algo… —afirmó John—. Desde la noche en que nos conocimos, sabía que tú y nadie más que tú podría resolver esto.

—¿Por la estrella esa que se me posó en la cabeza?

—Por la estrella, y porque siempre he tenido un sexto sentido con las personas. Siempre he sabido en quién podía confiar y en quién no. Aunque no te lo creas, todo este tiempo mi cuello ha estado tan expuesto como el tuyo.

—Seguro que sí.

—No literalmente, por supuesto. Pero a lo que me refiero es a que yo también me la he jugado permitiéndote participar en esto.

—No sabía que eras tú quien vendía las entradas para este circo.

—Fui yo quien te mandó a buscar, acuérdate.

—Me acuerdo. Y maldita la hora en que lo hiciste.

—Si no lo hubiera hecho, quién sabe cuántas personas más habrían muerto.

—No creo que hubieran muerto muchas más. En realidad, puede que hubieran muerto bastantes menos. La pareja de asesinos habría asaltado la finca de Carlos Ramírez y liquidado a todos los que se encontraban en ella. Luego, por un medio o por otro, hubieran terminado por llegar hasta aquí, hasta Lisboa, y habrían ejecutado al hombre al que buscaban. Los agentes de la frontera se habrían salvado.

—Es posible, pero ahora ellos dos, los asesinos, estarían cruzando el Atlántico tan ricamente, de camino a un retiro dorado en América. No habrían pagado por sus crímenes como lo han hecho gracias a ti.

—Tampoco habría pasado nada porque se hubieran salido con la suya. ¿Cuántos asesinos hay sueltos por el mundo? ¿Qué diferencia iban a suponer dos más?

—No es un pensamiento muy alentador en boca de un policía.

—El otro día Mary me dijo algo parecido cuando hablábamos de la justicia. No recuerdo muy bien qué le respondí. Lo mismo da, supongo. Dime, ¿qué va a pasar con el doctor Hafner? ¿Lo vais a dejar en paz?

—Ese fue el acuerdo al que llegamos con Skorzeny y con él.

—¿Y Mary?

—Pues probablemente seguirá trabajando para el Instituto Goethe de Madrid. Puede que

incluso la hagan directora. Aunque ya veremos qué es lo que quiere ella. Podemos subir y preguntárselo, ¿no te parece?

Nos levantamos y caminamos hasta la habitación. Nos asomamos a la puerta, pero Mary seguía dormida.

—Sí que le han puesto una buena anestesia —dijo John.

—Yo creo que, más que por la anestesia, es por todo lo que ha sufrido —repuse—. Se ha pasado dos días y dos noches amarrada de pies y manos con un alambre, la han narcotizado dos veces, y para colmo yo le he pegado un tiro.

Miré mi reloj. Eran casi las nueve, hora portuguesa.

—Me tengo que marchar ya —dije—. Mi tren está a punto de salir.

—Vete tranquilo. Le diré que has estado aquí toda la tarde, acompañándola.

Le tendí la mano, pero John me la apartó y me dio un abrazo que me pilló tan desprevenido como lo hubiera hecho un navajazo en el pecho.

—No te perderé la pista, Ernesto —dijo—. Y si alguna vez necesitas algún favor del Tío Sam, o mejor aún, si alguna vez quieres trabajar para nosotros, solo tienes que decirlo. Pagamos bien. Mucho mejor que tu Gobierno. Y siempre estamos a la caza de talento más allá de nuestras fronteras.

—Lo tendré en cuenta.

35

La llamada fue breve. La recibí en la víspera del equinoccio de otoño, la tarde del 21 de septiembre. Para entonces ya casi había olvidado —me había esforzado en hacerlo— la reunión que había mantenido con el comisario Rejas, el juez García Amaro, Jesús Turégano, y el mismísimo ministro Castiella nada más regresar de Lisboa. Durante más de una hora, el ministro se dedicó a recriminarnos a los tres la manera tan lamentable en que habíamos conducido la investigación, la cual solo por puro azar había concluido sin llevarse por delante su carrera política. Nos echó en cara las muertes sucedidas en la finca de Carlos Ramírez, y también la de los dos guardiaciviles en la frontera portuguesa. Ni por un momento se tragó la historia que conté sobre mi secuestro y mi paso por Lisboa, pero parecía mucho menos interesado en sonsacarme la verdad que en reprendernos a todos.

Una vez que se marchó el ministro, llegó el turno de Turégano, que procedió a descargar sus iras sobre el comisario y sobre mí. Ante la menor talla del enemigo, nosotros dos respondimos moderadamente a algunos de sus ataques, aunque en general le permitimos desahogarse. El ministro en ningún momento había declarado que fuera a degradarnos o enviarnos al destierro africano —lo que no significaba que no pensara hacerlo pasado un tiempo prudencial—, y por ello el comisario y yo sabíamos que las advertencias y amenazas de Turégano carecían de fundamento, y que lo mejor era dejarle que soltara todo el mal humor que tenía acumulado.

En cuanto al juez y al comisario, estos se conformaron con que, tal y como les había prometido a los otros dos, les redactara un informe medianamente verosímil que justificara mi descabellado paso por Lisboa sin mencionar bajo ningún concepto que hubiera sido secuestrado, que hubiera sido testigo del asesinato de los guardiaciviles en la aduana, o que hubiera mantenido tiroteo alguno con nadie. Este informe era necesario solo para justificar que se me hubiera expedido una credencial por parte de la embajada española en Portugal, y también, por supuesto, por si acaso las embajadas portuguesa o americana reclamaban algún tipo de información al respecto de mi aventura lisboeta.

En el informe —que preparé al vuelo en unas pocas horas— hablaba de un viaje privado en compañía de la señora Mary Clarke que había terminado abruptamente cuando ella fue herida por el disparo de un atracador anónimo mientras paseábamos por la calle a altas horas de la noche. No explicaba cómo habíamos viajado hasta Lisboa ni por qué yo había regresado a Madrid dejándola a ella ingresada en el hospital. Estas cuestiones y otras que pudieran surgir las aclararíamos solo si nos obligaban a hacerlo desde alguna instancia internacional, algo que no

ocurrió, puede que por la intercesión solapada de John y de su agencia.

A efectos oficiales, la investigación por la muerte de Jude Kochanski, Carlos Ramírez y los otros dos sujetos sin identificar tiroteados en la finca del segundo, se cerró tal y como lo habíamos previsto Turégano y yo en nuestra reunión en Salamanca. El juez García Amaro ratificó que el responsable de todas ellas había sido el hombre —también sin identificar— al que yo había tiroteado en la finca, y por tanto la causa quedó definitivamente sobreseída.

En cuanto a la investigación por la muerte del padre Ramón Sabater, la Guardia Civil de Toledo todavía estaba terminando de perfilar la acusación sobre los hermanos Ochoa, pero parecía que no había muchas posibilidades de que estos fueran a salir bien parados. Con suerte, si finalmente admitían su culpabilidad, se librarían de la pena de muerte, aunque no de los correspondientes treinta años y un día. Ni qué decir tiene que no estaba en mi mano hacer nada por ellos. Desde el mismo momento en que el capitán Dámaso Rego los colocara en su punto de mira eran carne de presidio o de garrote.

Decía que la llamada fue breve, tan breve que una vez que colgué el aparato y regresé a mi mesa en la sala de inspectores llegué a preguntarme si realmente había tenido lugar, o si acaso la había soñado. Mary me había citado para cenar esa noche. Se había disculpado por no contactar antes conmigo: hacía una semana que estaba de vuelta en Madrid, pero todavía arrastraba las secuelas de la operación y aquella iba a ser la primera vez que saliera de su pensión tras su regreso.

La cita sería, cómo no, en un restaurante alemán, el Edelweiss, el tercero en la tríada de restauración germánica en Madrid junto con el Horcher y el Paladium («Así haces la ronda completa», había comentado).

El local estaba en la esquina de Zorrilla con Jovellanos, a la vuelta del Congreso de los Diputados, por lo que una vez que di por finiquitada la jornada, a eso de las ocho y media, me dirigí directo para allá.

Hacía un par de días el comisario me había encargado investigar la desaparición de una docena de palomas en un club colombófilo —su precio de venta, me aseguraron, podía llegar a las dos o tres mil pesetas—, y por ello mientras caminaba al Edelweiss, no dejaba de levantar la vista al cielo y de preguntarme si alguna de las aves que cruzaban sobre mi cabeza y se posaban en los edificios del centro serían las que yo buscaba. Se trataba de ejemplares de competición, entrenadas para regresar a su palomar en el menor tiempo posible, a veces recorriendo distancias de varias decenas o centenares de kilómetros. Dado que el palomar donde había ocurrido el robo estaba ubicado en una azotea cercana, no era imposible que si una de ellas lograba escapar de su cautiverio estuviera sobrevolándome en esos momentos. Casi de la noche a la mañana había pasado de enfrentarme a despiadados asesinos internacionales a perseguir ladrones de tórtolas. Prefería no pensar que la desastrosa conclusión de mi anterior misión tuviera algo que ver con la que tenía entonces entre manos, ni que aquello pudiera ser una suerte de metáfora oscura o broma del destino.

Llegué al restaurante con más de cuarenta minutos de adelanto, y mientras esperaba tuve tiempo de hojear un poco la prensa —casi toda ella dedicaba sus primeras páginas a los encuentros en la sede de la ONU entre los presidentes Kruschev y Fidel Castro— y también el libro de arte germánico que había comprado días atrás y que me había llevado conmigo con la intención de regalárselo a Mary. Era consciente de que ni aun leyéndolo y releyéndolo entero un centenar de veces serviría para salvar la brecha entre ella y yo. Aquella cita, no se me escapaba, era una despedida. Por eso mismo quería deshacerme de aquel libro. No quería encontrármelo de

repente cualquier día en el cajón de mi mesa en Jefatura, o en algún estante de mi apartamento, y que los recuerdos de los últimos días de aquel verano se me vinieran encima. Especialmente el recuerdo de ella, la mujer a la que esperaba, de la que me había encariñado —¿o enamorado?— en secreto sin pretenderlo, y a la que —no me cabía ninguna duda— no volvería a ver nunca más después de aquella noche.

Para cuando Mary entró en el establecimiento, cerca de las diez, me había dado tiempo de terminar los últimos capítulos del libro, los de la pintura romántica y a las vanguardias y el *art nouveau*. A estas últimas apenas les dedicaban unos párrafos y solo un par de imágenes. En alguna parte había escuchado que los nazis no habían sido afectos al arte moderno; eso era algo que teníamos en común. También durante la espera había podido charlar unos minutos con el dueño del restaurante, un tal Jorge Rothfritz —pude saber cómo se escribía su apellido porque, en cuanto le dije que era policía, insistió en entregarme su tarjeta—, quien, al verme solo con el libro, y aprovechando que era noche de miércoles y no había apenas comensales, vino hasta mí para presentarse.

—Veo que le interesa la historia de mi otra patria: Alemania —me había dicho el tipo, señalando el libro.

—Con algo hay que matar el tiempo.

—¿Tanto se aburren ustedes, los policías?

—Va por temporadas. Unas veces al personal le da por comportarse, y otras se nos revuelve y hay que emplearse a fondo.

—Entonces debe de estar en una temporada tranquila.

—Ahora mismo estoy investigando el robo de unas palomas. O sea que yo diría que sí.

—¿De unas palomas? ¿Lo dice en serio? ¿Las han robado para comérselas?

—Espero que no. Tengo entendido que son transmisoras de enfermedades.

—Pues aquí en Madrid se comieron muchas cuando la guerra.

—Sí. Yo mismo me hinqué unas cuantas. Bien guisadas, la carne no se distingue de la del capón.

—¿También eso lo dice en serio?

—Por desgracia, sí.

Era un hombrecillo amable, pero aun así agradecí que Mary apareciera por fin y me lo quitara de encima. Aunque el tipo no se marchó sin antes dedicarle a ella una larga mirada y lo que supuse que sería un piropo en su lengua materna, al que Mary respondió asintiendo con la cabeza, sin dejar claro que lo hubiera entendido.

—¿Qué tal estás, Ernesto?

Nos saludamos con un apretón de manos. Ella había vuelto a ponerse sandalias y llevaba un conjunto de falda negra y blusa blanca todavía de aire veraniego, pese a lo avanzado de septiembre. Se había recogido el pelo en una trenza y maquillado más que otras veces, lo que, por algún motivo, terminó de confirmar mis sospechas de que había venido a despedirse.

—Estupendamente —dije—. Y tú, por lo que veo, también. No he visto que cojearas.

—Tengo que esforzarme en disimular el dolor, pero lo llevo bien. Hace unos días no podía ni levantarme de la cama sin atiborrarme a calmantes.

—Siento haberte dejado tirada en el hospital.

—Ya sé que lo sientes.

Nos pusimos cómodos y me contó cómo había sido su odisea hospitalaria. Tras la operación y el postoperatorio, y pese a las presiones de la embajada americana en Lisboa, varios miembros

de la policía portuguesa la habían visitado y obligado a presentar una declaración de lo ocurrido, en la que ella obviamente había omitido mi nombre y todo lo referente al secuestro y el tiroteo. Los agujeros en su historia eran tan sangrantes que ni siquiera haciéndose la tonta —fingiendo tener afectada la memoria por el disparo y la operación y no entender bien el inglés chapucero en el que le hablaban— había conseguido apaciguar a la policía. Podía ser que los portugueses supieran o intuyeran que había tenido algo que ver con los guardias abatidos en la frontera, o que estuvieran al tanto de que la noche en que ella fue herida se había producido un tiroteo misterioso en el barrio de la Alfama. En cualquier caso, no llegaron a tratar con ella esos hechos, ya que finalmente John, advertido por ella de lo que estaba pasando, le había organizado una fuga.

—Se presentó una mañana en el hospital acompañado de varios de sus hombres —explicó Mary—. Me dieron ropa para cambiarme y me sacaron por una puerta de servicio. No sé cómo burlaron la vigilancia policial, aunque puede que ni siquiera me estuvieran vigilando. Sea como fuera, unas horas después crucé la frontera con un pasaporte falso.

Cuando acudió el camarero, Mary pidió para los dos unos *kassler* de ternera con chucrut —su plato favorito y una de las especialidades de la casa, dijo— y una botella de vino del Rhin.

—El padre del hombre con el que hablabas, el primer dueño del restaurante —comentó Mary, bajando la voz, una vez que el camarero se marchó—, creo que fue uno de los hombres cuya extradición pidieron las naciones aliadas al Gobierno español al final de la guerra. No me he molestado en comprobar si es cierto. Si tuviera que revisar uno por uno el pedigrí de todos los alemanes que viven o han vivido en España en las últimas dos décadas, no acabaría nunca… Y hablando de alemanes en España, ¿has vuelto a saber algo de Otto Skorzeny?

—No.

—Supongo que eso es una buena noticia.

—Supones bien.

Era mentira, por supuesto, solo que no me apetecía estropear la velada ocupando un solo minuto de ella hablando de Otto Skorzeny, quien me había convocado de nuevo al restaurante Horcher solo unos días después de mi regreso a Madrid, aunque esa vez no cenamos juntos sino que simplemente compartimos una copa y un par de cigarrillos.

Skorzeny se disculpó por no haber sido del todo sincero conmigo en nuestro primer encuentro. Entonces no sabía si podía fiarse de mí, eso era todo, por eso no me confesó que conocía perfectamente al profesor Jude Kochanski y que estaba al corriente de que desde el Instituto Goethe se había enviado un cuadro firmado por un tal Wolfgang Strauss a una exposición de pintura organizada por el doctor Lamar Hafner —aunque desconocía la verdadera identidad del autor y en general los pormenores del asunto—. Y se disculpó también por haber sido el inductor junto con el doctor Hafner de la emboscada a Cora en Lisboa, a la que sabía que yo también sería conducido. Había sido una solución desesperada a una situación desesperada, me dijo, pero confiaba en que yo sería capaz de arreglármelas para salir vivo. Y no lo había defraudado. Quedamos en volver a vernos pronto, pero yo esperaba que fuera solo una forma de hablar y no tener que volver a cruzarme con él en la vida. Aunque claro, su oficina quedaba a tiro de piedra de Jefatura, por lo que las perspectivas de que eso ocurriera eran más bien escasas.

—En fin. ¿Y ese libro que tienes ahí? —preguntó ella.

—Un regalo para ti. Te he escrito una dedicatoria y todo.

La dedicatoria ponía simplemente: «Para Mary, con cariño, de tu amigo Ernesto». Después de toda la tarde dándole vueltas, no me había salido nada mejor.

—Podías haberme traído unas flores —repuso ella.

—Nunca he sido muy de flores.

—¿Y por qué este libro?

—Lo tenía por casa desde hacía tiempo, y nunca me dio por leerlo. Pensé que a ti te haría más servicio que a mí. Además, aunque no vayas a abrirlo nunca, lo bueno que tienen los libros es que no hay que regarlos. Lo puedes colocar en cualquier rincón y de vez en cuando lo verás y te acordarás de quien te lo dio.

—Visto así, es un buen regalo.

El camarero nos trajo la comida y el vino. Este último resultó bastante aceptable, aunque no hubiera sabido decir si su calidad estaba en consonancia con lo que iban a cobrarnos por él.

—Yo no te he traído nada —dijo ella.

—No importa.

—¿Has hablado con John?

—No. No he vuelto a verlo desde Lisboa.

Esta vez decía la verdad: no había vuelto a saber de él.

—Estuvo en mi casa hace dos días —indicó Mary—. Me dijo que pensaba ponerse en contacto contigo. Creía que ya lo habría hecho. Que ya te habría dado la noticia.

—¿Qué noticia?

—Le he pedido que me busque la manera de salir de España para siempre.

Pensé que estaría de más hacerme el sorprendido. Lo que hice fue llevarme un pedazo de chuleta a la boca.

—¿No vas a decir nada? —preguntó ella.

—No —respondí, tras tragar el bocado—. Entiendo que quieras irte después de todo lo que has pasado. Yo también me iría si estuviera en tu lugar. En realidad, te envidio por poder hacerlo. ¿Cuándo te marcharás?

—La semana que viene. John ha conseguido que me readmitan en mi antiguo departamento en Princeton. Pasaré allí algún tiempo, por lo menos este curso que acaba de comenzar. Luego ya veré si intento que me envíen a otra parte. A Sudamérica, por ejemplo. Nunca he estado allí.

—¿A qué vas a dedicar el tiempo que te queda en España?

—Mañana quiero visitar por última vez el Museo del Prado. Y luego haré una escapada a Sevilla.

—¿A visitar el lugar donde mataron a tu padre?

—Ni siquiera sé dónde mataron a mi padre. No. Iré a visitar la casa en que me crie.

Los dos dimos a la vez un sorbo de vino, como un brindis encubierto en recuerdo de su padre.

—¿Tú qué harás a partir de ahora, Ernesto?

—Por lo pronto, tengo pensado tomarme unas vacaciones. Este verano que hoy termina no he tenido un solo día libre, y todo este jaleo que nos hemos traído ha sido el remate. Necesito descansar.

Había dicho «este jaleo» pero en mi fuero interno había querido decir «este pandemónium». No lo dije porque la palabra no era demasiado común y no quería resultar pedante en nuestro último encuentro. Al poco de regresar de Lisboa me había dado por buscarla en el diccionario, puesto que era la palabra que tanto John como mi comisario habían escogido para definir todo lo ocurrido y me había picado la curiosidad. «Pandemónium» venía de las raíces griegas *pan*, «todo», y *daimónion*, «demonio». Literalmente, «pandemónium» quería decir algo así como «todos los demonios», y el diccionario afirmaba que, además de su acepción más general

—«jaleo, ruido, confusión»—, con ella se hacía referencia a «la capital imaginaria del reino infernal». Justo por ello consideraba que efectivamente era el término más preciso que se podía buscar. Aquello había sido un auténtico pandemónium, una reunión de demonios, cada cual con su lado oscuro y sus secretos, desde el propio Otto Skorzeny hasta el profesor Kochanski, el padre Sabater, Carlos Ramírez, la pareja de asesinos, Robert Klett o el doctor Hafner. Solo ella, Mary, se salvaba de la quema, y tal vez en cierta medida también John —aunque seguía pareciéndome que en el fondo nos había usado a ella y a mí como marionetas para sus propios tejemanejes—. Yo, por mi parte, había matado a dos personas. A dos hermanos, además. El cielo tendría que esperar, porque de momento yo iba derecho al infierno.

—¿Y adónde tienes pensado ir de vacaciones, Ernesto?

—No lo sé. Puede que me presente en el aeropuerto y me meta en el primer avión que tenga un hueco libre.

—¿No tienes ningún destino que te apetezca conocer?

—No especialmente.

—Podrías venirte conmigo a los Estados Unidos.

—No creo que me alcance el presupuesto para un vuelo transoceánico.

—Seguro que John estaría dispuesto a echarte una mano con el pasaje. Si no, yo misma podría pagártelo. ¿Qué me dices? ¿No te apetece conocer América?

—Déjame que me lo piense durante la cena. Cuando terminemos con los postres, te doy una respuesta.

Moraleja – Segovia – Béjar,
diciembre del 2019 – junio del 2020.